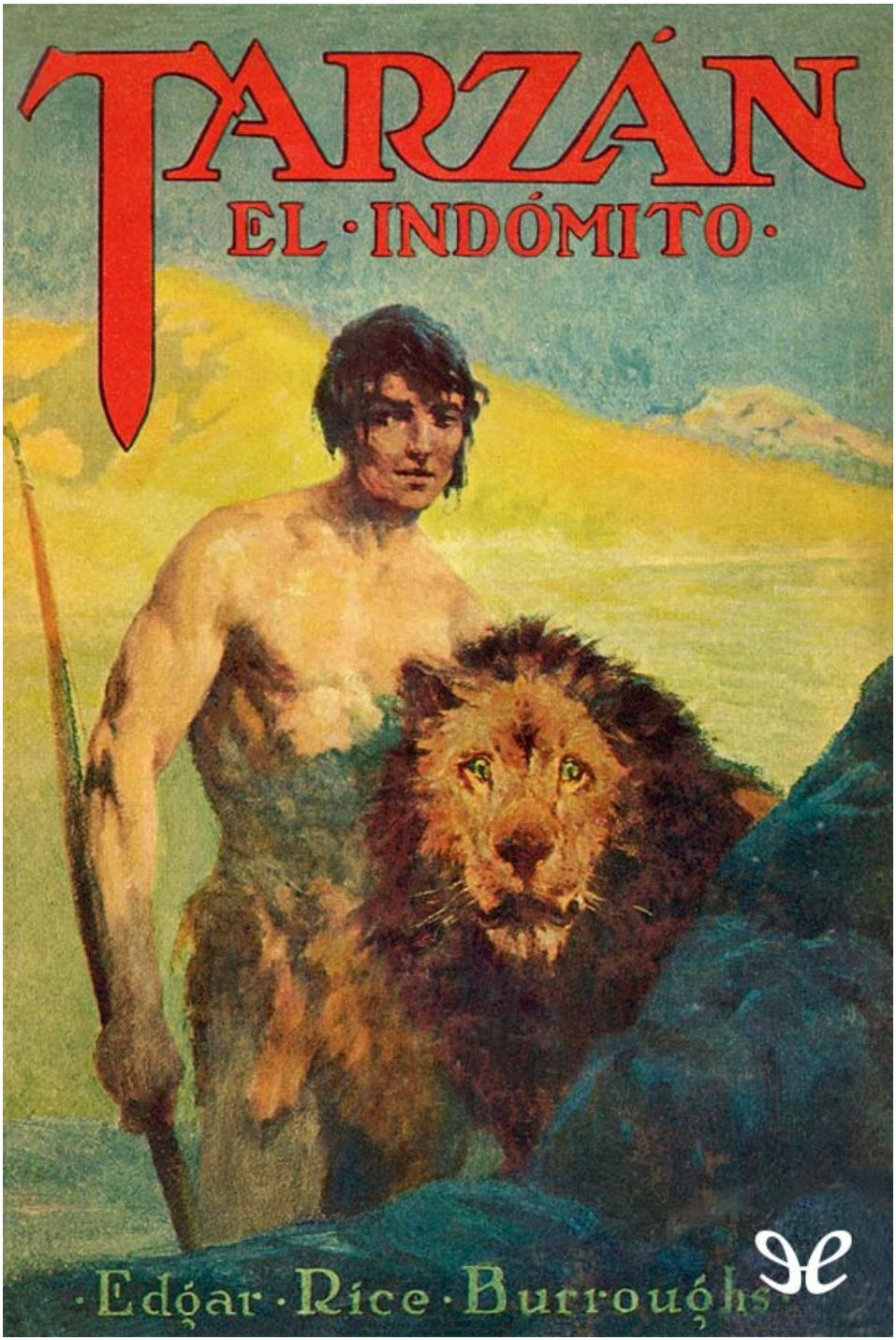
TARZÁN
EL · INDÓMITO ·



· Edgar · Rice · Burroughs ·

Séptimo libro de la serie sobre Tarzán, originalmente eran dos historias diferentes publicadas por entregas en distintas revistas semanales, *Tarzan the Untamed* en *Red Book* y *Tarzán and the valley of Moon* en *All-Story*. Las dos historias se combinaron para su publicación como libro en 1920 bajo el título de la primera de las historias. Cronológicamente, la aventura sigue a *Tarzán y las Joyas de Opar*.

La acción se desarrolla durante la Primera Guerra Mundial. Mientras Tarzán está lejos, su hogar es destruido por las tropas alemanas. A su regreso, descubre entre los muchos cuerpos quemados, el cadáver calcinado de su esposa. Enloquecido, el hombre-mono buscará venganza a la vez que ayudará al ejército británico contra los alemanes. Allí conocerá a Bertha Kircher, una espía alemana

Luego renunciará a toda compañía humana, abandonará la selva y, tras atravesar el desierto, descubrirá la ciudad de Xuja, donde se encontrará de nuevo con Bertha Kircher.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán el indómito

Tarzán 7

ePUB r1.2
Zaucio Olmian 04.05.13

Título original: *Tarzan the Untamed*
Edgar Rice Borroughs, 1920
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: James Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales:James Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian(r1.0 a 1.2)
ePub base r1.0

TARZÁN
el indómito

CAPÍTULO I

ASESINATO Y PILLAJE

EL CAPITÁN Fritz Schneider avanzaba pesadamente por los sombríos senderos de la oscura jungla. El sudor le resbalaba por la frente alargada y se detenía sobre sus abultados carrillos y su cuello de toro. El teniente marchaba a su lado mientras el subteniente Von Goss formaba la retaguardia, siguiendo con un puñado de soldados africanos a los cansados y casi extenuados porteadores a quienes los soldados negros, que seguían el ejemplo de sus oficiales blancos, les hostigaban con las afiladas puntas de las bayonetas y las culatas metálicas de los rifles.

No había ningún porteador cerca del capitán Schneider, por lo que éste descargó su bilis sobre los soldados africanos que se hallaban más a su alcance, aunque con mayor circunspección, ya que estos hombres portaban rifles cargados y los tres hombres blancos se encontraban solos con ellos en el corazón de África.

Delante del capitán marchaba la mitad de su compañía, y detrás de él la otra mitad; así los peligros de la salvaje jungla quedaban reducidos para el capitán alemán. Al frente de la columna se tambaleaban dos salvajes desnudos, unidos uno al otro con una cadena atada al cuello. Eran los guías nativos al servicio de los alemanes y en sus pobres cuerpos magullados se revelaba la marca de éstos en forma de diversas heridas y contusiones.

Así pues, incluso en lo más profundo de África empezaba a reflejarse la luz de la civilización alemana sobre los indignos nativos, igual que en el mismo período, otoño de 1914, derramaba su glorioso resplandor sobre la ingenua Bélgica.

Es cierto que los guías extraviaron al grupo; pero así son la mayoría de guías africanos. Tampoco importaba que la ignorancia, y no la maldad, fuera la causa de su fracaso. Al capitán Fritz Schneider le bastaba saber que se hallaba perdido en tierras vírgenes africanas y que tenía a su alcance unos seres humanos menos fuertes que él, a los que podía hacer sufrir

mediante tortura. No los había matado directamente en parte debido a una débil esperanza de que encontraran la manera de salir del apuro y en parte porque mientras vivieran se les podía hacer sufrir.

Las pobres criaturas, esperando que la casualidad les condujera por fin a la senda correcta, insistían en que conocían el camino y por eso seguían, a través de una tenebrosa jungla, un sinuoso sendero hundido en la tierra por los pies de incontables generaciones de salvajes habitantes de la jungla.

Aquí Tantor, el elefante, emprendía su largo camino del polvo al agua. Aquí Buto, el rinoceronte, andaba a ciegas en su solitaria majestad, mientras de noche los grandes felinos paseaban silenciosos sobre sus patas almohadilladas bajo el espeso dosel de árboles demasiado altos hacia la ancha planicie situada más allá, donde encontraban la mejor caza.

En el borde de esta llanura, que apareció de pronto e inesperadamente ante los ojos de los guías, sus tristes corazones palpitaron con renovada esperanza. El capitán exhaló un profundo suspiro de alivio pues, tras varios días de vagar sin esperanzas por la casi impenetrable jungla, para el europeo surgió como un verdadero paraíso el amplio panorama de ondulante hierba punteada de vez en cuando por bosques semejantes a parques abiertos, y a lo lejos la retorcida línea de verdes arbustos que indicaban la existencia de un río.

El tudesco sonrió aliviado, intercambió unas palabras alegres con su teniente y luego exploró la amplia llanura con los prismáticos. Éstos barrieron el ondulante terreno de un lado a otro hasta que al fin se posaron en un punto, casi en el centro del paisaje y cerca de las orillas ribeteadas de verde del río.

—Estamos de suerte —dijo Schneider a sus compañeros—. ¿Lo veis?

El teniente, que también miraba con sus prismáticos, por fin los posó en el mismo lugar que había llamado la atención de su superior.

—Sí —dijo—, una granja inglesa. Debe de ser la de Greystoke, pues no hay ninguna otra en esta parte del África oriental británica. Dios está con nosotros, *herr* capitán.

—Hemos dado con la *schwinhund* inglesa mucho antes de que se enteraran de que su país está en guerra con el nuestro —señaló Schneider —. Dejemos que él sea el primero en probar la mano de hierro de Alemania.

—Esperemos que esté en casa —apuntó el teniente para que podamos llevarlo con nosotros cuando nos presentemos a Krau en Nairobi. Sin duda

favorecerá a *herr* capitán Fritz Schneider llevar al famoso Tarzán de los Monos como prisionero de guerra.

Schneider sonrió e hinchó el pecho.

—Tienes razón, amigo —dijo—, nos favorecerá a los dos; pero tendré que viajar rápido para atrapar al general Kraut antes de que llegue a Mombasa. Estos cerdos ingleses y su despreciable ejército llegarán pronto al océano índico.

Más aliviado, el pequeño grupo emprendió camino campo a través hacia los edificios bien cuidados de la granja de John Clayton, lord Greystoke; pero la decepción iba a ser su sino, pues ni Tarzán de los Monos ni su hijo se hallaban en casa.

Lady Jane, que ignoraba el hecho de que existía el estado de guerra entre Gran Bretaña y Alemania, dio la bienvenida a los recién llegados con su mayor hospitalidad y emitió órdenes, a través de su leal waziri, de que prepararan un festín para los soldados negros del enemigo.

Lejos, al oeste, Tarzán de los Monos viajaba rápidamente desde Nariobi hacia la granja. En Nairobi recibió la noticia de que la guerra mundial ya había comenzado y, previendo una inmediata invasión del África oriental británica por los alemanes, se apresuraba a regresar a casa para llevar a su esposa a un lugar más seguro. Con él iba una veintena de guerreros negros, pero para el hombre-mono el avance de estos hombres entrenados y endurecidos era demasiado lento.

Cuando la necesidad lo exigía, Tarzán de los Monos se desprendía de la fina capa de civilización que poseía, y con ella de la entorpecedora vestimenta que era su divisa. En unos instantes el pulcro caballero inglés se convertía en el desnudo hombre-mono.

Su compañera se hallaba en peligro. En aquellos momentos, éste era su único pensamiento. No pensaba en ella como lady Jane Greystoke, sino como la hembra que había conseguido gracias al poder de sus músculos de acero, y a la que debía conservar y proteger con ese mismo armamento ofensivo.

No era un miembro de la Cámara de los Lores el que corría veloz e inexorablemente por la enmarañada jungla o recorría penosamente con músculos incansables las amplias extensiones de llanura abierta; era un gran simio con un solo objetivo que excluía todo pensamiento de fatiga o peligro.

El pequeño mono Manu, parloteando en los terraplenes superiores del

bosque, le vio pasar. Había transcurrido mucho tiempo desde que vio al gran tarmangani desnudo y solo, avanzando como un rayo por la jungla. Manu era barbudo y gris, y a sus viejos y débiles ojos acudió el fuego del recuerdo de aquellos días en que Tarzán de los Monos gobernó, supremo, Señor de la Jungla, sobre la vida múltiple que hollaba la espesa vegetación entre los troncos de los grandes árboles o volaba o saltaba o trepaba en las frondosas espesuras hacia la cumbre de los árboles más altos.

Y Numa, el león, tumbado todo el día junto a la presa tomada la noche anterior, parpadeó sobre sus ojos amarillo-verdosos y movió la cola con gesto nervioso al captar el rastro de olor de su antiguo enemigo.

Tampoco dejó de percibir Tarzán la presencia de Numa o Manu ni de ninguna de las numerosas bestias de la jungla junto a las que pasaba en su rápida carrera hacia el oeste. Ni una partícula de su superficial sondeo de la sociedad inglesa había entumecido sus maravillosas facultades sensoriales. Su olfato captó la presencia de Numa, el león, incluso antes de que el majestuoso rey de las bestias fuera consciente de su paso.

Había oído al ruidoso pequeño Manu, e incluso el suave susurro de los arbustos al separarse por donde Sheeta pasó antes de que ninguno de estos vigilantes animales percibiera su presencia.

Pero pese a los aguzados sentidos del hombre-mono, pese a su veloz avance por la salvaje tierra que le había adoptado, pese a sus fuertes músculos, seguía siendo mortal. El tiempo y el espacio situaban sus inexorables límites sobre él; nadie comprendía esta verdad mejor que Tarzán. Se impacientaba y le irritaba no poder viajar con la velocidad del pensamiento, y que los largos y tediosos kilómetros que se extendían ante él exigieran horas y horas de incansable esfuerzo por su parte, antes de saltar por fin de la última rama del bosque periférico a la llanura abierta donde su meta quedaba ya a la vista.

Tardó días, aunque de noche dormía pocas horas y ni siquiera para buscar carne abandonó su camino. Si Wappi, el antílope, u Horta, el verraco, se cruzaban por casualidad en su camino cuando tenía hambre, comía, deteniéndose sólo lo suficiente para matar y cortarse un filete.

El largo viaje llegó a su fin y Tarzán atravesó el último trecho de espeso bosque que limitaba su finca al este, y después de atravesar éste se quedó de pie en el borde de la llanura mirando hacia el otro lado de sus amplias tierras, donde se hallaba su hogar.

Al primer vistazo entrecerró los ojos y tensó los músculos. Pese a la

distancia, distinguió que algo iba mal. Una fina espiral de humo se elevaba a la derecha de la cabaña donde antes se encontraban los cobertizos, pero ahora no había ningún cobertizo, y de la chimenea de la cabaña de la que debería salir humo, no salia nada.

Una vez más, Tarzán de los Monos avanzó con gran rapidez, ahora más veloz que antes, pues le aguijoneaba un vago temor, más producto de la intuición que de la razón. Igual que las bestias, Tarzán de los Monos parecía poseer un sexto sentido. Mucho antes de llegar a la cabaña casi podía imaginar la escena que al fin apareció a su vista.

La casa se encontraba silenciosa y desierta cubierta de parra. Brasas incandescentes señalaban el lugar donde estuvieron sus grandes cobertizos. Las chozas con techo de paja de sus robustos criados habían desaparecido, y los campos, los pastos y los corrales estaban vacíos. De vez en cuando unos buitres remontaban el vuelo y volaban en círculo sobre los cadáveres de hombres y bestias.

Con un sentimiento casi de terror como jamás había experimentado, el hombre-mono se obligó por fin a entrar en su casa. Lo primero que vieron sus ojos llenó su visión con la roja neblina del odio y la sed de sangre, pues allí, crucificado contra la pared de la sala de estar, estaba Wasimbu, hijo gigantesco del fiel Muviro y durante más de un año el guardia personal de lady Jane.

Todos los muebles de la habitación volcados y destrozados, los charcos amarronados de sangre seca en el suelo y las huellas de manos ensangrentadas en paredes y molduras evidenciaban en parte el horror de la batalla que tuvo lugar en los estrechos límites del apartamento. Frente al piano de media cola yacía el cuerpo de otro negro guerrero, mientras delante de la puerta del tocador de lady Jane se hallaban los cadáveres de otros tres fieles criados de los Greystoke. La puerta de esta habitación estaba cerrada. Con los hombros caídos y los ojos apagados Tarzán se quedó pasmado, contemplando la madera que le ocultaba el horrible secreto que no se atrevía a adivinar.

Lentamente, con pies de plomo, avanzó hacia la puerta. Tanteando con la mano encontró el pomo. Así permaneció otro largo minuto, y luego, con un gesto súbito, irguió su gigantesco cuerpo, echó hacia atrás sus fuertes hombros y, con la cabeza alta en gesto de valor, abrió la puerta y cruzó el umbral para entrar en la habitación que contenía para él los más preciados recuerdos de su vida. Ningún cambio de expresión se produjo en sus serias

facciones cuando cruzó con grandes pasos la habitación hasta llegar junto al pequeño diván y la forma inanimada que yacía boca abajo sobre él; la forma inmóvil y silenciosa que había latido llena de vida, juventud y amor.

Ninguna lágrima ensombreció los ojos del hombre-mono; pero sólo el Dios que le hizo pudo conocer los pensamientos que cruzaron por aquel cerebro medio salvaje. Durante largo rato se quedó allí de pie con la mirada clavada en el cuerpo inerte, carbonizado e irreconocible. Y luego se inclinó y lo cogió en sus brazos. Cuando dio la vuelta al cadáver y vio la forma horrible en que le habían dado muerte conoció, en aquel instante, el mayor de los pesares, del horror y del odio.

Tampoco precisó la prueba del rifle alemán roto en la habitación exterior, ni la gorra militar manchada de sangre en el suelo, para saber quién había perpetrado aquel espantoso e inútil crimen.

Por un momento esperó, contra toda esperanza, que el cuerpo carbonizado no fuera el de su compañera, pero cuando sus ojos descubrieron y reconocieron los anillos en sus dedos, el último débil rayo de esperanza le abandonó. En silencio, con amor y reverencia enterró, en la pequeña rosaleda que había sido el orgullo y el amor de Jane y Clayton, la pobre forma carbonizada, y a su lado los grandes guerreros negros que dieron su vida tan inútilmente para proteger a su ama.

En un extremo de la casa Tarzán encontró otras tumbas recién excavadas, y en ellas buscó la prueba final de la identidad de los autores reales de las atrocidades que allí se cometieron en su ausencia.

Desenterró los cuerpos de una docena de soldados negros alemanes y encontró en sus uniformes las insignias de la compañía y el regimiento a los que habían pertenecido. Esto le bastó al hombre-mono. A estos hombres los habían comandado oficiales blancos, y tampoco resultaría tarea difícil descubrir quiénes eran.

Regresó a la rosaleda, permaneció de pie entre los arbustos y capullos pisoteados por los tudescos sobre la tumba de su mujer muerta; con la cabeza inclinada le dio su último adiós en silencio. Al ponerse lentamente el sol tras la encumbrada selva del oeste, se alejó despacio por el camino, aún visible, abierto por el capitán Fritz Schneider y su sanguinaria compañía.

Su sufrimiento era el del bruto insensible: mudo; pero no por callado era menos intenso. Al principio su gran tristeza aturdió sus otras facultades de pensamiento; su cerebro estaba agobiado por la calamidad hasta tal

punto que no reaccionaba más que a un solo estímulo: ¡Ella está muerta! ¡Ella está muerta! Una y otra vez esta frase golpeaba monótonamente su cerebro; un dolor sordo, palpitante, aunque sus pies seguían de forma mecánica la pista de su asesino mientras, conscientemente, todos sus sentidos estaban alerta a los peligros que siempre existían en la jungla.

Poco a poco la fatiga provocada por su gran pesar dejó paso a otra emoción tan real, tan tangible, que parecía un compañero caminando a su lado. Era odio, y le produjo cierto consuelo y sosiego —pues era un odio sublime que le ennoblecía, como ha ennoblecido a incontables miles de personas desde entonces—, odio hacia Alemania y los alemanes. Se centraba en el asesinato de su compañera, por supuesto; pero incluía a todo lo alemán, animado o inanimado. Como si ese pensamiento se hubiera apoderado de él con firmeza, se detuvo, alzó el rostro a Goro, la luna, y maldijo con la mano levantada a los autores del espantoso crimen perpetrado en aquella pacífica cabaña que dejaba atrás; y maldijo a sus progenitores, y a su prole y a todos los de su especie mientras juraba en silencio luchar implacablemente contra ellos hasta que la muerte se lo llevara.

Casi de inmediato experimentó una sensación de contento, pues si antes su futuro parecía vacío, ahora estaba lleno de posibilidades cuya contemplación le producía, si no felicidad, al menos una suspensión de la pena absoluta, pues le esperaba una gran tarea que le ocuparía todo el tiempo.

Al despojarse de todos los símbolos externos de la civilización, Tarzán también había regresado, moral y mentalmente, al estado de la bestia salvaje en el que se había criado. Su civilización nunca fue más que un barniz aplicado sobre sí por la hembra a la que amaba, porque creía que verle así la hacía más feliz. En realidad siempre llevó los signos externos de la denominada cultura con profundo desprecio. La civilización, para Tarzán de los Monos, significaba un recorte de la libertad en todos sus aspectos: libertad de acción, libertad de pensamiento, libertad de amor, libertad de odio. Aborrecía la ropa, cosas incómodas, espantosas, limitadoras, que de alguna manera le recordaban los lazos que le ataban a la vida que había visto vivir a las pobres criaturas de Londres y París. La ropa era el emblema de aquella hipocresía que la civilización defendía, una demostración de que quien la llevaba se avergonzaba de lo que la ropa cubría, de la forma humana hecha a semejanza de Dios. Tarzán sabía cuán

bobos y patéticos aparecían los órdenes inferiores de animales con la ropa de la civilización, pues había visto a varias pobres criaturas disfrazadas así en diversos espectáculos ambulantes en Europa, y también sabía cuán bobo y patético aparecía el hombre con ella, puesto que los únicos hombres a los que había visto en sus primeros veinte años de vida fueron, como él, salvajes que iban desnudos. El hombre-mono sentía una gran admiración por un cuerpo musculoso, bien proporcionado, ya fuera león, antílope u hombre, y nunca había comprendido que la ropa se considerara más bella que una piel clara, firme y sana, o el abrigo y pantalones más elegantes que las suaves curvas de los músculos redondeados bajo un pellejo flexible.

En el mundo civilización Tarzán halló codicia, egoísmo y crueldad que sobrepasaban lo que había conocido en su salvaje jungla, y aunque la civilización le había dado compañera y varios amigos a quienes amaba y admiraba, jamás la aceptó como usted y yo, que poco o nada más hemos conocido; así que con gran alivio la abandonó definitivamente, y también a todo lo que representaba, y se adentró en la jungla una vez más, vestido con su taparrabos y llevándose sus armas.

Llevaba el cuchillo de caza de su padre colgado de la cadera izquierda, el arco y el carcaj de flechas suspendidos de los hombros y alrededor del pecho, sobre un hombro y bajo el brazo opuesto, se enrollaba la larga cuerda de hierba sin la que Tarzán se sentiría tan desnudo como usted o como yo, si de pronto nos arrojaran a una transitada carretera vestidos sólo con ropa interior. Una gruesa lanza de guerra, que a veces llevaba en una mano y a veces colgada de una correa al cuello sobre la espalda, completaban su armamento y su vestimenta. Faltaba el medallón con diamantes incrustados, con las fotografías de su madre y de su padre, que siempre llevó consigo hasta que antes de casarse lo ofreció a Jane Clayton como prueba de su máxima devoción. Desde entonces ella siempre lo llevó; pero no estaba en su cuerpo cuando la encontró asesinada en su tocador, de modo que ahora su búsqueda de venganza incluía también la búsqueda del dije robado.

Hacia medianoche Tarzán empezó a sentir la tensión física de sus largas horas de viaje y a darse cuenta de que incluso unos músculos como los suyos tenían sus limitaciones. Su persecución de los asesinos no se había caracterizado por una excesiva velocidad, sino que, más acorde con su actitud mental, que estaba marcada por la tenaz determinación de exigir a los alemanes más que ojo por ojo y diente por diente, el factor tiempo

apenas entraba en sus cálculos.

Interior y exteriormente, Tarzán había vuelto al estado de bestia; y en la vida de las bestias, el tiempo, como aspecto mensurable de la duración, carecía de sentido. La bestia se interesa activamente sólo por el ahora, y como siempre es ahora y siempre lo será, existe una eternidad de tiempo para lograr los objetivos. El hombre-mono, como es natural, comprendía un poco más las limitaciones del tiempo; pero, como las bestias, se movía con majestuosa parsimonia cuando ninguna emergencia le incitaba a la acción rápida.

Como había dedicado su vida a la venganza, la venganza se convirtió en su estado natural y, por lo tanto, no se trataba de ninguna emergencia, así que efectuaba su persecución con calma. El hecho de que no descansara antes se debía a que no sintió fatiga, ocupada su mente como estaba por pensamientos de tristeza y venganza; pero ahora se percató de que estaba cansado, y buscó un árbol gigante de la jungla que le había albergado más de una noche.

Oscuras nubes que avanzaban veloces por el cielo eclipsaban de vez en cuando la brillante faz de Goro, la luna, anunciando al hombre-mono que se avecinaba una tormenta. En las profundidades de la jungla las sombras de las nubes producían una densa negrura que casi podía sentirse, una negrura que para usted y para mí sería aterradora, con su acompañamiento de susurros de hojas y chasquidos de ramitas, y sus aún más sugerentes intervalos de absoluto silencio en el que la más tosca de las imaginaciones adivinaría acechantes animales de presa tensos para el ataque fatal; pero Tarzán la atravesaba sin preocuparse, aunque siempre alerta. Ahora saltaba ligero a las ramas inferiores de los árboles que formaban un arco en lo alto, cuando algún sentido sutil le advertía que Numa acechaba una presa en su camino, o saltaba nuevamente con agilidad a un lado cuando Buto, el rinoceronte, avanzaba pesadamente hacia él por el estrecho y trillado sendero, pues el hombre-mono, listo para pelear ante el más mínimo pretexto, evitaba las peleas innecesarias.

Cuando saltó por fin al árbol que buscaba, la luna estaba oculta por una densa nube y las copas de los árboles se agitaban salvajemente, azotadas por un viento cuya intensidad iba en constante aumento y cuyo susurro ahogaba los ruidos menos fuertes de la jungla. Tarzán trepó hacia una robusta horcajadura sobre la que mucho tiempo atrás había construido una pequeña plataforma de ramas. Ahora era muy oscuro, mucho más que

antes, pues casi todo el firmamento estaba cubierto por densas nubes negras.

Luego el hombre bestia se detuvo, y sus sensibles ventanas de la nariz se dilataron al oliscar el aire. Entonces, con la rapidez y la agilidad de un felino, dio un largo salto hacia afuera, hasta una rama que se balanceó, saltó hacia arriba en la oscuridad, se agarró a otra, se balanceó en ella y luego saltó hasta más arriba aún. ¿Qué transformó tan repentinamente su pausada ascensión del gigantesco tronco en la rápida y cauta acción entre las ramas? Usted o yo no habríamos visto nada —ni siquiera la pequeña plataforma que un instante antes había estado justo encima de él y que ahora se encontraba inmediatamente debajo— pero cuando saltó arriba deberíamos haber oído un siniestro gruñido; y después, cuando la luna quedó al descubierto por unos momentos, deberíamos haber visto la plataforma, confusamente, y una masa oscura que yacía encima, una masa oscura que luego, a medida que nuestros ojos se acostumbraran a la menor oscuridad, habría adoptado la forma de Sheeta, la pantera.

En respuesta al rugido del felino, otro rugido igualmente feroz retumbó procedente del ancho pecho del hombre-mono, un rugido que le advertía a la pantera que ocupaba la guarida de otro; pero Sheeta no estaba de humor para que la echaran de donde estaba. Con el rostro vuelto hacia arriba miró al tarmangani de piel morena. Muy lentamente el hombre-mono se adentró en el árbol por la rama hasta que se encontró directamente encima de la pantera. El hombre llevaba en la mano el cuchillo de caza de su padre, fallecido mucho tiempo atrás, el arma que en un principio le dio su verdadera ascendencia sobre las bestias de la jungla; pero esperaba no verse obligado a utilizarlo, pues sabía que en la jungla había más batallas que concluían en horribles rugidos que en auténticos combates, ya que la ley del engaño era tan buena en la jungla como en cualquier otra parte; sólo en cuestiones de amor y comida las grandes bestias solían cerrar sus colmillos y clavar sus garras.

Tarzán se afianzó contra el tronco del árbol y se inclinó más hacia Sheeta.

—¡Ladrona! —gritó. La pantera se incorporó hasta quedar sentada, exhibiendo los colmillos pero a unos centímetros del rostro burlón del hombre-mono. Tarzán lanzó un espantoso rugido y asestó un golpe en la cara de la pantera con su cuchillo—. Soy Tarzán de los Monos —rugió—. Esta es la guarida de Tarzán. Vete o te mataré.

Aunque hablaba en el lenguaje de los simios de la jungla, es dudoso que Sheeta comprendiera sus palabras, pese a que sabía bien que el simio sin pelo deseaba asustarle para que se alejara de su puesto, bien elegido y por delante del cual cabía esperar que durante las guardias nocturnas en algún momento pasasen criaturas comestibles.

Como el rayo, el felino se echó atrás y dio un golpe cruel a su atormentador con sus grandes zarpas, y podría muy bien destrozar la-cara del hombre-mono de llegar el golpe a su destino; pero no lo hizo: Tarzán era más rápido aún que Sheeta. Cuando la pantera se puso sobre sus cuatro patas en la pequeña plataforma, Tarzán cogió su gruesa lanza y aguijoneó la cara del animal, que no dejaba de gruñir, y mientras Sheeta esquivaba los golpes, los dos prosiguieron su horrible dúo de espeluznantes rugidos y gruñidos.

Provocado hasta el frenesí, el felino decidió entonces subir tras el perturbador de su paz; pero cada vez que trataba de saltar a la rama que sostenía a Tarzán encontraba la afilada punta de la lanza en su cara, y cada vez que caía atrás era pinchado perversamente en alguna parte blanda; pero al final, sin poder contener la rabia, saltó tronco arriba hasta la rama en la que Tarzán se encontraba. Ahora los dos se enfrentaron al mismo nivel y Sheeta vio al mismo tiempo la posibilidad de una rápida venganza y de una cena. El simio sin pelo, de pequeños colmillos y débiles garras, quedaría indefenso ante él.

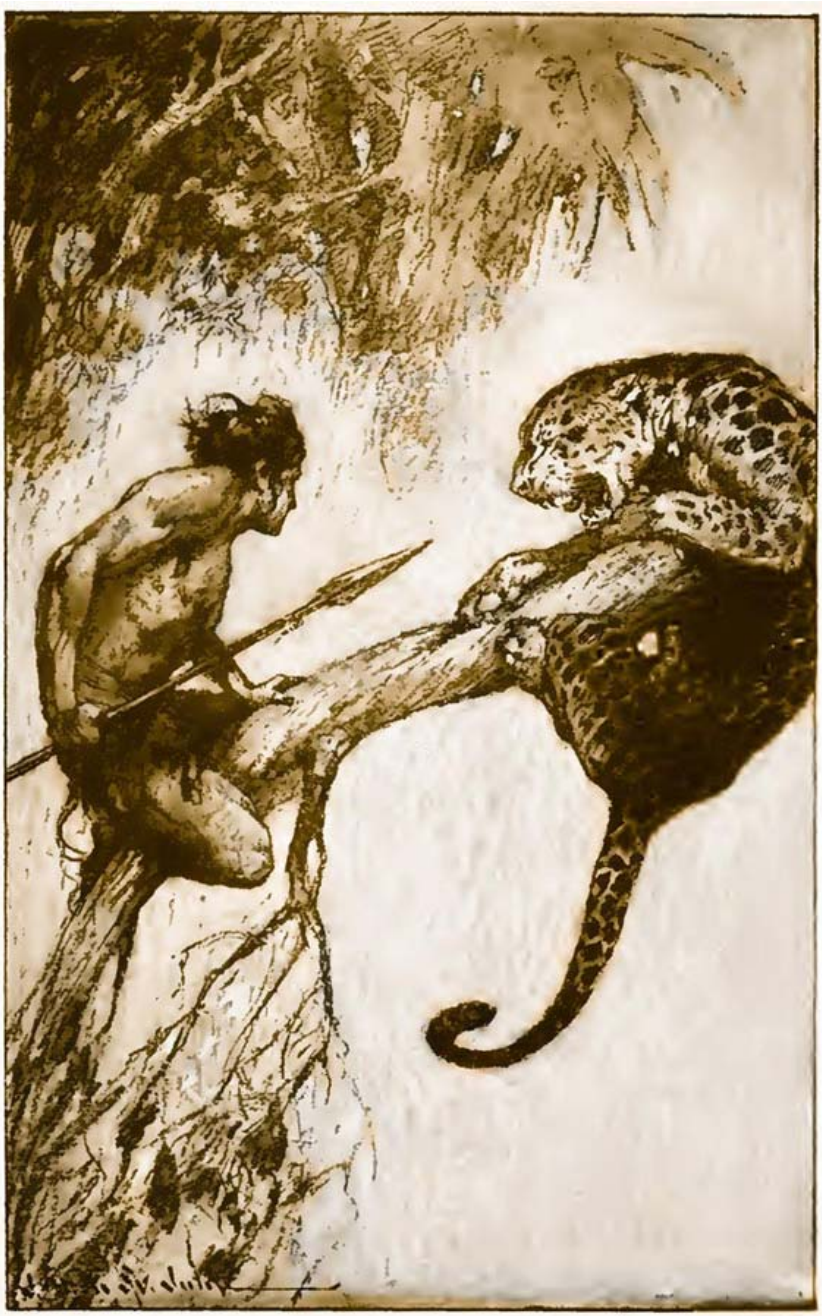
La gruesa rama se dobló bajo el peso de las dos bestias mientras Sheeta se arrastraba con cautela sobre ella y Tarzán retrocedía despacio, gruñendo. El viento había alcanzado proporciones de vendaval, de modo que incluso los mayores gigantes del bosque se balanceaban, rugiendo, debido a su fuerza, y la rama sobre la que los dos se enfrentaban subía y bajaba como la cubierta de un barco azotado por una tormenta. Goro estaba ahora completamente oscurecida, pero los nítidos destellos de los rayos iluminaban la jungla con breves intervalos, revelando el encarnizado cuadro de primitiva pasión sobre la oscilante rama.

Tarzán retrocedió, alejando a Sheeta del tronco del árbol y acercándola al extremo de la ahusada rama, donde sus pisadas eran cada vez más precarias. El felino, enfurecido por el dolor de las heridas de la lanza, estaba sobrepasando los límites de la precaución. Ya había llegado a un punto en que podía hacer poco más que mantenerse sobre sus patas, y ese momento fue el que Tarzán eligió para atacar. Con un rugido que se fundió

con el retumbante trueno saltó hacia la pantera, que sólo pudo arañar inútilmente con una garra enorme mientras se aferraba a la rama con la otra; pero el hombre-mono no se acercó a esa amenaza de destrucción. En cambio, saltó por encima de las amenazadoras garras y colmillos que se abrían y cerraban, dando la vuelta en pleno vuelo y aterrizando sobre el lomo de Sheeta, y en el instante del impacto su cuchillo se hundió profundamente en el costado de la bestia. Entonces Sheeta, impulsada por el dolor, el odio, la rabia y la primera ley de la Naturaleza, enloqueció. Chillando y arañando intentó volverse hacia el hombre-mono que se aferraba a su lomo. Por un instante se desplomó sobre la rama que ahora se movía salvajemente, se aferró frenética para salvarse y luego se hundió en la oscuridad sin que Tarzán se soltara de su espalda. Ambos cayeron de las ramas que se partían bajo su peso con gran estrépito. Ni por un instante el hombre-mono consideró la posibilidad de abandonar su dominio del adversario. Había entrado en combate mortal y, siguiendo los instintos primitivos de lo salvaje —la ley no escrita de la jungla—, uno o ambos debían morir antes de que la batalla finalizara.

Sheeta, como felina que era, aterrizó sobre sus cuatro patas extendidas y el peso del hombre-mono la aplastó en el suelo, el largo cuchillo clavado de nuevo en el costado. La pantera intentó con esfuerzo ponerse en pie; pero lo único que consiguió fue volver a caer al suelo. Tarzán sintió los músculos del gigante relajarse bajo él. Sheeta estaba muerta. El hombre-mono se levantó y colocó un pie sobre el cuerpo de su enemigo vencido, alzó el rostro hacia los cielos retumbantes y, cuando estalló el relámpago y la lluvia torrencial empezó a caerle encima, lanzó el fuerte grito de victoria del simio macho.

Alcanzado su objetivo y expulsado el enemigo de su guarida, Tarzán recogió una brazada de grandes frondas y trepó hasta su mojada plataforma. Extendió algunas frondas en el suelo, se tumbó y se cubrió con el resto, y pese al aullido del viento y el estrépito del trueno, se quedó dormido de inmediato.



La gruesa rama se dobló bajo el peso de las dos bestias.

CAPÍTULO II

LA CUEVA DEL LEÓN

LA LLUVIA duró veinticuatro horas y gran parte del tiempo cayó torrencialmente, de modo que cuando cesó, el sendero que Tarzán había estado siguiendo había desaparecido por completo. Incómodo y sintiendo frío, el salvaje Tarzán se abrió paso por los laberintos de la empapada jungla. Manu, el mono, temblando y parloteando en los húmedos árboles, armó un revuelo y huyó ante su proximidad. Incluso las panteras y los leones dejaron pasar al rugiente tarmangani sin molestarle.

Cuando al segundo día el sol volvió a brillar y una extensa llanura dejó que el calor de Kudu inundara su frío cuerpo, Tarzán se animó; pero seguía siendo un hosco y malhumorado bruto que avanzaba sin descanso hacia el sur, donde esperaba volver a encontrar el rastro de los alemanes. Ahora se hallaba en el África oriental alemana y su intención era rodear las montañas al oeste del Kilimanjaro, cuyos accidentados picos deseaba evitar, y luego dirigirse hacia el este, por el lado sur de la cordillera, hasta el ferrocarril que conducía a Tanga, pues su experiencia entre los hombres le indicaba que este ferrocarril era el punto donde las tropas alemanas probablemente convergerían.

Dos días más tarde, procedente de las laderas meridionales del Kilimanjaro, oyó el estruendo del cañón a lo lejos, hacia el este. La tarde había estado apagada y nublada y ahora, al pasar por una estrecha garganta, unas grandes gotas de lluvia le salpicaron los hombros. Tarzán meneó la cabeza y gruñó en señal de desaprobación; luego miró alrededor en busca de refugio, pues ya estaba harto de tener frío y de calarse hasta los huesos. Quería apresurarse en dirección del ruido que resonaba, pues sabía que habría alemanes luchando contra los ingleses. Por un instante su pecho se henchió de orgullo al pensar que era inglés, y luego meneó la cabeza de nuevo.

—¡No! —masculló—. Tarzán de los Monos no es inglés, porque los

ingleses son hombres y Tarzán es tarmangani.

Pero no podía ocultar, ni a su tristeza ni a su hosco odio hacia la humanidad en general, que su corazón se ablandaba al pensar que era un inglés que luchaba contra los alemanes. Lo que lamentaba era que los ingleses fueran humanos y no grandes simios blancos, como él se consideraba.

«Mañana —pensó— viajaré en esa dirección y encontraré a los alemanes», y entonces se dispuso a iniciar la tarea de descubrir algún lugar donde resguardarse de la tormenta. Espió la entrada baja y angosta de lo que parecía una cueva en la base de los acantilados que formaban la parte norte de la garganta. Con el cuchillo preparado se acercó al lugar, cauto, pues sabía que si se trataba de una cueva sin duda sería la guardia de alguna otra bestia. Ante la entrada yacían numerosos trozos de roca de diferentes tamaños, similares a otros que estaban esparcidos por toda la base del acantilado, y Tarzán pensó que si encontraba la cueva desocupada taparía la entrada y se aseguraría de poder disfrutar de una noche de tranquilo y pacífico descanso en su interior. Que la tormenta rugiera fuera; Tarzán permanecería dentro hasta que cesara, confortable y seco. Un pequeño reguero de agua fría salia de la abertura.

Cerca de la cueva Tarzán se arrodilló y olisqueó el suelo. Un rugido bajo escapó de su boca y su labio superior se curvó para dejar al descubierto los colmillos.

—¡Numa! —masculló; pero no se paró. Tal vez Numa no se encontrara en casa; investigaría. La entrada era tan baja que el hombre-mono se vio obligado a ponerse a cuatro patas para no golpearse la cabeza; pero primero miró, escuchó y oliscó en todas direcciones por detrás, pues no quería que le pillaran por sorpresa.

Su primer vistazo al interior de la cueva le reveló un estrecho túnel en cuyo extremo se veía luz solar. El interior del túnel no era tan oscuro como para que el hombre-mono no viera que en aquellos momentos no estaba ocupada. Avanzó con cautela arrastrándose hacia el otro extremo, comprendiendo lo que significaría que Numa entrara de pronto por el túnel; pero Numa no apareció y el hombre-mono emergió al fin al exterior, donde se puso erecto y se encontró en una hendidura rocosa cuyas escarpadas paredes se elevaban casi perpendiculares a ambos lados, pasando el túnel de la garganta a través del acantilado y formando un pasadizo del mundo exterior a una gran bolsa o barranco enteramente encerrado por empinados

muros de roca. Salvo por el pequeño pasadizo de la garganta no había otra entrada al barranco, que tenía unos treinta metros de largo por unos quince de ancho y daba la impresión de haber sido desgastado del rocoso acantilado por la caída de agua durante largo tiempo. Una pequeña corriente de agua procedente de las nieves perpetuas del Kilimanjaro goteaba por el borde de la pared rocosa en el extremo superior del precipicio, formando un pequeño charco en la parte inferior del acantilado desde el que un pequeño riachuelo serpenteaba hacia el túnel, pasaba a través de éste y llegaba a la garganta que había detrás. Un solo árbol de gran tamaño florecía cerca del centro del precipicio, donde había parcelas de hierba delgada pero fuerte repartidas entre las rocas de suelo arenisco.

Desparramados por el lugar había huesos de muchos animales grandes y entre ellos se encontraban varios cráneos humanos. Tarzán alzó las cejas.

—Un devorador de hombres —murmuró—, y a juzgar por las apariencias lleva mucho tiempo dominando esto. Esta noche Tarzán tomará la guarida del devorador de hombres y Numa tendrá que rugir y gruñir fuera.

El hombre-mono se había adentrado en el precipicio investigando los alrededores y ahora se hallaba de pie cerca del árbol, satisfecho de que el túnel resultara un abrigo seco y tranquilo para pasar la noche. Se volvió para desandar el camino hasta el extremo exterior de la entrada, para bloquearla con rocas contra el regreso de Numa; pero con ese pensamiento acudió a sus sensibles oídos algo que le paralizó en una inmovilidad escultural con los ojos clavados en la boca del túnel. Un momento más tarde apareció en la abertura la cabeza de un león enmarcada en una abundante cabellera negra. Los ojos amarillo-verdosos relucían, redondos y fijos, clavados en el intruso tarmangani, un rugido bajo resonó desde lo más hondo de su pecho y los labios se curvaron hacia afuera para dejar al descubierto sus potentes colmillos.

—¡Hermano de Dango! —gritó Tarzán, airado porque el regreso de Numa era tan inoportuno que podía frustrar sus planes para pasar una noche de confortable reposo—. Soy Tarzán de los Monos, Señor de la Jungla. Esta noche me guarezco aquí, ¡vete!

Pero Numa no se marchó. En cambio, emitió un rugido amenazador y dio unos pasos en dirección a Tarzán. El hombre-mono cogió una roca y se la lanzó a la cara. Nunca puede uno fiarse de un león. Éste podía dar media vuelta y echar a correr a la primera insinuación de ataque —Tarzán había

engañado a muchos en su época—, pero no ahora. El misil golpeó de llenó a Numa en el hocico —una parte tierna de su anatomía— y en lugar de hacerle huir le transformó en una enfurecida máquina de odio y destrucción.

Alzó la cola, tensa y recta, y con una serie de espeluznantes rugidos se lanzó sobre el tarmangani a la velocidad de un tren expreso. Tarzán alcanzó a tiempo el árbol, saltó a sus ramas y allí se agazapó, lanzando insultos al rey de las bestias mientras, abajo, Numa daba vueltas, rugiendo y gruñendo enfurecido.

Ahora llovía con intensidad, lo que se sumaba a la sensación de incomodidad y decepción del hombre-mono. Estaba muy enojado; pero únicamente la necesidad le impulsaba a entablar combate mortal con un león, ya que sabía que sólo disponía de la suerte y la agilidad para pelear con las terribles ventajas de los músculos, peso, colmillos y garras, y ni siquiera consideró la idea de descender y enzarzarse en un duelo tan desigual e inútil por la simple recompensa de obtener un poco más de comodidad. Se quedó encaramado en el árbol mientras la lluvia caía sin cesar y el león daba vueltas y más vueltas al árbol, lanzando de vez en cuando una mirada siniestra hacia lo alto.

Tarzán exploró las escarpadas paredes buscando una vía de escape. Un hombre corriente se habría quedado confuso; pero el hombre-mono, acostumbrado a trepar, vio varios lugares donde podría poner pie, posiblemente de un modo precario, pero suficiente para ofrecerle una razonable seguridad de huida si Numa se trasladaba por un momento al otro extremo del precipicio. Sin embargo, Numa, pese a la lluvia, no dio muestras de querer abandonar su puesto, por lo que al fin Tarzán empezó a pensar en serio si no valía la pena arriesgarse a pelear con él en lugar de seguir pasando frío y mojándose, además de ser humillado, en el árbol.

Mientras le daba vueltas a esta idea, Numa se volvió de pronto y se dirigió con paso majestuoso hacia el túnel, sin echar siquiera una mirada atrás. En el instante en que desapareció, Tarzán saltó con agilidad al suelo y se alejó del árbol a toda velocidad hacia el acantilado. El león acababa de entrar en el túnel cuando volvió a salir de inmediato y, girando como un destello, echó a correr por el precipicio tras el hombre-mono, que parecía volar; el avance de Tarzán era demasiado rápido, y si encontraba un lugar en la pared donde clavar los dedos o poner el pie, estaría a salvo; pero si resbalaba de la roca mojada su suerte ya estaba echada, pues caería

directamente en las garras de Numa, donde incluso el Gran Tarmangani estaría indefenso.

Con la agilidad de un felino, Tarzán ascendió corriendo el acantilado unos nueve metros antes de detenerse, y al encontrar un punto seguro donde poner el pie, se paró y miró abajo, a Numa, que daba saltos en un salvaje e inútil intento de escalar la rocosa pared para alcanzar su presa. El león conseguía subir unos cuatro o cinco metros sólo para caer de espaldas, derrotado de nuevo. Tarzán le miró un momento y luego inició un lento y cauto ascenso hacia la cima. Varias veces tuvo dificultades para encontrar puntos de apoyo, pero por fin se impulsó sobre el borde, se puso en pie, cogió un trozo de roca suelta que lanzó a Numa y se alejó con grandes pasos.

Buscó un fácil descenso a la garganta, y estaba a punto de proseguir su viaje en dirección a las armas cuyas explosiones aún resonaban cuando una repentina idea le hizo detenerse y una semisonrisa iluminó sus labios. Se volvió y regresó trotando a la abertura exterior del túnel de Numa. Cerca de éste aguzó el oído un momento y rápidamente empezó a reunir grandes rocas y a apilarlas en la entrada. Casi había cerrado la abertura cuando el león apareció en el interior, un león feroz y encolerizado que arañaba las rocas y profería fuertes rugidos que hacían temblar la tierra; pero los rugidos no asustaban a Tarzán de los Monos. De niño cerraba sus ojos en el pecho velludo de Kala para dormir rodeado de un coro salvaje de rugidos similares. Apenas pasó un día o una noche de su vida en la jungla —y prácticamente había vivido toda su vida en la jungla— sin oír los rugidos de leones hambrientos, de leones enojados, de leones con mal de amores. Estos sonidos afectaban a Tarzán como el ruido de la bocina de un automóvil puede afectarle a usted: si está delante del automóvil le advierte que se aparte, si no está delante apenas lo nota. Figurativamente hablando, Tarzán no se hallaba delante del automóvil; Numa no podía llegar a él y Tarzán lo sabía, por lo que prosiguió tapando la entrada pausadamente hasta que no quedó posibilidad alguna de que Numa saliera. Cuando terminó hizo una mueca al león oculto tras la barrera y reanudó su camino hacia el este.

—Un devorador de hombres que no comerá más hombres —dijo.

Aquella noche Tarzán se tumbó bajo un saliente de roca. A la mañana siguiente reanudó su viaje, parándose sólo el tiempo suficiente para matar un animal y satisfacer su hambre. Las otras bestias de las regiones vírgenes

comen y descansan; pero Tarzán nunca dejaba que su estómago interfiriera en sus planes. En esto radicaba una de las mayores diferencias entre el hombre-mono y sus compañeros de junglas y bosques. El ruido de disparos aumentó y disminuyó durante el día. Él había observado que alcanzaba su máximo volumen al amanecer e inmediatamente después del anochecer, y que durante la noche casi cesaba. En mitad de la tarde del segundo día tropezó con tropas que avanzaban hacia el frente. Parecían grupos de ataque, pues llevaban consigo cabras y vacas y porteadores nativos cargados con cereales y otros alimentos. Vio que estos nativos iban atados con cadenas al cuello y también vio que las tropas se componían de soldados nativos con uniformes alemanes. Los oficiales eran hombres blancos. Nadie vio a Tarzán, sin embargo fue de un lado a otro entre ellos durante dos horas. Inspeccionó las insignias que llevaban en los uniformes y vio que no eran las mismas que había cogido de uno de los soldados muertos en la cabaña; luego fue a la cabeza del grupo, sin ser visto, entre los espesos arbustos. Tropezó con alemanes y no les mató; pero era porque la matanza de alemanes en conjunto no era el principal motivo de su existencia; ahora éste era descubrir al individuo que había asesinado a-su pareja. Cuando acabara con él se dedicaría a matar a todos los alemanes que se cruzaran en su camino, y estaba decidido a que muchos lo hicieran, pues les perseguiría como los cazadores profesionales cazan a los devoradores de hombres.

Cuando se acercaba a las primeras líneas del frente, aumentó el número de tropas. Había camiones y grupos de bueyes y todo el equipaje de un pequeño ejército, y siempre había heridos a pie o siendo trasladados hacia la retaguardia. Había cruzado el ferrocarril un poco más atrás y considerado que los heridos eran llevados allí para ser trasladados a un hospital de base, y posiblemente hasta Tanga, en la costa.

Anochecía cuando llegó a un gran campamento oculto en las estribaciones de las montañas Pare. Cuando se acercó por detrás lo encontró poco protegido y los centinelas que había no estaban alerta, así que le resultó fácil entrar cuando se hizo oscuro, aguzando el oído fuera de las tiendas en busca de alguna pista que le llevara al asesino de su pareja.

Cuando se detuvo al lado de una tienda ante la cual se sentaba un grupo de soldados nativos, captó unas palabras pronunciadas en dialecto nativo que al instante llamaron su atención:

—Los waziri pelearon como demonios; pero nosotros somos mejores

luchadores y los matamos a todos. Cuando terminamos, vino el capitán y mató a la mujer. Se quedó fuera y lanzó fuertes gritos hasta que todos los hombres estuvieron muertos. El subteniente Von Goss es más valiente; entró y se quedó junto a la puerta gritándonos, también con voz potente, y nos dejó clavar en la pared a uno de los waziri que estaba herido, y después se rió mucho porque el hombre sufría. Todos nos reímos. Fue muy divertido.

Como una bestia de presa, inflexible y terrible, Tarzán se agazapó en las sombras junto a la tienda. ¿Qué pensamientos cruzaron la mente de aquel salvaje? ¡Quién sabe! La expresión de su bello rostro no revelaba ninguna señal de pasión; los fríos ojos grises sólo denotaban una intensa vigilancia. Entonces el soldado al que Tarzán había oído en primer lugar se levantó y, despidiéndose, se marchó. Pasó a tres metros del hombre-mono y siguió hacia la parte posterior del campamento. Tarzán le siguió y en las sombras de un grupo de arbustos se apoderó de su víctima. No se oyó nada cuando el hombre bestia saltó sobre la espalda de su presa y la tiró al suelo, pues unos dedos de acero se cerraron simultáneamente en la garganta del soldado ahogando cualquier grito. Tarzán arrastró a su víctima cogiéndola por el cuello para ocultarla entre los arbustos.

—No hagas ningún ruido —advirtió en el dialecto tribal del hombre cuando le soltó la garganta.

El tipo empezó a respirar con dificultad, alzando sus asustados ojos para ver qué clase de criatura era la que le tenía en su poder. En la oscuridad sólo vio un cuerpo blanco desnudo inclinado sobre él, pero aún recordaba la terrible fuerza de los músculos que le habían cortado el aliento y arrastrado entre los arbustos como si fuera un chiquillo. Si la idea de resistirse cruzó su mente, debió de descartarla enseguida, ya que no hizo ningún movimiento para escapar.

—¿Cómo se llama el oficial que mató a la mujer de la cabaña donde peleasteis con los waziri? —preguntó Tarzán.

—Capitán Schneider —respondió el negro cuando recuperó la voz.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre-mono.

—Está aquí. Quizá en el cuartel general. Muchos oficiales van allí por la noche para recibir órdenes.

—Acompáñame —ordenó Tarzán— y si me descubren te mataré de inmediato. ¡Levántate!

El negro se levantó y le guió dando un rodeo por la parte posterior del

campamento. Varias veces se vieron obligados a esconderse porque pasaban soldados; pero al fin llegaron a un gran montón de balas de heno desde cuya esquina el negro señaló un edificio de dos pisos que había a lo lejos.

—El cuartel general —dijo—. No puedes ir más allá sin que te vean. Hay muchos soldados.

Tarzán se dio cuenta de que no podía seguir en compañía del negro. Se volvió y miró al tipo un momento, pensando qué hacer con él.

—Tú ayudaste a crucificar a Wasimbu, el waziri —acusó con voz baja pero no por ello menos terrible.

El negro tembló, las rodillas le flaqueaban.

—Él nos ordenó que lo hiciéramos —suplicó.

—¿Quién ordenó que lo hiciérais? —pidió Tarzán.

—El subteniente Von Gross —respondió el soldado—. También él está aquí.

—Le encontraré —replicó Tarzán, serio—. Tú ayudaste a crucificar a Wasimbu, el waziri, y mientras sufría tú te reías.

El negro se tambaleó. Era como si en la acusación leyera también su sentencia de muerte. Sin decir una sola palabra más, Tarzán cogió al hombre por el cuello otra vez. Como antes, no se oyó ningún grito. Los músculos del gigante se tensaron. Los brazos subieron y bajaron con rapidez y con ellos el cuerpo del soldado negro que ayudó a crucificar a Wasimbu, el waziri; describió un círculo en el aire, una, dos, tres veces, y después fue arrojado a un lado y el hombre-mono se volvió en dirección al cuartel general de los alemanes.

Un único centinela en la parte posterior del edificio impedía el paso. Tarzán se arrastró, el vientre pegado al suelo, hacia él, aprovechando la protección como sólo una bestia de caza criada en la jungla sabe hacerlo. Cuando los ojos del centinela se dirigieron hacia él, Tarzán abrazó el suelo, inmóvil como una piedra; cuando se volvieron hacia el otro lado, él avanzó con rapidez. Entonces se encontraba a una distancia que le permitía atacar. Esperó a que el hombre le diera la espalda una vez más y se levantó, y sin hacer ruido se le echó encima. Tampoco ahora se oyó ningún ruido mientras arrastraba el cuerpo muerto hacia el edificio.

El piso inferior estaba iluminado y el superior, a oscuras. A través de las ventanas Tarzán vio una amplia sala delantera y una habitación más pequeña detrás. En la primera había muchos oficiales. Algunos paseaban,

hablando; otros estaban sentados ante mesas, escribiendo. Gracias a las ventanas abiertas Tarzán pudo oír gran parte de la conversación; pero nada que le interesara. Hablaban sobre todo de los éxitos alemanes en África y las conjeturas en cuanto a cuándo llegaría a París el ejército alemán en Europa. Algunos afirmaban sin duda que el káiser ya se encontraba allí, y muchos maldecían a Bélgica.

En la habitación pequeña posterior un hombre corpulento, de rostro sonrojado, estaba sentado a una mesa. Algunos otros oficiales también estaban sentados un poco más atrás, mientras dos permanecían firmes ante el general, que les interrogaba. Mientras hablaba, el general jugueteaba con una lámpara de aceite que había sobre la mesa, ante él. Entonces se oyó un golpe en la puerta y entró un ayudante. Saludó e informó:

—Fräulein Kircher ha llegado, señor.

—Hágala entrar —ordenó el general, e hizo un gesto de asentimiento a los dos oficiales en señal de despedida.

La fräulein, al entrar, se cruzó con ellos junto a la puerta. Los oficiales de la habitación pequeña se pusieron en pie y saludaron, y la fräulein agradeció la cortesía con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa. Era una muchacha muy bonita. Ni siquiera el tosco y manchado traje de montar y el polvo que se le pegaba al rostro podían ocultar ese hecho, y por añadidura era joven. No podía tener más de diecinueve años.

Se acercó a la mesa tras la cual el general se hallaba de pie, sacó un papel doblado de un bolsillo interior de su abrigo y se lo entregó.

—Siéntese, fräulein —dijo él, y otro oficial le acercó una silla. Nadie dijo nada mientras el general leía el contenido del papel.

Tarzán examinó las diversas personas que se encontraban en la habitación. Se preguntó si alguna no sería el capitán Schneider, pues dos de ellos eran capitanes. Supuso que la chica pertenecía al departamento de inteligencia: era una espía. Su belleza no le atraía; sin el más mínimo remordimiento podría retorcer aquel joven cuello. Era alemana y eso bastaba; pero le esperaba otro trabajo más importante. Quería al capitán Schneider.

Por fin el general alzó la mirada del papel.

—Bien —dijo a la chica, y luego a uno de sus ayudantes—. Que venga el comandante Schneider.

¡El comandante Schneider! Tarzán sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Ya habían ascendido a la bestia que asesinó a su compañera; no

cabía duda de que le ascendieron precisamente por ese crimen.

El ayudante salió de la habitación y los otros iniciaron una conversación general por la que Tarzán se enteró de que las fuerzas alemanas de África oriental eran muy superiores en número a las británicas, y de que estas últimas sufrían grandemente. El hombre-mono permanecía tan oculto en un grupo de arbustos que podía observar el interior de la habitación sin ser visto desde dentro, y al mismo tiempo quedaba oculto a la vista de cualquiera que por casualidad pasara por delante del puesto del centinela al que había matado. Por un momento esperó que apareciera una patrulla o un relevo y descubriera que el centinela no estaba, con lo que sabía que se efectuaría de inmediato una búsqueda exhaustiva.

Esperó con impaciencia la llegada del hombre que buscaba y por fin fue recompensado con la aparición del ayudante que había sido enviado a buscarle acompañado por un oficial de talla mediana con un grueso bigote recto. El recién llegado se acercó a la mesa con grandes pasos, se detuvo e hizo el saludo, presentándose. El general le saludó a su vez y se volvió a la chica.

Fräulein Kircher —dijo—, permítame que le presente al comandante Schneider…

Tarzán no esperó a oír más. Colocó la palma de una mano en el alféizar de la ventana y se impulsó dentro de la habitación ante la asombrada mirada de los oficiales del káiser. Con una zancada estuvo junto a la mesa y con un gesto de la mano envió la lámpara a estrellarse en el voluminoso vientre del general que, en un furioso esfuerzo por escapar a la cremación, cayó hacia atrás, con silla y todo, al suelo. Dos de los ayudantes se abalanzaron sobre el hombre-mono, quien cogió al primero y lo arrojó a la cara del otro. La chica se había levantado de un salto y permanecía pegada a la pared. Los otros oficiales llamaban a gritos a la guardia y pedían ayuda. El objetivo de Tarzán se centraba en un solo individuo y no le perdía de vista. Liberado del ataque por un instante, agarró al comandante Schneider, se lo echó al hombro y salió por la ventana, tan deprisa que las atónitas personas allí reunidas apenas pudieron darse cuenta de lo que acababa de pasar.

Una simple mirada le indicó que el puesto del centinela seguía vacío, y un momento más tarde él y su carga se hallaban en las sombras del montón de heno. El comandante Schneider no soltó ningún grito por la simple razón de que tenía obstruido el paso del aire. Ahora Tarzán aflojó la presión

de su mano lo suficiente para que el hombre pudiera respirar.

—Si haces ruido volverás a asfixiarte —dijo.

Con cautela y mucha paciencia, Tarzán pasó por delante del último puesto avanzado. Obligó a su cautivo a caminar ante él y se dirigieron hacia el oeste hasta que, a altas horas de la noche, volvió a cruzar el ferrocarril, donde se sintió razonablemente a salvo de ser descubierto. El alemán había soltado maldiciones y gruñidos y amenazado y formulado preguntas; pero la única respuesta que recibió fueron aguijonazos de la afilada lanza de Tarzán. El hombre-mono le hacía avanzar como si fuera un cerdo, con la diferencia de que habría tenido más respeto y más consideración si fuera un cerdo.

Hasta el momento Tarzán había pensado poco en los detalles de la venganza. Ahora reflexionó sobre qué clase de castigo le daría. Sólo estaba seguro de una cosa: debía acabar en muerte. Como todos los hombres valientes y bestias valerosas, Tarzán tenía poca inclinación natural hacia la tortura. Un sentido innato de la justicia pedía ojo por ojo, y su reciente juramento exigía aún más. Sí, la criatura debía sufrir igual que ella hizo sufrir a Jane Clayton. Tarzán no esperaba hacer sufrir al hombre tanto como él había sufrido, pues el dolor físico jamás puede acercarse siquiera a la exquisitez de la tortura mental.

En el transcurso de la larga noche el hombre-mono estuvo pinchando al exhausto y ahora aterrado tudesco. El terrible silencio de su capturador le ponía nervioso. ¡Si al menos hablara! Una y otra vez Schneider trató de obligarle a soltar una palabra; pero el resultado siempre era el mismo: silencio y un malvado y doloroso aguijonazo con la punta de la lanza. Schneider sangraba y le dolía todo el cuerpo. Estaba tan agotado que se tambaleaba a cada paso, y a menudo se caía sólo para ser obligado a ponerse de nuevo en pie con el aguijonazo de aquella aterradora e inmisericorde lanza.

Hasta la mañana Tarzán no tomó una decisión, y ésta acudió a él como una inspiración del cielo. Una lenta sonrisa asomó a sus labios y se puso de inmediato a buscar un lugar donde tumbarse y descansar; deseaba que su prisionero estuviera en buena forma física para lo que le esperaba. Al frente se hallaba el riachuelo que Tarzán había cruzado el día anterior. Sabía que se trataba de un lugar al que acudían las bestias a beber y probablemente sería adecuado para una matanza fácil. Con un gesto advirtió al alemán que se mantuviera en silencio y los dos se acercaron con sigilo al arroyo. Por el

sendero Tarzán vio unos ciervos a punto de abandonar el agua. Empujó a Schneider al matorral que había a un lado y, agachándose a su lado, esperó. El alemán observó al silencioso gigante con ojos asombrados y asustados. Al amanecer pudo, por primera vez, echar un buen vistazo a su capturador, y, si antes estaba asombrado y asustado, esas emociones no eran nada comparadas con lo que ahora experimentó.

¿Quién y qué podía ser este salvaje blanco, semidesnudo? Le oyó hablar una sola vez —cuando le hizo callar— y en el excelente y bien modulado tono alemán de la cultura. Ahora le observó como el sapo fascinado observa a la serpiente que está a punto de devorarlo. Vio los ágiles miembros y el cuerpo simétrico inmóvil como una estatua de mármol mientras la criatura permanecía agazapada, oculta tras el espeso follaje. No movía ni un músculo, ni un nervio. Vio que los ciervos se acercaban con paso lento por el sendero, a favor del viento y sin recelar nada. Vio pasar un viejo gamo y luego otro joven y rollizo se dirigió hacia el gigante en una emboscada. Los ojos de Schneider se desorbitaron y un grito de terror estuvo a punto de escapar de su garganta cuando vio a la ágil bestia que estaba a su lado saltando directo a la garganta del joven gamo, y oyó brotar de aquellos labios humanos el rugido de una bestia salvaje. Tarzán y el gamo cayeron al suelo y el cautivo del primero tuvo carne. El hombre-mono se comió la suya cruda, pero permitió al alemán hacer fuego para cocinarse su parte.

Los dos yacieron hasta bien entrada la tarde y luego emprendieron viaje de nuevo, un viaje que a Schneider le atemorizaba porque ignoraba su destino, y a veces se arrojaba a los pies de Tarzán rogándole que le diera una explicación y tuviera piedad de él; pero el hombre-mono seguía callado, pinchando al alemán cada vez que éste se tambaleaba.

Era mediodía del tercer día antes de que llegaran a su destino. Después de una empinada ascensión y un corto paseo se detuvieron al borde de un acantilado y Schneider miró abajo, donde vio un estrecho barranco en el que junto a un pequeño riachuelo crecía un solo árbol y un poco de hierba desparramada en un terreno rocoso. Tarzán le hizo seña de que se acercara al borde; pero el alemán se apartó aterrado. El hombre-mono le agarró y le empujó hacia el borde.

—Desciende —ordenó.

Era la segunda vez que hablaba en tres días y quizá su silencio, siniestro en sí mismo, despertaba más terror en el alemán que la punta de la

lanza, que siempre estaba a punto.

Schneider exhibía su miedo en el borde del acantilado; pero estaba a punto de intentarlo cuando Tarzán le detuvo.

—Soy lord Greystoke —dijo—. La mujer a la que asesinaste en el país de los waziri era mi esposa. Comprenderás ahora por qué he ido a buscarte. Desciende.

El alemán cayó de rodillas.

—Yo no asesiné a tu esposa —exclamó—. ¡Ten piedad! Yo no asesiné a tu esposa. No sé nada de…

—¡Desciende! —espetó Tarzán, alzando la punta de su lanza.

Sabía que el hombre mentía y no le sorprendía que lo hiciera. Un hombre que asesinaba sin ninguna causa mentiría por menos. Schneider aún vacilaba y suplicaba. El hombre-mono le hostigó con la lanza y Schneider resbaló peligrosamente e inició el arriesgado descenso. Tarzán le acompañó y ayudó en los sitios peores hasta que se encontraron a pocos metros del suelo.

—Ahora quédate quieto —advirtió el hombre-mono. Señaló hacia la entrada de lo que parecía una cueva en el otro extremo del barranco—. Allí hay un león hambriento. Si consigues llegar a ese árbol antes de que te descubra, dispondrás de unos días más para disfrutar de la vida, y después, cuando estés demasiado débil para seguir aferrado a las ramas del árbol, Numa, el devorador de hombres, volverá a alimentarse por última vez. —Empujó a Schneider hasta abajo—. Ahora, corre —dijo.

El alemán, temblando de terror, echó a correr hacia el árbol. Casi había llegado a él cuando un rugido horrible surgió de la boca de la cueva y, simultáneamente, un flaco y hambriento león saltó a la luz del barranco. A Schneider sólo le faltaban unos metros; pero el león corrió hasta casi volar mientras Tarzán observaba la carrera con una leve sonrisa en los labios.

Schneider ganó por un escaso margen, y mientras Tarzán escalaba el acantilado, oyó detrás de él, mezclado con los rugidos del desconcertado felino, el farfullar de una voz humana que parecía más bestial que la de la propia bestia.

En el borde del acantilado el hombre-mono se volvió y miró hacia el barranco. En lo alto del árbol el alemán se aferraba frenético a una rama sobre la que su cuerpo estaba tendido. Debajo se encontraba Numa, esperando.

El hombre-mono alzó su rostro a Kudu, el sol, y de su potente pecho

surgió el salvaje grito de victoria del simio macho.

CAPÍTULO III

EN LAS LÍNEAS ALEMANAS

TARZÁN no se había vengado por completo. Había muchos millones de alemanes que aún vivían, los suficientes para mantener agradablemente ocupado a Tarzán el resto de su vida, y sin embargo no los suficientes, en caso de matarles a todos, para recompensarle por la gran pérdida que sufrió; tampoco la muerte de todos esos millones de alemanes le devolvería a su compañera amada.

Mientras se hallaba en el campamento alemán de las montañas Pare, justo al este de la línea fronteriza entre el África oriental alemana y la británica, Tarzán oyó lo suficiente para comprender que los británicos se estaban llevando la peor parte en África. Al principio había pensado poco en el asunto, ya que, tras la muerte de su esposa, que era el único vínculo fuerte que mantenía con la civilización, había renunciado a toda humanidad y ya no se consideraba a sí mismo hombre sino simio.

Tras ocuparse de Schneider lo más satisfactoriamente que pudo, rodeó el Kilimanjaro y cazó en las estribaciones al norte de aquellas enormes montañas, pues había descubierto que en los alrededores de los ejércitos no había ningún tipo de caza. Obtenía cierto placer en conjurar de vez en cuando imágenes mentales del alemán al que había dejado en las ramas del único árbol existente al fondo de aquel barranco, en el que permanecería presa del hambriento león. Se imaginaba la angustia mental de aquel hombre a medida que el hambre le fuera debilitando y la sed lo enloqueciera, sabiendo que tarde o temprano resbalaría, exhausto, al suelo, donde le esperaría el escuálido devorador de hombres. Tarzán se preguntó si Schneider tendría valor para descender y acercarse al riachuelo a por agua, en caso de que Numa abandonase el barranco y entrara en la cueva, y entonces imaginó la alocada carrera de regreso al árbol cuando el león embistiera para alcanzar a su presa, como él estaba seguro que haría, ya que el patoso alemán no podría bajar al riachuelo sin hacer algún mínimo ruido

que llamara la atención de Numa.

Pero incluso este placer palideció, y cada vez más a menudo se sorprendía el hombre-mono pensando en los soldados ingleses que peleaban con todos los factores en contra, y especialmente en el hecho de que eran alemanes quienes les estaban derrotando. Ese pensamiento le hizo bajar la cabeza y gruñir, pues le preocupaba no poco; en parte, quizá, porque le resultaba difícil olvidar que él era un inglés cuando sólo quería ser un simio. Y al final llegó el momento en que no pudo soportar más la idea de que los alemanes mataban ingleses mientras él cazaba, a salvo, a poca distancia.

Una vez tomada su decisión, partió en dirección al campamento alemán, sin ningún plan bien definido, pero con la idea general de que una vez cerca del campo de operaciones encontraría la oportunidad de hostigar al mando alemán como tan bien sabía hacer. Su camino le llevó por la garganta próxima al barranco en el que había dejado a Schneider, y, cediendo a una curiosidad natural, escaló los acantilados y se abrió paso hasta el borde del barranco. El árbol estaba vacío; tampoco había señales de Numa, el león. Tarzán cogió una roca y la lanzó al barranco, donde rodó hasta la entrada de la cueva. Al instante apareció el león en la abertura; pero era un león de aspecto diferente al gran bruto que Tarzán dejó atrapado allí dos semanas antes. Ahora estaba flaco y demacrado, y al andar se tambaleaba.

—¿Dónde está el alemán? —gritó Tarzán—. ¿Estaba bueno, o sólo era una bolsa de huesos cuando resbaló y cayó del árbol?

Numa rugió.

—Pareces hambriento, Numa —prosiguió el hombre-mono—. Debías de estar muy hambriento para comerte toda la hierba de tu guarida e incluso la corteza del árbol hasta donde llegabas. ¿Te gustaría comerte otro alemán? —y se alejó sonriendo.

Unos minutos más tarde tropezó con Bara, el ciervo, dormido bajo un árbol, y como Tarzán tenía hambre, lo cazó rápidamente y, agazapándose junto a su presa, se hartó de comer. Mientras masticaba el último pedazo de hueso, sus rápidos oídos captaron el ruido de unos pasos regulares detrás de él; al volverse se encontró frente a Dango, la hiena, que se le acercaba con sigilo. Lanzando un rugido, el hombre-mono cogió una rama caída y se la arrojó a la bestia escondida.

—¡Vete, carroñera! —gritó.

Pero Dango tenía hambre, y como era grande y fuerte, Tarzán se limitó a gruñir y a rodearla lentamente como si esperara la oportunidad para atacar. Tarzán de los Monos conocía a Dango mejor incluso que la propia Dango. Sabía que aquella bestia, que con el hambre se volvía salvaje, estaba reuniendo valor para atacar, y como probablemente estaba acostumbrada al hombre, no le tendría mucho miedo; así que cogió la gruesa lanza y la preparó a su costado mientras seguía comiendo, sin dejar de observar de reojo a la hiena.

Él no tenía miedo, pues el largo tiempo que llevaba entre los peligros de su mundo salvaje le acostumbraron tanto a ellos, que los consideraba una parte de la existencia diaria, como usted acepta los peligros domésticos, aunque no por ello menos reales, de la granja, el campo de tiro o la abarrotada metrópolis. Como se había criado en la jungla, estaba preparado para proteger el animal que había cazado desde todos los rincones, dentro de los límites corrientes de la precaución. En condiciones favorables Tarzán se enfrentaría incluso al propio Numa y, si se viera obligado a buscar la seguridad volando, lo haría sin sentir vergüenza alguna. No había criatura más valiente merodeando en aquellas tierras salvajes y, al mismo tiempo, ninguna era más sensata; los dos factores que le habían permitido sobrevivir.

Dango podría haber atacado antes, de no ser por los salvajes gruñidos del hombre-mono, gruñidos que, procedentes de labios humanos, provocaban duda y miedo en el corazón de la hiena. Había atacado a mujeres y a niños en los campos indígenas y había asustado a sus hombres alrededor de sus hogueras por la noche; pero nunca vio a un hombre que emitiera aquel sonido que más le recordaba al furioso Numa que a un hombre asustado.

Cuando Tarzán terminó de comer, iba a levantarse y a lanzar un hueso limpio a la bestia antes de seguir su camino, dejando los restos de su pieza cazada a Dango, pero de pronto un pensamiento acudió a su mente y cogió lo que quedaba del cuerpo del ciervo, se lo echó al hombro y partió en dirección al barranco. Dango le siguió unos metros, gruñendo, y cuando se dio cuenta de que le arrebataban incluso un bocado de la deliciosa carne, dejó a un lado la discreción y atacó. Al instante, como si la naturaleza le hubiera dado ojos en la nuca, Tarzán percibió el inminente peligro y, tras dejar a Bara en el suelo, se volvió con la lanza levantada. Echó el brazo derecho hacia atrás y después hacia adelante, como un relámpago, y

retrocedió debido a la fuerza de sus músculos de gigante y el peso de la carne. La lanza, arrojada en el instante oportuno, fue directa a Dango y se le clavó en el cuello, en el punto donde se unía con los hombros, y le atravesó el cuerpo.

Tras retirar la lanza de la hiena, Tarzán se echó al hombro ambos animales muertos y siguió su camino hacia el barranco. Abajo Numa yacía a la sombra del solitario árbol, y al oír la llamada del hombre-mono se levantó tambaleante; sin embargo, aun débil como estaba, gruñó salvajemente e incluso intentó rugir al ver a su enemigo. Tarzán dejó resbalar los dos cuerpos por el borde del acantilado.

—¡Come, Numa! —gritó—. Es posible que vuelva a necesitarte.

Vio que el león, cobrando nueva vida ante la vista de comida, saltaba sobre el cuerpo del ciervo y Tarzán se marchó, dejando al león desgarrando y rajando la carne mientras se metía grandes pedazos en su vacío buche.

Al día siguiente Tarzán se acercó a las líneas alemanas. Desde un espolón boscoso de las colinas contempló a sus pies el flanco derecho del enemigo, y más allá las líneas británicas. Su posición le permitía una vista aérea del campo de batalla, y su aguzada vista captó muchos detalles que no escaparían a un hombre cuyo sentido de la vista no estuviera entrenado hasta ese grado de perfección. Observó la presencia de puestos de ametralladora astutamente escondidos a la vista de los británicos y puestos de escucha situados en terreno neutral.

Mientras su mirada escrutadora iba de un punto de interés a otro, desde un punto en la ladera de la montaña, oyó abajo, por encima del rugir del cañón y el chasquido de los disparos de rifle, un rifle solitario que disparaba. Inmediatamente su atención se centró en el emplazamiento donde sabía que debía de estar escondido el francotirador. Esperó con paciencia el siguiente disparo que le indicaría con más seguridad la posición exacta del tirador, y cuando llegó, bajó la empinada colina con el sigilo y el silencio de una pantera. Daba la impresión de no saber dónde pisaba, sin embargo no movía de su sitio ni una piedra suelta ni una ramita rota; era como si sus pies tuvieran ojos.

Entonces, cuando atravesaba un grupo de arbustos, llegó al borde de un acantilado bajo y vio sobre un saliente, a unos cuatro o cinco metros más abajo, un soldado alemán de bruces detrás de un terraplén de roca suelta y ramas cubiertas de hojas que le ocultaban a la vista de las líneas británicas. El hombre debía de ser un excelente tirador, pues se hallaba muy por detrás

de las líneas alemanas, disparando por encima de las cabezas de sus compañeros. Su potente rifle estaba provisto de miras telescópicas y también llevaba binoculares, los cuales estaba utilizando cuando Tarzán le descubrió, o bien para ver el efecto de su último disparo o bien para descubrir un nuevo objetivo. Tarzán desvió la mirada rápidamente hacia la parte de la línea británica que el alemán parecía estar escudriñando, y su aguzada vista le reveló muchos blancos excelentes para un rifle colocado tan por encima de las trincheras.

El tudesco, obviamente satisfecho con su observación, dejó a un lado los binoculares y volvió a coger el rifle, se colocó la culata sobre el hombro y apuntó con atención. En el mismo instante, un cuerpo bronceado saltó sobre él desde el acantilado. No hubo ningún ruido y es difícil que el alemán supiera siquiera qué clase de criatura había aterrizado pesadamente sobre su espalda, pues en el instante del impacto los potentes dedos del hombre-mono rodeaban la garganta del boche. Hubo un momento de inútil forcejeo, seguido de la súbita evidencia de que el francotirador estaba muerto.

Tumbado detrás del parapeto de rocas y ramas, Tarzán miró abajo y contempló la escena que allí se desarrollaba. Las trincheras de los alemanes se encontraban cerca. Veía a los oficiales y a los hombres moverse en ellas, y casi enfrente de él una ametralladora escondida cruzaba el terreno neutral en dirección oblicua, atacando a los británicos en un ángulo tal, que les resultaba difícil localizarla.

Tarzán siguió observando, jugueteando ocioso con el rifle del alemán muerto. Luego empezó a examinar el mecanismo de la pieza. Volvió a mirar hacia las trincheras alemanas y cambió el ajuste de las miras, luego se llevó el rifle al hombro y apuntó. Tarzán era un excelente tirador. Con sus amigos civilizados había practicado la caza mayor con armas de la civilización, y aunque nunca había matado, salvo para comer o en defensa propia, se había divertido disparando a blancos inanimados lanzados al aire y sin darse cuenta se había perfeccionado en el uso de armas de fuego. Ahora sí que conseguiría una buena caza mayor. Una lenta sonrisa asomó a sus labios mientras su dedo se cerraba poco a poco sobre el gatillo. El rifle habló y un ametrallador alemán se desplomó detrás de su arma. En tres minutos Tarzán eliminó al equipo de esa ametralladora. Luego localizó a un oficial alemán que salia de un refugio subterráneo y los tres hombres que estaban con él. Tarzán tuvo cuidado de no dejar a nadie en las

proximidades para preguntarse cómo era posible que los alemanes recibieran disparos en las trincheras hallándose completamente ocultos a la vista del enemigo.

Volvió a ajustar las miras y lanzó un disparo de largo alcance al equipo de una ametralladora situado a su derecha. Con lenta deliberación los eliminó a todos. Dos armas silenciadas. Vio hombres que corrían por las trincheras y disparó a varios de ellos. Para entonces los alemanes eran conscientes de que algo iba mal, de que un misterioso francotirador había descubierto un lugar ventajoso desde el que ese sector de las trincheras le resultaba claramente visible. Al principio trataron de descubrirlo en el terreno neutral; pero cuando un oficial que examinaba por encima del parapeto con un periscopio fue alcanzado de pleno en la parte posterior de la cabeza con una bala de rifle que le atravesó el cráneo y cayó al suelo de la trinchera, comprendieron que era por detrás del parapeto y no por delante donde debían buscar.

Uno de los soldados recogió la bala que había matado a su oficial y entonces fue cuando se produjo una gran excitación en aquella trinchera, pues la bala era a todas luces de fabricación alemana. Los mensajeros hicieron correr la voz en ambas direcciones, entonces se elevaron periscopios por encima del parapeto y ojos aguzados escudriñaron en busca del traidor. No tardaron mucho en localizar la posición del francotirador y Tarzán vio que apuntaban hacia él con una ametralladora. Antes de que la pusieran en acción el equipo de hombres cayó muerto a su lado; pero otros ocuparon su lugar; reacios quizá, pero empujados por sus oficiales, fueron obligados a ello, y al mismo tiempo otras dos ametralladoras giraron hacia donde se encontraba el hombre-mono y se pusieron en acción.

Tarzán comprendió que el juego iba a terminar y con un disparo de despedida dejó el rifle y se adentró en las colinas situadas detrás suyo. Durante muchos minutos oyó el chisporroteo de las ametralladoras concentradas en el lugar que él acababa de abandonar, y sonrió al contemplar el desperdicio de munición alemana.

—Han pagado con creces la muerte de Wasimbu, el waziri, a quien crucificaron, y la de sus compañeros asesinados —musitó—, pero la de Jane jamás podrán pagarla… no, no si no les mato a todos.

Aquella noche, cuando oscureció, rodeó los flancos de ambos ejércitos, atravesó los puestos avanzados de los británicos y entró en las líneas británicas. Ningún hombre le vio llegar. Ningún hombre sabía que se

encontraba allí.

El cuartel general de los segundos rodesianos ocupaba una posición comparativamente protegida, lo bastante atrás en las líneas para estar a salvo de la observación del enemigo. Incluso se permitía tener luces, y el coronel Capell se hallaba sentado ante una mesa de campo, en la que estaba extendido un mapa militar, hablando con varios de sus oficiales. Un gran árbol se extendía sobre ellos, una linterna chisporroteaba débilmente sobre la mesa, mientras una pequeña hoguera ardía en el suelo, cerca. El enemigo no tenía aviones y ningún observador podría ver las luces desde las líneas alemanas.

Los oficiales discutían la ventaja numérica del enemigo y la incapacidad de los británicos de hacer algo más que mantener su posición actual. No podían avanzar. Sufrieron graves pérdidas en todos los ataques y siempre se habían visto obligados a retirarse por un número abrumador de enemigos. También había ametralladoras escondidas, que irritaban considerablemente al coronel. Esto resultaba evidente porque a menudo aludía a ellas durante la conversación.

—Algo les ha silenciado un rato esta tarde —dijo uno de los oficiales más jóvenes—. Yo estaba observando y no he podido averiguar a qué venía tanto alboroto; pero parecían estar pasándolo muy mal en una sección de la trinchera, a su izquierda. En un momento dado habría jurado que les atacaban por detrás (le he informado, señor, lo recordará usted), pues los cabrones disparaban sin parar hacia ese risco que hay detrás suyo. He visto volar el polvo. No sé qué podía ser.

Hubo un ligero susurro entre las ramas del árbol, por encima de ellos y al mismo tiempo les cayó encima un cuerpo ágil y moreno. Las manos fueron rápidamente a la culata de sus pistolas; pero por lo demás no se produjo ningún movimiento entre los oficiales. En primer lugar, miraron asombrados al hombre blanco semidesnudo que se hallaba allí de pie, con la luz de la lumbre jugueteando en sus redondeados músculos; se fijaron en el primitivo atuendo y en el armamento igualmente primitivo y luego todos los ojos se volvieron al coronel.

—¿Quién diablos es usted, señor? —espetó ese oficial.

—Tarzán de los Monos —respondió el recién llegado.

—¡Oh, Greystoke! —exclamó un comandante, dando un paso al frente y tendiéndole la mano.

—Preswick —reconoció Tarzán al coger la mano que le ofrecía el otro.

—Al principio no le he reconocido —se disculpó el comandante—. La última vez que le vi fue en Londres e iba usted vestido con traje de etiqueta. Tenía un aspecto bastante distinto… caramba, tendrá que admitirlo.

Tarzán sonrió y se volvió al comandante Preswick, quien rápidamente se puso a la altura de las circunstancias y presentó al hombre-mono a su coronel y a sus compañeros. Tarzán les contó brevemente lo que le había hecho ir en solitario en persecución de los alemanes.

—¿Y ha venido para unirse a nosotros? —preguntó el coronel.

Tarzán hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No de forma regular —respondió—. Tengo que pelear a mi manera; pero puedo ayudarles. Siempre que lo desee puedo penetrar en las líneas alemanas.

Capell sonrió y meneó la cabeza.

—No es tan fácil como cree —dijo—. La última semana perdí a dos buenos oficiales intentándolo, y eran hombres expertos; los mejores del Departamento de Inteligencia.

—¿Es más difícil que penetrar en las líneas británicas? —preguntó Tarzán.

El coronel iba a responder cuando un nuevo pensamiento acudió a su mente y miró con aire desconcertado al hombre-mono.

—¿Quién le ha traído aquí? —preguntó—. ¿Quién le ha dejado pasar por nuestros puestos avanzados?

—He cruzado las líneas alemanas y las de ustedes y he pasado por su campamento —respondió—. Pregunte si alguien me ha visto.

—Pero ¿quién le ha acompañado? —insistió Capell.

—He venido solo —respondió Tarzán, y añadió, irguiéndose—: Ustedes, los hombres de la civilización, cuando vienen a la jungla, son como muertos entre los vivos. Manu, el mono, es un sabio en comparación. Me maravilla incluso que existan; sólo su número, sus armas y su poder de razonamiento les han salvado. Si yo tuviera a un centenar de grandes simios con su poder de razonamiento, podría llevar a los alemanes al océano tan deprisa como el resto pudiera llegar a la costa. La suerte para ustedes es que esas tontas bestias no pueden asociarse. Si pudieran, los hombres serían eliminados de África para siempre. Pero bueno, ¿puedo ayudarles? ¿Les gustaría saber dónde están escondidos varios emplazamientos de ametralladoras?

El coronel le aseguró que sí, y unos instantes después Tarzán había trazado el mapa de la localización de tres que habían estado molestando a los ingleses.

—Hay un punto débil aquí —dijo, poniendo un dedo sobre el mapa—. Está protegido por negros; pero las ametralladoras de enfrente las manejan blancos. Si… ¡espere! Tengo un plan. Pueden llenar esa trinchera con sus hombres y atacar las trincheras de la derecha con sus propias ametralladoras.

El coronel Capell sonrió y meneó la cabeza.

—Parece muy fácil —dijo.

—Lo es… para mí —replicó el hombre-mono—. Puedo vaciar esa sección de trinchera sin un disparo. Me crié en la jungla, conozco a la gente de la jungla, los gomangani y los otros. Búsquenme la segunda noche —y se volvió para marcharse.

—Espere —dijo el coronel—. Enviaré a un oficial para que le acompañe a cruzar las líneas.

Tarzán sonrió y se alejó. Cuando abandonaba el pequeño grupo del cuartel general pasó por delante de una pequeña figura envuelta en un grueso abrigo de oficial. Llevaba el cuello subido y la visera de la gorra militar calada hasta los ojos; pero cuando pasó junto al hombre-mono, la luz de la fogata iluminó por un instante las facciones de aquella figura, revelando a Tarzán un rostro vagamente familiar. Sin duda, algún oficial que conoció en Londres, supuso, y siguió su camino a través del campamento británico y las líneas británicas sin que los atentos centinelas del puesto avanzado se enteraran.

Pasó casi toda la noche moviéndose por las estribaciones del Kilimanjaro, siguiendo por instinto un camino desconocido, pues adivinaba que lo que buscaba lo hallaría en alguna boscosa ladera, más arriba de donde había llegado en sus otros recientes viajes por esta región, para él poco conocida. Tres horas antes del amanecer, su fino olfato le alertó de que en algún punto cercano encontraría lo que quería, de modo que trepó a un alto árbol y se acomodó dispuesto a dormir unas horas.

CAPÍTULO IV

CUANDO EL LEÓN COMIÓ

KUDU, el sol, se hallaba alto cuando Tarzán despertó. El hombre-mono estiró sus gigantescos miembros, se pasó los dedos por su espeso cabello y descendió con agilidad a tierra. Inmediatamente tomó el sendero que había ido a buscar, siguiéndolo por el olor hasta un profundo barranco. Ahora avanzaba con cautela, pues su olfato le indicaba que la presa estaba cerca, y desde una rama que sobresalía miró abajo y vio a Horta, el verraco, y a otros muchos de su especie. Tarzán cogió su arco, eligió una flecha, la colocó y, tirando de ella hacia atrás, apuntó al más voluminoso de los grandes cerdos. El hombre-mono sujetaba otras flechas con los dientes, y en cuanto la primera salió volando, preparó otra y la disparó. Al instante se armó un revuelo entre los cerdos, sin saber por dónde amenazaba el peligro. Al principio se quedaron estúpidamente donde estaban, y luego empezaron a correr hacia todos lados hasta que seis de ellos cayeron muertos o moribundos; después, con un coro de gruñidos y chillidos, huyeron a todo correr y desaparecieron enseguida en los espesos matorrales.

Tarzán descendió entonces del árbol, remató a los que aún no estaban muertos y despellejó los cuerpos. Mientras trabajaba, con rapidez y gran habilidad, ni tarareaba ni silbaba como hace el hombre corriente de la civilización. Difería de los otros hombres en numerosos pequeños detalles como éste, debido, probablemente, a que había pasado sus primeros años de vida en la jungla. Las bestias de la jungla entre las que se había criado eran juguetonas hasta la madurez, pero raras veces después. Los otros simios, en especial los machos, se volvían fieros y hoscos cuando se hacían mayores. La vida era un asunto serio durante las épocas de escasez; había que pelear para asegurarse una ración de comida, y la costumbre que se adquiría duraba toda la vida. Cazar para comer era la tarea vital de las crías de la jungla, y una tarea vital es algo que no hay que abordar con frivolidad

ni perseguir con ligereza. De modo que Tarzán realizaba con seriedad todo trabajo, aunque aún conservaba lo que las otras bestias perdían al hacerse mayores: el sentido del humor, al que daba rienda suelta cuando estaba animado para ello. Era un humor severo y a veces horrible; pero satisfacía a Tarzán.

Además, si cantara y silbara mientras trabajaba en tierra, la concentración sería imposible. Tarzán poseía la capacidad de concentrar cada uno de sus cinco sentidos en lo que estaba haciendo en aquel momento. Ahora despellejaba los cerdos y sus ojos y sus dedos trabajaban como si no existiera en el mundo nada más que aquellos seis animales muertos, pero sus oídos y su nariz estaban ocupados en otra parte, los primeros explorando la selva que le rodeaba y la última analizando cada céfiro que soplaba. Fue su nariz lo que primero descubrió que se acercaba Sabor, la leona, cuando el viento cambió momentáneamente de dirección.

Tan claramente como si la hubiera visto con sus ojos, Tarzán sabía que la leona había captado el olor de los cerdos recién matados y de inmediato había seguido el viento en su dirección. Sabía por la fuerza del rastro de olor y la velocidad del viento a qué distancia se encontraba más o menos y que se acercaba a él por detrás. Estaba terminando el último cerdo y no se apresuró. Los cinco pellejos yacían en el suelo, cerca de él —tuvo buen cuidado de mantenerlos juntos y no lejos— y un gran árbol agitaba sus ramas bajas sobre él.

Ni siquiera volvió la cabeza, pues sabía que el animal aún no se hallaba a la vista; pero aguzó sus oídos un poco más para captar el primer ruido que indicara su proximidad. Cuando sacó el último pellejo se levantó. Ahora oyó a Sabor en los arbustos, detrás de él, pero aún no demasiado cerca. Recogió tranquilamente los seis pellejos y uno de los animales muertos y, cuando la leona apareció entre los troncos de dos árboles, dio un salto hasta el ramaje que estaba sobre él. Allí colgó los pellejos en una rama, se sentó cómodamente en otra y procedió a satisfacer su hambre. Sabor se acercaba con sigilo, gruñendo, desde el matorral, lanzó una mirada cauta hacia el hombre-mono y luego cayó sobre el animal muerto más próximo.

Tarzán miró abajo y sonrió, recordando una discusión que en una ocasión había sostenido con un famoso cazador de caza mayor que declaró que el rey de las bestias sólo comía lo que él mismo mataba. Tarzán sabía que no era así, pues había visto a Numa y a Sabor inclinarse incluso sobre la carroña.

Después de llenar su estómago, el hombre-mono empezó a trabajar con los pellejos, todos ellos grandes y fuertes. Primero cortó tiras de unos cuatro centímetros de ancho. Cuando tuvo un número suficiente de estas tiras unió dos de los pellejos, después hizo unos agujeros cada ocho o diez centímetros en todo el borde. Pasando otra tira por estos agujeros obtuvo una gran bolsa con cordón. De manera similar confeccionó otras cuatro bolsas, más pequeñas, con los cuatro restantes pellejos, y aún le sobraron varias tiras.

Una vez hecho todo esto, arrojó un fruto grande y jugoso a Sabor, escondió lo que quedaba del cerdo en una horcajadura del árbol y partió hacia el sudoeste a través de los terraplenes intermedios de la selva, acarreando las seis bolsas. Fue directo al borde del barranco donde dejó prisionero a Numa, el león. Se acercó al margen con gran cautela y atisbó abajo. Numa no estaba a la vista. Tarzán oliscó y escuchó. No oyó nada, sin embargo sabía que Numa tenía que estar dentro de la cueva. Esperaba que el animal estuviera durmiendo; gran parte de lo que planeaba dependía de que Numa no le descubriera.

Con precaución se inclinó sobre el borde del acantilado y, sin hacer ni un solo ruido, inició el descenso hacia el fondo del barranco. Se detenía a menudo y volvía sus aguzados ojos y oídos en dirección a la boca de la cueva, al otro extremo del barranco, a unas decenas de metros de distancia. A medida que se acercaba a la base del acantilado, el peligro aumentaba. Si pudiera llegar abajo y cubrir la mitad de la distancia que le separaba del árbol que se erguía en el centro del barranco, se sentiría comparativamente a salvo, pues entonces, aunque Numa apareciera, sabía que podría llegar o hasta el acantilado o hasta el árbol, pero escalar los primeros nueve o diez metros lo bastante deprisa para eludir a la bestia requeriría correr al menos seis metros en un principio, ya que cerca de la base no había buenos puntos donde agarrarse ni con las manos ni con los pies; tendría que subir corriendo los primeros seis metros, como una ardilla trepando a un árbol, en otra ocasión en que había vencido a un enfurecido Numa.

Al fin estuvo en el suelo del barranco. Silencioso como un espíritu desencarnado avanzó hacia el árbol. Se hallaba a medio camino y no había señales de Numa. Llegó al tronco lleno de marcas del que el hambriento león había devorado la corteza e incluso arrancado trozos de madera, y Numa seguía sin aparecer. Cuando se acercó a las ramas inferiores empezó a preguntarse si, después de todo, Numa estaba en la cueva. ¿Sería posible

que hubiera forzado la barrera de rocas con que Tarzán había tapado el otro extremo del pasadizo, donde se abría al mundo exterior de la libertad? ¿O acaso Numa había muerto? El hombre-mono dudaba de que esto último fuera cierto, ya que dio al león el cuerpo entero de un ciervo y una hiena tan sólo unos días antes; no podía haber muerto de hambre en tan breve espacio de tiempo, mientras el pequeño riachuelo que cruzaba el barranco le abastecía de agua en abundancia.

Tarzán empezó a descender y a investigar la caverna cuando se le ocurrió que se ahorraría esfuerzos si tentaba a Numa a salir. Sin pensárselo dos veces, lanzó un gruñido bajo. Inmediatamente fue recompensado con el sonido de un movimiento dentro de la cueva y un instante después, un león ojeroso y de ojos desorbitados se precipitó al exterior dispuesto a enfrentarse con el mismo diablo si era comestible. Cuando Numa vio a Tarzán, gordo y lustroso, encaramado en el árbol, se convirtió de pronto en la personificación de la peor furia. Sus ojos y su hocico le indicaban que ésta era la criatura responsable del apuro en que se hallaba, y también que esta criatura era buena para comer. El león, frenético, trató de trepar por el tronco del árbol. Dos veces saltó lo suficientemente alto para alcanzar las ramas inferiores con las patas, pero en ambas ocasiones cayó al suelo de espalda. Cada vez estaba más furioso. Sus gruñidos y rugidos eran incesantes y horribles y Tarzán permaneció todo el rato sentado mirando hacia abajo, sonriente, burlándose del animal con el lenguaje de la jungla porque no era capaz de llegar hasta él y regocijándose mentalmente porque Numa estaba perdiendo sus ya mermadas fuerzas.

Por fin el hombre-mono se puso en pie y desenrolló su cuerda de hierba. Colocó los espirales con cuidado en su mano izquierda y el lazo en la derecha, luego tomó posición con cada pie en dos ramas que quedaban más o menos en el mismo plano horizontal y pegó la espalda al tronco del árbol. Allí se quedó lanzando insultos a Numa hasta que la bestia volvió a saltar furiosa hacia él, y cuando Numa se levantó del suelo, el lazo cayó rápidamente sobre su cabeza y en torno a su cuello. Un movimiento rápido de la mano de Tarzán que sostenía la cuerda tensó el espiral, y cuando Numa resbaló y se cayó de espaldas al suelo, sólo las patas traseras lo tocaban, pues el hombre-mono lo tenía colgado del cuello.

Moviéndose despacio, Tarzán avanzó por las dos ramas apartando a Numa para que no pudiera llegar con sus furiosas garras al tronco del árbol; luego ató firmemente la cuerda, después de arrastrar al león por el suelo,

dejó caer sus cinco bolsas de piel de cerdo y saltó. Numa daba golpes frenéticos a la cuerda con sus garras delanteras. En cualquier momento podía romperla y, por tanto, Tarzán tenía que trabajar rápido.

Primero pasó la bolsa más grande por encima de la cabeza de Numa y la ató alrededor de su cuello con el cordón; luego, tras considerable esfuerzo, durante el que apenas escapó a ser despedazado por las potentes pezuñas del animal, consiguió atar a Numa como un cerdo, juntando sus cuatro patas y atándoselas en esa posición con las tiras de pellejo de los cerdos.

Para entonces los esfuerzos del león casi habían cesado; era evidente que se estaba estrangulando rápidamente, y como eso no convenía para nada al objetivo del tarmangani, éste saltó de nuevo al árbol, desató la cuerda desde arriba y descendió el león al suelo adonde inmediatamente le siguió y aflojó el lazo que rodeaba el cuello de Numa. Sacó su cuchillo de caza e hizo dos orificios redondos en la parte delantera de la bolsa, donde el león tenía los ojos, con el doble propósito de permitirle ver y darle suficiente aire para respirar.

Hecho esto Tarzán se afanó preparando las otras bolsas, una sobre cada una de las patas formidablemente armadas de Numa. Las de las patas traseras las ató no sólo apretando los cordones de la bolsa sino que improvisó unos jarretes que ató con fuerza en torno a las patas por encima de las corvejas. Aseguró las bolsas de las patas delanteras en su lugar de modo similar, por encima de las grandes rodillas. Ahora Numa, el león, estaba verdaderamente reducido a la mansedumbre de Bara, el ciervo.

Por ahora Numa mostraba signos de volver a la vida. Jadeó para recuperar el aliento y se retorció; pero las tiras de pellejo de cerdo que le sujetaban las cuatro patas eran numerosas y estaban bien atadas. Tarzán las observó y estaba seguro de que aguantarían; sin embargo Numa tenía fuertes músculos y siempre existía la posibilidad de que se liberara de sus ataduras, tras lo cual todo dependería de la eficacia de las bolsas y cordones de Tarzán.

Cuando Numa recuperó el aliento y fue capaz de rugir para expresar su protesta y su rabia, sus forcejeos alcanzaron proporciones titánicas en breve tiempo; pero como los poderes de resistencia que posee el león no son en modo alguno proporcionales a su tamaño y fuerza, pronto se cansó y se tumbó. Entre renovados gruñidos y otro intento inútil de liberarse, Numa se vio obligado a someterse a la indignidad de tener una cuerda atada

alrededor del cuello; pero esta vez no había lazo que pudiera estrecharse y estrangularle, sino un nudo de bolina, que no se aprieta ni desliza con la tensión.

Tarzán ató el otro extremo de la cuerda al tronco del árbol; luego se apresuró a cortar las ataduras de las patas de Numa y saltó a un lado cuando la bestia se puso en pie. Por un momento el león permaneció con las patas extendidas; luego levantó primero una garra y después otra, sacudiéndolas enérgicamente en un esfuerzo por deshacerse del calzado que Tarzán le había colocado. Por último empezó a dar zarpazos a la bolsa que le cubría la cabeza. El hombre-mono, con la lanza preparada, observaba atentamente los esfuerzos de Numa. ¿Resistirían las bolsas? Eso esperaba o todo su trabajo resultaría inútil.

A medida que las cosas que le cubrían la cara y las patas resistían todos sus esfuerzos por sacárselas, Numa se fue poniendo frenético. Rodaba por el suelo forcejeando, mordiendo, arañando y rugiendo; se puso en pie de un brinco y saltó en el aire; atacó a Tarzán, sólo para quedarse parado de pronto cuando la cuerda atada al árbol se tensó. Luego Tarzán avanzó y le dio unos golpecitos en la cabeza con la punta de su lanza. Numa se irguió sobre las patas traseras y golpeó al hombre-mono, y a cambio recibió una bofetada en una oreja que le hizo retroceder de costado. Cuando reinició el ataque volvió a ser arrojado al suelo. Después del cuarto esfuerzo el rey de las fieras pareció resignarse a haber encontrado dueño, bajó la cabeza y la cola y cuando Tarzán avanzó hacia él retrocedió, aunque no dejó de gruñir.

Tarzán dejó a Numa atado al árbol y entró en el túnel, del cual retiró la barricada del extremo opuesto; después, regresó al barranco y se dirigió directo al árbol con grandes pasos. Numa estaba echado en el suelo en su camino, y cuando Tarzán se acercó gruñó amenazadoramente. El hombre-mono lo apartó de una patada y desató la cuerda del árbol. Luego siguió media hora de tenaz lucha mientras Tarzán se esforzaba por llevar a Numa a través del túnel delante de él, y Numa se negaba insistentemente a ser conducido. Al fin, sin embargo, a fuerza del uso sin limitaciones de la punta de su lanza, el hombre-mono logró obligar al león a avanzar delante de él y al final le hizo entrar en el pasadizo. Una vez dentro, el problema fue más sencillo, ya que Tarzán seguía de cerca a su presa con la afilada punta de su lanza, incentivo suficiente para que el león siguiera moviéndose hacia adelante. Si Numa vacilaba, era aguijoneado. Si retrocedía, el resultado era extremadamente doloroso y, como era un león sabio que

aprendía rápido, decidió seguir adelante y al llegar al final del túnel, al salir al mundo exterior, percibió la libertad, alzó la cabeza y la cola y echó a correr.

Tarzán, que aún estaba a cuatro patas en el interior de la cueva, junto a la entrada, fue pillado por sorpresa, por lo que cayó de bruces y fue arrastrado un centenar de metros por el rocoso terreno antes de que pudiera detener a Numa. Cuando Tarzán logró ponerse en pie estaba lleno de rasguños y, por añadidura, furioso. Al principio se sintió tentado a castigar a Numa; pero como el hombre-mono raras veces dejaba que su genio le guiara sin la intervención de la razón, rápidamente abandonó la idea.

Como había enseñado a Numa los rudimentos del arte de ser conducido, ahora le urgió a avanzar y comenzó el viaje más extraño que la historia no escrita de la jungla contiene. El balance de aquel día estuvo lleno de acontecimientos tanto para Tarzán como para Numa. Desde la franca rebelión inicial el león atravesó diferentes fases de terca resistencia y obediencia a su pesar hasta la rendición final. Era un león muy cansado, hambriento y sediento cuando llegó la noche; pero no hubo comida para él ni aquel día ni el siguiente; Tarzán no osaba arriesgarse a quitarle la bolsa de la cabeza, aunque efectuó otro orificio que le permitía a Numa calmar su sed poco después de oscurecer. Luego lo ató a un árbol, buscó comida para él y se estiró entre las ramas por encima de su cautivo para dormir unas horas.

Al día siguiente muy temprano reanudaron su viaje, serpenteando por las estribaciones bajas al sur del Kilimanjaro, hacia el este. Las bestias de la jungla que les veían les echaban un vistazo y huían. El rastro de olor de Numa bastaría para provocar la huida de muchos de los animales inferiores, pero la vista de esta extraña aparición que olía como un león pero no se asemejaba a nada que hubieran visto nunca, conducido a través de la jungla por un gigantesco tarmangani, era demasiado incluso para los habitantes más formidables de la selva.

Sabor, la leona, reconoció de lejos el olor de su amo y señor mezclado con el de un tarmangani y el pellejo de Horta, el verraco, y trotó por los senderos de la selva para investigar. Tarzán y Numa la oyeron venir, pues lanzaba un gemido quejumbroso e interrogativo al despertar su curiosidad y sus temores la extraña mezcla de olores, pues los leones, por terribles que puedan parecer, a menudo son animales tímidos y Sabor, como era del sexo más débil, también solía ser, naturalmente, curiosa.

Tarzán cogió su lanza, pues sabía que ahora era fácil que tuviese que pelear para conservar su presa. Numa se detuvo y volvió su ultrajada cabeza en la dirección por donde se acercaba la hembra. Lanzó un profundo gruñido que fue casi un ronroneo. Tarzán estaba a punto de volver a aguijonearle cuando Sabor apareció a la vista, y detrás de ella el hombre-mono vio algo que le hizo detenerse al instante: cuatro leones adultos que seguían a la leona.

Incitar a Numa entonces a la resistencia activa podría hacer que todo el grupo se lanzara sobre él, por eso Tarzán esperó para saber antes cuál sería la actitud de los animales. No tenía idea de cómo soltar a su león sin librar una batalla; pero conociendo como conocía a los leones, sabía que no podía estar seguro de qué harían los recién llegados.

La leona era joven y tenía buen aspecto, y los cuatro machos estaban en la flor de su vida; eran los leones más bellos que jamás había visto. Tres de los machos estaban provistos de una melena escasa, pero uno, el que iba, delante, lucía una espléndida cabellera negra que ondeaba al viento mientras se acercaba trotando con paso majestuoso. La leona se paró a unos treinta metros de Tarzán, mientras los leones la sobrepasaban y se detenían unos metros más cerca. Tenían las orejas erguidas y los ojos llenos de curiosidad. Tarzán ni siquiera podía adivinar qué harían. El león que estaba a su lado se puso frente a ellos, permaneciendo ahora en alerta y silencio.

De pronto la leona dejó escapar otro leve gemido, al que el león de Tarzán respondió con un terrible rugido y saltando directo hacia la bestia de la negra cabellera. La vista de esta sobrecogedora criatura con la extraña cara fue demasiado para el león hacia el que había saltado, arrastrando a Tarzán consigo, y con un gruñido el león se volvió y huyó, seguido por sus compañeros y por la hembra.

Numa intentó seguirlos; Tarzán le sujetaba con la cuerda y cuando se volvió hacia él, furioso, le golpeó sin misericordia en la cabeza con su lanza. Sacudiendo la cabeza y gruñendo, el león por fin volvió a moverse en la dirección en que viajaban; pero tardó una hora en olvidar su malhumor. Estaba muy hambriento —en realidad, medio muerto de hambre — y en consecuencia, de muy mal genio, sin embargo se hallaba tan dominado por los heroicos métodos de que disponía Tarzán para domar al león, que ahora caminaba junto al hombre-mono como un enorme perro san Bernardo.

Era de noche cuando ambos llegaron a las líneas británicas, tras un

ligero retraso debido a una patrulla alemana que fue necesario esquivar. A poca distancia de la línea de puestos avanzados de centinelas Tarzán ató a Numa a un árbol y prosiguió solo. Esquivó un centinela, pasó por delante del puesto de guardia y apoyo y, con métodos intrincados, volvió a comparecer en el cuartel general del coronel Capell, donde se presentó ante los oficiales allí reunidos como un espíritu incorpóreo que se materializara en el aire.

Cuando vieron quién era que llegaba así, sin anunciarse, sonrieron y el coronel se rascó la cabeza con expresión de perplejidad.

—Habría que fusilar a alguien por esto —dijo—. Da-ha igual que no estableciéramos un puesto avanzado de vigilancia si un hombre puede filtrarse siempre que lo desea.

Tarzán sonrió.

—No les eche la culpa a ellos —dijo—, porque yo no soy un hombre. Soy tarmangani. Cualquier mangani que deseara hacerlo podría entrar en su campamento cuando quisiera; pero si los tuviera por centinelas nadie podría entrar sin su conocimiento.

—¿Qué son los mangan? —preguntó el coronel—. Quizá podríamos alistar a unos cuantos.

Tarzán meneó la cabeza.

—Son los grandes simios —explicó—, mi gente; pero no le servirían. No son capaces de concentrarse suficiente tiempo para tener una sola idea. Si les dijera esto, estarían muy interesados un rato, incluso podrían mantener su interés el tiempo suficiente para venir aquí a que les explicaran sus obligaciones; pero pronto perderían el interés y cuando ustedes los necesitaran, la mayoría estarían en la selva buscando insectos en lugar de estar vigilando sus puestos. Tienen la mente de un niño pequeño; por eso permanecen donde están.

—A ellos los denominas mangani, y a ti tarmangani; ¿cuál es la diferencia? —preguntó el comandante Preswick.

—*Tar* significa 'blanco' —respondió Tarzán—, y *mangar*, 'gran simio'. Mi nombre, el nombre que me dieron en la tribu de Kerchak, significa piel blanca. Cuando yo era un pequeño *balu* mi piel, supongo, debía de verse muy blanca en contraste con el hermoso pelaje negro de Kaln, mi madrastra, y por eso me llamaron Tarzán, el tarmangani. También a ustedes los llaman tarmangani —añadió, sonriendo.

Capell sonrió.

—No es ningún reproche, Greystoke —dijo—, y, por Dios, seria una nota de distinción que un tipo pudiera hacer ese papel. Y ahora, ¿qué me dice de su plan? ¿Aún cree que puede vaciar la trinchera que hay frente a nuestro sector?

—¿Todavía la tienen gomangani? —preguntó Tarzán.

—¿Qué son gomangani? —quiso saber el coronel—. La tienen tropas nativas, si es eso a lo que se refiere.

—Sí —respondió el hombre-mono—, los gomangani son los grandes simios negros.

—¿Qué pretende hacer y qué quiere que hagamos nosotros? —preguntó Capell.

Tarzán se acercó a la mesa y puso un dedo sobre el mapa.

—Aquí hay un puesto de escucha —dijo—; tienen una ametralladora en él. Un túnel lo conecta con esta trinchera de aquí —su dedo se movía de un lugar a otro en el mapa mientras hablaba—. Denme una bomba y cuando oigan que explota en este puesto de escucha, haga que sus hombres empiecen a cruzar lentamente el terreno neutral. Entonces oirán un gran alboroto en la trinchera enemiga; pero no tienen que apresurarse y, hagan lo que hagan, que se acerquen sin hacer ruido. También podría advertirles que quizá yo esté en la trinchera y que no me importa que me disparen o me claven una bayoneta.

—¿Y eso es todo? —preguntó Capell, después de ordenar a un oficial que diera una granada de mano a Tarzán—. ¿Vaciará la trinchera usted solo?

—No exactamente solo —respondió Tarzán con una sonrisa torva—, pero la vaciaré y, por cierto, si lo prefiere sus hombres pueden entrar por el túnel que se abre en el puesto de escucha. Dentro de aproximadamente media hora, coronel —y se dio la vuelta y se marchó.

Cuando cruzaba el campamento apareció de pronto en la pantalla de su memoria, sin duda alguna, conjurada por algún resto de su anterior visita al cuartel general, la imagen del oficial que se cruzó con él al dejar al coronel la otra vez, y simultáneamente reconoció el rostro que se le reveló a la luz de la fogata. Meneó la cabeza, dudando. No, no podía ser, y sin embargo las facciones del joven oficial eran idénticas a las de fräulein Kircher, la espía alemana que vio en el cuartel general alemán la noche en que se llevó al comandante Schneider delante de las narices del general alemán y su estado mayor.

Pasada la última línea de centinelas, Tarzán avanzó rápidamente en la dirección donde se encontraba Numa, el león. La bestia estaba tumbada cuando Tarzán se acercó, pero se levantó cuando el hombre-mono llegó junto a él. Un leve gemido escapó de sus labios. Tarzán sonrió al reconocer en la nueva nota casi una súplica; era más el gañido de un perro hambriento implorando comida que la voz del orgulloso rey de la selva.

—Pronto matarás… y comerás —murmuró en la lengua vernácula de los grandes simios.

Desató la cuerda del árbol y, con Numa a su lado, cerca, penetró en terreno neutral. Se oían pocos disparos de rifle y sólo un proyectil ocasional atestiguaba la presencia de artillería detrás de las líneas contrarias. Como los proyectiles de ambos bandos caían muy por detrás de las trincheras, no constituían ninguna amenaza para Tarzán, pero el ruido que hacía y el del fuego de fusilería producían un marcado efecto en Numa, que se agazapaba, temblando, cerca del tarmangani como si buscara protección.

Las dos bestias avanzaron con cautela hacia el puesto de escucha de los alemanes. En una mano Tarzán llevaba la bomba que los ingleses le habían dado, y en la otra la cuerda enrollada atada al león. Tarzán vio el puesto a unos metros. Sus aguzados ojos percibieron la cabeza del centinela de guardia. El hombre-mono agarró la bomba firmemente en su mano derecha, midió la distancia con los ojos y juntó los pies; luego, con un solo movimiento se levantó y arrojó la bomba, echándose inmediatamente al suelo.

Cinco segundos más tarde hubo una terrible explosión en el centro del puesto de escucha. Numa dio un brinco nervioso e intentó separarse; pero Tarzán lo sujetó y, tras ponerse en pie de un salto, echó a correr arrastrando al león tras de sí. En el límite del puesto vio pocas muestras de que aquel puesto hubiera estado ocupado, pues sólo quedaban unos fragmentos de carne desgarrada. Lo único que no quedó destruido era una ametralladora que estaba protegida por sacos de arena.

No había tiempo que perder. Arrastrarse por el túnel de comunicación podría ser un alivio, pues ya debía de ser evidente para los centinelas de las trincheras alemanas que el puesto de escucha había sido destruido. Numa titubeaba en seguir a Tarzán al interior de la excavación; pero el hombre-mono, que no estaba de humor para contemporizar, le dio un brusco tirón. Ante ellos se encontraba la boca del túnel que conducía del terreno neutral a las trincheras alemanas. Tarzán fue empujando a Numa para que avanzara

hasta que su cabeza estuvo casi en la abertura; luego, como si se lo hubiera pensado mejor, se volvió con rapidez, cogió la ametralladora del parapeto y la colocó en la parte inferior del orificio que tenía más cerca, tras lo cual se volvió de nuevo a Numa y con su cuchillo cortó rápidamente las ataduras que sujetaban las bolsas de las patas delanteras. Antes de que el león pudiera saber que una parte de su formidable armamento estaba otra vez libre para actuar, Tarzán le cortó la cuerda del cuello y le quitó la bolsa de la cabeza, cogió al león por detrás y lo empujó hacia la boca del túnel.

Entonces Numa se detuvo bruscamente, sólo para sentir el agudo aguijoneo de la punta del cuchillo de Tarzán en sus cuartos traseros. Provocándole, el hombre-mono logró por fin que el león entrara lo suficiente en el túnel para que no tuviera oportunidad de escapar más que yendo hacia adelante o retrocediendo deliberadamente contra la afilada hoja que tenía detrás. Entonces Tarzán cortó las bolsas de las grandes patas traseras, colocó su hombro y la punta de su cuchillo contra el trasero de Numa, clavó los dedos de los pies en la tierra suelta producida por la explosión de la bomba, y empujó.

Al Principio Numa avanzó centímetro a centímetro. Primero gruñía y después se puso a rugir. De pronto dio un salto hacia adelante y Tarzán supo que había captado el olor de la comida que le esperaba más adelante. Arrastrando la ametralladora a su lado el hombre-mono siguió rápidamente al león, cuyos rugidos oía claramente mezclados con los inconfundibles gritos de hombres aterrorizados. De nuevo una sonrisa torva asomó a los labios de este hombre bestia.

—Ellos asesinaron a mi waziri —masculló—; crucificaron a Wasimbu, hijo de Muviro.

Cuando Tarzán llegó a la trinchera y salió no había nadie a la vista en aquella zona, ni en la siguiente, ni en la siguiente, y siguió corriendo en dirección al centro alemán; pero en la cuarta zona vio a una docena de hombres agolpados en el rincón del fondo, mientras saltando sobre ellos y desgarrándolos con zarpas y colmillos se encontraba Numa, terrorífica personificación de la ferocidad y el hambre voraz.

El motivo que retenía a los hombres por fin cedió a los esfuerzos que realizaban peleando como locos unos con otros para escapar a esta horrible criatura, que desde su infancia les había llenado de terror, y volvieron a retroceder. Algunos treparon por el parapeto prefiriendo los peligros del terreno neutral a esta otra espantosa amenaza.

Cuando los británicos avanzaron hacia las trincheras alemanas, encontraron a unos negros aterrados que corrieron a sus brazos dispuestos a rendirse. El pandemonio que se había desatado en la trinchera tudesca resultaba evidente para los rodesianos no sólo por el aspecto de los desertores, sino por los ruidos de hombres vociferantes y profiriendo maldiciones que llegaban a los oídos con toda claridad; pero había uno que les desconcertaba, pues se parecía nada menos que al enfurecido gruñido de un león enojado.

Y cuando por fin llegaron a la trinchera, los que se encontraban más a la izquierda dedos británicos que avanzaban, oyeron una ametralladora que de repente chisporroteaba ante ellos y vieron un enorme león saltar por encima de los parapetos alemanes, con el cuerpo de un soldado tudesco, que no cesaba de gritar, entre sus fauces, que desapareció en las sombras de la noche, mientras agazapado a su izquierda se hallaba Tarzán de los Monos con una ametralladora delante, con la que estaba atacando las trincheras alemanas en toda su longitud.

Los rodesianos que iban delante vieron algo más; vieron un corpulento oficial alemán salir de una trinchera que se hallaba justo detrás del hombre-mono. Le vieron coger un fusil abandonado con la bayoneta calada y arrastrarse con sigilo hacia Tarzán, que aparentemente no se daba cuenta de ello. Avanzaron corriendo, lanzando gritos de advertencia; pero con el escándalo que había en las trincheras y el estruendo de la ametralladora sus voces no le llegaban. El alemán saltó sobre el parapeto que tenía detrás; las regordetas manos levantaron la culata del rifle para dejarla caer sobre la espalda desnuda del hombre, y entonces, como se mueve Ara, el relámpago, se movió Tarzán de los Monos.

No fue un hombre lo que saltó sobre aquel oficial alemán, apartando de un golpe la afilada bayoneta como se podría apartar una paja de la mano de un bebé; fue una bestia feroz de cuyos labios salvajes surgió el rugido de un animal salvaje, pues cuando aquel extraño sentido que Tarzán compartía con las otras criaturas criadas en la jungla le advirtió de la presencia que había detrás de él y se giró en redondo para recibir el ataque, sus ojos vieron las insignias del cuerpo y regimiento en la camisa del hombre; eran las mismas que lucían los asesinos de su esposa y su gente, los que le habían despojado de su hogar y de su felicidad.

Fue una bestia salvaje cuya dentadura se cerró en el hombro del tudesco; una bestia salvaje cuyas garras buscaron aquel gordo cuello. Y

entonces los chicos del 2° Regimiento rodesiano vieron aquello que perduraría para siempre en su memoria. Vieron al gigantesco hombre-mono levantar al corpulento alemán del suelo y zarandearlo como haría un gato con un ratón, como Sabor, la leona, hacía a veces con su presa. Vieron los ojos del tudesco que se desorbitaban horrorizados mientras en vano golpeaba con sus inútiles manos el masivo pecho y la cabeza de su atacante. De pronto vieron que Tarzán le daba la vuelta al hombre y colocaba una rodilla en medio de su espalda y un brazo en torno a su cuello, doblando sus hombros lentamente hacia atrás. Las rodillas del alemán cedieron y se desplomó sobre ellas; pero aquella irresistible fuerza aún le doblaba más y más. Gritó de dolor unos instantes; luego se oyó un chasquido y Tarzán arrojó a un lado una cosa inerte y sin vida.

Los rodesianos avanzaron hacia Tarzán, con un grito de aliento en sus labios, grito que jamás fue proferido, un grito que se les paralizó en la garganta; pues en aquel momento Tarzán puso un pie sobre el cuerpo de su víctima, levantó su rostro a los cielos y lanzó el extraño y aterrador grito de victoria del simio macho.

El subteniente Von Goss estaba muerto.

Sin echar una mirada a los sobrecogidos soldados, Tarzán saltó de la trinchera y se marchó.

CAPÍTULO V

EL MEDALLÓN DE ORO

EL MERMADO ejército británico en África oriental, tras sufrir graves derrotas a manos de unas fuerzas numéricamente muy superiores, por fin fue reconocido. La ofensiva alemana había sido contrarrestada y los tudescos se retiraban ahora lenta pero inexorablemente por la vía férrea, hacia Tanga. La ruptura de las líneas alemanas siguió a la eliminación de una sección de sus trincheras del flanco izquierdo de soldados por parte de Tarzán y Numa, el león, aquella memorable noche en que el hombre-mono soltó a un hambriento devorador de hombres entre los supersticiosos y aterrados negros. El 2° Regimiento rodesiano tomó posesión inmediatamente de la trinchera abandonada y desde esta posición su fuego de flanco rastrilló las secciones contiguas de la línea alemana, distracción que hizo posible un triunfal ataque nocturno por parte del resto de las fuerzas británicas.

Habían transcurrido semanas. Los alemanes estaban contendiendo tenazmente cada kilómetro de terreno, sin agua y cubierto de espinos, y aferrándose desesperados a sus posiciones a lo largo de la vía férrea. Los oficiales del 2° Regimiento rodesiano no habían vuelto a ver a Tarzán de los Monos desde que matara al subteniente Von Goss y desapareciera hacia el corazón mismo de la posición alemana, y entre ellos los había que creían que le habrían matado dentro de las líneas enemigas.

—Es posible que le hayan matado —afirmó el coronel Capell—, pero estoy seguro de que jamás le capturarían vivo.

No lo habían hecho, y tampoco le habían matado. Tarzán pasó aquellas semanas de modo placentero y provechoso. Reunió una cantidad considerable de información respecto a la disposición y fuerza de las tropas alemanas, sus métodos de guerra y los diversos modos en que un tarmangani solitario podría molestar a un ejército y reducir su moral.

En esos momentos le estimulaba un deseo específico. Había cierta espía

alemana a quien deseaba capturar viva y llevar a los británicos. Cuando efectuó su primera visita al cuartel alemán, vio a una mujer joven que entregaba un papel al general, y posteriormente vio a esa misma joven dentro de las líneas británicas, vestida con el uniforme de oficial británico. Las conclusiones resultaban obvias: se trataba de una espía.

Y así, Tarzán merodeó por el cuartel general de los alemanes muchas noches, esperando volver a verla o captar alguna pista de su paradero, y al mismo tiempo utilizó muchos trucos para aterrorizar a los alemanes. Que lo lograba quedaba demostrado a menudo por los fragmentos de conversación que oía sin querer mientras rondaba por los campamentos alemanes. Una noche, mientras yacía oculto en los arbustos cerca del cuartel general de un regimiento, escuchó la conversación de varios oficiales boches. Uno de los hombres refirió las historias contadas por las tropas nativas en relación con su huida precipitada de un león varias semanas atrás y la aparición simultánea en sus trincheras de un gigante blanco, desnudo, que, aseguraban, era algún demonio de la jungla.

—Debía de ser el mismo tipo que saltó al interior del cuartel general del estado mayor y se llevó a Schneider —afirmó uno—. Me pregunto cómo logró identificar a ese pobre comandante. Dicen que la criatura parecía no tener interés más que por Schneider. Tenía a Von Kelter a su alcance, y fácilmente habría podido coger al general mismo; pero hizo caso omiso de todos salvo de Schneider. A él le persiguió por la habitación, le atrapó y se lo llevó. Dios sabe cuál fue su destino.

—El capitán Fritz Schneider tiene una teoría —dijo otro—. Me contó hace tan sólo una semana o dos que él cree que sabe por qué se llevó a su hermano; que fue un caso de confusión de identidad. No estaba seguro de ello hasta que Von Goss resultó muerto, al parecer por la misma criatura, la noche en que el león penetró en las trincheras. Von Goss estaba en compañía de Schneider. Encontraron a uno de los hombres de Schneider con el cuello retorcido la misma noche que se llevó al comandante, y Schneider cree que este diablo va tras él y su mando, que iba tras él aquella noche y se llevó a su hermano por error. Dice que Kraut le contó que, al presentarle el comandante a fräulein Kircher, no bien hubo pronunciado el nombre del primero este hombre salvaje saltó por la ventana y fue por él.

De pronto el pequeño grupo se puso tenso, escuchando.

—¿Qué es eso? —preguntó uno, mirando hacia los arbustos de los que salió un gruñido ahogado cuando Tarzán de los Monos se dio cuenta de

que, por error, el autor del horrible crimen en su cabaña aún vivía; que el asesino de su esposa aún no había sido castigado.

Durante un largo minuto los oficiales permanecieron con los nervios tensos, clavados todos los ojos en los arbustos de los que había surgido el siniestro sonido. Todos recordaban recientes desapariciones misteriosas del núcleo de los campamentos, así como de los solitarios puestos avanzados de guardia. Todos pensaban en los silenciosos muertos que habían visto, a los que casi a la vista de sus compañeros había matado una criatura invisible. Pensaban en las señales que aparecían en la garganta de los muertos —efectuadas con garras o con dedos de gigante, no sabrían decirlo — y en los hombros y yugulares donde se habían clavado unos fuertes dientes; y esperaban con la pistola a punto.

Los arbustos se movieron casi imperceptiblemente y un instante después uno de los oficiales, sin previo aviso, disparó hacia ellos; pero Tarzán de los Monos no estaba allí. En el intervalo entre el movimiento de las plantas y el disparo se había fundido en la noche. Diez minutos más tarde rondaba por los límites de esa parte de campamento, donde vivaqueaban los soldados negros de una compañía indígena dirigida por un tal capitán Fritz Schneider. Los hombres estaban tumbados en el suelo, sin tiendas; pero había tiendas montadas para los oficiales. Tarzán se arrastró hacia éstas. Era un trabajo lento y peligroso, ya que los alemanes estaban ahora alerta ante el misterioso enemigo que se introducía furtivamente en sus campamentos a cobrarse su precio por la noche; sin embargo, el hombre-mono pasó por delante de sus centinelas, eludió la vigilancia de la guardia interior y al fin se arrastró hasta la parte trasera de la línea de los oficiales.

Aquí se pegó al suelo cerca de la tienda más próxima y aguzó el oído. En su interior se oía la respiración regular de un hombre dormido; sólo uno. Tarzán se quedó satisfecho. Cortó con su cuchillo las cuerdas que ataban la faldilla posterior y entró. No hizo ningún ruido. Una hoja cayendo suavemente al suelo en un día sin viento no podría ser más silenciosa. Tarzán se dirigió hacia el costado del hombre dormido y se inclinó sobre él. No podía saber, por supuesto, si era Schneider u otro, ya que nunca había visto a Schneider; pero estaba dispuesto a saberlo e incluso a saber más. Con gentileza zarandeó al hombre por el hombro. El hombre se volvió pesadamente y emitió un gutural gruñido.

—¡Silencio! —ordenó el hombre-mono en un susurro—. Silencio… o

te mato.

El tudesco abrió los ojos. A la débil luz vio una figura gigantesca inclinada sobre él. Ahora una mano fuerte le agarró el hombro y otra se cerró levemente en torno a su garganta.

—No grites —ordenó Tarzán—. Responde a mis preguntas en susurros. ¿Cómo te llamas?

—Luberg —respondió el oficial. Estaba temblando. La extraña presencia de este gigante desnudo le llenaba de pánico. También él recordaba a los hombres asesinados de forma misteriosa en las tranquilas guardias de los campamentos nocturnos—. ¿Qué quieres?

—¿Dónde está el capitán Fritz Schneider? —preguntó Tarzán—. ¿Cuál es su tienda?

—No está aquí —respondió Luberg—. Ayer le enviaron a Wilhelmstal.

—No te mataré… ahora —dijo el hombre-mono—. Primero iré a ver si me has mentido, y si lo has hecho, tu muerte será de lo más terrible. ¿Sabes cómo murió el comandante Schneider?

Luberg hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Yo sí —prosiguió Tarzán—, y no fue una manera agradable de morir…, ni siquiera para un maldito alemán. Ponte boca abajo y tápate los ojos. No te muevas ni hagas ningún ruido.

El hombre hizo lo que Tarzán le ordenaba y en el instante en que desvió los ojos, Tarzán se deslizó fuera de la tienda. Una hora más tarde se encontraba fuera del campamento alemán y se dirigía hacia la pequeña ciudad de Wilhelmstal, el enclave veraniego del gobierno del África oriental alemana.

Fräulein Bertha Kircher se había perdido. Se sentía humillada y enojada; tardaría mucho en admitir que ella, que se enorgullecía de sus conocimientos de la vida en el bosque, se hallaba perdida en esta pequeña parcela del país entre el Pangani y la vía férrea de Tanga. Sabía que Wilhelinstal se encontraba a unos ochenta kilómetros al sudeste, pero, debido a una combinación de circunstancias adversas, se veía incapaz de determinar qué dirección era la sudeste.

En primer lugar, había partido del cuartel general alemán por una carretera bien señalada por la que viajaban tropas, y convencida de que esa carretera la llevaría hasta Wilheimstal. Más tarde se desvió de esa carretera porque le advirtieron que una patrulla británica había bajado por la orilla oeste del Pangani, lo había cruzado al sur de donde se encontraba ella y aún

marchaba sobre la vía férrea en Tonda.

Tras abandonar la carretera se encontró en unos espesos matorrales y como el cielo estaba muy nublado tuvo que recurrir a su brújula, y hasta entonces no descubrió que no la llevaba consigo. Sin embargo, tan segura estaba de sus conocimientos del bosque que prosiguió en la dirección que creía era oeste hasta que hubo recorrido suficiente distancia para estar segura de que, si torcía entonces hacia el sur, podría pasar sana y salva por detrás de la patrulla británica.

Tampoco empezó a albergar ninguna duda hasta mucho después de volver a girar hacia el este, bien al sur, como ella creía, de la patrulla. Era última hora de la tarde y ya debería haber encontrado de nuevo la carretera al sur de Tonda; pero no había ninguna carretera y ahora empezaba a sentir verdadera ansiedad.

Su caballo viajó todo el día sin comer ni beber, se aproximaba la noche y con ella la comprensión de que se hallaba irremediablemente perdida en una región salvaje e impenetrable famosa sobre todo por sus bestias salvajes y moscas tse-tsé. Era enloquecedor saber que no tenía absolutamente ni idea de la dirección en que viajaba, que tal vez se estaba alejando cada vez más de la vía férrea, adentrándose en la lóbrega e imponente región de Pangani; sin embargo era imposible detenerse… tenía que proseguir.

Bertha Kircher no era cobarde, por muchas cosas que fuera; pero cuando la noche empezó a cerrarse en torno a ella no pudo apartar por completo de su mente las imágenes de los terrores que le esperaban durante las largas horas, antes de que el sol disipara la oscuridad estigia —la horrible noche de la jungla— que atrae a todas las criaturas de destrucción que acechan a sus presas.

Justo antes de que anocheciera encontró un claro en la espesura de los matorrales. Había un pequeño grupo de árboles cerca del centro y decidió acampar allí. La hierba era alta y densa, lo que le procuró alimento para su caballo y un lecho para ella, y alrededor de los árboles había madera pequeña más que suficiente para hacer una buena fogata que durara toda la noche. Sacó la silla y la brida de su montura y las dejó al pie de un árbol; luego hizo acercarse a su caballo. Recogió leña menuda y, cuando la oscuridad se hubo aposentado, ya tenía un buen fuego y suficiente leña para que ardiera hasta la mañana siguiente.

De sus alforjas sacó comida fría y de su cantimplora un trago de agua;

no podía permitirse más que un pequeño trago pues no sabía cuánto tiempo tardarla en encontrar más. La llenó de tristeza que su pobre caballo tuviera que pasar sin agua, pues incluso las espías alemanas tienen corazón, y ésta era muy joven y muy femenina.

Ahora era noche cerrada. No había luna ni estrellas y la luz de su fogata sólo acentuaba la negrura que se extendía detrás. Veía la hierba alrededor y los troncos de los árboles que se erguían sobre el sólido fondo de noche impenetrable, y más allá de la luz de la fogata no había nada.

La jungla parecía siniestramente tranquila. Muy a lo lejos oía débilmente los estallidos de la artillería pesada; pero no localizaba su dirección. Aguzó el oído hasta que estuvo a punto de que le estallaran los nervios, pero no logró distinguir de dónde procedía el ruido. Y para ella saberlo significaba mucho, pues las líneas de batalla se hallaban al norte, y si pudiera localizar la dirección de los disparos, sabría hacia dónde ir por la mañana.

¡Por la mañana! ¿Viviría para ver otra mañana? Irguió los hombros y se estremeció. Debía borrar esos pensamientos; pero no se borraban. Valiente, tarareó una melodía mientras acercaba su silla de montar al fuego y arrancaba hierba larga para confeccionarse un cómodo asiento sobre el que extendió la manta de la silla. Luego desató un grueso abrigo militar que llevaba atado a la silla y se lo puso, pues el aire ya era fresco.

Se sentó donde podía apoyarse en la silla de montar y se preparó para mantener una vigilia insomne durante toda la noche. En una hora el silencio sólo fue quebrado por los distantes estampidos de las armas y los ruidos bajos que hacía el caballo al comer y luego, posiblemente a más de un kilómetro de distancia, le llegó el retumbar de un rugido de león. La muchacha dio un brinco y puso una mano en el rifle que tenía a su lado. Un leve estremecimiento recorrió su exiguo esqueleto y sintió la piel de gallina en todo su cuerpo.

Una y otra vez se repitió aquel espantoso sonido y estaba más segura cada vez de que se oía más cerca. Localizó la dirección de este sonido aunque no el de la artillería, pues el origen del primero se hallaba mucho más cerca. El león iba en la dirección del viento y por tanto aún no podía percibir el olor de la muchacha, aunque quizá estuviera aproximándose para investigar el resplandor del fuego que, sin duda, podía verse desde una distancia considerable.

Durante otra media hora, llena de miedo, la muchacha permaneció

sentada, aguzando ojos y oídos en el negro vacío que se extendía más allá de su pequeña isla de luz. Durante todo ese tiempo el león no volvió a rugir; pero ella tenía constantemente la sensación de que se acercaba con cautela. Una y otra vez se sobresaltaba y se volvía para atisbar en la negrura de detrás de los árboles, detrás de ella, mientras sus nervios destrozados conjuraban el sigiloso paso de unas patas almohadilladas. Sostuvo el rifle entre las rodillas, ahora preparado, temblando de la cabeza a los pies.

De pronto el caballo levantó la cabeza y soltó un bufido, y con un pequeño grito de terror la muchacha se levantó de un brinco. El animal se volvió y echó a trotar hacia ella hasta que la cuerda que le ataba le hizo detenerse, y entonces se giró y escudriñó la noche con las orejas tiesas; pero la muchacha no veía ni oía nada.

Transcurrió otra hora de terror durante la cual el caballo a menudo levantó la cabeza para mirar larga y penetrantemente hacia la oscuridad. De vez en cuando la muchacha echaba más leña al fuego. Sus párpados cansados insistían en cerrarse; pero ella no se atrevía a dormir. Temerosa de que la venciera la somnolencia que se estaba apoderando de ella, se levantó y paseó de un lado a otro a paso vivo; luego arrojó un poco más de leña al fuego, volvió a pasearse, acarició el hocico del caballo y volvió a su asiento.

Apoyada en la silla de montar trató de ocupar su mente con los planes para el día siguiente; pero debió de quedarse adormilada. Despertó con un sobresalto. Era pleno día. La horrible noche con sus indescriptibles terrores había desaparecido.

Apenas podía creer el testimonio de sus sentidos. Había dormido horas, el fuego se había extinguido y, sin embargo, ella y el caballo se hallaban sanos y salvos; tampoco había señales de que ninguna bestia salvaje anduviera cerca. Y, lo mejor de todo, brillaba el sol, señalando el camino recto hacia el este. Comió apresuradamente unos bocados de sus preciadas raciones, que con un trago de agua constituyeron su desayuno. Luego ensilló su caballo y montó. Ya se sentía a salvo en Wilhelmstal.

Sin embargo, posiblemente habría revisado sus conclusiones si hubiese visto los dos pares de ojos que observaban con atención cada uno de sus movimientos, desde diferentes puntos, entre los matorrales.

Alegre y sin sospechar nada, la muchacha cruzó el claro hacia los matorrales mientras directamente ante ella dos ojos amarillo-verdosos

relucían, redondos y espantosos, una cola de color tostado se movía nerviosamente y unas grandes patas almohadilladas se juntaban bajo un lustroso tonel para dar un potente salto. El caballo se hallaba casi en la linde de los matorrales cuando Numa, el león, se lanzó en el aire. Golpeó el hombro derecho del animal en el instante en que reculaba, aterrado, para salir huyendo. La fuerza del impacto lanzó al caballo al suelo hacia atrás, y ocurrió tan deprisa que la muchacha no tuvo oportunidad de soltarse sino que cayó al suelo con su montura, inmovilizada su pierna izquierda bajo su cuerpo.

Presa del pánico, vio al rey de la selva abrir sus poderosas fauces y coger por el cogote a la criatura, que no dejaba de chillar. Las grandes fauces se cerraron y hubo entonces un instante de lucha mientras Numa sacudía su presa. La muchacha oyó romperse las vértebras cuando los potentes colmillos las aplastaron, y luego los músculos de su fiel amigo se relajaron, pues estaba muerto.

Numa se agazapó sobre su víctima. Sus aterradores ojos estaban clavados en el rostro de la chica; ella notaba su cálido aliento en la mejilla y el olor del fétido vapor le provocó náuseas. Durante lo que a la muchacha le pareció una eternidad, los dos permanecieron mirándose fijamente hasta que el león dejó escapar un gruñido amenazador.

Nunca antes había estado tan aterrorizada Bertha Kiercher; jamás había tenido semejante causa para sentir terror. Tenía su pistola en la cadera, un arma formidable para matar a un hombre, pero en realidad algo insignificante para amenazar a la gran fiera que tenía ante sí. Sabía que, como mucho, podría enfurecerle, y sin embargo estaba dispuesta a vender cara su vida, pues sentía que debía morir. Ningún socorro humano le habría servido de nada aunque hubiera estado allí para ofrecérsele. Por un momento desvió la mirada de la fascinación hipnótica de aquel espantoso rostro y exhaló una última plegaria a su Dios. No pidió ayuda, pues tenía la sensación de que se hallaba fuera del alcance incluso del socorro divino; sólo pidió que el fin fuera rápido y con el menor dolor posible.

Nadie puede profetizar qué hará un león en una situación de emergencia. Éste miraba a la chica con ojos relucientes, le gruñó un momento y luego se puso a comer el caballo muerto. Fräulein Kircher se maravilló por un instante y después, con cautela, intentó sacar su pierna de debajo del cuerpo de su montura, pero no pudo moverla. Aumentó la intensidad de sus esfuerzos y Numa levantó la mirada de su comida para

volver a gruñir. La muchacha desistió. Esperaba que el animal pudiera satisfacer su hambre y luego se marchara para ir a tumbarse; pero le resultaba difícil creer que la dejaría allí con vida. Sin duda arrastraría los restos de su víctima hasta los matorrales para esconderlos y, como no le cabía duda de que a ella la consideraba parte de su presa, regresaba a buscarla o posiblemente la arrastraría primero y después la mataría.

Numa volvió a concentrarse en su alimentación. La muchacha tenía los nervios a punto de estallar. Le extrañaba que no se hubiera desmayado a causa de la tensión producida por el terror y el susto. Recordaba que a menudo había deseado ver un león de cerca, matarlo y alimentarse con él. ¡Por Dios, con qué realismo le había sido concedido su deseo!

Volvió a acordarse de la pistola. Al caer, la pistolera resbaló hacia un lado y ahora el arma estaba debajo de su cuerpo. Intentó cogerla muy despacio; pero al hacerlo se vio obligada a levantar el cuerpo del suelo. Al instante el león se movió. Con la rapidez de un felino alargó la pata sobre el cadáver del caballo y colocó una pesada zarpa sobre el pecho de la muchacha, aplastándola contra el suelo, gruñendo todo el rato de un modo horrible. Su cara era la viva imagen de una furia espeluznante. Por un momento ninguno de los dos se movió, y luego la muchacha oyó detrás de ella una voz humana que emitía unos sonidos bestiales.

De pronto Numa levantó la mirada de la cara de la chica y miró a lo que había detrás de ésta. Sus gruñidos se convirtieron en rugidos mientras se echaba hacia atrás; al retirarse casi arrancó la parte delantera de la chica con sus largas garras, dejando al descubierto su pecho, aunque por algún milagro del azar las largas uñas no lo tocaron.

Tarzán de los Monos había presenciado el encuentro desde el momento en que Numa saltó sobre su presa. Durante un rato estuvo observando a la muchacha, y cuando el león la atacó, al principio pensó dejar que Numa se ocupara de ella. ¿Qué era sino un odiado alemán, y espía, por añadidura? La vio en el cuartel general de los alemanes conferenciando con el estado mayor, y la vio de nuevo dentro de las líneas británicas, disfrazada de oficial británico. Este último pensamiento fue lo que le urgió a intervenir. Sin duda, el general Jan Smuts se alegraría de conocerla e interrogarla. Tal vez la obligaran a divulgar información valiosa para el mando británico antes de fusilarla.

Tarzán reconoció no sólo a la chica sino también al león. Todos los leones pueden parecerle iguales a usted o a mí; pero no a sus vecinos de la

jungla. Cada uno posee sus características individuales de rostro, forma y modo de andar, tan bien definidos como los que diferencian a los miembros de la familia humana, y además estas criaturas de la jungla disponen de una prueba aún más positiva: la del olor. Todos nosotros, hombres o bestias, poseemos nuestro propio olor, y gracias a éste las bestias de la jungla, dotadas de milagrosos poderes olfativos, reconocen a los individuos.

Es la prueba final. Ha visto usted la demostración un millar de veces: un perro reconoce su voz y le mira. Conoce su rostro y su figura. Bien, en su mente no le cabe ninguna duda de que se trata de usted, pero ¿está satisfecho? No, señor; tiene que acercarse y olerle. Todos sus demás sentidos pueden ser falibles, pero no el del olfato, y por eso se asegura esa la prueba final.

Tarzán reconoció a Numa como el león al que amordazó con el pellejo de Horta, el verraco, el león al que llevó atado con una cuerda durante dos días y por fin lo soltó en una trinchera de la línea alemana, y sabía que Numa le reconocería, que recordarla la afilada lanza que le estuvo pinchando para someterle y hacerle obedecer, y Tarzán esperaba que la lección aprendida aún perdurara en el león.

Ahora se acercó llamando a Numa en la lengua de los grandes simios, advirtiéndole que se alejara de la muchacha. Es discutible si Numa, el león, le entendió; pero sí entendió la amenaza de la gruesa lanza que el tarmangani blandía en su morena mano derecha, por eso reculó, gruñendo, tratando de decidir en su pequeño cerebro si atacar o huir.

El hombre-mono se acercaba sin detenerse, directo hacia el león.

—Vete, Numa —gritó— o Tarzán volverá a atarte y te llevará a través de la jungla sin comida. ¡Mira a Arad, mi lanza! ¿Recuerdas que su punta te pinchaba y su mango te golpeaba la cabeza? ¡Vete, Numa! ¡Soy Tarzán de los Monos!

Numa frunció la piel de su rostro, formando grandes pliegues hasta que sus ojos casi desaparecieron, y gruñó, y rugió y volvió a gruñir y a rugir, y cuando la punta de la lanza por fin se le acercó lo bastante la golpeó perversamente con su garra armada; pero se retiró. Tarzán pasó por encima del caballo muerto y la chica que yacía detrás de él miró con ojos desorbitados la apuesta figura que apartaba lentamente a un león furioso de su víctima.

Cuando Numa retrocedió unos metros, el hombre-mono gritó a la muchacha en perfecto alemán:

—¿Está usted herida?

—Creo que no —respondió ella—, pero no puedo sacar el pie de debajo del caballo.

—Vuelva a probarlo —ordenó Tarzán—. No sé cuánto rato podré mantener a Numa alejado de aquí.

La muchacha hizo frenéticos esfuerzos; pero al fin se recostó apoyándose en un codo.

—Es imposible —dijo a Tarzán.

Él retrocedió lentamente hasta que volvió a estar junto al caballo, bajó la mano y agarró la cincha, que aún estaba intacta. Luego, con una mano levantó el cuerpo de animal. La muchacha se liberó y se puso en pie.

—¿Puede andar? —le preguntó Tarzán.

—Sí —respondió ella—. Se me ha dormido la pierna, pero no parece lastimada.

—Bien —comentó el hombre-mono—. Retroceda despacio detrás de mí; no haga ningún movimiento brusco. Me parece que no atacará.

Con la máxima parsimonia los dos avanzaron hacia los matorrales. Numa se quedó quieto un momento, gruñendo; luego les siguió, lentamente. Tarzán se preguntaba si pasaría de largo de su presa o si se detendría allí. Si les seguía, era de esperar que les atacara, y si Numa atacaba era muy probable que alcanzara a uno de los dos. Cuando el león llegó al cuerpo inerte del caballo, Tarzán se paró y también lo hizo el animal, tal como Tarzán pensaba que haría, y el hombre-mono esperó para ver qué hacía el león a continuación. Éste les miró un momento, gruñó enojado y luego bajó la mirada a la tentadora carne. Entonces se agachó sobre su víctima y se puso a comer de nuevo.

La muchacha exhaló un profundo suspiro de alivio cuando ella y el hombre-mono reanudaron su lenta retirada echando sólo una ocasional mirada al león, y cuando por fin llegaron a los matorrales y se volvieron y penetraron en ellos, sintió un repentino vahído de modo que se tambaleó y se habría caído de no ser porque Tarzán la cogió. Tardó sólo un instante en recuperar el control de sí misma.

—No he podido evitarlo —dijo como disculpándose—. He estado tan cerca de la muerte, de una muerte tan horrible, que por un instante me he dejado vencer por el miedo; pero ya estoy bien. ¿Cómo podré agradecerte jamás lo que has hecho? Ha sido maravilloso; no parecías tener miedo a esa espantosa criatura, sin embargo ella sí parecía tenértelo a ti. ¿Quién eres?

—Ese animal me conoce —respondió Tarzán, serio—, por eso me teme.

Estaba de pie de cara a la chica, y por primera vez tuvo ocasión de mirarla de cerca. Era muy guapa, eso era innegable; pero Tarzán captó su belleza sólo de un modo subconsciente. Era superficial; no daba color a su alma, que debía de ser negra a causa del pecado. Era alemana, una espía alemana. La odiaba y deseaba sólo conseguir su destrucción; pero elegiría la manera de hacerlo que resultara más perjudicial a la causa enemiga.

Vio sus pechos desnudos cuando Numa le había desgarrado la ropa y, colgando entre la suave y pálida carne vio lo que le produjo un repentino gesto ceñudo de sorpresa y de rabia: el medallón de oro con diamantes de su juventud, la prenda de amor que había sido robada del pecho de su compañera por Schneider, el tudesco. La muchacha vio el gesto pero no lo interpretó correctamente. Tarzán la cogió bruscamente del brazo.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó, arrebatándole el medallón.

La muchacha se irguió.

—Quítame la mano de encima —pidió, pero el hombre-mono no prestó atención a sus palabras y la agarró con más fuerza.

—¡Respóndeme! —espetó—. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Qué es para ti? —preguntó ella a su vez con aspereza.

—Es mío —respondió él—. Dime quién te lo dio o te arrojaré de nuevo a Numa.

—¿Serías capaz? —preguntó ella.

—¿Por qué no? —dijo él—. Eres una espía y los espías deben morir si son atrapados.

—Entonces, ¿ibas a matarme?

—Iba a llevarte al cuartel general. Allí se encargarán de ti; pero Numa puede hacerlo con gran eficacia. ¿Qué prefieres?

—El capitán Fritz Schneider me lo regaló —dijo ella.

—Entonces, al cuartel general —dijo Tarzán—. ¡Vamos!

La muchacha avanzaba por los matorrales a su lado mientras su mente trabajaba con rapidez. Se dirigían hacia el este, lo cual le convenía, y mientras siguieran hacia el este agradecería disponer de la protección del gran salvaje blanco. Especuló sobre el hecho de que su pistola aún colgara de su cadera. Aquel hombre debía de estar loco si no se la quitaba.

—¿Qué te hace pensar que soy una espía? —preguntó tras un largo silencio.

—Te vi en el cuartel general alemán —respondió él y después dentro de las líneas británicas.

La muchacha no podía permitir que la devolviera a ellos. Debía llegar a Wilhelmstal enseguida y estaba decidida a hacerlo aunque tuviera que recurrir a su pistola. Lanzó una mirada de soslayo a la alta figura. ¡Qué criatura tan magnífica! Pero aun así, era un bruto que la mataría o haría que la mataran si ella no le mataba a él. ¡Y el medallón! Tenía que recuperarlo; el medallón tenía que llegar sin falta a Wilhelmstal. Tarzán iba ahora unos pasos por delante de ella, pues el camino era muy estrecho. Ella sacó su pistola con gran cautela. Un solo disparo bastaría, y estaba tan cerca que no podía fallar. Mientras se imaginaba la escena, sus ojos se posaron en la morena piel con los abultados músculos bajo ella, los miembros y la cabeza perfectos, y el porte que un orgulloso rey de la antigüedad habría envidiado. Una oleada de repulsión por el acto que había pensado llevar a la práctica la inundó. No, no podía hacerlo; sin embargo, debía liberarse y recuperar la posesión del medallón. Y entonces, casi a ciegas, levantó la pistola y golpeó pesadamente a Tarzán en la parte posterior de la cabeza con la culata. Tarzán se desplomó al suelo como un buey acogotado.

CAPÍTULO VI

VENGANZA Y CLEMENCIA

UNA HORA más tarde, Sheeta, la pantera, que se hallaba cazando, miró por casualidad hacia el cielo azul donde le llamó la atención Ska, el buitre, que volaba en círculos lentamente sobre los matorrales, a aproximadamente un kilómetro y medio de distancia y a favor del viento. Durante un largo minuto los ojos amarillos miraron con atención el horrible pájaro. Vieron que Ska bajaba en picado y volvía a ascender para proseguir sus siniestros círculos, y en estos movimientos sus conocimientos de la selva leyeron lo que, aunque evidente para Sheeta, sin duda no habría significado nada para usted o para mí.

El felino cazador adivinaba que en el suelo, bajo Ska, se encontraba alguna cosa viva hecha de carne, o bien una bestia alimentándose de su víctima o un animal moribundo que Ska aún no se atrevía a atacar. En cualquiera de los dos casos, ello podía proporcionarle carne a Sheeta, y el cauto animal tomó una ruta indirecta, sobre sus pezuñas almohadilladas, suaves, que no producían ningún sonido, hasta que el buitre que volaba en círculos y su futura presa se encontraron en el punto de donde venía el viento. Entonces, oliscando cada ráfaga de aire, Sheeta, la pantera, avanzó con cautela; no había recorrido ninguna distancia considerable cuando su aguzado olfato fue recompensado con el olor de un hombre: un tarmangani.

Sheeta se detuvo. No era una devoradora de hombres. Era joven y se hallaba en lo mejor de su vida; pero antes siempre había evitado esta odiada presencia. Últimamente se había acostumbrado más a ella debido al paso de muchos soldados por su antiguo terreno de caza, y como los soldados habían ahuyentado una gran parte de la caza mayor con la que Sheeta se alimentaba, los días habían sido magros y Sheeta tenía hambre.

El que Ska volara en círculos sugería que este tarmangani podía encontrarse indefenso y a punto de morir; de lo contrario Ska no se interesaría por él, y por tanto sería una presa fácil para Sheeta. Con este

pensamiento en la mente, el felino reanudó su acecho, se abrió paso por la espesura de los matorrales y sus ojos amarillo-verdosos se posaron, satisfechos, en el cuerpo de un tarmangani casi desnudo que yacía de bruces en un estrecho sendero de caza.

Numa, saciado junto al caballo muerto de Bertha Kirscher, se levantó y cogió el cuerpo parcialmente devorado por el cuello y lo arrastró hacia los matorrales; luego echó a andar hacia el este, hacia la guarida donde había dejado a su compañera. Como estaba incómodamente harto era probable que estuviera somnoliento y nada beligerante. Se movía lenta y majestuosamente, sin hacer esfuerzos por no hacer ruido o esconderse. El rey caminaba sin miedo alguno.

Echando una ocasional mirada regia a derecha o izquierda, siguió un estrecho sendero de caza hasta que en un recodo se paró de pronto ante lo que se reveló a sus ojos: Sheeta, la pantera, arrastrándose cautelosamente hacia el cuerpo casi desnudo de un tarmangani que yacía de bruces en el polvo del camino. Numa miró con atención el cuerpo inerte. Lo reconoció. Era su tarmangani. Un gruñido bajo de advertencia retumbó desde su garganta; Sheeta se detuvo con una pata sobre la espalda de Tarzán y se volvió para mirar al intruso.

¿Qué pasó dentro de aquellos cerebros salvajes? ¿Quién lo sabe? La pantera parecía debatir la sensatez de defender su hallazgo, pues gruñó horriblemente como advirtiendo a Numa que se alejara de su presa. ¿Y Numa? ¿La idea de los derechos de propiedad dominaba sus pensamientos? El tarmangani era suyo, o él era del tarmangani. ¿El Gran Simio Blanco no le había dominado y subyugado y, además, no le había dejado en ayunas? Numa recordó el miedo que tuvo de este hombre-cosa y su cruel lanza; pero en los cerebros salvajes es más probable que el miedo engendre respeto que odio, y por eso Numa respetaba a la criatura que le había subyugado y dominado. Vio a Sheeta, a la que miró con desprecio, pues se atrevía a importunar al amo del león. Los celos y la codicia solos serían suficientes para incitar a Numa a ahuyentar a Sheeta, aunque el león no estaba suficientemente hambriento para devorar la carne que arrancara del felino inferior; pero, asimismo, en el pequeño cerebro contenido en la imponente cabeza había cierto sentido de la lealtad, y quizá fue esto lo que hizo correr a Numa, gruñendo, hacia Sheeta.

Por un momento, esta última permaneció donde estaba, con el lomo arqueado y gruñendo, exactamente como un gran felino con manchas.

Numa no tenía ganas de luchar, pero ver a Sheeta osando disputar sus derechos avivó su feroz cerebro. Sus ojos redondos miraban con rabia, su ondulante cola se irguió tensa mientras, con un terrible rugido, atacaba a este presuntuoso vasallo.

Fue tan repentino y de tan corta distancia el ataque, que Sheeta no tuvo oportunidad de volverse y salir huyendo, y por ello lo recibió con afiladas garras y fauces abiertas dispuestas a cerrarse; pero la suerte estaba en su contra. A los colmillos más grandes y fauces más potentes de su adversario había que añadir unas enormes garras y la preponderancia del gran peso del león. Al primer golpe, Sheeta fue aplastada y, aunque deliberadamente cayó de espaldas y alzó sus fuertes patas traseras bajo Numa con intención de arrancarle las entrañas, el león previó la intención y, al mismo tiempo, cerró sus espantosas fauces en la garganta de Sheeta.

Pronto terminó todo. Numa se levantó, se sacudió y se quedó sobre el cuerpo desgarrado y mutilado de su enemigo. Su pulcro pelaje tenía cortes y la sangre roja le goteaba por el flanco; aunque se trataba de una herida sin importancia, le enfureció. Miró furioso a la pantera muerta y entonces, en un ataque de rabia, agarró el cuerpo y lo levantó para soltarlo al cabo de un instante, bajó la cabeza, emitió un único rugido terrible y se volvió al hombre-mono.

Se aproximó a la forma inmóvil y la oliscó de la cabeza a los pies. Luego colocó una enorme pata sobre ella y la puso boca arriba. Volvió a oler el cuerpo y por fin, con su áspera lengua, lamió la cara de Tarzán. Entonces Tarzán abrió los ojos.

Sobre él se erguía el enorme león, su cálido aliento sobre la cara, su áspera lengua sobre la mejilla. El hombre-mono había estado a menudo cerca de la muerte, pero nunca antes tan cerca como ahora, pensó, pues estaba convencido de que su muerte era cuestión de segundos. Tenía aún el cerebro aturdido por el golpe que le había derribado, y por eso, por un instante no identificó al león que se erguía ante él con aquel con el que se había tropezado recientemente.

Sin embargo, pronto lo reconoció y al mismo tiempo comprendió el asombroso hecho de que Numa no parecía inclinado a devorarle; al menos, no de inmediato. Su posición era delicada. El león se hallaba a horcajadas sobre Tarzán con sus patas delanteras. El hombre-mono, por lo tanto, no podía levantarse sin empujar al león, y si Numa toleraría o no que le empujaran era algo que no se sabía. Asimismo, era posible que la bestia le

considerara ya muerto, en cuyo caso cualquier movimiento que indicara lo contrario despertaría, con toda probabilidad, el instinto asesino del devorador de hombres.

Pero Tarzán se estaba cansando de esa situación. No tenía ganas de quedarse allí tumbado para siempre, en especial si pensaba en el hecho de que la chica espía que había intentado partirle el cráneo, sin duda estaba huyendo lo más deprisa posible.

Numa le miraba directamente a los ojos, consciente ahora de que estaba vivo. Entonces el león ladeó la cabeza y gimió. Tarzán conocía aquella nota, y sabía que no indicaba ni rabia ni hambre, y entonces se lo jugó todo a una carta, alentado por aquel bajo gemido.

—¡Muévete, Numa! —ordenó; colocó la palma de una mano en el costado del león y lo empujó a un lado. Luego se levantó y con una mano en el cuchillo de caza esperó a lo que podía seguir a su gesto.

Entonces fue cuando por primera vez sus ojos se percataron del cuerpo destrozado de Sheeta. Levantó la mirada del felino muerto al vivo y vio las señales del conflicto también en este último, y en un instante comprendió lo que había ocurrido: ¡Numa le había salvado de la pantera!

Parecía increíble y sin embargo el hecho era evidente. Se volvió hacia el león y sin temor alguno se acercó y le examinó las heridas, que eran superficiales, y mientras Tarzán se arrodillaba a su lado Numa frotó una oreja que le picaba en el hombro desnudo de Tarzán. El hombre-mono acarició la enorme cabeza, cogió su lanza y miró alrededor en busca del rastro de la chica. Pronto lo encontró en dirección este, y cuando emprendía camino algo le hizo llevarse la mano al pecho para palpar la presencia del medallón. ¡Había desaparecido!

No había ni rastro de rabia en el rostro del hombre-mono salvo por un ligero apretón de mandíbulas; pero se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza donde un bulto señalaba el lugar donde la chica le había golpeado, y un instante después una semisonrisa apareció en sus labios. No podía menos que admitir que le había engañado limpiamente, y que debía de tener temple, para hacer lo que había hecho y partir, armada sólo con una pistola, por aquella región impenetrable que se extendía entre ellos y la vía férrea y en las colinas de más allá, donde se encontraba Wilhelmstal.

Tarzán admiraba el valor. Era lo bastante generoso para admitirlo y admirarlo incluso en una espía alemana, pero vio que en este caso sólo significaba que ella tenía más recursos y la hacía más peligrosa, y la

necesidad de sacarla de en medio era prioritaria. Esperaba apoderarse de ella antes de que llegara a Wilhelmstal y emprendió camino al trote, que podía mantener durante horas seguidas sin aparente fatiga.

Que la muchacha esperara llegar a la ciudad a pie en menos de dos días parecía improbable, pues había unos cuarenta y ocho kilómetros y parte de ellos accidentados. Aun cuando la idea le pasó por la cabeza, oyó el silbido de una locomotora al este y supo que la vía férrea volvía a funcionar después de estar parada varios días. Si el tren viajaba hacia el sur y la chica llegaba al camino correcto le haría señales. Sus aguzados oídos captaron el chirrido de las ruedas al frenar, y unos minutos más tarde resonó la señal de que se quitaban los frenos. El tren se había detenido y había vuelto a arrancar y, a medida que avanzaba, Tarzán pudo saber, por la dirección del sonido, que se movía hacia el sur. El hombre-mono siguió el rastro hasta la vía férrea donde terminaba bruscamente en el lado oeste de la vía, lo que demostraba que, tal como él pensaba, la chica había subido al tren. Ahora no le quedaba más que seguir hasta Wilhelmstal, donde esperaba encontrar al capitán Fritz Schneider, así como a la muchacha, y recuperar su medallón de oro y diamantes.

Era de noche cuando Tarzán llegó a la pequeña ciudad de Wilhelmstal. Se entretuvo en las afueras, orientándose y tratando de determinar cómo una mujer blanca semidesnuda podría explorar la aldea sin levantar sospechas. Había muchos soldados por allí y la ciudad se hallaba bajo vigilancia, pues vio a un único centinela caminando a apenas un centenar de metros de él. Eludirlo no seria difícil; pero entrar en la aldea y registrarla sería prácticamente imposible, vestido o sin vestir.

Avanzando a rastras, aprovechando cualquier cosa que le protegiera, pegado al suelo e inmóvil cuando el centinela se encontraba de cara a él, el hombre-mono llegó por fin a las sombras protectoras de un retrete exterior, justo en el interior de las líneas. Desde allí fue sigilosamente de edificio en edificio hasta que por fin lo descubrió un perro enorme en la parte posterior de una de las cabañas. El animal se acercó despacio a él, gruñendo. Tarzán permaneció inmóvil junto a un árbol. Veía una luz en la cabaña y unos hombres sin uniforme que iban de acá para allá y esperó que el perro no ladrara. No lo hizo, pero gruñó cada vez con más furia y, justo en el momento en que se abría la puerta trasera de la cabaña y un hombre salia, el animal atacó.

Era un perro grande, tan grande como Dango, la hiena, y atacó con la

perversa impetuosidad de Numa, el león. Cuando se acercaba, Tarzán se arrodilló y el perro se lanzó a su garganta; pero no era un hombre a lo que se enfrentaba ahora y descubrió que su rapidez igualaba por lo menos la suya. Sus dientes jamás llegaron a la blanda carne; unos dedos fuertes, unos dedos de acero, le agarraron del cuello. Emitió un único gañido de sobresalto y arañó el pecho desnudo que tenía ante sí, pero se hallaba indefenso. Los potentes dedos se cerraron en su garganta; el hombre se levantó, hizo crujir el cuerpo y lo arrojó a un lado. Al mismo tiempo, una voz procedente de la puerta abierta de la cabaña llamó:

—¡Simba!

No hubo respuesta. Repitiendo la llamada, el hombre descendió los escalones y se dirigió hacia el árbol. A la luz que salia del interior de la cabaña, Tarzán vio que se trataba de un hombre alto, de anchos hombros y vestido con el uniforme de oficial alemán. El hombre se acercó más, sin dejar de llamar al perro, pero no vio a la bestia salvaje, agazapada ahora en la sombra, que le esperaba. Cuando estuvo a unos tres metros del tarmangani, Tarzán le saltó encima; como Sabor salta sobre su víctima, así saltó el hombre-mono. El impulso y el peso de su cuerpo hicieron caer al alemán al suelo, unos fuertes dedos le impidieron gritar y, aunque el oficial forcejeó, no tuvo ninguna oportunidad. Unos instantes después yacía muerto junto al cuerpo del perro.

Cuando Tarzán se quedó un momento contemplando su víctima y lamentando no poder arriesgarse a lanzar su grito de victoria, la vista del uniforme le sugirió un modo por el que podría cruzar Wilhelmstal con la menor probabilidad de ser descubierto. Diez minutos más tarde un oficial alto y de anchos hombros salió del jardincito de la cabaña, dejando atrás los cadáveres de un perro y de un hombre desnudo.

Caminó osadamente por la pequeña calle, y los que se cruzaban con él no sospechaban que bajo el uniforme imperial alemán latía un corazón salvaje con odio implacable hacia los teutones. La primera preocupación de Tarzán era localizar el hotel, pues sospechaba que allí encontraría a la muchacha, y donde estuviera ésta sin duda también se encontraría el capitán Fritz Schneider, quien o era su cómplice, o su novio, o ambas cosas, y allí estaría también el preciado medallón de Tarzán.

Por fin encontró el hotel, un edificio bajo de dos pisos con un porche. Había luces encendidas en ambos pisos y en su interior se veía gente, oficiales en su mayoría. El hombre-mono consideró la idea de entrar y

preguntar por aquellos a los que buscaba; pero su mejor criterio le instó a efectuar antes un reconocimiento. Dio la vuelta al edificio y miró en el interior de todas las habitaciones iluminadas del primer piso, y, al no ver a ninguno de los que él buscaba, saltó ágilmente al tejado del porche y prosiguió su investigación atisbando por las ventanas del segundo piso.

En un rincón del hotel, en una habitación de la parte posterior, las cortinas estaban corridas; pero oyó voces dentro y enseguida vio una figura recortada momentáneamente tras la cortina. Le pareció que era la figura de una mujer; pero desapareció tan deprisa que no podía estar seguro. Tarzán se acercó con sigilo a la ventana y escuchó. Sí, había una mujer y un hombre; oyó claramente los tonos de voz aunque no entendía las palabras, ya que daba la impresión de que hablaban en susurros.

La habitación contigua se hallaba a oscuras. Tarzán probó la ventana y descubrió que no tenía el cerrojo echado. Dentro todo estaba en silencio. Subió el marco corredizo de la ventana y volvió a escuchar; todo seguía en silencio. Pasó una pierna por encima del alféizar y se deslizó dentro, mirando apresuradamente alrededor. La habitación estaba vacía. Cruzó hasta la puerta y la abrió; luego, atisbó en el pasillo. Tampoco allí había nadie; salió y se acercó a la puerta de la habitación contigua donde se encontraban el hombre y la mujer.

Se pegó a la puerta y escuchó. Ahora distinguía las palabras, pues los dos habían alzado la voz como si discutieran. Estaba hablando la mujer.

—He traído el medallón —dijo—, como habíamos acordado tú, yo y el general Kraut, como identificación mía. No traigo otras credenciales. Esto iba a ser suficiente. Usted no tenía más que entregarme los papeles y dejarme marchar.

El hombre respondió en voz tan baja que Tarzán no captó las palabras y luego la mujer volvió a hablar, con una nota de desdén y quizá un poco de miedo en su voz.

—No se atrevería, capitán Schneider —dijo, y añadió—: ¡No me toque! ¡Quíteme las manos de encima!

Fue entonces cuando Tarzán de los Monos abrió la puerta y entró en la habitación. Lo que vio fue un corpulento oficial alemán rodeando con un brazo la cintura de fräulein Kircher y empujándole la cabeza hacia atrás con una mano en la frente intentando besarla en la boca. La muchacha forcejeaba para librarse de ese bruto; pero sus esfuerzos eran vanos. Poco a poco los labios del hombre se iban acercando a los de ella y despacio, paso

a paso, era arrastrada hacia atrás.

Schneider oyó el ruido de la puerta que se abría y se cerraba detrás de él y se volvió. Al ver a este extraño oficial soltó a la chica y se irguió.

—¿Qué significa esta intrusión, teniente? —preguntó al observar las charreteras del otro—. Salga de esta habitación inmediatamente.

Tarzán no emitió ninguna respuesta; pero los dos que estaban ante él oyeron un gruñido bajo que escapaba de aquellos labios firmes, un gruñido que provocó un estremecimiento por todo el cuerpo de la muchacha y una palidez en el rostro rubicundo del tudesco, y su mano a la pistola, pero cuando sacaba el arma ésta le fue arrebatada y arrojada por la ventana, atravesando la cortina, al jardincillo. Luego Tarzán se apoyó en la puerta y con gestos lentos se quitó la chaqueta del uniforme.

—Usted es el capitán Schneider —dijo al alemán.

—¿Qué pasa? —gruñó éste.

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el hombre-mono—. Ahora ya sabe por qué me entrometo.

Los dos que se hallaban ante él vieron que no llevaba ropa debajo de la chaqueta, que arrojó al suelo, y luego se quitó rápidamente los pantalones y se quedó vestido sólo con su taparrabos. La muchacha también le había reconocido.

—Aparta tu mano de la pistola —le advirtió Tarzán. Ella dejó caer la mano a un lado—. ¡Ahora ven aquí!

Ella se acercó y Tarzán le quitó el arma y la tiró por la ventana como la anterior. Ante la mención de su nombre, Tarzán había observado la enfermiza palidez que cubrió las facciones del tudesco. Al fin había encontrado al hombre correcto. Al fin su compañera sería vengada, en parte; jamás lo sería por entero. La vida era demasiado corta y había demasiados alemanes.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Schneider.

—Pagarás por lo que hiciste en la pequeña cabaña de la región waziri —respondió el hombre-mono.

Schneider empezó a fanfarronear y amenazar. Tarzán se volvió, hizo girar la llave en la cerradura de la puerta y arrojó la llave por la ventana igual que había hecho con las pistolas. Entonces se volvió a la chica y dijo:

—Quítate de en medio —ordenó con voz baja—. Tarzán de los Monos va a matar.

El tudesco dejó de fanfarronear y empezó a suplicar.

—Tengo esposa e hijos en casa —exclamó—. No he hecho nada. Yo…

—Morirás como corresponde a los de tu clase —dijo Tarzán—, con sangre en las manos y una mentira en los labios.

Se dirigió hacia el corpulento capitán. Schneider era un hombre fornido y fuerte, casi de la altura del hombre-mono pero no tan robusto. Vio que ni las amenazas ni las súplicas le salvarían y por eso se preparó para pelear como una rata acorralada pelea por su vida con toda la furia maníaca, la astucia y la ferocidad que la primera ley de la naturaleza dicta a muchas bestias.

Bajó su cabeza de toro y embistió al hombre-mono, hasta que en el centro de la habitación chocaron los dos. Se quedaron pegados y balanceándose un momento hasta que Tarzán consiguió obligar a su contrincante a echarse hacia atrás sobre una mesa, que cayó al suelo con estrépito partida por el peso de los dos fuertes cuerpos.

La muchacha se quedó contemplando la pelea con los ojos desorbitados. Vio a los dos hombres rodando por el suelo y oyó con horror los gruñidos bajos que salían de los labios del gigante desnudo. Schneider intentaba llegar a la garganta de su enemigo con los dedos mientras, horror de los horrores, Bertha Kircher veía que el otro hombre buscaba la yugular del alemán ¡con los dientes!

Schneider pareció darse cuenta también de ello, pues redobló sus esfuerzos para escapar, y por fin logró rodar, ponerse sobre el hombre-mono y apartarse. Se puso de pie de un salto y corrió hacia la ventana; pero el hombre-mono era demasiado rápido para él y, antes de poder saltar por la ventana, una pesada mano cayó sobre su hombro y le empujó hacia atrás y le lanzó a la pared al otro lado de la habitación. Allí Tarzán le siguió, y una vez más unieron sus cuerpos, propinándose golpes terribles el uno al otro, hasta que Schneider, con una voz estridente, gritó:

—¡*Kamerad*!, ¡*kamerad*!

Tarzán agarró al hombre por la garganta y sacó su cuchillo de caza. Schneider tenía la espalda contra la pared, de modo que a pesar de que las rodillas le flaqueaban, el hombre-mono le mantenía erguido. Tarzán clavó la afilada punta en la parte inferior del abdomen del alemán.

—Así es como mataste a mi compañera —siseó con voz terrible—. ¡Así morirás tú!

La muchacha avanzó unos pasos vacilantes.

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamó—. Eso no. ¡Eres demasiado valiente,

no puedes ser tan bestia!

Tarzán se volvió a ella.

—No —dijo—, tienes razón, no puedo hacerlo; yo no soy alemán —y levantó la punta de la hoja y la hundió en el corazón podrido de *Hauptmann* Fritz Schneider, poniendo un sangriento punto final al último grito jadeante del tudesco.

—¡Yo no lo hice! Ella no está…

Entonces Tarzán se volvió a la chica y le tendió la mano.

—Dame mi medallón —pidió.

Ella señaló hacia el oficial muerto.

—Lo tiene él.

Tarzán le registró y encontró lo que buscaba.

—Ahora dame los papeles —dijo a la muchacha, y sin decir una palabra ella le entregó un documento doblado.

Durante un largo rato él se quedó mirándola antes de volver a hablar.

—También he venido por ti —dijo—. Sería difícil sacarte de aquí y por eso iba a matarte, como he jurado matar a todos los de tu especie; pero tenías razón cuando dijiste que yo no era tan bestia como este asesino de mujeres. No he sido capaz de matarle como él mató a la mía, ni puedo matarte a ti, que eres mujer.

Cruzó la habitación hasta la ventana, levantó el marco corredizo de la ventana y un instante después salió y desapareció en la noche. Y entonces Fräulein Bertha Kircher se apresuró a acercarse al cadáver que yacía en el suelo, metió la mano en el interior de la camisa y sacó un fajo de papeles que se metió en la cintura antes de acercarse a la ventana a pedir auxilio.

Sobre él se erguía el enorme león

CAPÍTULO VII

CUANDO LA SANGRE HABLÓ

TARZÁN de los monos estaba disgustado. Había tenido a la espía alemana, Bertha Kircher, en su poder y la había dejado ilesa. Cierto es que mató al capitán Fritz Schneider, que aquel subteniente Von Goss murió en sus manos, y que se había vengado de los hombres de la compañía alemana que habían asesinado, saqueado y violado en la cabaña de Tarzán en la región waziri. Aún quedaba otro oficial al que despachar; pero no lo encontraba. Era el teniente Obergatz, al que aún buscaba en vano, pues lo último que había sabido era que el hombre fue enviado a alguna misión especial; si en África o en Europa, el informador de Tarzán o no lo sabía o no lo quería divulgar.

Pero el hecho de que hubiera permitido que el sentimiento detuviera su mano, cuando tan fácilmente pudo quitar a Bertha Kircher de en medio en el hotel de Wilhelmstal aquella noche, aún le dolía al hombre-mono. Estaba avergonzado de su debilidad, y cuando entregó al jefe del estado mayor británico el papel que le dio ella, aun cuando la información que contenía permitía a los británicos frustrar un ataque de flanco alemán, seguía muy insatisfecho consigo mismo. Y posiblemente la raíz de su insatisfacción radicara en el hecho de que se daba cuenta de que si volvía a tener la misma oportunidad, también le resultaría imposible matar a una mujer.

Tarzán atribuía su debilidad, como él lo consideraba, a su asociación con las influencias afeminadoras de la civilización, pues en el fondo de su corazón salvaje despreciaba la civilización y a sus representantes: los hombres y mujeres de los países civilizados del mundo. Siempre estaba comparando sus debilidades, sus vicios, sus hipocresías y sus pequeñas vanidades con las maneras francas y primitivas de sus feroces compañeros de la jungla, y al mismo tiempo, en ese mismo gran corazón luchaban estas fuerzas con otra fuerza: el amor de Tarzán y la lealtad hacia sus amigos del mundo civilizado.

Al hombre-mono, criado por bestias salvajes entre bestias salvajes, le costaba hacer amigos. Los conocidos los contaba por centenares; pero de amigos tenía pocos. Habría muerto por ellos como sin duda ellos habrían muerto por él; pero ninguno de ellos se hallaba peleando con las fuerzas británicas en África oriental, y por eso, asqueado y disgustado por la visión del hombre librando su cruel e inhumana guerra, Tarzán decidió prestar oídos a la insistente llamada de la remota jungla de su juventud, pues ahora los alemanes huían y la guerra en África oriental estaban tan cerca de su final, que comprendió que sus servicios serían de poco valor.

Como nunca prestó juramento al servicio del rey de forma regular, no estaba obligado a quedarse ahora que estaba exonerado de la obligación moral, y por eso desapareció del campamento británico tan misteriosamente como había aparecido unos meses antes.

En más de una ocasión Tarzán abandonó a la vida primitiva para volver a la civilización sólo por el amor que profesaba a su compañera, pero ahora que ella no estaba le parecía que esta vez se había deshecho para siempre del acoso del hombre, y que debía vivir y morir como bestia entre las bestias, del mismo modo que había vivido de la infancia a la madurez.

Entre él y su destino se extendía una tierra virgen impenetrable de salvajismo primitivo intacto donde, sin duda, en muchos lugares el suyo sería el primer pie humano en pisarla. Tampoco esta perspectiva desalentó al tarmangani; más bien le resultó un acicate y un estímulo, pues por sus venas corría aquella noble sangre que ha hecho habitable para el hombre la mayor parte de la superficie de la tierra.

La cuestión de la comida y el agua, que se habría destacado en la mente de cualquier hombre corriente que examinara la posibilidad de semejante excursión, preocupaba poco a Tarzán. La tierra salvaje era su medio natural y la vida del bosque inherente a él como la respiración. Igual que otros animales de la jungla, era capaz de percibir la presencia de agua desde una gran distancia y, donde usted o yo nos moriríamos de sed, el hombre-mono elegiría sin error el lugar exacto en el que cavar y encontrar agua.

Durante varios días Tarzán cruzó una región rica en caza y cursos de agua. Se movía lentamente, cazando y pescando, y confraternizando o discutiendo con otros habitantes salvajes de la jungla. Ahora era el pequeño Manu, el mono, el que parloteaba con el poderoso tarmangani y a renglón seguido le avisaba de que Histah, la serpiente, se hallaba enroscada en la alta hierba de delante. Tarzán preguntó a Manu por los grandes simios —

los mangani— y le informó de que pocos habitaban esta parte de la jungla, y que incluso éstos se hallaban cazando más lejos, en el norte, en esta época del año.

—Pero está Bolgani —dijo Manu—. ¿Te gustaría ver a Bolgani?

El tono de Manu era burlón y despreciativo, y Tarzán sabía que era porque el pequeño Manu creía que todas las criaturas temían al poderoso Bolgani, el gorila. Tarzán arqueó su ancho pecho y se lo golpeó con el puño apretado.

—Soy Tarzán —exclamó—. Cuando Tarzán aún era un *balu* mató a un Bolgani. Tarzán busca a los mangani, que son sus hermanos, pero a Bolgani no lo busca, así que deja que Bolgani se mantenga lejos de Tarzán.

El pequeño Manu, el mono, estaba muy impresionado, pues la actitud de la jungla es alardear y creer. Fue entonces cuando condescendió en continuar hablando más a Tarzán de los mangan.

—Van por allí y allí y allí —dijo, haciendo un gesto amplio con una mano de color marrón hacia el norte, el oeste y el sur—. Pues allí —y señaló hacia el oeste— hay mucha caza; pero en medio está un gran lugar donde no hay comida ni agua, o sea que tienen que ir por allí —y volvió a señalar el semicírculo que explicaba a Tarzán el gran rodeo que los simios dan para llegar al terreno de caza situado al oeste.

Esto les iba bien a los mangan, que son perezosos y no les gusta moverse deprisa; pero para Tarzán el camino recto sería el mejor. Cruzaría la región seca y llegaría a la zona de buena caza en una tercera parte del tiempo que tardaría si iba hasta el norte y volvía atrás en círculo. Y así fue como prosiguió camino hacia el oeste, y al cruzar una cadena de montes bajos apareció a la vista una amplia meseta, desolada y sembrada de rocas. A lo lejos vio otra cadena montañosa detrás de la cual suponía que se encontraba la zona de caza de los mangan. Allí se uniría a ellos y permanecería un tiempo, antes de proseguir hacia la costa y la pequeña cabaña que su padre había construido junto al puerto cercado de tierra, en el borde de la jungla.

Tarzán tenía muchos planes. Reconstruiría y ampliaría la cabaña donde nació, construiría almacenes donde haría que los simios guardaran comida cuando fuera abundante para los tiempos en que era escasa, algo que un simio jamás había soñado con hacer. La tribu permanecería siempre en la localidad y él volvería a ser rey como había sido en el pasado. Intentaría enseñarles algunas de las mejores cosas que aprendió de los hombres,

aunque, como conocía la mente de los simios como sólo Tarzán podía hacerlo, temía que sus esfuerzos resultaran inútiles.

El hombre-mono encontró la región que estaba atravesando dura en extremo, la más dura con que jamás había tropezado. La meseta estaba cortada por frecuentes cañones cuyo paso a menudo significaba horas de agotador esfuerzo. La vegetación era escasa y de un color tostado descolorido que otorgaba a todo el panorama un aspecto de lo más deprimente. Había grandes rocas esparcidas en todas direcciones en todo lo que la vista abarcaba, parcialmente incrustadas en un polvo que a cada paso formaba nubes alrededor de Tarzán.

Durante todo un día Tarzán avanzó por esta tierra ahora odiosa, y al ponerse el sol las distantes montañas al oeste parecían no estar más próximas que por la mañana. En ningún momento había visto el hombre mono una señal de cosa viva, aparte de Ska, aquel pájaro de mal agüero, que le siguió incansable desde que penetró en esta agostada tierra baldía.

Ni la más pequeña alimaña comestible había puesto de manifiesto que allí existiese vida de ninguna clase, y fue un Tarzán hambriento y sediento el que se tumbó para reposar al atardecer. Decidió ahora seguir durante el fresco de la noche, pues se percató de que incluso el poderoso Tarzán tenía sus limitaciones, que donde no había comida nadie podía comer y donde no había agua ni el mayor conocedor del bosque podía encontrarla. Era una experiencia totalmente nueva para Tarzán encontrar una tierra tan estéril y terrible en su amada África. Incluso el Sáhara tenía sus oasis; pero este terrible mundo no daba indicación alguna de contener un metro cuadrado de terreno hospitalario.

Sin embargo, no tenía ninguna duda respecto a que lograría llegar a la asombrosa región de la que le habló el pequeño Manu, aunque era seguro que lo haría con la piel seca y el estómago vacío. Y por eso siguió adelante hasta que amaneció, cuando volvió a sentir la necesidad de descansar. Se hallaba en el borde de otro de aquellos terribles cañones, el octavo que había cruzado, cuyos escarpados costados someterían a un esfuerzo agotador a cualquier hombre no cansado y bien fortalecido por la comida y el agua, y por primera vez, al mirar hacia el abismo y luego el lado opuesto que debía escalar, las dudas empezaron a asaltarle.

No temía a la muerte; con el recuerdo de su compañera asesinada aún fresco en su memoria casi la cortejaba, aunque en su fuero interno estaba el primitivo instinto de la auto-conservación, la fuerza vital batalladora que le

mantendría activo peleando con el Gran Segador hasta que, peleando hasta el final, fuese vencido por un poder superior.

Una sombra oscilaba lentamente en el suelo a su lado, y al levantar la mirada, el hombre-mono vio a Ska, el buitre, volando en círculos sobre él. El siniestro y persistente heraldo del mal despertó en el hombre una renovada determinación. Se puso en pie y se aproximó al borde del cañón, y entonces se dio la vuelta, con el rostro vuelto hacia el ave de presa, y bramó al aire el reto del simio macho.

—Soy Tarzán —gritó—, Señor de la Jungla. Tarzán de los Monos no es para Ska, carroñero. Vete a la guarida de Dango y aliméntate de las sobras de las hienas, pues Tarzán no dejará huesos para Ska en este vacío desierto de muerte.

Pero antes de llegar al fondo del cañón, se vio obligado de nuevo a darse cuenta de que su gran fuerza estaba menguando, y cuando se dejó caer exhausto al pie del acantilado y vio ante él la pared opuesta que tenía que escalar, mostró sus colmillos de combate y emitió un gruñido. Durante una hora permaneció tumbado en la fresca sombra, al pie del acantilado. Alrededor reinaba un absoluto silencio, el silencio de una tumba. Ningún aleteo de pájaro, ningún zumbido de insecto, ningún arrastrarse de reptil aliviaba aquella quietud mortal. Éste era realmente el valle de la muerte. Sintió la deprimente influencia de aquel horrible lugar asentándose en él; pero se puso en pie vacilante, sacudiéndose como un gran león, pues ¿no era aún Tarzán, el poderoso Tarzán de los Monos? Sí, y Tarzán el poderoso sería hasta el último latido de aquel corazón salvaje.

Cuando cruzaba el fondo del cañón vio algo que yacía cerca de la base de la pared lateral a la que se aproximaba; algo que destacaba en desconcertante contraste con todo lo que lo rodeaba y, sin embargo, parecía formar parte del lúgubre escenario de tal modo que sugería un actor en medio de un escenario y, como para llevar a cabo la alegoría, los inclementes rayos del llameante Kudu coronaban el risco oriental, iluminando lo que yacía a los pies de la pared occidental como un gigantesco foco de luz.

Cuando se acercó Tarzán vio el cráneo y los huesos blanqueados de un ser humano a cuyo alrededor se encontraban la ropa y el equipamiento que, al examinarlos, llenaron al hombre-mono de curiosidad hasta tal punto que por un momento olvidó la difícil situación en que él mismo se encontraba, absorto en la contemplación de la notable historia que sugerían estas mudas

pruebas de una tragedia ocurrida mucho tiempo atrás.

Los huesos se hallaban en bastante buen estado de conservación, lo que parecía indicar que la carne fue arrancada de ellos por buitres, ya que ninguno estaba roto; pero las piezas del equipo daban la impresión de ser muy antiguas. En este lugar protegido donde no se producían heladas y evidentemente llovía muy poco, los huesos podrían permanecer allí durante siglos sin desintegrarse, pues no había otras fuerzas que los desparramaran o los tocaran.

Cerca del esqueleto se encontraba un casco de latón trabajado y un peto de acero corroído, mientras a un lado había una espada recta en su vaina y un antiguo arcabuz. Los huesos correspondían a un hombre corpulento; Tarzán sabía que debió ser un hombre de extraordinaria fuerza y vitalidad para haberse adentrado tanto en los peligros de África con aquel armamento pesado pero, al mismo tiempo, inútil.

El hombre-mono sintió una profunda admiración por este aventurero anónimo de tiempos pasados. ¡Qué bruto debió ser y qué gloriosa historia de batalla y vicisitudes caleidoscópicas de la fortuna debió de encerrar en otro tiempo aquel cráneo emblanquecido! Tarzán se inclinó para examinar los jirones de ropa que aún quedaban junto a los huesos. Cada partícula de cuero había desaparecido, sin duda comida por Ska. No quedaban botas, si es que el hombre las había calzado, pero había varias hebillas diseminadas alrededor, lo que sugería que una gran parte de sus arreos debían de ser de cuero, mientras justo debajo de los huesos de una mano se hallaba un cilindro de metal de unos veinte centímetros de largo y cinco de diámetro. Cuando Tarzán lo cogió vio que en otra época estuvo lacado y resistió los estragos del tiempo tan bien como para encontrarse en un estado de conservación tan perfecto entonces como cuando su propietario cayó en su último y largo sueño, quizá siglos atrás.

Mientras lo examinaba descubrió que un extremo estaba cerrado con una tapa de fricción que al desenroscarla un poco pronto se aflojó y salió, revelando en su interior un rollo de pergamino que el hombre-mono sacó y abrió, desvelando un número de hojas amarillentas por el tiempo y escritas con letra elegante en una lengua que supuso sería español, pero que no sabía descifrar. En la última hoja había dibujado un tosco mapa con numerosos puntos de referencia señalados en él, todo ello ininteligible para Tarzán, quien, tras un breve examen de los papeles, volvió a meterlos en su caja de metal, tapó ésta Y estaba a punto de tirar el pequeño cilindro al

suelo junto a los mudos restos de su antiguo poseedor, cuando un destello de curiosidad insatisfecha le incitó a meterlo en su carcaj, con las flechas, aunque lo hizo con el macabro pensamiento de que posiblemente al cabo de varios siglos volvería a aparecer a la vista del hombre al lado de sus propios huesos blanqueados.

Y entonces, con una mirada de despedida al antiguo esqueleto, volvió a la tarea de ascender la pared occidental del cañón. Lentamente, y con muchos descansos, arrastró su debilitado cuerpo hacia arriba. Una y otra vez resbalaba por puro agotamiento y no cayó lecho del cañón por la pura casualidad. Cuánto tardaría en escalar aquella terrible pared no podía saberlo, y cuando por fin se arrastró sobre la cima fue para yacer débil y jadeante, demasiado agotado para levantarse o incluso para apartarse unos centímetros del peligroso borde del abismo.

Al fin se levantó, muy despacio, y con evidente esfuerzo, poniéndose primero de rodillas y luego, vacilante, de pie; sin embargo, su indomable voluntad quedó demostrada con un repentino enderezamiento de los hombros y una decidida sacudida de la cabeza mientras avanzaba con piernas inseguras para emprender su valiente lucha por la supervivencia. Examinó el abrupto paisaje que se extendía al frente en busca de señales de otro cañón que sabía que no presagiaría nada bueno. Las colinas occidentales se elevaban ahora más cerca aunque de un modo extrañamente irreal, pues parecían bailar a la luz del sol como si se burlaran de él con su proximidad en el momento en que el agotamiento estaba a punto de hacérselas inalcanzables para siempre.

Detrás de ellas sabía que debían de encontrarse las fértiles tierras de caza de las que Manu le habló. Aun en el caso de que no existiera cañón alguno, sus posibilidades de ascender montañas aunque fueran bajas parecía remota, si es que lograba llegar a su base; pero con otro cañón no había esperanzas. Ska seguía sobrevolándole en círculos, y al hombre-mono le pareció que el pájaro de mal agüero se cernía cada vez más abajo, como si leyera en aquel paso vacilante la proximidad del fin, y a través de los labios resecos y cortados Tarzán lanzó un gruñido de desafío.

Kilómetro tras kilómetro Tarzán de los Monos fue avanzando lentamente, impulsado por la pura fuerza de voluntad donde un hombre inferior se habría tumbado para morir y descansar para siempre sus cansados músculos, cada uno de cuyos movimientos resultaba un esfuerzo agotador; pero al fin su avance se hizo prácticamente mecánico; iba dando

traspiés con la mente confusa reaccionando aturdida a un solo estímulo: ¡adelante, adelante, adelante! Las colinas ahora no eran más que un contorno borroso. A veces olvidaba que eran colinas, y volvía a preguntarse por qué debía seguir para siempre toda esta tortura empeñándose en llegar a ellas… las huidizas colinas. Entonces empezó a odiarlas y se formó en su cerebro medio delirante la alucinación de que las colinas eran colinas alemanas, que habían asesinado a alguien que le era querido a él, a quien no lograba recordar, y que las estaba persiguiendo para matarlas.

Esta idea, que iba cobrando forma, pareció darle fuerzas, un nuevo y tonificante objetivo, por lo que por un rato no se tambaleó sino que avanzó en línea recta con la cabeza erguida. Una vez tropezó y se Cayó, y cuando intentó levantarse descubrió que no Podía hacerlo, que su fuerza había desaparecido, y sólo pudo arrastrarse sobre las manos y las rodillas unos metros antes de desplomarse de nuevo para descansar.

Fue durante uno de estos frecuentes períodos de absoluto agotamiento cuando oyó el tétrico aleteo cerca de él. Con la fuerza que le quedaba se volvió sobre su espalda y vio a Ska remontar el vuelo rápidamente. Ante esta visión la mente de Tarzán se aclaró un momento.

«¿Está tan cerca el final? —pensó—. ¿Sabe Ska que estoy tan cerca del fin que se atreve a descender para posarse sobre mi cuerpo?». Y aun entonces una torva sonrisa asomó a esos labios hinchados, como si a la mente salvaje acudiera un pensamiento súbito: la astucia de la bestia salvaje en el límite. Cerró los ojos y puso un brazo sobre ellos para protegerlos del potente pico de Ska y luego permaneció muy quieto y esperó.

Era descansado estar allí tumbado, pues el sol ahora quedaba oscurecido por las nubes y Tarzán estaba muy cansado. Temió quedarse dormido y algo le indicó que si lo hacía jamás despertaría, y por eso concentró todas las fuerzas que le quedaban en el único pensamiento de permanecer despierto. Ni un músculo se movía; para Ska, que volaba en círculos en lo alto, resultó evidente que el final había llegado, que por fin su larga vigilia se vería recompensada.

Volando despacio se fue acercando poco a poco al hombre moribundo. ¿Por qué no se movía Tarzán? ¿En verdad había sido vencido por el sueño del agotamiento, o Ska estaba en lo cierto… Y la muerte por fin reclamaba aquel poderoso cuerpo? ¿Aquel corazón salvaje se había callado para siempre? Es impensable.

Ska, lleno de recelos, volaba en círculos con cautela. Dos veces estuvo a punto de posarse en el fuerte pecho desnudo sólo para echar a volar enseguida; pero la tercera vez sus garras rozaron la piel morena. Fue como si el contacto cerrara un circuito eléctrico que al instante revitalizó aquella callada figura que permaneció inmóvil tanto rato. Una mano morena bajó desde la frente y, antes de que Ska pudiera levantar un ala para echar a volar, se encontraba en las garras de su supuesta víctima.

Ska forcejeó, pero no podía vencer ni siquiera a un Tarzán moribundo, y un momento más tarde los dientes del hombre-mono se cerraron sobre el carroñero. La carne era áspera, dura y emitía un desagradable olor y tenía un gusto peor; pero era comida y la sangre era bebida, y Tarzán era sólo un simio de corazón y un simio a punto de morir por añadidura, de morir de hambre y de sed.

Incluso mentalmente debilitado como se hallaba, el hombre-mono aún era dueño de su apetito y por tanto comió poco, guardando el resto, y luego, con la sensación de que ahora podría salir sano y salvo del apuro, se volvió de lado y se quedó dormido.

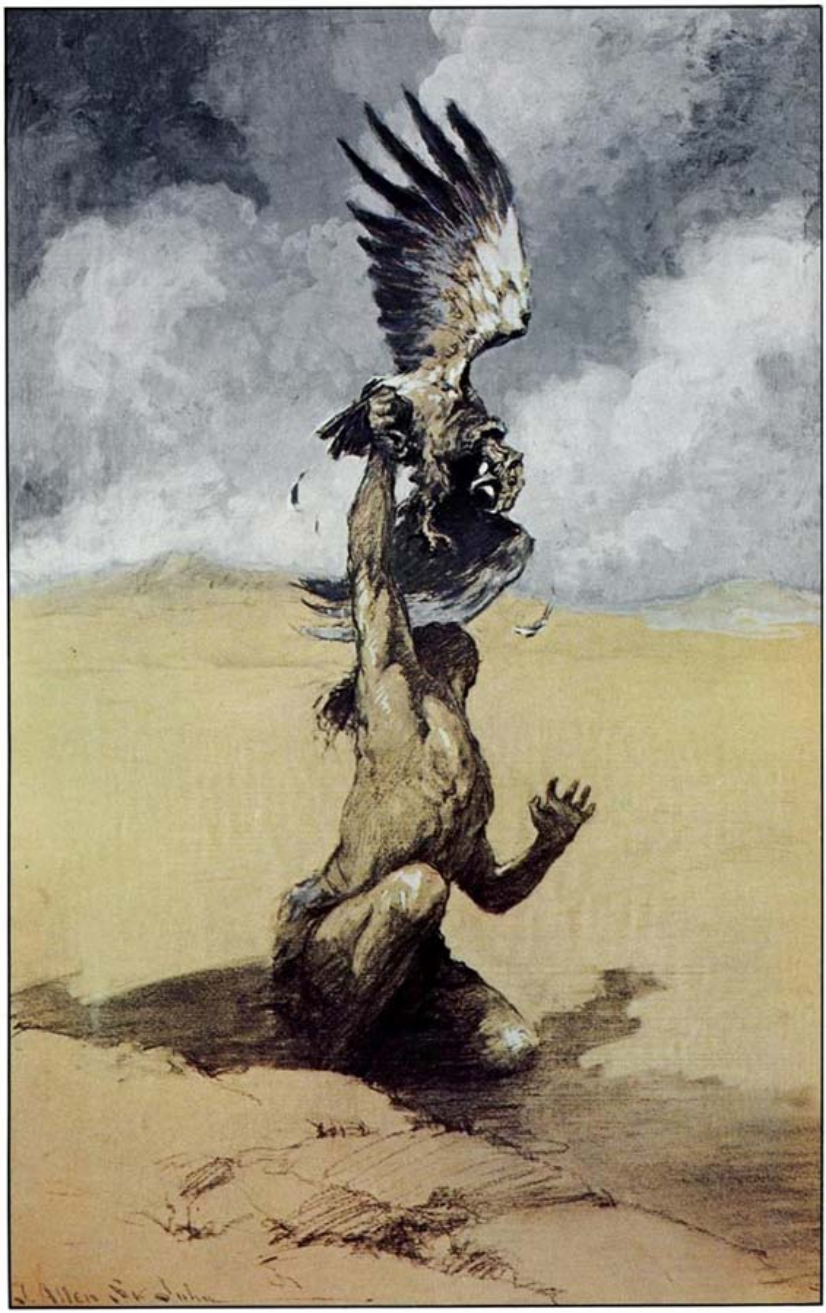
La lluvia, que le golpeaba con fuerza, le despertó; Tarzán se sentó e hizo un cuenco con las manos para atrapar las preciosas gotas que trasladó a su reseca garganta. Sólo lograba coger un poco cada vez, pero era mejor así. Los pocos bocados de Ska que había comido, junto con la sangre y el agua de la lluvia y el sueño le habían refrescado en gran manera y proporcionado nueva fuerza a sus cansados músculos.

Ahora veía de nuevo las colinas y se hallaban cerca y, aunque no hacía sol, el mundo aparecía brillante y alegre, pues Tarzán sabía que estaba salvado. El pájaro que le habría devorado y la lluvia providencial le salvaron en el instante en que la muerte parecía inevitable.

Tras comerse unos bocados más de la poco sabrosa carne de Ska, el buitre, el hombre-mono se levantó con algo de su antigua fuerza y se puso en camino con paso regular hacia las colinas de promesa que se elevaban, tentadoras, al frente. La oscuridad cayó antes de que llegara a ellas; pero siguió adelante hasta que notó que el terreno empezaba a ascender, lo que proclamaba su llegada a la base de las colinas, y luego se tumbó y esperó hasta que la mañana revelara el paso más fácil a la tierra que había más allá. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía nublado, de modo que ni siquiera sus aguzados ojos podían penetrar la oscuridad a más de unos pasos. Y allí durmió, tras volver a comer lo que quedaba de Ska, hasta que

el sol matinal le despertó con una nueva sensación de fuerza y bienestar.

Al fin salió del valle de la muerte a través de las colinas y penetró en una tierra de exuberante belleza, rica en caza. A sus pies se extendía un profundo valle a través del cual la densa vegetación de la jungla señalaba el curso de un río, más allá del cual se extendía una selva primitiva de varios kilómetros que terminaba al pie de elevadas montañas de cumbre nevada. Era una región que Tarzán jamás había visto, ni era probable que los pies de otro hombre blanco la hubieran pisado jamás, a menos que en una época muy anterior, el aventurero cuyo esqueleto había encontrado blanqueándose en el cañón las hubiera cruzado.



Ska forcejeó, pero no podía vencer

CAPÍTULO VIII

TARZÁN Y LOS GRANDES SIMIOS

TRES días pasó el hombre-mono descansando y recuperándose, comiendo frutos y nueces y los animales más pequeños que eran más fáciles de coger, y al cuarto emprendió camino para explorar el valle e ir en busca de los grandes simios. El tiempo era un factor sin importancia en la ecuación de la vida; a Tarzán le era igual llegar a la costa occidental en un mes o en un año o en tres años. Todo el tiempo era suyo, y toda África. Gozaba de libertad absoluta; el último vínculo que le ataba a la civilización y a la costumbre había sido cortado. Estaba solo pero no se sentía exactamente solo. La mayor parte de su vida la había pasado así, y aunque no había nadie más de su especie, se hallaba en todo momento rodeado de los habitantes de la jungla hacia los cuales la familiaridad no había generado desprecio en su seno. El más ínfimo de ellos le interesaba y, también, estaban aquellos de los que siempre se hacía amigo con facilidad, y estaban sus enemigos hereditarios cuya presencia animaba la vida, que de otro modo sería aburrida y monótona.

El cuarto día partió para explorar el valle en busca de los simios. Había avanzado una corta distancia hacia el sur cuando su olfato se vio asaltado por el olor del hombre, de gomangani, el hombre negro. Había muchos, y mezclados con su olor había otro…, el de una tarmangani.

Saltando de árbol en árbol, Tarzán se aproximó a los poseedores de estos inquietantes olores. Se acercó con cautela desde el flanco, pero sin prestar atención al viento, pues sabía que el hombre, con sus sentidos embotados, sólo podría captar su presencia con los ojos o los oídos, y aun entonces sólo cuando se encontrara relativamente cerca. De haber estado acechando a Numa o a Sheeta habría dado un rodeo hasta que su presa se hallara en la parte de donde sopla el viento, con toda la ventaja a su favor hasta el momento en que estuviera al alcance del oído o la vista; pero al acechar al hombre se acercaba casi con desdeñosa indiferencia, de modo

que toda la jungla sabía que él pasaba…, menos los hombres a los que seguía.

Desde el denso follaje de un gran árbol les observó pasar: una vergonzosa multitud de negros, algunos ataviados con el uniforme de las tropas nativas del África oriental alemana, otros con una única prenda del mismo uniforme, mientras muchos habían vuelto al simple atuendo de sus antepasados, es decir, casi la desnudez. Iban con ellos muchas mujeres negras, riendo y hablando mientras seguían el paso de los hombres, todos ellos armados con rifles alemanes y equipados con cinturones y munición alemanes.

No había oficiales blancos, pero resultaba evidente a Tarzán que estos hombres procedían de algún mando nativo alemán, y suponía que habían matado a sus oficiales y permanecían en la jungla con sus mujeres, o habían saqueado algunas de las aldeas por las que debían de haber pasado. Era evidente que estaban poniendo tanta tierra como les era posible entre ellos y la costa, y sin duda buscaban alguna fortaleza impenetrable en el vasto interior donde pudieran inaugurar un reinado de terror entre los habitantes armados de forma primitiva y, mediante ataques, saqueos y violaciones, hacerse ricos en mercancías y mujeres a expensas de la región en la que se asentaran.

Entre dos de las mujeres negras marchaba una esbelta muchacha blanca. Iba sin sombrero y con las prendas sucias y hechas jirones que antes fueron a todas luces un elegante traje de montar. La chaqueta había desaparecido y la cintura casi había sido arrancada de su cuerpo. De vez en cuando y sin provocación aparente uno u otro de los negros la golpeaba o la empujaba con aspereza. Tarzán les observó con los ojos entrecerrados. Su primer impulso fue saltar sobre ellos y arrancar a la chica de sus crueles garras. La había reconocido de inmediato, y debido a este hecho dudaba.

¿Qué le importaba a Tarzán de los Monos lo que el destino deparara a esta espía del enemigo? Él fue incapaz de matarla por una debilidad inherente que no le permitía poner las manos sobre una mujer, lo cual, por supuesto, no tenía relación alguna con lo que otros pudieran hacerle. Que su destino sería ahora infinitamente más horrible que la rápida e indolora muerte que el hombre-mono le habría infligido, sólo interesaba a Tarzán en la medida en que cuanto más horrible fuera el final de un alemán, más de acuerdo estaría con lo que todos ellos merecían.

Así pues dejó pasar a los negros con Fräulein Bertha Kircher en medio,

o al menos hasta que el último guerrero rezagado sugirió a su mente los placeres de atormentar a los negros, una diversión y un deporte en los que era cada vez más experto desde aquel lejano día en que Kulonga, el hijo de Mbonga, el jefe, había lanzado su infortunada lanza a Kala, la madre adoptiva del hombre-mono.

El último hombre, que debió de pararse con algún propósito, se hallaba unos buenos cuatrocientos metros más atrás que el grupo. Se apresuraba para atraparlos cuando Tarzán le vio, y cuando pasó por debajo del árbol en el que estaba encaramado el hombre-mono, un silencioso nudo corredizo cayó hábilmente en torno a su cuello. El grueso del grupo aún se hallaba a la vista, y cuando el aterrado hombre lanzó un estridente grito de terror, miraron atrás y vieron su cuerpo elevarse en el aire como por arte de magia y desaparecer entre el espeso follaje del árbol.

Por un momento los negros se quedaron paralizados por el asombro y el miedo; pero luego el corpulento sargento Usanga, que dirigía la marcha, se dio media vuelta y echó a correr por el sendero, gritando a los demás que le siguieran. Cargando sus armas mientras se acercaban, los negros corrieron en socorro de su compañero, y a la orden de Usanga formaron una hilera que luego rodeó por entero el árbol en el que su camarada había desaparecido.

Usanga llamó pero no recibió respuesta; luego avanzó lentamente con el rifle a punto, atisbando hacia lo alto del árbol. No vio a nadie, no vio nada. El círculo se cerró hasta que cincuenta negros estuvieron buscando entre las ramas con sus aguzados ojos. ¿Qué había pasado con su compañero? Le habían visto elevarse y penetrar en el árbol, y desde entonces muchos ojos estaban clavados allí, y sin embargo no había señales de él. Uno, más osado que los demás, se ofreció voluntario para trepar al árbol e investigar. Se marchó pero uno o dos minutos después, cuando cayó al suelo, juró que allí no había señales de criatura alguna.

Perplejos, y para entonces un poco atemorizados, los negros se alejaron lentamente del lugar y, con muchas miradas atrás y menos risas que antes, prosiguieron su camino hasta que, aproximadamente a un kilómetro y medio del lugar donde su compañero había desaparecido, los que encabezaban la marcha le vieron atisbando desde detrás de un árbol a un lado del camino, justo delante de ellos. Con gritos a sus compañeros de que le habían encontrado, echaron a correr; pero los primeros en llegar al árbol se detuvieron en seco y retrocedieron, girando sus ojos temerosos primero

en una dirección y luego en la otra como si esperaran que algún horror sin nombre saltara sobre ellos.

Tampoco su temor carecía de fundamento. Empalada en el extremo de una rama quebrada, la cabeza de su compañero estaba apoyada detrás del árbol de tal manera que daba la impresión de estar mirándoles desde el lado opuesto del tronco.

Fue entonces cuando muchos desearon volver atrás, argumentando que habían ofendido a algún demonio del bosque cuyos dominios cruzaron; pero Usanga se negó a escucharles y les aseguró que si volvían y caían en manos de sus crueles amos alemanes, les esperaba una inevitable tortura y la muerte. Al fin prevaleció el razonamiento de que una banda aterrada y silenciosa se movía como un rebaño de ovejas, avanzando por el valle, y sin rezagados.

Es una feliz característica de la raza negra, que Posee en común con los niños pequeños, el que su espíritu raras veces permanece deprimido durante un considerable espacio de tiempo una vez desaparecida la causa inmediata de la depresión, y por eso en media hora la banda de Usanga empezaba de nuevo a adquirir su antigua apariencia de alegre despreocupación. Las densas nubes del miedo se disipaban poco a poco cuando tras un recodo del sendero tropezaron de pronto con el cuerpo sin cabeza de su antiguo compañero, que yacía en el centro de su camino, y de nuevo se sumergieron en las profundidades del miedo y los lúgubres presentimientos.

Tan absolutamente inexplicable y misterioso fue todo el incidente, que ni uno de ellos pudo hallar un rayo de consuelo al penetrar en la negrura absoluta del ominoso presagio que eso representaba. Lo que había ocurrido a uno de su grupo lo concebía cada uno como un sino completamente posible para sí mismo; en realidad, su probable sino. Si semejante cosa podía suceder a plena luz del día, qué cosa espeluznante no podría suceder cuando la noche les hubiera envuelto en su manto de negrura. Temblaban sólo de pensarlo.

La muchacha blanca que iba en medio de ellos no estaba menos perpleja, pero mucho menos conmovida, puesto que la muerte repentina era el destino más misericordioso que ahora podía esperar. Hasta ahora había estado sometida a las insignificantes crueldades de las mujeres, mientras que, por otra parte, era la presencia de las mujeres lo que le había salvado de un tratamiento peor a manos de algunos de los hombres, sobre todo las

del brutal sargento negro, Usanga. Su propia mujer formaba parte del grupo —una verdadera giganta, una arpía de primera magnitud— y ella era a todas luces lo único en el mundo que sobrecogía a Usanga. Aun cuando se mostraba particularmente cruel con la joven mujer, ésta creía que ella era la única protección de que disponía contra el degradado tirano negro.

A media tarde la banda llegó a una pequeña aldea vallada compuesta de cabañas con techo de paja, situada en un claro de la jungla junto a un plácido río. Al verlos acercarse, los aldeanos empezaron a salir y Usanga se adelantó con dos de sus guerreros para parlamentar con el jefe. Las experiencias del día habían alterado tanto los nervios del sargento negro que estaba dispuesto a hacer un trato con esa gente en lugar de tomar su aldea por la fuerza de las armas, como de ordinario prefería; pero ahora influyó en él la vaga convicción de que en esa parte de la jungla vigilaba un poderoso demonio que poseía un poder milagroso para ejercer el mal contra los que le ofendían. Primero Usanga se enteraría de qué relaciones mantenían estos aldeanos con el dios salvaje, y si gozaban de su buena voluntad Usanga tendría el máximo cuidado para tratarles con delicadeza y respeto.

En la conversación que mantuvieron se enteró de que el jefe de la aldea tenía comida, cabras y aves de corral de las que gustoso se desprendería por un pago adecuado; pero como el pago significaría entregarles preciados rifles y munición, o la ropa que llevaban a la espalda, Usanga empezó a ver que después de todo quizá se viera obligado a librar batalla para conseguir comida.

Se llegó a una feliz solución con la sugerencia de uno de sus hombres: que los soldados fueran a cazar para los aldeanos al día siguiente, y trajeran carne fresca a cambio de su hospitalidad. El jefe accedió a esto, estipulando el tipo y cantidad de caza que debían entregar a cambio de harina, cabras y aves de corral, y cierto número de cabañas que debían prepararse para los visitantes. Una vez fijados los detalles, al cabo de una hora o más de ese tipo de discusión que tanto gusta al africano nativo, los recién llegados entraron en la aldea donde les asignaron sus cabañas.

Bertha Kircher se encontró sola en una pequeña cabaña junto a la empalizada del final de la calle de la aldea, aunque no estaba atada ni sometida a vigilancia, Usanga le aseguró que no podría escapar de la aldea sin ir a caer en una muerte segura en la jungla, que según les aseguraron los aldeanos estaba infestada de leones de gran tamaño y ferocidad.

—Sé buena con Usanga —concluyó— y no sufrirás ningún daño. Volveré a verte cuando los demás estén dormidos. Quiero que seamos amigos.

Cuando el bruto se marchó el cuerpo de la muchacha fue sacudido por un estremecimiento convulsivo, tras el cual se sentó en el suelo de la cabaña y se tapó la cara con las manos. Ahora comprendía por qué no habían dejado a las mujeres para que la vigilaran. Eso era obra del astuto Usanga, pero ¿su mujer no sospecharía nada de sus intenciones? No era tonta y, además, como estaba empapada de unos celos insensatos, siempre estaba buscando algún acto evidente por parte de su señor negro como el ébano. Bertha Kircher sintió que sólo ella podía salvarla y que la salvaría si llegara a enterarse del asunto. Pero ¿cómo lo lograría?

Sola y alejada de los ojos de sus capturadores por primera vez desde la noche anterior, la muchacha aprovechó de inmediato la oportunidad para asegurarse de que los papeles que había cogido del cuerpo del capitán Fritz Schneider seguían a salvo cosidos en la parte interior de su ropa íntima.

Pero ¡ay! ¿Qué valor podrían tener ahora para su amado país? Pero la costumbre y la lealtad eran tan fuertes en ella que aun así se aferró a la decidida esperanza de que a la larga podría entregar el pequeño paquete a su jefe.

Los nativos parecían haber olvidado su existencia; ninguno entró en la cabaña, ni siquiera para traerle comida. Les oía al otro extremo de la aldea riendo y chillando, y sabía que estaban celebrando un festín con comida y cerveza nativa, conocimiento que sólo sirvió para aumentar su aprensión. Ser prisionera en una aldea nativa en el corazón mismo de una región inexplorada del África central… ¡la única mujer blanca entre una banda de negros borrachos! La sola idea le horrorizaba. Sin embargo existía una leve promesa en el hecho de que hasta entonces no la hubieran molestado; la promesa de que, en verdad, podían haberse olvidado de ella y de que pronto estarían tan irremediablemente bebidos que resultarían inofensivos.

Ya era oscuro y nadie había venido. La muchacha se preguntó si tendría valor para atreverse a salir en busca de Naratu, la mujer de Usanga, pues quizá éste no olvidaría que había prometido volver. Cuando salio de la cabaña vio que no había nadie cerca y se dirigió hacia la parte de la aldea donde los hombres se estaban divirtiendo en torno a una fogata. Cuando se acercó vio a los aldeanos y a sus invitados sentados en el suelo, formando un ancho círculo alrededor del fuego ante el cual media docena de

guerreros desnudos saltaban y se inclinaban y golpeaban con los pies en una grotesca danza. El público se iba pasando cuencos con comida y calabazas con bebida. La sucias manos se hundían en los cuencos de comida y las porciones que se cogían eran devoradas con tanta avidez, que se diría que la comunidad entera se hallaba a punto de morir de hambre. Las calabazas las mantenían pegadas a los labios hasta que la cerveza les resbalaba por la barbilla y la vasija les era arrebatada por ávidos vecinos. La bebida ahora había empezado a producir un efecto perceptible en la mayoría de ellos, con la consecuencia de que empezaban a entregarse al más absoluto y licencioso abandono.

Cuando la muchacha se acercó un poco más, manteniéndose en la sombra de las cabañas, buscando a Naratu, fue descubierta de pronto por uno que se encontraba en el borde de la multitud; era una mujer enorme, que se levantó, chillando, y se acercó a ella. Por su aspecto la muchacha blanca pensó que la mujer estaba dispuesta a despedazarla. Tan inmotivado e inesperado fue el ataque, que encontró a la muchacha totalmente desprevenida, y lo que habría sucedido de no intervenir un guerrero es algo que sólo se puede conjeturar. Usanga, reparando en la interrupción, se acercó tambaleante a ella para interrogarla.

—¿Qué quieres? —preguntó a gritos—, ¿comida y bebida? ¡Ven conmigo! —y la rodeó con un brazo y la arrastró hacia el círculo.

—¡No! —exclamó ella—. Quiero a Naratu. ¿Dónde está Naratu?

Esto pareció despejar al negro un momento como si hubiera olvidado temporalmente su mejor mitad. Lanzó una rápida y temerosa mirada alrededor, y luego, evidentemente seguro de que Naratu no había observado nada, ordenó al guerrero que aún sujetaba a la enfurecida mujer negra que devolviera a la muchacha blanca a su cabaña y se quedara allí para vigilarla.

El guerrero se apropió primero de una calabaza de cerveza e hizo una seña a la muchacha de que le precediera, y vigilada así regresó a su cabaña, donde el tipo se sentó en el suelo justo fuera de la puerta y durante un rato limitó su atención a la calabaza.

Bertha Kircher se sentó en el fondo de la cabaña esperando lo que sabía que ahora era un inexorable sino. No podía dormir, tan llena estaba su mente de descabellados planes de fuga, aunque todos tuvieron que ser descartados por imposibles de llevar a la práctica. Media hora después de que el guerrero la devolviera a su prisión, se levantó y entró en la cabaña,

donde trató de entablar conversación con ella. Cruzó a tientas el interior, apoyó su corta lanza en la pared y se sentó junto a ella, y mientras hablaba se fue acercando cada vez más hasta que al fin alargó el brazo y pudo tocarla. La muchacha lanzó un grito y se apartó.

—¡No me toques! —gritó—. Si no me dejas en paz se lo diré a Usanga, y ya sabes lo que hará contigo.

El hombre se limitó a reírse, borracho como estaba, y le agarró el brazo y la arrastró hacia él. Ella forcejeó y gritó llamando a Usanga y en el mismo instante la entrada a la cabaña quedó oscurecida por la figura de un hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó el recién llegado con el tono profundo que la muchacha reconoció como perteneciente al sargento negro. Había venido, pero ¿sería mejor para ella? Sabía que no sería así a menos que pudiera jugar con el miedo que Usanga tenía a su mujer.

Cuando Usanga descubrió lo que había ocurrido, sacó a patadas al guerrero y le ordenó que se marchara, y cuando el tipo desapareció, rezongando y gruñendo, el sargento se acercó a la muchacha blanca. Estaba muy borracho; tanto, que varias veces ella logró esquivarle y dos veces le apartó de un empujón con tanta violencia, que el hombre trastabilló y se cayó.

Al fin se encolerizó y se precipitó sobre ella, agarrándola en sus largos brazos como de simio. Ella intentó protegerse y apartarle dándole puñetazos en la cara. Le amenazó con la ira de Naratu, y al oír eso él cambió su táctica y empezó a suplicar, y mientras discutía con ella, prometiéndole seguridad y la eventual libertad, el guerrero al que había echado a patadas de la cabaña se dirigió tambaleante a la cabaña ocupada por Naratu.

Usanga, descubriendo que las súplicas y promesas eran tan inútiles como las amenazas, al final perdió la paciencia y la cabeza, agarró a la muchacha con rudeza y simultáneamente irrumpió en la cabaña un enfurecido demonio celoso. Había llegado Naratu. Dando patadas, arañando, pegando, mordiendo, hizo salir al aterrado Usanga, y tan obsesionada estaba ella por su deseo de infligir castigo en su infiel dueño y señor, que casi se olvidó del objeto del encaprichamiento de éste.

Bertha Kircher la oyó gritar por la calle de la aldea pisándole los talones a Usanda y tembló al pensar en lo que le esperaba cuando cayera en manos de estos dos, pues sabía que al día siguiente, como muy tarde,

Naratu desahogaría con ella su medida completa de celoso odio cuando hubiera agotado su primera ración de ira con Usanga.

Hacía unos minutos que los dos se habían marchado cuando regresó el guardia guerrero. Miró en el interior de la cabaña y entró.

—Ahora nadie me detendrá, mujer blanca —gruñó cruzando rápidamente la cabaña hacia ella.

Tarzán de los Monos, que estaba dándose un festín con una jugosa pata de Bara, el ciervo, era vagamente consciente de una mente en apuros. Debería estar en paz consigo mismo y con todo el mundo, pues ¿no se hallaba en su elemento natural rodeado de caza en abundancia y llenándose el estómago con la carne que más le gustaba? Pero Tarzán de los Monos se vio acosado por la imagen de una joven muchacha frágil que era empujada y golpeada por brutales negros, y en su imaginación la vio acampada en esta salvaje región, prisionera entre negros envilecidos.

¿Por qué era tan difícil recordar que no era más que una odiada alemana y además espía? ¿Por qué el hecho de que fuera mujer y blanca siempre se entrometía en su conciencia? La odiaba como odiaba a todos los de su especie, y el destino que estaba seguro le aguardaba no era más terrible del que ella y toda su gente merecían. El asunto estaba zanjado y Tarzán se puso a pensar en otras cosas; sin embargo, la imagen no desaparecía sino que se le mostraba en todos sus detalles y le molestaba. Empezó a preguntarse qué le estarían haciendo y adónde la llevarían. Estaba avergonzado de sí mismo como lo estuvo después del episodio sucedido en Wilhelmstal, cuando su debilidad le permitió salvar la vida de esta espía. ¿Volvería a ser débil ahora? ¡No!

Llegó la noche y Tarzán se acomodó en un amplio árbol para descansar hasta la mañana; pero no lograba conciliar el sueño. En cambio, tuvo la visión de una muchacha blanca que era golpeada por mujeres negras, y de nuevo de la misma muchacha a merced de los guerreros en algún lugar de aquella oscura y lúgubre jungla.

Con un gruñido de ira y desprecio hacia sí mismo, Tarzán se puso en pie, se sacudió y saltó del árbol en que se encontraba al siguiente, y así, a través de las ramas más bajas, siguió el sendero que el grupo de Usanga había tomado aquella misma tarde. Le costó poco, ya que la banda había seguido un camino trillado, y cuando hacia medianoche el olor de una aldea nativa asaltó su delicada nariz, supuso que su meta estaba cerca y que entonces encontraría a quien buscaba.

Rondando con cautela como ronda Numa, el león, acechando una sigilosa presa, Tarzán avanzó sin hacer ruido siguiendo la empalizada, escuchando y oliscando. En la parte trasera de la aldea descubrió un árbol cuyas ramas se extendían por encima de la empalizada y un momento más tarde entrando en la aldea sin ruido.

Fue de choza en choza buscando, con oídos y olfato aguzados, alguna muestra de la presencia de la chica, y por fin, débil y casi destrozado por el olor de los gomangani, la encontró cerniéndose como un vapor delicado en torno a una pequeña choza. Ahora la aldea estaba silenciosa, pues ya se había terminado toda la cerveza y la comida y los negros yacían en sus chozas vencidos por el agotamiento, aunque Tarzán no hizo ningún ruido que un hombre sobrio bien alerta pudiera percibir.

Dio la vuelta a la cabaña y escuchó. No se oía nada procedente del interior, ni siquiera la leve respiración de alguien despierto; sin embargo, estaba seguro de que la muchacha había estado allí y quizá aún estuviera, y por lo tanto entró, introduciéndose en la choza silencioso como un espíritu. Por un momento se quedó inmóvil junto a la entrada, escuchando. No, allí no había nadie, de eso estaba seguro, pero investigaría. Cuando sus ojos se acostumbraron a la mayor oscuridad del interior de la choza, un objeto empezó a cobrar forma y se mostró como una figura humana en posición supina en el suelo.

Tarzán se acercó más y se inclinó para examinarla: era el cuerpo muerto de un guerrero desnudo de cuyo pecho sobresalía una lanza corta. Entonces registró con atención cada palmo del suelo, y por fin volvió a encontrar el cadáver donde se inclinó y olió el mango del arma que lo había matado. Una lenta sonrisa asomó a sus labios; eso y un ligero movimiento de su cabeza anunciaron que comprendía.

Una rápida inspección del resto de la aldea le aseguró que la muchacha había escapado y una sensación de alivio le inundó cuando comprendió que no había sufrido ningún daño. Que su vida estuviera igualmente en peligro, en la salvaje jungla a la que debía de haber huido, no le impresionaba como le habría impresionado a usted o a mí, ya que para Tarzán la jungla no era un lugar peligroso; la consideraba tan segura como París o Londres de noche.

Había penetrado nuevamente en los árboles y se hallaba fuera de la empalizada cuando llegó débilmente a sus oídos, desde mucho más allá de la aldea, un sonido viejo y familiar. Balanceándose ligeramente en una

rama permaneció de pie, una elegante estatua de un dios de la selva, aguzando los oídos. Se quedó así durante un minuto y luego salió de sus labios el largo y extraño grito del simio al llamar a otro simio y se adentró en la jungla hacia el resonante tambor de los antropoides, dejando tras de sí una aldea de negros despiertos y aterrados, encogidos de miedo, que para siempre jamás relacionarían aquel espeluznante grito con la desaparición de su prisionera blanca y la muerte de su compañero guerrero.

Bertha Kircher, apresurándose por un sendero trillado de la jungla, sólo pensaba en poner toda la distancia posible entre ella y la aldea antes de que la luz del día permitiera su persecución. Adónde iba no lo sabía, tampoco era una cuestión de gran importancia, puesto que la muerte sería su sino tarde o temprano.

La fortuna la favoreció aquella noche, pues salió ilesa pese a que se hallaba en la zona más salvaje y llena de leones de África, una región de caza natural que el hombre blanco aún no había descubierto, donde ciervos, antílopes y cebras, jirafas y elefantes, búfalos, rinocerontes y los demás animales herbívoros del África central abundaban sin ser molestados más que por sus enemigos naturales, los grandes felinos que, atraídos allí por la facilidad de encontrar presa y la inmunidad a los rifles de los cazadores de caza mayor, pululaban por toda la zona.

Había corrido una o dos horas, quizá, cuando le llamó la atención el ruido de animales que se movían cerca, murmurando y gruñendo. Segura de haber recorrido una distancia suficiente para que los negros no pudieran seguirle el rastro por la mañana, y temerosa de cuáles pudieran ser las criaturas, trepó a un gran árbol con la intención de pasar allí el resto de la noche.

Apenas había llegado a una rama segura y confortable, cuando descubrió que el árbol se erguía en el borde de un pequeño claro que la espesa mala le había ocultado, y al mismo tiempo descubrió la identidad de las bestias que había oído.

En el centro del claro, abajo, claramente visibles a la brillante luz de la luna, vio veinte enormes simios como humanos: grandes ejemplares peludos que se sostenían sobre sus patas traseras con la única ayuda de los nudillos de las manos. La luz de la luna relucía en sus lustrosos abrigos, y los numerosos pelos con la punta grisácea desprendían un brillo que convertía aquellas espantosas criaturas en algo de aspecto casi magnífico.

La muchacha les había observado sólo uno o dos minutos cuando al

pequeño grupo se unieron otros, que se acercaron por separado y en grupos hasta que hubo unos cincuenta grandes brutos reunidos allí, a la luz de la luna. Entre ellos había jóvenes simios y varios pequeños, que se aferraban con fuerza a los peludos hombros de sus madres. Luego el grupo se dividió y formó un círculo en torno a lo que parecía un pequeño montículo de tierra, con la parte superior plana, en el centro del claro. Sentadas cerca de este montículos se hallaban tres viejas hembras armadas con gruesas y cortas garras con las que empezaron a golpear la parte superior del montículo de tierra, lo que produjo un sonido resonante y apagado, y casi inmediatamente los otros simios empezaron a moverse alrededor, inquietos, acercándose y apartándose sin objeto hasta que dieron la impresión de ser una masa de grandes gusanos negros en movimiento.

Al principio el redoble del tambor era una cadencia lenta y pesada, pero después pasó a un ritmo fuerte que los simios seguían con paso mesurado y cuerpos oscilantes. Poco a poco, la masa se separó en dos anillos, el exterior de los cuales se componía de las hembras y los muy jóvenes, y el interior de los machos maduros. Los primeros dejaron de moverse y se sentaron, mientras los machos se movían ahora lentamente en un círculo en cuyo centro se encontraba el tambor, y todos iban ahora en la misma dirección.

Fue entonces cuando llegó débilmente a los oídos de la chica, procedente de la dirección de la aldea que habían abandonado hacía poco, un grito misterioso y estridente. El efecto que produjo en los simios fue como la electricidad: detuvieron sus movimientos y permanecieron en actitud de escuchar atentamente un momento, y luego uno, más grande que sus compañeros, alzó el rostro al cielo y con una voz que hizo estremecer el frágil cuerpo de la chica respondió al lejano grito.

Reanudaron el toque de tambor y prosiguieron con la lenta danza. Había cierta fascinación en la ceremonia salvaje que mantenía hechizada a la muchacha, y aunque le parecía poco probable que fuera descubierta, tenía la sensación de que sería mejor que se quedara el resto de la noche en su árbol y reanudara su huida a la luz del día, que resultaría comparativamente más segura que la noche.

Asegurándose de que su fajo de papeles se hallaba a salvo, buscó una postura lo más cómoda posible entre las ramas y se acomodó para contemplar la extraña actuación que tenía lugar en el claro.

Transcurrió media hora, durante la cual la cadencia del tambor fue

aumentando gradualmente. Ahora el gran macho que respondió a la distante llamada saltó del círculo interior para bailar solo entre los que tocaban el tambor y los otros machos. Saltó y se agazapó y volvió a saltar, ahora gruñendo y gritando, deteniéndose de nuevo para alzar su espantoso rostro a Goro, la luna, y, golpeándose el peludo pecho, profirió un grito desgarrador, el desafío del simio macho, pero la muchacha no lo sabía.

Se quedó así bajo el resplandor de la gran luna, inmóvil después de lanzar su misterioso grito de desafío, en el escenario de la jungla primitiva y los simios en círculo formando una imagen de poder y salvajismo primitivo —un poderoso y musculoso Hércules salido del amanecer de la vida— cuando muy cerca detrás de ella la muchacha oyó un grito de respuesta, y un instante más tarde vio a un hombre blanco semidesnudo caer de un árbol próximo al claro.

Al instante los simios se convirtieron en un hatajo de enojadas bestias, rugiendo y gruñendo. Bertha Kircher contuvo el aliento. ¿Qué maníaco era éste, que osaba acercarse a estas espantosas criaturas en su propia guarida, solo contra cincuenta? Vio la figura de piel morena bañada en la luz de la luna caminar directamente hacia el grupo que no paraba de gruñir. Vio la simetría y la belleza de aquel cuerpo perfecto: su gracia, su fuerza, sus proporciones perfectas, y entonces le reconoció. Era la misma criatura a la que vio llevarse al comandante Schneider del cuartel general de Kraut, la misma que la rescató de Numa, el león, la misma a la que derribó de un golpe con la culata de su pistola y de la que escapó cuando la habría devuelto a sus enemigos, la misma que asesinó al capitán Fritz Schneider y a ella le salvó la vida aquella noche en Wilhelmstal.

Fascinada y sobrecogida por el miedo, le observó acercarse a los simios. Oyó los ruidos que emitía su garganta —sonidos idénticos a los proferidos por los simios— y aunque apenas podía dar crédito a sus oídos, sabía que esta criatura divina estaba conversando con las bestias en su propia lengua.

Tarzán se detuvo justo antes de llegar a las hembras del círculo exterior.

—¡Soy Tarzán de los Monos! —gritó—. No me conocéis porque soy de otra tribu; pero Tarzán viene en son de paz o viene a pelear… ¿qué preferís? Tarzán hablará con vuestro rey —y diciendo esto cruzó el círculo de hembras y jóvenes que ahora le cedían el paso formando un estrecho camino a través del cual pasó para dirigirse al círculo interior.

Las hembras y los cachorros gruñeron y se erizaron cuando él pasó más

cerca, pero ninguno le impidió el paso, y así llegó al círculo interior de machos. Aquí le amenazaron colmillos al descubierto y caras rugientes y espantosamente deformadas.

—Soy Tarzán —repitió—. Tarzán viene a bailar el *dum-dum* con sus hermanos. ¿Dónde está vuestro rey?

Volvió a avanzar y la muchacha encaramada al árbol se llevó las palmas de las manos a las mejillas mientras observaba, con los ojos desorbitados, a ese loco que se dirigía hacia una muerte espantosa. En un instante se abalanzarían sobre él y le desgarrarían, de manera que aquella forma perfecta quedaría reducida a pedazos; pero también ahora el círculo se abrió, y aunque los simios rugieron y le amenazaron no le atacaron, y por fin Tarzán se encontró en el círculo interior cerca del tambor para enfrentarse al gran rey de los simios.

Tarzán habló de nuevo.

—Soy Tarzán de los Monos —anunció con voz fuerte—. Tarzán viene a vivir con sus hermanos. Vendrá en paz y vivirá en la paz o matará; pero ha venido y se quedará. ¿Qué ocurrirá: Tarzán bailará el *dum-dum* en paz con sus hermanos, o Tarzán matará primero?

—Soy Go-lat, rey de los simios —gritó el gran macho—. ¡Yo mato! ¡Mato! ¡Mato! —y con un hosco rugido se lanzó sobre el tarmangani.

El hombre-mono, al que la muchacha no dejaba de observar, parecía totalmente desprevenido para el ataque, y ella esperaba verle abatido y muerto en la primera embestida. El gran macho casi estaba sobre él con unas enormes manos abiertas para agarrarle antes de que Tarzán se moviera; pero cuando se movió, su rapidez habría avergonzado a Ara, el rayo. Como se lanza hacia adelante la cabeza de Histah, la serpiente, así se lanzó la mano izquierda del hombre bestia cuando cogió la muñeca izquierda de su oponente. Un rápido giro y el brazo derecho del macho quedó inmovilizado bajo el brazo derecho de su enemigo en una llave de *jujutsu* que Tarzán había aprendido entre los hombres civilizados; una llave con la que fácilmente podría romper grandes huesos-y que dejó indefenso al simio.

—¡Soy Tarzán de los Monos! —gritó el hombre-mono—. ¿Bailará Tarzán en paz o matará?

—¡Yo mato! ¡Yo mato! ¡Yo mato! —aulló Go-lat.

Con la rapidez de un felino, Tarzán retorció al rey de los simios sobre una cadera y le envió al suelo, donde cayó desmadejado.

—¡Soy Tarzán, rey de todos los simios! —gritó—. ¿Habrá paz?

Go-lat, furioso, se puso en pie de un salto y volvió a atacar, lanzando su grito de guerra:

—¡Yo mato! ¡Yo mato! ¡Yo mato! —y Tarzán volvió a recibirle con una llave que el estúpido simio, que la desconocía, no pudo desviar, una llave y un lanzamiento que produjo un grito de placer en el interesado público y llenó de dudas a la muchacha en cuanto a la locura del hombre; evidentemente, se hallaba bastante a salvo entre los simios, pues le vio llevarse a Go-lat a la espalda y luego catapultarle por encima de su hombro. El rey de los simios cayó de cabeza y permaneció tumbado, muy quieto.

—¡Soy Tarzán de los Monos! —gritó el hombre-mono—. He venido a bailar el *dum-dum* con mis hermanos —e hizo un gesto a los que tocaban el tambor, quienes enseguida reanudaron la cadencia de la danza donde la habían dejado para ver a su rey matar al insensato tarmangani.

Fue entonces cuando Go-lat alzó la cabeza y, poco a poco, se fue poniendo en pie. Tarzán se acercó a él.

—Soy Tarzán de los Monos —gritó—. ¿Tarzán bailará el *dum-dum* con sus hermanos ahora, o antes tendrá que matar?

Go-lat levantó los ojos inyectados en sangre hasta el rostro del tarmangani.

—¡Kagoda! —gritó—. ¡Tarzán de los Monos bailará el *dum-dum* con sus hermanos y Go-lat bailará con él!

Y entonces la muchacha, desde el árbol, vio al hombre salvaje saltar, inclinarse y golpear con los pies junto con los simios salvajes en aquel antiguo rito del *dum-dum*. Sus rugidos y gruñidos eran más bestiales que los de las bestias. Su bello rostro estaba deformado por la salvaje ferocidad. Se golpeaba el pecho y lanzaba su grito de desafío, mientras su piel suave y morena acariciaba los peludos abrigos de sus compañeros. Era extraña; era maravillosa; y en su primitivo salvajismo no estaba exenta de belleza, aquella rara escena que contemplaba, una escena que, probablemente, ningún ser humano jamás había presenciado, y sin embargo, al mismo tiempo, era horrible.

Mientras contemplaba hechizada la escena, un movimiento cauteloso en el árbol, detrás de ella, le hizo volver la cabeza, y allí, a su espalda, resplandecientes en la luz de la luna que se reflejaba en ellos, brillaban dos grandes ojos amarillo-verdosos. Sheeta, la pantera, la había encontrado.

La bestia estaba tan cerca que podría alargar la pata y tocarla con su

gran garra. No había tiempo para pensar, no había tiempo para sopesar las probabilidades o para elegir alternativas. El impulso inspirado por el terror la guió cuando, con un fuerte grito, saltó del árbol al claro.

Al instante, los simios, ahora enloquecidos por los efectos de la danza y la luz de la luna, se volvieron para ver la causa de la interrupción. Vieron a esta tarmangani hembra, indefensa y sola, y se la quedaron mirando. Sheeta, la pantera, que sabía que ni siquiera Numa, el león, a menos que estuviera loco a causa del hambre, se atrevía a mezclarse con los grandes simios en su *dum-dum*, se había desvanecido en silencio en la noche, para ir a buscar su cena en otra parte.

Tarzán se volvió con los otros simios hacia la causa de la interrupción; vio a la muchacha, la reconoció y también comprendió el peligro que corría. También ahora podría morir a manos de otros, pero ¿por qué pararse a pensarlo? Él sabía que no lo permitiría, y aunque le avergonzaba, tenía que admitirlo.

Las hembras más destacadas ya se hallaban casi sobre la muchacha cuando Tarzán saltó entre ellas, y con fuertes golpes las dispersó a izquierda y derecha; y entonces, cuando los machos se acercaron para compartir la presa, pensando que este nuevo simio estaba a punto de quedarse con toda la carne para él solo, descubrieron que se estaba enfrentando a ellos con un brazo en torno a la criatura como para protegerla.

—Ésta es la hembra de Tarzán —dijo—. No le hagáis daño.

Era la única manera de que comprendieran que no debían matarla. Él se alegró de que la muchacha no pudiera interpretar sus palabras. Ya era lo bastante humillante efectuar semejante afirmación de su odiado enemigo ante unos simios salvajes.

Así que, una vez más, Tarzán de los Monos se vio obligado a proteger a un alemán. Gruñendo, masculló para sí, extenuado:

—Ella es una mujer y yo no soy alemán, ¡o sea que no podría ser de otra manera!

Los simios, enloquecidos por la danza y la luz de la luna.

CAPÍTULO IX

CAÍDO DEL CIELO

EL TENIENTE Harold Percy Smith-Oldwick, del *Royal Air Service*, se hallaba en misión de reconocimiento. Había llegado al cuartel general británico en el África oriental un informe, o mejor seria decir un rumor, que decía que el enemigo había llegado con fuerza a la costa oeste y marchaba a través del oscuro continente para reforzar sus tropas coloniales. En realidad, no se creía que el nuevo ejército estuviera a más de diez o doce días de marcha hacia el oeste. Por supuesto, el asunto era ridículo, absurdo, pero en la guerra a menudo suceden cosas absurdas; y, de todos modos, ningún buen general permite que el más mínimo rumor de actividad enemiga quede sin investigar.

De modo que el teniente Harold Percy Smith-Oldwick voló bajo hacia el oeste, buscando con ojos penetrantes alguna señal de un ejército tudesco. Ante él se extendían vastos bosques en los que un cuerpo del ejército alemán bien pudiera hallarse escondido, tan denso era el follaje de los grandes árboles. Montaña, prados y desierto pasaron formando un adorable panorama; pero ni asomo de un hombre vio el joven teniente.

Siempre esperando descubrir alguna señal de su paso —un camión abandonado, un armón de artillería roto o un antiguo campamento— prosiguió hacia el oeste hasta bien entrada la tarde. Sobre una llanura punteada de árboles por cuyo centro discurría un serpenteante río, decidió dar media vuelta y regresar al campamento. Tendría que volar en línea recta a toda velocidad si quería cubrir la distancia antes de que anocheciera; pero como tenía mucha gasolina y una máquina en la que podía confiar, no le cabía duda de que alcanzaría su objetivo. Fue entonces cuando el motor se caló.

Volaba demasiado bajo para hacer otra cosa más que aterrizar, y tenía que hacerlo pronto, mientras aún tuviera campo abierto accesible, pues directamente al este se hallaba un gran bosque en el que un motor calado

sólo le reportaría heridas seguras y una probable muerte; y así descendió en la vega junto al sinuoso río y allí se dispuso a tratar de reparar el motor.

Mientras trabajaba tarareaba una melodía, un aire de *music-hall* que fue popular en Londres el año anterior, de modo que uno diría que se hallaba trabajando en la seguridad de un campo de vuelo inglés rodeado por innumerables camaradas, en lugar de solo en el corazón de una región africana inexplorada. Era típico del hombre ser completamente indiferente a lo que le rodeaba, aunque su aspecto contradecía cualquier suposición de que era de una cepa particularmente heroica.

El teniente Harold Percy Smith-Oldwick tenía el pelo rubio, los ojos azules y un cuerpo esbelto, con un rostro sonrosado e infantil que daba más la impresión de haber sido moldeado por un ambiente de lujo, indolencia y comodidad que por las exigencias más arduas de la vida dura.

Y el joven teniente no sólo se mostraba exteriormente despreocupado con el futuro inmediato y lo que le rodeaba, sino que lo estaba realmente. Que la región pudiera estar infestada de incontables enemigos no parecía habérsele ocurrido en lo más mínimo. Se entregó diligente a la tarea de corregir el desajuste que provocó que el motor se calara, sin echar siquiera un vistazo al paisaje que le rodeaba. El bosque a su derecha y la jungla más distante que bordeaba el sinuoso río podían albergar un ejército de salvajes sedientos de sangre, pero nada de esto provocó ni un fugaz instante de interés por parte del teniente Smith-Oldwick.

Y aunque hubiera mirado, es dudoso que viera la veintena de figuras agazapadas en los matorrales del borde del bosque que les servía de escondrijo. Hay quien tiene fama de estar dotado con lo que a veces, a falta de una mejor apelación, se conoce como sexto sentido…, una especie de intuición que les advierte de la presencia de un peligro que no está a la vista. La mirada concentrada de un observador oculto provoca una sensación de nerviosa inquietud en los que lo poseen que les previene, pero aunque veinte pares de ojos salvajes miraban fijamente al teniente Harold Percy Smith-Oldwick, ese hecho no provocó ninguna sensación de peligro inminente en su plácido pecho. Siguió tarareando tranquilamente y, una vez finalizado su ajuste, probó su motor uno o dos minutos, luego lo apagó y bajó a tierra con intención de estirar las piernas y echar una caladita antes de proseguir su vuelo de regreso al campamento. Ahora, por primera vez, se dio cuenta de lo que le rodeaba, y quedó inmediatamente impresionado por lo agreste y bello del paisaje. En algunos aspectos, la pradera punteada

de árboles le recordaba un bosque inglés ajardinado, y que bestias y hombres salvajes pudieran formar parte de un escenario tan tranquilo parecía la más remota de las posibilidades.

Unos vistosos capullos en un arbusto florido, a poca distancia de su aparato, llamaron la atención de su ojo estético, y mientras inhalaba el humo de su cigarrillo, se aproximó para examinar más de cerca las flores. Cuando se inclinó sobre ellas se encontraba quizá a un centenar de metros de su avión, y fue en ese instante cuando Numabo, jefe de los Wamabo, decidió saltar desde su escondite y conducir a sus guerreros en un repentino ataque sobre el hombre blanco.

La primera indicación de peligro que tuvo el joven inglés fue un coro de gritos salvajes procedentes del bosque que había detrás de él. Al volverse vio una veintena de guerreros negros, desnudos, que avanzaban rápidamente hacia él. Se movían en una masa compacta y a medida que se acercaban su velocidad disminuía perceptiblemente. El teniente Smith-Oldwick cayó en la cuenta, echando un rápido vistazo, de que la dirección en que se acercaban y su proximidad le privaban de toda oportunidad de retirarse a su avión, y también comprendió que su actitud era absolutamente belicosa y amenazadora. Vio que iban armados con lanzas, arcos y flechas, y estaba bastante seguro de que, pese a ir armado con una pistola, podían vencerle sin dificultad. Lo que no sabía de su táctica era que ante cualquier muestra de resistencia ellos se retirarían, lo que entra en la naturaleza de los negros nativos, pero que tras numerosos avances y retiradas, durante los cuales se entregarían a un frenesí de rabia mediante gritos, saltos y danzas, al final efectuarían un ataque decidido y definitivo.

Numabo iba al frente, hecho que, tomado en relación con su talla considerablemente mayor y aspecto más belicoso, le señalaba como el objetivo natural, y fue a Numabo a quien el inglés apuntó su primer disparo. Lamentablemente para él, falló, ya que la muerte del jefe habría dispersado para siempre a los demás. La bala pasó de largo de Numabo y fue a alojarse en el pecho de un guerrero que iba detrás de él, y cuando el tipo se abalanzó con un grito, los otros se volvieron y se retiraron; pero para desgracia del teniente, corrieron en dirección del avión en lugar de volver hacia el bosque, de modo que siguió sin poder llegar a su aparato.

Entonces se detuvieron y volvieron a enfrentarse con él. Hablaban en voz muy alta y gesticulaban mucho, y al cabo de un momento uno de ellos saltó en el aire, blandiendo su lanza y profiriendo unos salvajes gritos de

guerra que pronto produjeron efecto en sus compañeros, de modo que enseguida todos estuvieron participando en aquel bárbaro espectáculo de salvajismo, que estimularía su desvaneciente valor y les animaría a efectuar otro ataque.

La segunda carga les acercó más al inglés, y aunque derribó a otro con su pistola, no fue antes de que le hubieran arrojado dos o tres lanzas. Ahora le quedaban cinco balas y había dieciocho guerreros de los que dar cuenta, de modo que si no lograba asustarles para que se retiraran, era evidente que su destino estaba trazado.

Que tuvieran que pagar el precio de una vida por todos los intentos de acabar con la de él causó su efecto en ellos, y ahora tardaron más en iniciar un nuevo ataque, y cuando lo hicieron fue con más orden y habilidad que los anteriores, pues se dispersaron en tres bandas que, rodeándole parcialmente, se acercaron al mismo tiempo hacia él desde diferentes direcciones, y aunque él vació su pistola con tino, al fin llegaron hasta él. Parecían saber que se le había terminado la munición, pues formaron un círculo apretado en torno suyo con la evidente intención de cogerle vivo, ya que podían haberse deshecho de él fácilmente con sus afiladas lanzas sin correr ningún riesgo.

Durante dos o tres minutos permanecieron en círculo alrededor del teniente hasta que, a una palabra de Numabo, se acercaron simultáneamente, y aunque el ágil y joven teniente empezó a golpear a derecha e izquierda, pronto fue vencido por el número superior y derribado con las puntas de las lanzas.

Estaba casi inconsciente cuando por fin le obligaron a ponerse en pie y, después de atarle las manos a la espalda, le fueron empujando con brusquedad para que avanzara delante de ellos hacia la jungla.

Mientras el guardia le pinchaba para que siguiera el estrecho sendero, el teniente Smith-Oldwick no podía sino preguntarse por qué deseaban cogerle vivo. Sabía que se hallaba demasiado tierra adentro para que su uniforme tuviera algún significado para esta tribu nativa a la que probablemente jamás había llegado el más mínimo indicio de la guerra mundial, y sólo podía suponer que había caído en manos de los guerreros de algún salvaje potentado, de cuyo real capricho pendería su destino.

Llevaban caminando quizá media hora cuando el inglés vio al frente, en un pequeño claro en la orilla del río, los techos de paja de unas chozas indígenas que asomaban por una tosca pero sólida empalizada; y entonces

le hicieron entrar en una calle de la aldea donde inmediatamente se vio rodeado por un grupo de mujeres, niños y guerreros. Aquí pronto se convirtió en el centro de una excitada multitud cuya intención parecía ser despacharle lo antes posible. Las mujeres eran más virulentas que los hombres, y le golpeaban y le arañaban cada vez que podían llegar a él, hasta que al fin Numabo, el jefe, se vio obligado a intervenir para salvar a su prisionero de cualquier intención a la que estuviera destinado.

Mientras los guerreros empujaban a la multitud para que se apartara, abriendo un espacio a través del cual el hombre blanco fue conducido hacia una cabaña, el teniente Smith-Oldwick vio que venía, del extremo opuesto de la aldea, un grupo de negros vistiendo piezas sueltas de uniformes alemanes. Esto no le sorprendió lo más mínimo, y su primer pensamiento fue que al fin entraba en contacto con alguna porción del ejército que se rumoreaba que cruzaba desde la costa oeste y cuyas señales había estado buscando.

Una triste sonrisa acudió a sus labios cuando contempló las lamentables circunstancias que rodeaban su acceso a esta información, pues aunque estaba lejos de haber perdido la esperanza, comprendía que sólo por pura casualidad podría escapar de aquella gente y recuperar su aparato.

Entre los negros parcialmente uniformados se encontraba un tipo enorme con la guerrera de un sargento, y cuando los ojos de este hombre se posaron en el oficial británico, un fuerte grito de regocijo brotó de sus labios, e inmediatamente sus seguidores captaron el grito y avanzaron para acosar al prisionero.

—¿Dónde has cogido al inglés? —preguntó Usanga, el sargento negro, al jefe Numabo—. ¿Hay muchos más con él?

—Ha venido del cielo —respondió el jefe nativo—, en una cosa extraña que vuela como un pájaro y que al principio nos ha asustado mucho; pero hemos estado largo rato observando y hemos visto que no parecía vivo, y cuando este hombre blanco lo ha abandonado le hemos atacado y, aunque ha matado a algunos de mis guerreros, le hemos cogido, pues los wamabos son hombres valientes y grandes guerreros.

Usanga abrió grandes ojos.

—¿Ha venido volando por el cielo? —preguntó.

—Sí —respondió Numabo—. Ha bajado volando del cielo en una cosa grande que parecía un pájaro. La cosa aún está allí, junto a— los cuatro árboles cerca del segundo recodo del río. Lo hemos dejado porque, como

no sabíamos qué era, teníamos miedo de tocarlo y aún estará allí si no se ha marchado volando otra vez.

—No puede volar sin el hombre —dijo Usanga—. Es una cosa terrible que llenaba de terror los corazones de nuestros soldados, porque volaba sobre nuestros campamentos por la noche y dejaba caer bombas sobre nosotros. Está bien que hayáis capturado a este hombre blanco, Numabo, porque con su gran pájaro esta noche habría sobrevolado vuestras aldeas y matado a toda tu gente. Estos ingleses son blancos muy perversos.

—No volará —más dijo Numabo—. El hombre no está para volar por el aire; sólo los perversos demonios hacen estas cosas y Numabo, el jefe, se ocupará de que este blanco no vuelva a hacerlo —y con estas palabras empujó al joven oficial bruscamente hacia una choza situada en el centro de la aldea, donde lo dejó vigilado por dos fornidos guerreros.

Durante una hora o más dejaron que el prisionero hiciera lo que quisiera, que consistió en vanos e infatigables esfuerzos por aflojar las ataduras que le sujetaban las muñecas, y luego fue interrumpido por la aparición del sargento negro Usanga, que entró en su cabaña y se acercó a él.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó el inglés—. Mi país no está en guerra con esta gente. Tú hablas su lengua. Diles que no soy un enemigo, que mi gente son amigos de los negros y que deben dejarme ir en paz.

Usanga se echó a reír.

—Ellos no distinguen un inglés de un alemán —respondió—. A ellos les importa un bledo lo que tú seas, salvo que eres blanco y un enemigo.

—Entonces, ¿por qué me han cogido vivo? —preguntó el teniente.

—Ven —dijo Usanga, y condujo al inglés al umbral de la choza—. Mira —dijo señalando con un negro dedo índice hacia el final de la calle de la aldea, donde un espacio más ancho entre las chozas formaba una especie de plazoleta.

Aquí el teniente Harold Percy Smith-Oldwick vio a un número de negros ocupados colocando haces de leña en torno a una estaca y preparando fuego bajo varias grandes ollas. La siniestra sugerencia de la escena era demasiado evidente.

Usanga miraba de cerca al hombre blanco, pero si esperaba la recompensa de alguna señal de miedo, estaba destinado a sufrir una decepción, pues el joven teniente apenas se volvió hacia él encogiéndose de

hombros:

—Vamos, hombre, ¿tenéis intención de comerme?

—Mi gente no —respondió Usanga—. No comemos carne humana, pero los wamabos sí. Ellos te comerán, pero nosotros te mataremos para el banquete, inglés.

El inglés permaneció de pie en el umbral de la choza, interesado espectador de los preparativos de la orgía prevista, que de un modo tan horrible pondría fin a su existencia en la tierra. Apenas cabe suponer que no sintiera ningún miedo; sin embargo, si lo sintió lo ocultó perfectamente bajo una máscara imperturbable de frialdad. Incluso el brutal Usanga debió de quedar impresionado por la valentía de su víctima, ya que, aunque había insultado y posiblemente torturado a su indefenso prisionero, ahora no hizo nada de esto, contentándose tan sólo con censurar a los blancos como raza y a los ingleses de un modo especial, debido al terror que los aviadores británicos causaba en las tropas nativas de Alemania en África oriental.

—Tu aparato ya no volará más sobre nuestra gente, sembrando la muerte entre ellos desde los cielos —dijo para concluir—. Usanga se ocupará de ello —y bruscamente se marchó hacia un grupo de sus propios soldados que se hallaban congregados cerca de la estaca, donde reían y bromeaban con las mujeres.

Unos minutos más tarde el inglés les vio salir de la aldea, y una vez más centró sus pensamientos en diversos e inútiles planes de fuga.

Varios kilómetros al norte de la aldea, en una pequeña elevación del terreno cerca del río donde la jungla, interrupiéndose en la base de un montículo, dejaba unos cuantos acres de tierra cubierta de hierba y algunos árboles desparramados, un hombre y una muchacha estaba ocupados en la construcción de una pequeña *boma*, en cuyo centro ya habían levantado una cabaña con el tejado de paja.

Trabajaban casi en silencio, hablando sólo para dar instrucciones o preguntar.

Salvo por un taparrabos, el hombre iba desnudo y su suave piel era de un marrón oscuro por la acción del sol y el viento. Se movía con la agilidad de un felino de la jungla y cuando levantaba grandes pesos, parecía hacerlo con tan poco esfuerzo como si levantara las manos vacías.

Cuando no la miraba a ella, y raras veces lo hacía, la muchacha se sorprendía dirigiendo la mirada hacia él, y en esas ocasiones siempre había una expresión de asombro en su rostro, como si encontrara en él un enigma

que no pudiera resolver. En realidad, sus sentimientos hacia él estaban teñidos de sobrecogimiento, ya que en el breve período que llevaban juntos, había descubierto en este apuesto gigante como divino los atributos del superhombre y de la bestia salvaje íntimamente mezclados. Al principio sólo sintió ese irracional terror femenino que la lamentable situación en que se hallaba provocaba de forma natural. Estar sola en el corazón de una región inexplorada del África central con un hombre salvaje ya era en sí mismo suficientemente espantoso, pero tener además la sensación de que ese hombre era un enemigo mortal, que la odiaba a ella y a los de su clase y que le debiera a ella una ofensa personal por un ataque en el pasado, no dejaba lugar para ninguna esperanza de que pudiera concederle ni la más mínima consideración.

Le había visto por primera vez meses atrás, cuando irrumpió en el cuartel general del alto mando alemán en el África oriental y se llevó al desventurado comandante Schneider, de cuyo destino no había llegado ni la más mínima noticia a los oficiales alemanes; y le volvió a ver en aquella ocasión en que la rescató de las garras del león y, tras explicarle que la había reconocido en el campamento británico, la hizo su prisionera. Fue entonces cuando ella le golpeó con la culata de su pistola y escapó. Que tal vez no buscara la venganza personal por su actuación quedó demostrado en Wilhelmstal la noche en que mató al capitán Fritz Schneider y se marchó sin hacerle nada a ella.

No, no podía comprenderle. Él la odiaba y al mismo tiempo la protegía como demostró de nuevo cuando impidió que los grandes simios la despedazaran después de escapar de la aldea wamabo a la que Usanga, el sargento negro, la había llevado cautiva; pero ¿por qué la salvaba? ¿Con qué siniestro propósito este enemigo salvaje la protegía de otros habitantes de la jungla? Intentó apartar de su mente el probable destino que la aguardaba, sin embargo éste insistía en interponerse en sus pensamientos, aunque siempre se veía obligada a admitir que no había nada en la conducta del hombre que indicara que sus temores estaban bien fundados. Ella le juzgaba quizá según el patrón de otros hombres, y como le miraba como a una criatura salvaje, le parecía que no podía esperar más caballerosidad en él de la que podía hallarse en el pecho de los hombres civilizados que ella conocía.

Fräulein Bertha Kircher tenía por naturaleza un carácter amigable y alegre. No era dada a morbosos presentimientos y, por encima de todas las

cosas, le gustaba la sociedad de los de su clase y ese intercambio de pensamientos que constituye una de las notables diferencias entre el hombre y los animales inferiores. Tarzán, por el contrario, tenía suficiente consigo mismo. Largos años de semisoledad entre criaturas cuyos poderes de expresión oral son extremadamente limitados le habían arrojado casi por entero a buscar sus propias fuentes de diversión.

Su activa mente jamás estaba ociosa, pero como sus compañeros de jungla no podían ni seguirle ni comprender el nítido tren de fantasías que su mente humana forjaba, hacía tiempo que había aprendido a guardárselas para sí; y por eso ahora no veía necesidad de confiárselas a otros. Este hecho, junto con el de su desagrado por la muchacha, era suficiente para sellar sus labios para lo que no fuera conversación necesaria; y así trabajaban juntos en silencio. Bertha Kircher, sin embargo, no era sino femenina, y pronto descubrió que tener a alguien con quien hablar que no quería hablar era extremadamente irritante. Su temor hacia aquel hombre iba desapareciendo poco a poco, y estaba llena de curiosidad insatisfecha en cuanto a sus planes para el futuro respecto a ella, así como a cuestiones más personales referentes a él, ya que no podía sino preguntarse por sus antecedentes y su extraña y solitaria vida en la jungla, y por su amistoso intercambio con los simios salvajes entre los cuales le encontró.

Al desvanecerse sus temores se sintió lo bastante osada para interrogarle, y le preguntó qué tenía intención de hacer una vez completada la cabaña y la *boina*.

—Iré a la costa oeste, donde nací —respondió Tarzán—. No sé cuándo. Tengo toda mi vida por delante y en la jungla no hay motivos para apresurarse. No estamos siempre corriendo lo más deprisa que podemos de un sitio a otro como hacéis en el mundo exterior. Cuando haya estado aquí el tiempo suficiente, iré hacia el oeste, pero antes debo ocuparme de que tengas un lugar seguro donde dormir y de que hayas aprendido a proveerte de lo necesario. Eso llevará tiempo.

—¿Vas a dejarme aquí sola? —preguntó la muchacha; su tono denotaba el miedo que esa perspectiva le provocaba—. ¿Vas a dejarme aquí sola, en esta jungla terrible, presa de las bestias y hombres salvajes, a cientos de kilómetros de un asentamiento blanco y en una región que tiene todas las trazas de no haber sido tocada por el hombre civilizado?

—¿Por qué no? —preguntó Tarzán—. Yo no te traje aquí. ¿Alguno de tus hombres daría mejor trato a una mujer enemiga?

—Sí —exclamó ella—, claro que sí. Ningún hombre de mi raza abandonaría a una mujer blanca sola en este horrible lugar.

Tarzán se encogió de hombros. La conversación parecía inútil, y además a él le resultaba desagradable porque se desarrollaba en alemán, lengua que él detestaba tanto como a la gente que la hablaba. Deseaba que la muchacha hablara inglés, y entonces se le ocurrió que, como la había visto disfrazada en el campamento británico llevando a cabo su nefasto trabajo como espía alemana, probablemente hablaba inglés, y por tanto se lo preguntó.

—Claro que hablo inglés —exclamó ella—, pero no sabía que tú lo hablaras.

Tarzán mostró su asombro pero no hizo ningún comentario. Sólo se preguntó por qué la muchacha dudaba de la capacidad de un inglés para hablar inglés, y entonces se le ocurrió que probablemente le consideraba simplemente una bestia de la jungla que, por accidente, aprendió a hablar alemán por haber frecuentado la región que Alemania había colonizado. Ella sólo le había visto allí, y por tanto quizá no supiera que él era inglés de nacimiento y que había tenido un hogar en el África oriental británica. Era mejor, pensó, que supiera poco de él, ya que, cuanto menos supiera, más podría enterarse él de sus actividades en beneficio de los alemanes y del sistema de espionaje alemán del que ella era representante; y así se le ocurrió que dejaría que pensara que era sólo lo que aparentaba: un habitante salvaje de aquella salvaje jungla, un hombre sin raza ni país, que odiaba imparcialmente a todos los hombres blancos; y esto era en verdad lo que ella pensaba de él. Esa idea explicaba perfectamente sus ataques al comandante Schneider y al hermano del comandante, el capitán Fritz.

Volvieron a trabajar en silencio en la construcción de la *boma* que ahora estaba casi terminada, ayudando la muchacha al hombre lo mejor que podía. Tarzán no pudo por menos de observar, admirándolo a su pesar, el espíritu de cooperación que manifestaba ella en la tarea, a menudo penosa, de reunir y disponer los espinos que constituían la protección temporal contra los carnívoros que merodeaban por el lugar. Sus manos y brazos daban sangrienta prueba de lo afiladas que eran las numerosas puntas que habían lacerado su suave carne, y aunque era enemiga, Tarzán no podía por menos que sentir remordimientos por haberle permitido hacer este trabajo, y al fin le dijo que parara.

—¿Por qué? —preguntó ella—. No es más doloroso para mí de lo que

debe de ser para ti, y, como estás construyendo esto únicamente para mi protección, no hay razón para que no cumpla con mi parte.

—Eres una mujer —replicó Tarzán—. Esto no es trabajo de mujeres. Si quieres hacer algo, coge esas calabazas que he traído esta mañana y llénalas de agua en el río. Puede que la necesites mientras esté fuera.

—Mientras estés fuera… —dijo ella—. ¿Te marchas?

—Cuando la *boma* esté terminada iré a buscar carne —explicó él—. Mañana volveré a ir y te llevaré conmigo para enseñarte cómo conseguir tú misma la carne cuando yo me haya ido.

Sin decir una palabra, ella cogió las calabazas y se dirigió hacia el río. Mientras las llenaba, a su mente acudieron dolorosos presentimientos del futuro que le esperaba. Sabía que Tarzán le había impuesto una sentencia de muerte y que en cuanto él la abandonara, su destino estaba sellado, pues sería cuestión de tiempo —de muy poco tiempo— el que la horrible jungla la reclamara, porque ¿cómo podía esperar una mujer sola combatir con éxito las fuerzas salvajes de destrucción que constituían una parte tan grande de la existencia en la jungla?

Tan ocupada en estas lúgubres profecías se hallaba que no tenía ni oídos ni ojos para lo que ocurría alrededor. Llenó mecánicamente las calabazas, las cogió y cuando se volvió con gesto lento para rehacer su camino hacia la *boma*, lanzó un grito medio ahogado y retrocedió asustada de la amenazadora figura que se erguía ante ella y le bloqueaba el paso hacia la cabaña.

Go-lat, el rey simio, que cazaba un poco separado de su tribu, había visto a la mujer ir al río a por agua, y era él a quien vio cuando se volvió con sus calabazas llenas. Go-lat no era una criatura hermosa si se la juzgaba con los patrones de la humanidad civilizada, aunque las hembras de su tribu, e incluso el propio Go-lat, consideraban su reluciente pelaje negro con pinceladas plateadas, sus enormes brazos que le colgaban hasta las rodillas, su cabeza alargada hundida entre sus fuertes hombros, señales de una gran belleza personal. Sus extraños ojos inyectados en sangre y ancha nariz, su amplia boca y grandes colmillos no hacían sino realzar el atractivo de este Adonis de la selva ante los ojos afectuosos de sus hembras.

Sin duda, en el pequeño cerebro salvaje existía una convicción bien formada de que esta extraña hembra perteneciente al tarmangani debía de contemplar con admiración a una criatura tan hermosa como Go-lat, pues

no había lugar a dudas, en la mente de nadie, de que su belleza eclipsaba enteramente a la del simio blanco sin pelo.

Pero Bertha Kircher sólo vio a una bestia espantosa, una caricatura fiera y terrible de un hombre. De saber Go-lat lo que cruzaba por la mente de la muchacha se habría entristecido muchísimo, aunque es probable que lo atribuyese a una falta de discernimiento por su parte. Tarzán oyó el grito de la muchacha y al levantar la mirada vio enseguida la causa de su terror. Saltando ágilmente por encima de la *boma*, corrió veloz hacia ella mientras Go-lat se aproximaba torpemente a la muchacha y expresaba sus emociones con graves sonidos guturales que, si bien en realidad eran la más amistosa de las insinuaciones, a la chica le sonaron como los gruñidos de una bestia enfurecida. Cuando Tarzán se acercó, llamó con voz fuerte al simio y la muchacha oyó de labios humanos los mismos sonidos que habían salido de los del antropoide.

—No voy a hacer daño a tu hembra —gritó Go-lat a Tarzán.

—Lo sé —respondió el hombre-mono—, pero ella no lo sabe. Ella es como Numa y Sheeta, que no entienden nuestro lenguaje. Ella cree que quieres hacerle daño.

Para entonces Tarzán se encontraba junto a la muchacha.

—No te hará daño —le dijo—. No tengas miedo. Este simio ha aprendido la lección. Ha aprendido que Tarzán es señor de la jungla. No hará daño a lo que es de Tarzán.

La muchacha lanzó una mirada rápida al rostro del hombre. Le resultaba evidente que las palabras que había pronunciado no significaban nada para él y que la supuesta propiedad de ella era, como la *boma*, sólo otra manera de protegerla.

—Pero me da miedo —dijo ella.

—No debes demostrarlo. A menudo estarás rodeada de estos simios. En esas ocasiones será cuando estarás más a salvo. Antes de marcharme te diré la manera de protegerte en caso de que uno de ellos se atreviera a volverse contra ti. Yo de ti procuraría asociarme con ellos. Son pocos los animales de la jungla que se atreven a atacar a los grandes simios cuando hay varios de ellos juntos. Si les haces saber que les tienes miedo, se aprovecharán de ello y tu vida estará amenazada constantemente. En especial te atacarían las hembras. Les diré que tienes medios de protegerte y de matarles. Si es necesario, les mostraré cómo, y entonces te respetarán y te temerán.

—Lo intentaré —dijo la muchacha—, pero me temo que me será difícil.

Es la criatura más temible que jamás he visto.

Tarzán sonrió.

—No me cabe duda de que él piensa lo mismo de ti —dijo.

Para entonces otros simios habían llegado al claro y ahora se hallaban en el centro de un grupo considerable, entre los cuales se encontraban varios machos, algunas hembras jóvenes y otras mayores con sus pequeños *balus* aferrados a la espalda o retozando en torno a sus pies. Aunque habían visto a la muchacha la noche del *dum-dum*, cuando Sheeta la había obligado a saltar de su escondrijo al círculo donde los simios bailaban, aún daban muestras de gran curiosidad respecto a ella. Algunas hembras se acercaron mucho y tironearon de sus prendas, haciendo comentarios entre sí en su extraña lengua. La muchacha, mediante el ejercicio de toda la voluntad que pudo reunir, logró superar la prueba sin poner de manifiesto el terror y la repulsión que sentía. Tarzán la observaba atentamente, con media sonrisa en los labios. No se hallaba tan lejos del reciente contacto con la gente civilizada como para no comprender la tortura que estaba experimentando la muchacha, pero no sintió piedad alguna por esta mujer de un cruel enemigo que, sin duda, merecía el peor sufrimiento que pudiera sobrevenirle. Sin embargo, pese a sus sentimientos hacia ella, se vio obligado a admitir que la muchacha hacía gala de un gran valor. De pronto se volvió a los simios.

—Tarzán se marcha a cazar para él y su hembra —anunció—. La hembra se quedará aquí —y señaló hacia la choza—. Procurad que ningún miembro de la tribu le haga daño. ¿Entendido?

Los simios hicieron un gesto de asentimiento.

—No le haremos ningún daño elijo Go-lat.

—No —dijo Tarzán—. No se lo haréis. Porque si se lo hacéis, Tarzán os matará —y luego, volviéndose a la muchacha, dijo—: Ahora me voy a cazar. Será mejor que te quedes dentro de la choza. Los simios me han prometido no hacerte daño. Te dejaré mi lanza contigo. Será la mejor arma de que podrías disponer en caso de que necesitaras protegerte, pero dudo que corras ningún peligro en el breve tiempo que estaré fuera.

Fue con ella hasta la *boma* y cuando entró, él cerró la abertura con espinos y se marchó hacia el bosque. La muchacha le observó cruzar el claro, fijándose en el paso fácil, como de felino, y la elegancia de cada movimiento, que armonizaba tan bien con la simetría y perfección de su figura. En el borde del bosque le vio saltar ágil a un árbol y desaparecer de

la vista, y luego, como era mujer, entró en la cabaña y, arrojándose al suelo, prorrumpió en sollozos.

CAPÍTULO X

EN MANOS DE LOS SALVAJES

TARZÁN buscó a Bara, el ciervo, o a Horta, el verraco, pues de todos los animales de la jungla dudaba que alguno fuera más sabroso para la mujer blanca, pero aunque su aguzado olfato estaba siempre alerta, viajó lejos sin ser recompensado ni con el más mínimo rastro de la caza que buscaba. Se mantuvo cerca del río, donde esperaba encontrar a Bara o a Horta acercándose a un lugar donde beber o abandonándolo, y por fin le llegó el fuerte olor de la aldea wamabo, y como siempre estaba dispuesto a realizar una indeseada visita a sus enemigos hereditarios, los gomangani, dio un rodeo y apareció en la parte posterior de la aldea. Desde un árbol que colgaba por encima de la empalizada miró hacia la calle donde vio los preparativos que se estaban realizando y que, por su experiencia, le indicaron que iban a celebrar uno de aquellos espantosos festines cuya *pièce de résistence* era la carne humana.

Una de las principales diversiones de Tarzán consistía en fastidiar a los negros. Obtenía más satisfacción molestándoles y aterrorizándoles que de cualquier otra fuente de diversión que la jungla le ofreciera. Robarles su festín de algún modo que les llenara el corazón de terror le produciría a él el mayor de los placeres, y así exploró la aldea con los ojos en busca de alguna indicación del paradero del prisionero. Su vista estaba limitada por el denso follaje del árbol en el que estaba sentado y, para poder obtener una mejor vista, se encaramó un poco más y se movió con cautela hacia afuera sobre una delgada rama.

Tarzán de los Monos poseía unos conocimientos de la selva que rozaban la perfección, pero ni siquiera los maravillosos sentidos de Tarzán eran infalibles. La rama sobre la que había avanzado no era más pequeña que muchas que habían soportado su peso en otras muchas ocasiones. Aparentemente era fuerte y estaba sana y llena de follaje; tampoco podía saber Tarzán que cerca del tallo un insecto horadador se había comido la

mitad del corazón de la sólida madera de debajo de la corteza. Y así, cuando llegó a la punta, la rama se partió cerca del tronco del árbol sin previo aviso. Debajo de él no había ramas más grandes a las que pudiera agarrarse y mientras se desplomaba su pie quedó atrapado en una enredadera, de modo que dio una vuelta completa y aterrizó de espaldas en el centro de la calle de la aldea.

Al oír el ruido de la rama que se partía y el estrépito del cuerpo que caía a través de las ramas, los desconcertados negros se apresuraron a ir a sus cabañas en busca de armas, y cuando los más valientes salieron, vieron la forma inmóvil de un hombre blanco semidesnudo que yacía donde había caído. Envalentonados por el hecho de que no se movía se aproximaron a él, y cuando sus ojos no descubrieron señales de otros de su misma especie en el árbol, se abalanzaron hacia él hasta que una docena de guerreros le rodearon con las lanzas a punto. Al principio creían que la caída lo había matado, pero al examinarle más de cerca descubrieron que el hombre sólo estaba aturdido. Uno de los guerreros quería clavarle una lanza en el corazón, pero Numabo, el jefe, no lo permitió:

Atadle —ordenó—. Esta noche tendremos un buen festín.

Le ataron las manos y los pies con correas de tripa y le llevaron a la cabaña donde el teniente Harold Percy Smith-Oldwick esperaba su destino. El inglés también estaba atado de manos y pies, por miedo a que en el último momento escapara y les privara de su festín. Una gran multitud de nativos se congregaba en torno a la choza intentando vislumbrar al nuevo prisionero, pero Numabo dobló la guardia ante la entrada por temor a que alguno de los suyos, en la embriaguez de su salvaje alegría, cometiera algún acto que impidiera a los demás disfrutar de los placeres de la danza de la muerte que precedería a la matanza de las víctimas.

El joven inglés había oído el ruido causado por el cuerpo de Tarzán al estrellarse en el suelo y el alboroto que inmediatamente se formó en la aldea, y ahora estaba de pie con la espalda apoyada en la pared de la cabaña y miró al compañero prisionero que los negros hicieron entrar y arrojaron al suelo con sentimientos mezclados de sorpresa y compasión. Se dio cuenta de que nunca había visto un ejemplar más perfecto de hombre que aquella figura inconsciente que tenía ante sí, y se preguntó a qué tristes circunstancias debía el hombre su captura. Era evidente que el nuevo prisionero era tan salvaje como sus capturadores si la vestimenta y las armas eran algún criterio para juzgarlo; sin embargo, también resultaba

evidente que se trataba de un hombre blanco y, por su cabeza bien formada y facciones bien parecidas, no era uno de esos desdichados bobos que tan a menudo caen en un estado de salvajismo, incluso en el corazón de las comunidades civilizadas.

Mientras observaba al hombre vio que sus párpados se movían. Poco a poco los abrió y un par de ojos grises miraron alrededor sin expresión alguna. Al recuperar la conciencia, los ojos adoptaron su expresión natural de inteligencia y, un momento más tarde, con esfuerzo, el prisionero rodó de costado y se incorporó hasta sentarse. Se hallaba de cara al inglés y, al ver los tobillos atados y los brazos fuertemente sujetos a la espalda del otro, una lenta sonrisa iluminó sus facciones.

—Esta noche llenarán sus estómagos —dijo.

El inglés sonrió.

—A juzgar por el jaleo que han armado —dijo—, esos pobres diablos están terriblemente hambrientos. Me habrían comido vivo cuando me han traído aquí. ¿Cómo te han cogido a ti?

Tarzán meneó la cabeza con aire triste.

—Ha sido culpa mía —respondió—. Merezco que me coman. Me he arrastrado sobre una rama que no ha soportado mi peso, y cuando se ha roto, en lugar de caer de pie, se me ha quedado un pie atrapado en una enredadera y he caído de cabeza. De lo contrario no me habrían cogido… vivo.

—¿No hay escapatoria? —preguntó el inglés.

—He escapado de ellos otras veces —respondió Tarzán— y he visto a otros hacerlo. He visto a un hombre apartarse de la estaca después de que una docena de lanzas le hubieran horadado el cuerpo y el fuego ardiera en torno a sus pies.

El teniente Smith-Oldwick se estremeció.

—¡Dios mío! —exclamó—. Espero no tener que hacer frente a esa situación. Creo que podría soportar cualquier cosa menos la idea del fuego. Me desagradaría enormemente que esos diablos me vieran muerto de miedo en el último momento.

—No te preocupes —dijo Tarzán—. No dura mucho rato y no te morirás de miedo. En realidad, no es ni la mitad horrible de lo que parece. Sólo hay un breve período de dolor antes de perder el conocimiento. Lo he visto muchas veces. Es una manera de morir como cualquier otra. Algún día tenemos que morir. ¿Qué diferencia hay en que sea esta noche, mañana

o dentro de un año? Lo importante es lo que se ha vivido… ¡y lo que yo he vivido!

—Tu filosofía puede estar bien, amigo —dijo el joven teniente—, pero no puedo decir que sea exactamente satisfactoria.

Tarzán se rió.

—Acércate —dijo— para que pueda desatarte con los dientes.

El inglés lo hizo y, Tarzán se puso a trabajar en las correas con sus fuertes dientes. Empezó a notar que poco a poco se iban aflojando gracias a sus esfuerzos. En unos instantes se partirían, y entonces sería relativamente fácil para el inglés quitarse las restantes ataduras y las de Tarzán.

En aquel momento entró en la cabaña uno de los guardias. Enseguida vio lo que el nuevo prisionero hacía, alzó su lanza y dio un fuerte golpe en la cabeza del hombre-mono. Luego llamó a los otros guardias y juntos cayeron sobre los infortunados hombres, dándoles patadas y pegándoles sin misericordia, tras lo cual ataron al inglés con más fuerza que antes y les situaron a ambos en lados opuestos de la cabaña. Cuando se marcharon Tarzán miró a su compañero de desgracia.

—Mientras hay vida, hay esperanza —y sonrió al expresar este viejo tópico.

El teniente Harold Percy Smith-Oldwick le devolvió la sonrisa.

—Me parece —dijo— que cada vez tenemos menos de ambas cosas. Debe de ser casi la hora de cenar.

Zu-tag cazaba solo lejos del resto de la tribu de Go-lat, el gran simio. Zu-tag (Cuello grande) era un joven macho recién llegado a la madurez. Era fornido, poderoso y feroz, y al mismo tiempo estaba muy por encima de la media de los de su clase en inteligencia, como demostraba una frente más grande y menos huidiza. Go-lat ya veía en este joven simio un posible contrincante para los laureles de su reinado, y en consecuencia el viejo macho contemplaba a Zu-tag con celos y desaprobación. Posiblemente era por este motivo, como por cualquier otro, por lo que Zu-tag cazaba solo tan a menudo; pero era su absoluta temeridad lo que le permitía vagar muy lejos de la protección que proporcionaba un gran número de grandes simios. Una de las consecuencias de esta costumbre era una mayor cantidad de recursos que aumentaban constantemente su inteligencia y sus poderes de observación.

Hoy había estado cazando hacia el sur y regresaba por un sendero a la orilla del río que a menudo seguía porque conducía a la aldea de los

gomangani, cuyas extrañas y casi simiescas acciones y peculiares modos de vida habían despertado su interés y curiosidad. Como había hecho en otras ocasiones, ocupó su posición en un árbol desde el cual podía ver el interior de la aldea y observar a los negros en sus ocupaciones.

Zu-tag apenas se había instalado en su árbol cuando, igual que los negros, se asustó al oír la caída del cuerpo de Tarzán de las ramas, otro gigante de la jungla, al suelo en el interior de la empalizada. Vio a los negros rodear la forma que yacía en el suelo y más tarde llevarla a la cabaña; y entonces se puso en pie sobre la rama en la que estaba agazapado y levantó su cara a los cielos para lanzar una salvaje protesta y un desafío, pues había reconocido en el tarmangani de piel marrón al extraño simio blanco que había llegado adonde se encontraban ellos, una noche o dos antes, cuando celebraban su *dum-dum*, y que tras dominar fácilmente al más grande de ellos, se había ganado el salvaje respeto y admiración de este fiero joven macho.

Pero la ferocidad de Zu-tag estaba templada por cierta astucia y cautela. Antes de expresar su protesta, pensó en la idea de que le gustaría salvar a aquel magnífico simio blanco de su enemigo común, el gomangani, y por eso lanzó su grito de desafío, con la sabia determinación de que podría conseguir más con el secreto y el sigilo que con la fuerza de los músculos y los colmillos.

Al principio pensó penetrar en la aldea solo y llevarse al tarmangani; pero cuando vio lo numerosos que eran los guerreros y que varios estaban sentados frente a la entrada de la guarida que ocupaba el prisionero, se le ocurrió que era una tarea para muchos, y no para uno solo; de modo que con tanto sigilo como había llegado, cruzó el follaje en dirección al norte.

La tribu aún merodeaba por el claro donde se hallaba la cabaña que Tarzán y Bertha Kircher habían construido. Algunos buscaban comida tranquilamente junto al margen de la selva, mientras otros estaban agazapados bajo la sombra de los árboles del claro.

La muchacha había salido de la cabaña, ya sin lágrimas, y escudriñaba ansiosa la jungla en dirección sur, por donde Tarzán había desaparecido. De vez en cuando lanzaba miradas recelosas hacia los enormes antropoides peludos que la rodeaban. Qué fácil sería para una de aquellas grandes bestias entrar en la *boma* y matarla. Qué indefensa se encontraba, incluso con la lanza que el hombre blanco le había dejado, pensó mientras se fijaba por enésima vez en los enormes hombros, los gruesos cuellos y los grandes

músculos que sobresalían bajo los lustrosos pelajes. Jamás, pensó, había visto semejante personificación del poder bruto como la que estos poderosos machos representaban. Sus manos enormes partirían aquella ligera lanza como ella podría partir una cerilla, mientras que el más leve de sus golpes a ella la aplastaría y mataría.

Mientras estaba ocupada con estos deprimentes pensamientos, cayó de pronto al claro, desde los árboles del sur, la figura de un poderoso joven macho. A Bertha Kircher, todos los simios le parecían iguales, hasta algún tiempo más tarde no se dio cuenta de que cada uno difería de los demás en características individuales de rostro y figura, como ocurre con los individuos de las razas humanas. Sin embargo, ni aun entonces pudo por menos de fijarse en la gran fuerza y agilidad de esta gran bestia, y cuando se acercaba se sorprendió a sí misma admirando el brillo de su espeso pelaje negro con hebras plateadas.

Resultaba evidente que el recién llegado reprimía una gran excitación. Su conducta y porte lo proclamaban desde lejos, y tampoco fue la chica la única que se fijó en ello. Cuando le vieron acercarse, muchos de los simios se levantaron y avanzaron para ir a su encuentro, erizándose y gruñendo como suelen hacer. Go-lat se encontraba entre estos últimos y avanzó rígido, con los pelos del cogote y del lomo erectos, profiriendo gruñidos bajos y exhibiendo sus colmillos, pues ¿quién podía decir si Zu-tag venía en son de paz o no? El viejo rey había visto a otros simios jóvenes llegar así, llenos de repentina resolución para arrebatarle el reinado a su jefe. Había visto a machos a punto de volverse locos irrumpir así de pronto, procedentes de la jungla, y abalanzarse sobre los miembros de la tribu, y por eso Go-lat no corría riesgos.

Si Zu-tag viniese con indolencia, alimentándose mientras se acercaba, entraría en la tribu sin despertar sospechas, pero cuando uno llega así, precipitadamente, a punto de explotar por alguna emoción que se sale de lo corriente, hay que tener cuidado. Hubo algunos preliminares trazando círculos, gruñéndose y oliéndose, con las patas tensas y el pelo erizado, antes de que cada uno descubriera que el otro no tenía intención de iniciar ningún ataque, y entonces Zu-tag dijo a Go-lat lo que había visto entre los gomangani.

Go-lat gruñó disgustado y se volvió.

—Que el simio blanco se las apañe —dijo.

—Él es un gran simio —dijo Zu-tag—. Vino a vivir en paz con la tribu

de Go-lat. Salvémosle de los gomangani.

Go-lat volvió a gruñir y siguió su camino.

—

El rey simio se puso sobre dos patas, furioso, gruñendo fuerte y golpeándose el pecho.

—Go-lat no tiene miedo —gritó—, pero no irá, porque el simio blanco no es de su tribu. Ve tú y llévate a la hembra del tarmangani, si tanto deseas salvar al simio blanco.

——Zu-tag irá —replicó el macho más joven—, y se llevará a la hembra del tarmangani y a todos los machos de que no sean cobardes —y diciendo esto lanzó una mirada interrogativa a los demás simios—. ¿Quién irá con Zu-tag a pelear con los gomangani y traerá a nuestro hermano? —preguntó.

Ocho jóvenes machos en la plenitud de su vigor se adelantaron y se situaron junto a Zu-tag, pero los machos viejos, con el conservadurismo y la precaución de muchos años sobre sus grises espaldas, menearon la cabeza y se alejaron detrás de Go-lat.

—Bien —exclamó Zu-tag—, no queremos hembras viejas con nosotros para pelear con los gomangani, porque esa es tarea de los luchadores de la tribu.

Los machos viejos no prestaron atención a estas palabras fanfarronas, pero los ocho que se ofrecieron voluntarios a acompañarle se llenaron de orgullo y se pusieron sobre dos patas golpeándose vanidosamente el pecho, exhibiendo los colmillos y lanzando su espantoso grito de desalo hasta que el horrible sonido retumbó en la jungla.

Bertha Kircher era una espectadora aterrada y con los ojos desorbitados de lo que, creía ella, sólo podía terminar en una terrible batalla entre aquellas bestias espantosas, y cuando Zu-tag y sus seguidores se pusieron a chillar en señal de desafío, la muchacha se dio cuenta de que estaba temblando de terror, pues de todos los ruidos de la jungla no había ninguno más sobrecogedor que el del gran simio macho cuando lanza su grito de desafío o de triunfo.

Si antes estaba aterrorizada, ahora casi se quedó paralizada de miedo cuando vio a Zu-tag y a sus simios volverse hacia la boina y aproximarse a ella. Con la agilidad de un felino, Zu-tag saltó limpiamente por encima del muro protector y se plantó ante ella. Bertha sostenía la lanza ante ella, valiente, con la punta hacia el pecho del simio. Éste empezó a farfullar y a

gesticular, y aun con el poco conocimiento que ella tenía de los modos de los antropoides, comprendió que no la estaba amenazando, apenas si exhibió los colmillos y su expresión y actitud general era de alguien que intenta explicar un problema espinoso o suplicar por alguna causa justa. Al final empezó a mostrar su impaciencia, pues con un gesto de barrido de una gran pata le hizo caer la lanza de la mano, se le acercó y la cogió del brazo, pero sin brusquedad. Ella se encogió de miedo y, sin embargo, cierto sentido interior parecía tratar de asegurarle que aquella gran bestia no representaba ningún peligro para ella. Zu-tag farfulló con voz fuerte, señalando una y otra vez la jungla, hacia el sur, avanzando hacia la *boma* y tirando de la chica. Parecía casi frenético en sus esfuerzos por explicarle algo. Señaló hacia la *boma*, hacia ella y luego la selva, y después, por fin, como inspirado repentinamente, cogió la lanza, la tocó varias veces con el dedo índice y volvió a señalar hacia el sur. De pronto se le ocurrió a la muchacha que lo que el simio trataba de explicarle se relacionaba de alguna manera con el hombre blanco al que ellos creían que pertenecía. Posiblemente su inflexible protector se encontraba en un apuro, y cuando esta idea estuvo firmemente arraigada en su mente, la muchacha ya no se resistió, sino que echó a andar como si fuera a acompañar al joven macho. En el punto de la *boma* donde Tarzán había bloqueado la entrada, empezó a retirar los espinos, y cuando Zu-tag vio lo que hacía, empezó a ayudarla hasta que dispusieron de una abertura a través de la cual pasaron ella y el gran simio.

De inmediato Zu-tag y sus ocho simios echaron a andar rápidamente hacia la jungla, tan deprisa que Bertha Kircher tendría que correr a toda velocidad para seguirles el paso. Se dio cuenta de que no podía hacer esto, por lo que se vio obligada a rezagarse, desesperando a Zu-tag, que constantemente volvía atrás corriendo y la urgía a ir más deprisa. Decidió cogerla del brazo y trató de arrastrarla tras de sí. Sus protestas fueron inútiles ya que la bestia no sabía que eran protestas, y tampoco desistió hasta que a ella se le quedó un pie atrapado en una maraña de hierba y cayó al suelo. Entonces Zu-tag se puso verdaderamente furioso y empezó a gruñir de un modo espantoso. Sus simios le esperaban en el borde de la selva para que los guiara. De pronto se dio cuenta de que aquella pobre hembra débil no podía seguirles el paso, y que si viajaban con su lentitud quizá llegarían demasiado tarde para prestar ayuda al tarmangani, y así, el gigantesco antropoide cogió a Bertha Kircher del suelo y se la colocó a la

espalda. Ella le rodeaba el cuello con los brazos y, en esta posición, él le cogió las muñecas con una gran garra para que no se cayera y echó a andar con rapidez para unirse a sus compañeros.

Como iba vestida con pantalones de montar, y no con molestas faldas que le estorbaran o se quedaran prendidas en los arbustos, pronto descubrió que podía aferrarse con fuerza a la espalda del potente macho y, cuando un momento más tarde él saltó a las ramas más bajas de los árboles, ella cerró los ojos y se agarró a él, aterrada ante la idea de precipitarse al suelo.

Aquel viaje a través de la selva primitiva con los nueve grandes simios permanecerá en la memoria de Bertha Kircher el resto de su vida, con tanta claridad como en el momento en que ocurrió.

Una vez pasada la primera oleada de miedo, al fin fue capaz de abrir los ojos y contemplar lo que le rodeaba con mayor interés; entonces la sensación de terror la fue abandonando poco a poco y fue sustituida por una de relativa seguridad cuando vio la facilidad y seguridad con que estas grandes bestias viajaban por los árboles; su admiración por el joven macho aumentó cuando se hizo evidente que incluso cargado con el peso adicional que era ella, se movía con más rapidez y sin mayores signos de fatiga que sus compañeros que iban sin carga.

Ni una sola vez se detuvo Zu-tag hasta que llegó a las ramas de un árbol cercano a la aldea nativa. Se oían los ruidos de la vida que discurría en el interior de la empalizada, las risas y los gritos de los negros y los ladridos de los perros, y a través del follaje la muchacha vislumbró la aldea de la que recientemente había huido. Se estremeció al pensar en la posibilidad de tener que volver a ella y de ser capturada de nuevo, y se preguntó por qué Zu-tag la había llevado allí.

Ahora los simios avanzaron despacio de nuevo y con gran precaución, moviéndose en silencio a través de los árboles como las ardillas hasta que llegaron a un punto desde el que podían ver fácilmente la empalizada y la calle de la aldea.

Zu-tag se sentó en cuclillas en una gran rama cerca del tronco del árbol y, aflojando los brazos de la muchacha de su cuello, le indicó que se buscara apoyo. Cuando lo hizo, él se volvió hacia ella y señaló repetidamente la puerta abierta de una cabaña situada al otro lado de la calle, justo debajo de ellos. Mediante diversos gestos parecía estar tratando de explicarle algo y por fin ella captó el germen de la idea: que su hombre blanco se hallaba allí prisionero.

Debajo de ellos se encontraba el techo de una choza al que le pareció que le resultaría fácil saltar, pero de lo que haría una vez hubiera entrado en la aldea no tenía ni idea.

Estaba ya anocheciendo y se habían encendido los fuegos bajo los pucheros. La muchacha vio la estaca en la calle de la aldea y los montones de leña alrededor de ella, y, de pronto, comprendió con terror a qué se debían aquellos preparativos. Ah, si al menos tuviera alguna arma que le permitiera albergar una débil esperanza, alguna pequeña ventaja contra los negros. Entonces no dudaría en aventurarse a entrar en la aldea en un intento de salvar al hombre que en tres ocasiones diferentes había salvado la suya. Sabía que él la odiaba, y sin embargo en su pecho ardía con fuerza el sentido del deber. No podía entenderlo. Jamás en su vida había visto a un hombre tan paradójico y formal. En muchos aspectos, era más salvaje que las bestias con las que se juntaba, y sin embargo, por otro lado, era educado como un caballero de la Antigüedad. Durante varios días estuvo perdida con él en la jungla, absolutamente a su merced, y no obstante había llegado a confiar tanto en su honor que cualquier temor que le sobreviniera respecto a él desaparecía rápidamente.

Por el contrario, que podía ser espantosamente cruel lo probaba por el hecho de que tenía intención de dejarla sola en medio de los terribles peligros que la amenazaban de noche y de día.

Evidentemente Zu-tag esperaba a que se hiciera de noche antes de llevar a cabo ningún plan que hubiera madurado en su pequeño cerebro salvaje, pues él y sus compañeros permanecían sentados tranquilamente en él árbol, cerca de ella, observando los preparativos de los negros. Entonces se hizo evidente que entre los negros se había producido algún altercado, pues una veintena o más de ellos estaban congregados en torno a uno que parecía ser su jefe, y todos hablaban y gesticulaban acaloradamente. Tras cinco o diez minutos de discusión, el pequeño grupo se dispersó y dos guerreros corrieron al extremo opuesto de la aldea, desde donde regresaron poco después con una gran estaca que instalaron junto a la que ya estaba colocada. La muchacha se preguntó para qué sería la segunda estaca, pero no tuvo que esperar mucho para saberlo.

Para entonces era bastante oscuro —la aldea estaba iluminada por el irregular resplandor de muchas hogueras— y ahora la muchacha vio a un número de guerreros que se aproximaba y entraba en la cabaña que Zu-tag estaba observando. Un momento después reaparecieron, arrastrando entre

ellos a dos cautivos, uno de los cuales fue reconocido de inmediato por la muchacha como su protector y el otro como un inglés con uniforme de aviador. Esta era, por tanto, la razón de las dos estacas.

Se levantó de inmediato y puso una mano sobre el hombro de Zu-tag señalando hacia la aldea.

—Ven —dijo, como si hablara con uno de su propia especie; y con esta palabra saltó ágilmente al tejado de la choza. Caer desde allí al suelo fue fácil, y unos instantes más tarde se hallaba dando la vuelta a la cabaña por el lado más alejado de las hogueras, manteniéndose en las densas sombras donde era poco probable que fuera descubierta. Se volvió una vez y vio que Zu-tag se encontraba detrás de ella, su enorme volumen erguido en la oscuridad, mientras detrás de él había otra correspondiente a uno de los suyos. La habían seguido, y esto le dio una mayor sensación de seguridad y esperanza.

Se detuvo junto a la cabaña y atisbó con cautela por la esquina. A pocos centímetros estaba la entrada, y más allá, más lejos en la calle, los negros se congregaban en torno a los prisioneros, a los que ya estaban atando a las estacas. Todos los ojos se concentraban en las víctimas, y sólo existía una mínima posibilidad de que ella y sus compañeros fueran descubiertos hasta que estuvieran cerca de los negros. Sin embargo, la muchacha deseó tener alguna arma con la que dirigir el ataque, pues no podía saber con certeza si los grandes simios la seguirían o no. Esperando encontrar algo dentro de la cabaña, se deslizó deprisa al interior de ésta y detrás de ella, uno a uno, fueron entrando los nueve simios. La muchacha registró apresuradamente el interior y descubrió una lanza, la cogió y se dirigió a la entrada.

Tarzán de los Monos y el teniente Harold Percy Smith-Oldwick estaban atados a sus respectivas estacas. Ninguno de los dos hablaba desde hacía rato. El inglés volvió la cabeza para ver a su compañero de desdicha. Tarzán se mantenía erguido en su estaca. Su rostro era completamente inexpresivo, o no reflejaba miedo ni ira. Su actitud mostraba indiferencia, aunque ambos hombres sabían que estaban a punto de ser torturados.

—Adiós, amigo —susurró el joven teniente.

Tarzán volvió los ojos en dirección al otro hombre y sonrió.

—Adiós —dijo—. Si quieres que esto se acabe pronto, inhala el humo y las llamas lo más deprisa que puedas.

—Gracias —respondió el aviador y, aunque hizo una mueca irónica, se irguió y se cuadró.

Las mujeres y los niños se habían sentado formando una ancho círculo en torno a las víctimas mientras los guerreros, espantosamente pintados, iban situándose lentamente para iniciar la danza de la muerte. Tarzán se volvió de nuevo a su compañero.

—Si quieres estropearles la diversión —dijo—, no armes escándalo por mucho que sufras. Si puedes llegar hasta el final sin alterar la expresión de la cara ni pronunciar una sola palabra, les privarás de todos los placeres de esta parte de la diversión. Adiós otra vez y buena suerte.

El joven inglés no respondió pero era evidente, por lo apretadas que tenía las mandíbulas, que los negros se divertirían poco con él.

Ahora los guerreros estaban formando un círculo. Después Numabo haría brotar la primera sangre con su afilada lanza, lo que serviría de señal para el inicio de la tortura, tras la cual se encendería los haces de leña en torno a los pies de las víctimas.

El horrible jefe danzaba cada vez más cerca, mostrando a la luz de las hogueras sus dientes amarillos y afilados entre sus gruesos labios rojos. Ya doblándose hacia adelante, ya pateando furiosamente el suelo, ya saltando en el aire, bailaba paso a paso en el círculo que se iba estrechando y que le situaría a la distancia de una lanza del proyectado festín.

Finalmente, la lanza se acercó y tocó al hombre-mono en el pecho, y cuando se desprendió, un pequeño reguero de sangre se deslizó por la suave piel marrón. Casi simultáneamente estalló en la periferia del expectante público un alarido de mujer que pareció una señal para una serie de espantosos gritos, gruñidos y ladridos y se formó una gran conmoción en aquella parte del círculo. Las víctimas no vieron la causa de la perturbación, pero Tarzán no necesitaba verlo, supo por las voces de los simios la identidad de los perturbadores. Sólo se preguntó qué les habría traído y cuál era el objetivo del ataque, pues no podía creer que vinieran a rescatarle.

Numabo y sus guerreros salieron enseguida del círculo de su danza para ver, avanzando a empujones hacia ellos a través de las filas de su vociferante y aterrada gente, a la muchacha blanca que había huido de ellos unas noches antes, y detrás de ella lo que, a sus sorprendidos ojos, parecía una verdadera horda de los enormes y peludos hombres de la selva a quienes miraban con considerable temor y respeto.

Dando golpes a diestra y siniestra con sus fuertes puños, desgarrando con sus grandes colmillos, se acercaban Zu-tag, el joven macho, mientras

pisándole talones, y siguiendo su ejemplo, se apiñaban sus espantosos simios. Atravesaron con rapidez la multitud de ancianos, mujeres y niños, dirigiéndose directamente hacia Numabo y sus guerreros, siempre encabezados por la muchacha. Fue entonces cuando estuvo al alcance de la vista de Tarzán y éste vio con sorpresa quién dirigía a los simios en su rescate.

Gritó a Zu-tag:

—Id a por los machos grandes mientras ella me desata —y a Bertha Kircher—: ¡Rápido! ¡Corta estas ataduras! Los simios se ocuparán de los negros.

La muchacha corrió a su lado. No tenía cuchillo y las ataduras estaban fuertes, pero trabajó con rapidez y frialdad, y mientras Zu-tag y los simios atacaban a los guerreros logró aflojar las ataduras de Tarzán lo suficiente para que pudiera sacar las manos, con lo que al cabo de un minuto se había liberado.

—Ahora desata al inglés —ordenó él, antes de correr a reunirse con Zu-tag y sus compañeros en su lucha contra los negros. Numabo y sus guerreros se dieron cuenta del escaso número de simios que les atacaban, y se resistían con determinación y estaban dispuestos a vencer a los invasores con lanzas y otras armas. Tres de los simios ya habían caído, muertos o mortalmente heridos, cuando Tarzán, comprendiendo que los simios se llevarían la peor parte, a menos que hallara algún medio de quebrar la moral de los negros, miró alrededor en busca de algún medio de conseguir el fin deseado. Y de pronto sus ojos se posaron en la solución a sus problemas. Una sonrisa maliciosa asomó a sus labios cuando cogió una vasija de agua hirviendo de una de las fogatas y la arrojó sobre la cara de los guerreros. Gritando de terror y dolor se retiraron, pese a que Numabo les instaba a que atacaran.

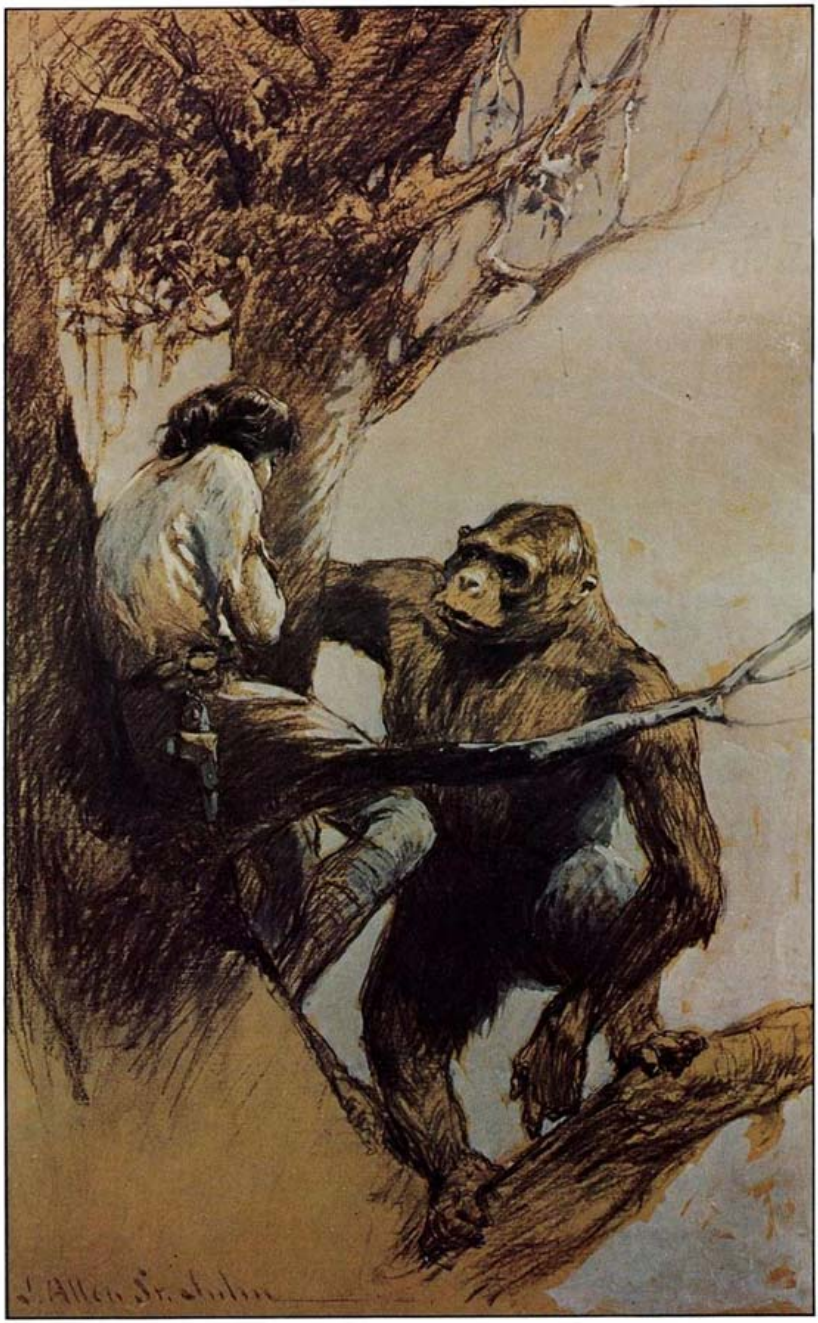
Apenas se había derramado el primer caldero de agua hirviendo sobre ellos cuando Tarzán les inundó con el segundo, y no fue necesario un tercero para enviarles aullando en todas direcciones para hallar refugio en sus cabañas.

Cuando Tarzán recuperó sus armas, la muchacha ya había liberado al joven inglés, y con los seis restantes simios, los tres europeos avanzaron despacio hacia la puerta de la aldea, armándose el aviador con una lanza desechada por uno de los guerreros escaldados, mientras avanzaban hacia la oscuridad exterior. Numabo fue incapaz de reunir a sus guerreros, ahora

absolutamente aterrados y dolorosamente quemados, de modo que rescatados y rescatadores salieron de la aldea a la negrura de la jungla sin más problemas.

Tarzán cruzó la jungla en silencio. A su lado caminaba Zu-tag, el gran simio, y detrás de ellos los antropoides supervivientes seguidos por Fräulein Bertha Kircher y el teniente Harold Percy Smith-Oldwick, este último un inglés absolutamente asombrado y confundido.

En toda su vida Tarzán de los Monos se había visto obligado a reconocer pocos compromisos. Se había abierto camino en su mundo salvaje gracias a sus propios músculos, la superior agudeza de sus cinco sentidos y el poder de razonar que le había dado Dios. Esta noche había adquirido el mayor de sus compromisos: debía su vida a otro, y Tarzán meneó la cabeza y gruñó, pues se la debía a quien odiaba por encima de todos los demás.



Mediante diversos gestos parecía estar tratando de explicarle algo.

CAPÍTULO XI

EN BUSCA DEL AEROPLANO

TARZÁN de los Monos, de regreso de una caza satisfactoria, con el cuerpo de Bara, el ciervo, colgado de un fuerte y tostado hombro, se detuvo en las ramas de un gran árbol en el borde de un claro a contemplar con tristeza dos figuras que se alejaban del río y se dirigían hacia la choza situada a poca distancia.

El hombre-mono meneó su despeinada cabeza y suspiró. Sus ojos se dirigieron hacia el oeste y sus pensamientos hacia la lejana cabaña, junto al puerto rodeado de tierra de la gran extensión de agua que bañaba la playa de su hogar de la infancia; hacia la cabaña de su padre fallecido hacía tiempo, y los recuerdos y tesoros de una infancia feliz le tentaban. Desde que perdió a su compañera, se había apoderado de él una gran nostalgia de regresar a los lugares de su juventud: la selva virgen donde había vivido la vida que más le gustaba mucho antes de que el hombre la invadiera. Allí esperaba renovar la antigua vida en las antiguas condiciones para superar la tristeza y quizá, hasta cierto punto, olvidar.

Pero la pequeña cabaña y el puerto rodeado de tierra se hallaban muy lejos, y existía el inconveniente de lo que creía que les debía a las dos figuras que caminaban en el claro, delante de él. Uno era un hombre joven vestido con un uniforme andrajoso de la RAF, y la otra una mujer joven vestida con los restos aún más harapientos de lo que en otro tiempo fue un traje de montar.

Un capricho del destino había unido a estas dos naturalezas radicalmente distintas. Una era la de una bestia salvaje, semidesnuda, otra la de un oficial del ejército inglés y la mujer, aquella a quien el hombre-mono odiaba porque sabía que era una espía alemana.

Cómo iba a deshacerse de ellos Tarzán no podía imaginárselo, a menos que les acompañara en la pesada marcha de regreso a la costa este, una marcha que le obligaría a rehacer una vez más el largo y fatigoso camino

que ya había recorrido hacia su meta; sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Aquellos dos no poseían ni la fuerza ni la resistencia ni el conocimiento de la jungla necesarios para acompañarle a través de la región desconocida que debían de cruzar para ir al oeste, y tampoco deseaba llevarles consigo. Quizá habría tolerado al hombre, pero ni siquiera podía pensar en la presencia de la muchacha en la lejana cabaña, que en cierto modo se había convertido para él en un lugar sagrado, sin que un gruñido de rabia acudiera a sus labios. Sólo quedaba, pues, un camino, ya que no podía abandonarles. Debía realizar lentas y fatigosas marchas de regreso a la costa este, o al menos hasta el primer asentamiento blanco que encontrara en aquella dirección.

Es cierto que pensó en abandonar a la muchacha a su destino, pero eso fue antes de que ella se convirtiese en pieza clave para salvarle de la tortura y la muerte a manos de los wamabos negros. Le irritaba la obligación que ella le había impuesto, pero no obstante lo agradecía; y mientras observaba a los dos, la expresión triste de su rostro se iluminó con una sonrisa cuando pensó en la indefensión de ambos. ¡Qué cosa tan insignificante era en verdad el hombre! Qué mal dotado estaba para combatir las fuerzas salvajes de la naturaleza y la jungla. Incluso el pequeño *balu* de la tribu de Go-lat, el gran simio, estaba mejor preparado para sobrevivir que éstos, pues un *bala* al menos podía escapar de las numerosas criaturas que amenazaban su existencia, pese a que con la única excepción quizá de Kota, la tortuga, ninguna se movía tan despacio como el indefenso y débil hombre.

Sin él, aquellos dos sin duda morirían de hambre en medio de la abundancia, en caso de que por algún milagro escaparan de otras fuerzas de destrucción que constantemente les amenazaban. Aquella mañana Tarzán les había traído fruta, nueces y llantén, y ahora les traía la carne de su matanza, mientras lo mejor que ellos podían hacer era ir a buscar agua al río. Incluso ahora, mientras cruzaban el claro hacia la *boma*., eran completamente ignorantes de la presencia de Tarzán cerca de ellos. No sabían que sus aguzados ojos les estaban observando, ni que otros ojos menos amistosos les miraban desde un grupo de arbustos cerca de la entrada de la *boma*. No sabían estas cosas, pero Tarzán sí. Tampoco podían ver a la criatura que se agazapaba entre el follaje; sin embargo, él sabía que estaba allí, qué era y cuáles eran sus intenciones, con tanta exactitud como si estuviera a la vista.

Un leve movimiento de las hojas de la parte superior de un solo tallo, le había alertado de la presencia de una criatura en aquel lugar, pues el movimiento no era el que producía el viento. Procedía de la presión ejercida en la parte baja del tallo que comunica un movimiento de las hojas diferente del que produce el viento que pasa entre ellas, como cualquiera que haya pasado toda su vida en la jungla bien sabe, y el mismo viento que pasaba a través del follaje del arbusto llevó a la sensible nariz del hombre-mono la indiscutible prueba de que Sheeta, la pantera, esperaba allí a que los dos volvieran del río.

Habían recorrido la mitad de la distancia hasta la entrada de la *boma* cuando Tarzán les gritó que se detuvieran. Ellos miraron sorprendidos en la dirección de donde venía la voz y le vieron arrojarse ágilmente al suelo y avanzar hacia ellos.

—Acercaos a mí despacio —les gritó—. No corráis, porque si lo hacéis Sheeta atacará.

Hicieron lo que les decía, con el rostro lleno de asombro interrogador.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el inglés—. ¿Quién es Sheeta?

Pero, por toda respuesta, el hombre-mono arrojó el cuerpo muerto de Bara, el venado, al suelo y saltó hacia ellos, los ojos fijos en algo que había detrás; y fue entonces cuando los dos se volvieron y conocieron a Sheeta, pues detrás de ellos un felino con cara demoníaca se lanzó rápidamente en su dirección.

Sheeta, con creciente ira y recelos, había visto al hombre-mono saltar del árbol y acercarse a su presa. La experiencia de la vida, respaldada por el instinto, le indicó que el tarmangani estaba a punto de arrebatársela y como Sheeta tenía hambre, no tenía intención de verse privado tan fácilmente de la carne que ya consideraba suya.

La muchacha ahogó un grito involuntario al ver la proximidad de los colmillos enfurecidos que iban a embestirles. Se encogió cerca del hombre y se aferró a él y, aun desarmado e indefenso como estaba, el inglés la empujó detrás de él para protegerla con su cuerpo y afrontó erguido la embestida de la pantera. Tarzán observó ese acto y, aunque estaba acostumbrado a los actos de valor, le emocionó la desesperada e inútil muestra de valentía del hombre.

La pantera avanzaba rápidamente y la distancia que la separaba del matorral en el que se había ocultado de los objetos de su deseo no era grande. En el tiempo que uno podría tardar en leer y comprender una

docena de palabras, el felino de fuertes patas podría cubrir la distancia completa y dar caza a su presa, sin embargo, si Sheeta era veloz, más lo era Tarzán. El teniente inglés vio al hombre-mono pasar por su lado como el viento. Vio el gran felino girar en su ataque como para eludir al salvaje desnudo que se precipitaba hacia él, ya que la intención evidente de Sheeta era dar cuenta de su caza antes de intentar protegerse de Tarzán.

El teniente Smith-Oldwick vio estas cosas y luego, con creciente asombro, vio que el hombre-mono también giraba y saltaba hacia el felino moteado como un jugador de rugby salta sobre un corredor. Vio los brazos fuertes y morenos rodeando el cuerpo del carnívoro, el brazo izquierdo delante del hombro izquierdo de la bestia y el brazo derecho detrás de la pata delantera derecha, y con el impacto los dos rodaron juntos sobre el suelo. Oyó los gruñidos provocados por aquel bestial combate, y con una sensación de no poco horror comprendió que los ruidos que salían de la garganta humana del hombre apenas podían distinguirse de los de la pantera.

Superado el primer momento de terror, la muchacha se soltó del brazo del inglés.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó—. ¿No podemos ayudarle antes de que esa bestia le mate?

El inglés examinó el suelo en busca de algún misil con el que atacar a la pantera, y entonces la muchacha profirió una exclamación y echó a correr hacia la cabaña.

—Espera aquí dijo por encima del hombro. —Iré a buscar la lanza que él me dejó.

Smith-Oldwick vio que la pantera buscaba con las garras la carne del hombre y el hombre, por su parte, tensaba cada músculo y utilizaba todos los artificios para mantener su cuerpo fuera de su alcance. Los músculos de sus brazos sobresalían bajo la morena piel. Las venas también se le destacaban en el cuello y la frente mientras, cada vez con más fuerza, trataba de acabar con la vida del gran felino. El hombre-mono tenía los dientes clavados en el cogote de Sheeta y ahora logró rodear el torso de la bestia con sus piernas, que cruzó y enlazó bajo el vientre del felino. Saltando y gruñendo, Sheeta se esforzaba por deshacerse del hombre-mono. Se arrojó al suelo y rodó una y otra vez. Se puso sobre sus patas traseras y se echó hacia atrás, pero la criatura salvaje siempre se aferraba tenaz a su espalda, y siempre los poderosos brazos marrones le apretaban el

pecho cada vez con más fuerza.

Y entonces la muchacha, jadeando a causa de la rápida carrera, regresó con la lanza corta que Tarzán le dejara como única arma de protección. No esperó a entregársela al inglés, que corrió hacia ella para recibirla, sino que pasó de largo y de un salto se plantó cerca de la masa de pelo amarillo y suave piel marrón que gruñía y daba tumbos. Varias veces intentó clavar la punta en el cuerpo del felino, pero el miedo a poner en peligro al hombre-mono siempre la hizo desistir, pero al fin los dos permanecieron inmóviles un momento, mientras el carnívoro buscaba un instante de descanso del agotador ejercicio de la batalla, y fue entonces cuando Bertha Kircher clavó la punta de la lanza en el costado y lo hundió en el corazón de la bestia salvaje.

Tarzán se levantó de encima del cuerpo muerto de Sheeta y se sacudió como hacen los animales que están completamente cubiertos de pelo. Como otros muchos de sus rasgos y actitudes, esto era consecuencia del ambiente más que de herencia o regresión, y aunque externamente era un hombre, el inglés y la muchacha quedaron impresionados por la naturalidad con que lo hizo. Fue como si Numa, al dar fin a una pelea, se hubiera sacudido para arreglar su despeinada melena y pelaje, y también había algo extraño en ello como lo hubo cuando de aquellos labios bien definidos salieron gruñidos salvajes y espantosos rugidos.

Tarzán miró a la muchacha, con una expresión burlona en el rostro. De nuevo le había impuesto una obligación, y Tarzán de los Monos no deseaba tener ninguna con una espía alemana; sin embargo, en su corazón honrado no podía sino admitir cierta admiración por el valor de la muchacha, rasgo que siempre impresionaba en gran manera al hombre-mono, siendo él mismo la personificación del valor.

—Aquí está la caza —dijo, recogiendo del suelo el cuerpo de Bara—. Supongo que querréis cocer vuestra parte, pero Tarzán no estropea la carne con fuego.

Le siguieron a la *boma* donde cortó varios trozos de carne para ellos, quedándose con una pata para él. El joven teniente preparó un fuego y la muchacha ejerció los primitivos derechos culinarios de su sencilla comida. Ella se quedó un poco apartada y el teniente y el hombre-mono la observaron.

—Es maravillosa, ¿no te parece? —murmuró Smith-Oldwick.

—Es una espía alemana —dijo Tarzán.

El inglés se volvió rápido hacia él.

—¿Qué quieres decir? —exclamó.

—Quiero decir lo que he dicho —respondió el hombre-mono—. Es alemana y es espía.

—¡No lo creo! —replicó el aviador.

—No tienes por qué hacerlo —le aseguró Tarzán—. A mí me da lo mismo que lo creas o no. La vi de charla con el general tudesco y su estado mayor en el campamento situado cerca de Taveta. Todos la conocían y la llamaban por su nombre, y ella le entregó un papel. Después volví a verla dentro de las líneas británicas, disfrazada, y volví a verla hablando con un oficial alemán en Wilhelmstal. Es alemana y es espía, pero es mujer y por lo tanto no puedo destruirla.

—¿De veras crees que lo que dices es cierto? —preguntó el joven teniente—. ¡Dios mío! No puedo creerlo. Es tan dulce, valiente y buena.

El hombre-mono se encogió de hombros.

—Es valiente —dijo—, pero incluso Pamba, la rata, debe de tener alguna cualidad buena, pero ella es lo que te he dicho y por lo tanto la odio, y tú también deberías odiarla.

El teniente Harold Percy Smith-Oldwick escondió el rostro en las manos.

—Que Dios me perdone —dijo al fin—, no puedo odiarla.

El hombre-mono lanzó una mirada de desprecio a su compañero y se levantó.

—Tarzán vuelve a ir a cazar —dijo—. Tenéis comida suficiente para dos días. Para entonces habrá vuelto.

Los dos le observaron hasta que desapareció en el follaje de los árboles, en el otro lado del claro.

Cuando se marchó, la muchacha sintió una vaga sensación de miedo que nunca había experimentado cuando Tarzán estaba con ellos. Las amenazas invisibles que les acechaban en la lúgubre jungla parecían más reales y mucho más inminentes ahora que el hombre-mono ya no estaba cerca. Mientras estaba con ellos, hablando, la pequeña choza de tejado de paja y la *boma* de espinos que la rodeaban parecían el lugar más seguro que el mundo podía proporcionar. Desearía que se quedara; dos días parecían una eternidad, dos días de constante miedo, dos días, cada instante de los cuales estaría cargado de peligro. La muchacha se volvió a su compañero.

—Ojalá se hubiera quedado elijo. —Siempre me siento mucho más

segura cuando él está cerca. Es muy serio y terrible, y sin embargo me siento más a salvo con él que con cualquier hombre que jamás haya conocido. Da la impresión de que le desagrado y, sin embargo, sé que no permitiría que me ocurriera nada malo. No puedo comprenderle.

—Yo tampoco le comprendo —comentó el inglés—, pero sé esto: nuestra presencia aquí interfiere en sus planes. Le gustaría deshacerse de nosotros, y casi imagino que preferiría descubrir, cuando regrese, que hemos sucumbido a uno de los peligros que siempre nos acechan en esta tierra salvaje.

»Creo que deberíamos intentar regresar a los asentamientos de blancos. Este hombre no nos quiere aquí, y tampoco es razonable suponer que podamos sobrevivir mucho tiempo en semejante región salvaje. He viajado y cazado en varias partes de África, pero nunca he visto ni oído hablar de ningún lugar tan lleno de bestias salvajes y nativos peligrosos. Si partiéramos hacia la costa este enseguida, correríamos poco más peligro que aquí, y si pudiéramos sobrevivir a un día de marcha, creo que encontraríamos la manera de llegar a la costa en pocas horas, pues mi avión debe de hallarse aún en el mismo lugar donde aterricé, justo antes de que los negros me capturaran. Por supuesto, aquí no hay nadie que sepa hacerlo funcionar ni existe ninguna razón por la que puedan haberlo destruido. En realidad, los nativos tendrían tanto miedo y recelarían tanto de una cosa tan extraña e incomprensible, que lo más probable es que no se atrevieran a acercarse. Sí, tiene que estar donde lo dejé, preparado para llevarnos a salvo a uno de los asentamientos.

—Pero no podemos marcharnos —dijo la muchacha— hasta que él regrese. No podemos irnos sin darle las gracias o despedirnos. Le debemos demasiado.

El hombre la miró un momento en silencio. Se preguntó si sabía lo que Tarzán pensaba de ella, y él mismo empezó a especular sobre la veracidad de las acusaciones del hombre-mono. Cuanto más miraba a la muchacha, menos fácil le resultaba aceptar la idea de que era una espía enemiga. Estaba a punto de preguntárselo a bocajarro pero no se atrevió, y al fin decidió esperar hasta que el tiempo y un mejor conocimiento revelaran la verdad o falsedad de la acusación.

—Creo —dijo retomando la conversación— que cuando vuelva ese hombre se alegraría mucho de ver que nos hemos marchado. No es necesario poner en peligro nuestra vida durante dos días más para darle las

gracias, por mucho que apreciemos los servicios que nos ha prestado. Tú has más que equilibrado la balanza de tus obligaciones hacia él y, por lo que me contó, creo que tú en especial no deberías permanecer más tiempo aquí.

La chica le miró con cara de asombro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—No quiero contártelo dijo el inglés, cavando con la punta de un palo en el suelo con gesto nervioso, —pero tienes mi palabra de que él preferiría que no estuvieras aquí.

—Cuéntame lo que te ha dicho —insistió ella—. Tengo derecho a saberlo.

El teniente Smith-Oldwick cuadró los hombros y alzó la mirada hacia los ojos de la muchacha.

—Me ha dicho que te odia —reveló—. Sólo te ha ayudado por un sentido del deber, porque eres mujer.

La muchacha palideció y luego enrojeció.

—Estaré lista para marcharnos enseguida —dijo—. Será mejor que nos llevemos un poco de esta carne. No sabemos cuándo podremos conseguir más.

Los dos emprendieron camino hacia el sur. El hombre llevaba la lanza corta que Tarzán había dejado con la muchacha, mientras que ella iba completamente desarmada, salvo por un palo que cogió de entre los que abandonó después de construir la choza. Antes de partir insistió en que el hombre dejara una nota a Tarzán dándole las gracias por haber cuidado de ellos y despidiéndose. La dejaron clavada en la pared interior de la choza con una pequeña astilla de madera.

Era necesario que estuvieran constantemente alerta, ya que nunca sabían qué peligro les saldría al encuentro tras el siguiente recodo del sinuoso sendero de la jungla, o qué podía permanecer oculto entre los enmarañados arbustos a ambos lados. También existía el peligro siempre presente de tropezarse con algunos de los guerreros negros de Numabo, y como la aldea se hallaba directamente en su línea de marcha, tuvieron que dar un amplio rodeo antes de llegar a ella con el fin de pasar por la zona sin ser descubiertos.

—No tengo tanto miedo de los negros nativos —dijo la muchacha— como de Usanga y su gente. Él y sus hombres estaban muy vinculados a un regimiento nativo alemán. Me trajeron con ellos cuando desertaron, con la

intención de pedir un rescate por mí o de venderme al harén de uno de los sultanes negros del norte. Usanga es mucho más temible que Numabo, porque tiene la ventaja de haber recibido entrenamiento militar europeo y está armado con armas y munición más o menos modernas.

—Qué suerte para mí —observó el inglés— que fuera el ignorante Numabo quien me descubriera y capturara en lugar de ese sabio y viajado de Usanga. Él tendría menos miedo de la gigantesca máquina voladora y sabría cómo estropearla.

—Recemos para que el sargento negro no lo haya descubierto —dijo la muchacha.

Se dirigieron hacia un punto que suponían se encontraba aproximadamente a dos kilómetros por encima de la aldea, luego giraron para entrar en la maraña de maleza hacia el este. Tan densa era la vegetación en muchos puntos que precisaban realizar grandes esfuerzos para abrirse camino, a veces avanzando a cuatro patas y pasando por encima de numerosos troncos de árboles caídos. Enredados con las ramas muertas y con las vivas había las enredaderas, duras como cuerdas, que formaban una red enmarañada que les obstaculizaba el paso.

En una tierra de pradera abierta, al sur de donde ellos se encontraban, un grupo de guerreros negros estaban reunidos en torno a un objeto que despertaba muchos comentarios admirativos. Los negros iban vestidos con fragmentos de lo que en otro tiempo fueron uniformes de un mando nativo. Era un grupo de lo más feo, y destacaba entre ellos, en autoridad y aspecto repulsivo, el sargento negro Usanga. El objeto de su interés era un aeroplano inglés.

Inmediatamente después de que el inglés fuera llevado a la aldea de Numabo, Usanga había salido en busca del avión, incitado en parte por la curiosidad y en parte por la intención de destruirlo, pero cuando lo encontró, algún nuevo pensamiento le impidió llevar a cabo su plan. Aquella cosa tenía un valor considerable, como bien sabía, y se le ocurrió que de algún modo podía transformar su trofeo en beneficio. Volvía cada día a él y, si bien al principio le provocaba considerable temor, al final lo contempló con el ojo acostumbrado de un propietario, así que ahora trepó al fuselaje e incluso llegó a desear saber hacerlo funcionar.

¡Qué hazaña sería volar como un pájaro muy por encima de la copa del árbol más alto! ¡Cuánto llenaría de sobrecogimiento y admiración a sus compañeros menos favorecidos! Si Usanga pudiera volar, sería tan grande

el respeto de todos los hombres de las tribus que vivían en las diferentes aldeas del gran interior, que le considerarían poco menos que un dios.

Usanga se frotó las manos y chasqueó los labios. Entonces sí que sería muy rico, pues todas las aldeas le pagarían tributo, e incluso podría tener hasta una docena de esposas. Con ese pensamiento, sin embargo, acudió a su mente una imagen de Naratu, la termagani negra, que le gobernaba con mano de hierro. Usanga hizo una mueca y procuró olvidar la docena de esposas, pero la seductora idea permaneció en él y le atrajo con tanta fuerza que se sorprendió razonando con toda lógica que un dios no sería un dios con menos de veinticuatro esposas.

Toqueteó los instrumentos y el control, medio esperando y medio temiendo dar con la combinación que pusiera la máquina en funcionamiento. A menudo había observado a los pilotos británicos elevarse por encima de las líneas alemanas, y parecía tan sencillo que estaba seguro de que él podría hacerlo si alguien pudiera enseñárselo. Siempre existía, claro está, la esperanza de que el hombre blanco que había venido en la máquina y que había huido de la aldea de Numabo cayera en manos de Usanga, y entonces sí podría aprender a volar. Con esta esperanza, Usanga pasaba mucho tiempo en las proximidades del avión, razonando que al final el hombre blanco regresaría en su busca.

Y al fin fue recompensado, pues ese mismo día, después de haber abandonado la máquina y penetrado en la jungla con sus guerreros, oyó voces al norte y cuando él y sus hombres se escondieron en el espeso follaje a ambos lados del sendero, Usanga se vio inundado de alegría por la aparición del oficial británico y la muchacha blanca a quien el sargento negro cogió cautiva y que huyó de él.

El negro apenas pudo ahogar un grito de alegría, pues no había esperado que el destino fuera tan bueno como para poner en su poder al mismo tiempo a esos dos, a quienes tanto deseaba.

Cuando los dos se acercaban por el sendero, ajenos al peligro inminente, el hombre estaba explicando que debían de encontrarse muy cerca del punto en el que el avión había aterrizado. Toda su atención se centraba en el sendero que discurría directamente delante de ellos, ya que esperaban que desembocara en la pradera donde estaban seguros que verían el avión que significaba la vida y la libertad para ambos.

El sendero era ancho y ellos caminaban uno al lado del otro, de modo que en un agudo recodo el claro parecido a un parque se les mostró

simultáneamente a los perfiles del aparato que buscaban.

De sus labios escaparon exclamaciones de alivio y placer, y en ese mismo instante Usanga y sus guerreros negros se levantaron tras los arbustos de alrededor.

CAPÍTULO XII

EL AVIADOR NEGRO

EL TERROR y la decepción dejaron anonadada a la muchacha. Estar tan cerca de la seguridad y ver arrebatada toda esperanza por un cruel golpe del destino parecía algo imposible de soportar. El hombre también se sentía decepcionado, pero más que nada estaba furioso. Observó los restos de los uniformes que llevaban los negros y pidió de inmediato saber dónde estaban sus oficiales.

—No te entienden dijo la muchacha, y en la lengua bastarda que usaban los alemanes y los negros de su colonia, ella repitió la pregunta del hombre blanco.

Usanga sonrió.

—Sabes dónde están, mujer blanca —respondió—. Están muertos, y si este hombre blanco no hace lo que le digo, también él estará muerto.

—¿Qué queréis de él? —preguntó la muchacha.

—Quiero que me enseñe a volar como un pájaro —respondió Usanga.

Bertha Kircher le miró con asombro, pero repitió la petición al teniente.

El inglés reflexionó un momento.

—Quiere que le enseñe a volar, ¿no? —repitió—. Pregúntale si nos dará la libertad si le enseño a volar.

La muchacha formuló la pregunta a Usanga, quien, envilecido, astuto y completamente carente de principios, siempre estaba dispuesto a prometer cualquier cosa, tanto si tenía intención de cumplirla como si no, y de inmediato aceptó la propuesta.

—Que el hombre blanco me enseñe a volar —dijo— y os llevaré de nuevo cerca de los asentamientos de vuestra gente, pero a cambio de ello me quedaré con el gran pájaro —y apuntó una mano negra en la dirección del aeroplano.

Cuando Bertha Kircher repitió la proposición de Usanga al aviador, este último se encogió de hombros y, con expresión irónica, por fin accedió.

—Supongo que no hay otro modo de salir de aquí —dijo—. En cualquier caso, el avión está perdido para el gobierno británico. Si me niego a la petición de este negro sinvergüenza, no cabe duda de que acabará conmigo y el aparato permanecerá aquí hasta que se pudra. Aceptar su oferta, al menos, será la manera de asegurar tu regreso a la civilización sana y salva, y eso —añadió— vale más para mí que todos los aviones del servicio aéreo británico.

La muchacha le echó una rápida mirada. Eran las primeras palabras que le dirigía que podían indicar que sus sentimientos hacia ella eran más que los de un compañero de desgracia. Lamentaba que él hablara como lo había hecho, y también él lo lamentó casi al instante, cuando vio la sombra que cruzó el rostro de la muchacha y comprendió que, sin darse cuenta, había aumentado las dificultades de la situación ya casi insoportable en que ella se encontraba.

—Perdóname —se apresuró a decir—. Por favor, olvida lo que este comentario ha dado a entender. Te prometo que no volveré a ofenderte, si te ofende, hasta que ambos hayamos salido de este aprieto.

Ella sonrió y le dio las gracias, pero aquello se había dicho y jamás podría ser desdicho, y Bertha.

Kircher supo, con mayor seguridad que si el joven se hubiera puesto de rodillas prometiendo devoción eterna, que el oficial inglés la amaba.

Usanga quería tomar su primera clase de aviación enseguida. El inglés trató de disuadirle, pero de inmediato el negro se puso amenazador y ofensivo, ya que, como todos los ignorantes, sospechaba que los demás siempre tenían segundas intenciones, a menos que coincidieran perfectamente con sus deseos.

—De acuerdo, amigo —murmuró el inglés—. Te daré la lección de tu vida —y se volvió a la muchacha—: Convéncele de que te deje acompañarnos. Me da miedo dejarte aquí con estos diabólicos canallas.

Pero cuando lo sugirió a Usanga, el negro sospechó de inmediato algún plan para engañarle, posiblemente llevarle contra su voluntad a los amos alemanes a los que él había abandonado traidoramente, y mirándola con aire salvaje, se negó con obstinación a aceptar la sugerencia.

—La mujer blanca se quedará aquí con mi gente —dijo—. No le harán daño a menos que tú no me devuelvas sano y salvo.

—Dile —dijo el inglés— que si cuando vuelvo no estás a plena vista en esta pradera no aterrizaré, sino que llevaré a Usanga al campamento

británico y le haré colgar.

Usanga prometió que la muchacha estaría a la vista cuando regresaran, y enseguida hizo lo necesario para grabar en sus guerreros la idea de que, bajo pena de muerte, no debían hacerle daño a la muchacha. Luego, seguido por otros miembros de su grupo, cruzó el claro hacia el avión con el inglés. Una vez sentado en lo que ya consideraba su nueva posesión, el valor del negro empezó a desaparecer, y cuando el motor se puso en marcha y la gran hélice empezó a zumbar, gritó al inglés que parara aquella cosa y le permitiera apearse, pero el aviador ni le oía ni le entendía con el ruido de la hélice y el tubo de escape. Para entonces el avión avanzaba por el suelo e incluso entonces Usanga estuvo a punto de saltar fuera, y lo habría hecho si fuese capaz de desabrocharse la correa de la cintura. Entonces el avión se elevó del suelo y en un momento empezó a ascender formando un amplio círculo hasta que se situó por encima de los árboles. El sargento negro se hallaba en un verdadero estado de terror. Vio que la tierra se alejaba rápidamente debajo de él. Vio los árboles y el río y, a cierta distancia, el pequeño claro con las chozas de tejado de paja de la aldea de Numabo. Procuró con todas sus fuerzas no pensar en las consecuencias de una caída repentina al suelo que rápidamente retrocedía abajo. Trató de concentrar su mente en las veinticuatro esposas que este gran pájaro le permitiría poseer. El avión subía cada vez más, formando un ancho círculo por encima de la selva, del río y la pradera y entonces, para su gran sorpresa, Usanga descubrió que su terror desaparecía rápidamente, de modo que no tardó mucho en ser consciente de una seguridad absoluta, y fue entonces cuando empezó a darse cuenta de la manera en que el hombre blanco guiaba y manipulaba el avión.

Después de media hora de hábiles maniobras, el inglés ascendió rápidamente a considerable altitud y luego, de pronto, sin previo aviso, efectuó un bucle y voló con el avión invertido durante unos segundos.

—Te he dicho que te daría la lección de tu vida —murmuró cuando oyó, incluso por encima del zumbido de la hélice, el alarido del aterrado negro.

Un momento más tarde, Smith-Oldwick había enderezado el aparato y descendía rápidamente hacia tierra. Voló lentamente en círculo unas cuantas veces por encima de la pradera hasta que estuvo seguro de que Bertha Kircher se encontraba allí y aparentemente ilesa; luego descendió suavemente y el aparato se detuvo a poca distancia de donde la muchacha y

los guerreros le aguardaban.

Usanga temblaba y estaba pálido como la cera cuando bajó tambaleándose del fuselaje, pues sus nervios aún estaban de punta como consecuencia de la angustiosa experiencia del rizo; sin embargo, una vez de nuevo en tierra firme, pronto recuperó la compostura. PaVoneándose con gran exageración trató de impresionar a sus seguidores quitando importancia a una hazaña tan insignificante como volar como un pájaro a miles de kilómetros por encima de la jungla, aunque tardó mucho en convencerse a sí mismo de que había disfrutado cada instante del vuelo y ya estaba muy avanzado en el arte de la aviación.

Tan celoso estaba el negro de su recién hallado juguete que no quería regresar a la aldea de Numabo, sino que insistió en acampar cerca del aeroplano, no fuera que de alguna manera inconcebible se lo robaran. Durante dos días acamparon allí, y constantemente, durante las horas diurnas, Usanga obligó al inglés a instruirle en el arte de volar.

Smith-Oldwick, recordando los largos meses de arduo entrenamiento que sufrió antes de ser considerado lo bastante experto para ser llamado piloto, sonrió ante la vanidad del ignorante africano que ya pedía que le permitiera efectuar un vuelo en solitario.

—Si no fuera porque perdería el aparato —explicó el inglés a la muchacha—, dejaría que lo cogiera y se partiera su necia cabeza como le ocurriría al cabo de dos minutos.

Sin embargo, finalmente persuadió a Usanga de que empleara su tiempo en unos días más de instrucción, pero en la mente recelosa del negro existía la creciente convicción de que el consejo del hombre blanco estaba provocado por una segunda intención: que con la esperanza de escapar con el aparato de noche, se negaba a admitir que Usanga era completamente capaz de manejar el aparato solo y por lo tanto no necesitaba más ayuda o instrucción, y así, en la mente del negro se formó la determinación de superar al hombre blanco. La tentación de las veinticuatro seductoras esposas demostró ser en sí misma incentivo suficiente y, además, estaba su deseo de la muchacha blanca a quien hacía tiempo estaba decidido a poseer.

Con estos pensamientos en mente, Usanga se echó a dormir la noche del segundo día. Sin embargo, el, pensamiento de Naratu y su mal genio aparecían constantemente para quitarle la fuerza de sus agradables fantasías. ¡Si pudiera deshacerse de ella! La idea cobró forma y persistió,

pero siempre era más que superada por el hecho de que el sargento negro tenía miedo de su mujer, tanto que no se atrevería a ponerla fuera de circulación a menos que pudiera hacerlo en secreto mientras ella dormía. Sin embargo, como la fuerza de sus deseos conjuraba un plan tras otro, al final dio con uno que acudió a él casi con la fuerza de un golpe y le hizo incorporarse entre sus compañeros dormidos.

Cuando amaneció, Usanga apenas podía esperar una oportunidad de poner en práctica su plan, y en cuanto comió, llamó aparte a varios de sus guerreros y habló con ellos unos momentos.

El inglés, que solía mantener un ojo atento sobre su capturador negro, vio ahora que este último explicaba algo con detalle a sus guerreros, y por sus gestos y su actitud era evidente que les estaba persuadiendo de algún nuevo plan y dándoles instrucciones en cuanto a qué tenían que hacer. También vio varias veces los ojos de los negros vueltos hacia él, y en una ocasión destellaron simultáneamente hacia la muchacha blanca.

Todo el incidente, que en sí mismo parecía insignificante, despertó en la mente del inglés la aprensión bien definida de que ocurría algo que no presagiaba nada bueno para él y la muchacha. No podía librarse de esta idea y por eso mantuvo una vigilancia aún más atenta del negro, aunque, como se vio obligado a admitir para sí, estaba bastante indefenso para desviar cualquier peligro que les aguardara. Incluso la lanza que tenía cuando les capturaron le había sido arrebatada, así que ahora se hallaba desarmado y absolutamente a merced del sargento negro y sus seguidores.

El teniente Harold Percy Smith-Oldwick no tuvo que esperar mucho para descubrir algo del plan de Usanga, pues casi inmediatamente después de que el sargento terminara de dar instrucciones, unos cuantos guerreros se acercaron al inglés, mientras tres iban directamente hacia la muchacha.

Sin mediar palabra, los guerreros cogieron al joven oficial y le tumbaron de cara al suelo. Por un momento forcejeó para liberarse y logró dar unos cuantos golpes fuertes a sus asaltantes, pero ellos eran demasiados para esperar que pudiera hacer algo más que retrasar la consecución de su objetivo, que pronto descubriría era atarle firmemente de pies y manos. Cuando por fin le tuvieron atado a su satisfacción, le hicieron ponerse de costado y entonces fue cuando vio a Bertha Kircher, que había sido tratada de forma similar.

Smith-Oldwick yacía en una postura tal que veía casi toda la pradera y el aeroplano a poca distancia. Usanga hablaba con la muchacha, que

meneaba la cabeza negando con vehemencia.

—¿Qué dice? —preguntó el inglés a gritos.

—Va a llevarme en el avión —respondió gritando a su vez la muchacha —. Quiere llevarme tierra adentro, a otra región, donde dice que él será rey yo seré una de sus esposas —y entonces, para sorpresa del inglés, ella volvió su sonriente rostro hacia él— pero no hay peligro —prosiguió—, porque ambos estaremos muertos al cabo de pocos minutos; dale tiempo suficiente de poner el aparato en marcha y, si es capaz de elevarlo tres mil metros del suelo, no tendré que temerle nunca más.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre—. ¿No hay forma de disuadirle? Prométele cualquier cosa. Lo que quieras. Yo tengo dinero, más dinero del que ese pobre necio podría imaginar que existe en el mundo. Con él podrá comprar cualquier cosa que el dinero pueda comprar, ropa elegante, comida, mujeres, todas las mujeres que quiera. Dile esto y dile que si no se te lleva le doy mi palabra de que se lo daré todo a él.

La muchacha meneó la cabeza.

—Es inútil —dijo—. No lo entendería, y si lo entendiera, no confiaría en ti. Como los negros carecen de principios, no son capaces de imaginar algo como los principios o el honor en los demás, y estos negros desconfían en especial de los ingleses, pues los alemanes les han enseñado a creer que son las personas más traidoras y degradadas. No, es mejor así. Lamento que no puedas venir con nosotros, pues si se eleva lo suficiente, mi muerte será mucho más fácil que la que probablemente te espera a ti.

Usanga estuvo interrumpiendo constantemente esta breve conversación, en un intento de obligar a la chica a traducírsela, pues temía que estuvieran urdiendo algún plan para frustrar los suyos, y para hacerle callar y calmarle, ella le dijo que el inglés simplemente se estaba despidiendo de ella y deseándole buena suerte. De pronto se volvió al negro.

—¿Harás algo por mí —preguntó— si voy contigo de buena gana?

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él.

—Diles a tus hombres que dejen libre al hombre blanco cuando nos hayamos marchado. No podrá atraparnos nunca. Es lo único que te pido. Si me garantizas su libertad y su vida, iré contigo gustosa.

—Irás conmigo de todos modos —gruñó Usanga—. A mí me da lo mismo que vengas de buena gana o no. Seré un gran rey y tú harás lo que yo te ordene.

Tenía intención de empezar con esta mujer como era debido. No se

repetiría su espantosa experiencia con Naratu. Esta esposa y las otras veinticuatro serían elegidas cuidadosamente y bien entrenadas. Después Usanga sería el amo y señor de su propia casa.

Bertha Kircher vio que era inútil negociar con aquel bruto y por eso le dejó en paz, aunque la llenaba de tristeza pensar en el destino que esperaba al joven oficial, apenas más que un muchacho, que de un modo impulsivo le había revelado su amor por ella.

A una orden de Usanga, uno de los negros levantó a la muchacha del suelo y la llevó al aparato, y después que Usanga subió a bordo, la subieron a ella y él le tendió la mano para ayudarla a subir al fuselaje, donde le quitó las ligaduras de las manos y la ató a su asiento, y luego se sentó en el asiento delantero.

La muchacha volvió los ojos hacia el inglés. Estaba muy pálida pero sus labios sonreían valientemente.

—¡Adiós! —gritó.

—¡Adiós, y que Dios te bendiga! —gritó a su vez el joven, la voz en absoluto ronca, y añadió—: Lo que quería decir… ¿puedo decirlo ahora, que estamos tan cerca del final?

Los labios de la muchacha se movieron, pero si expresó su consentimiento o su negativa él no lo supo, pues sus palabras quedaron ahogadas en el zumbido de la hélice.

El negro había aprendido su lección tan bien que el motor se puso en marcha limpiamente y el aparato pronto estuvo cruzando la pradera. Un gruñido escapó de los labios del inglés, aturdido mientras observaba cómo la mujer amada era transportada a una muerte casi segura. Vio que el aeroplano se ladeaba y el aparato se elevó del suelo. Fue un buen despegue, tan bueno como el que el teniente Harold Percy Smith-Oldwick hubiera podido hacer, pero comprendió que fue sólo por casualidad. En cualquier momento el aparato se desplomaría a tierra y aunque, por algún milagro del azar, el negro lograra elevarse por encima de los árboles y efectuar un vuelo satisfactorio, no había ni una posibilidad entre cien mil de que pudiera volver a aterrizar sin matar a su rubia cautiva y a sí mismo.

Pero ¿qué ocurría? El corazón se le paralizó.

CAPÍTULO XIII

LA RECOMPENSA DE USANGA

DURANTE dos días, Tarzán de los Monos estuvo cazando ocioso, dirigiéndose hacia el norte y, trazando un gran círculo, había regresado y se hallaba a poca distancia del claro donde dejó a Bertha Kircher y al joven teniente. Había pasado la noche en un gran árbol cuyas ramas colgaban sobre el río cerca del claro y ahora, a primera hora de la mañana, estaba agazapado junto a la orilla del río esperando la oportunidad de capturar a Pisah, el pez, pensando que se lo llevaría a la choza donde la muchacha podría cocinarlo para ella y su compañero.

Inmóvil como una estatua de bronce el astuto hombre-mono esperaba, pues sabía muy bien cuán cauto era Pisah, el pez. El más mínimo movimiento le ahuyentaría y sólo con infinita paciencia se le podía capturar. Tarzán dependía de su propia celeridad y de lo imprevisto de su ataque, pues no tenía cebo ni anzuelo. Su conocimiento de las costumbres de los habitantes del agua le indicaba dónde esperar a Pisah. El pez podría tardar un minuto o una hora en entrar en el pequeño remanso sobre el que él estaba agazapado, pero tarde o temprano lo haría. El hombre-mono lo sabía, y con la paciencia de la bestia de rapiña esperaba a su presa.

Al fin vio un reflejo de brillantes escamas. Pisah se acercaba. En un instante estaría al alcance de la mano y entonces, con la rapidez del rayo, dos fuertes manos de color tostado se hundirían en el agua y lo atraparían, pero justo en el momento en que el pez estaba a punto de ponerse a su alcance, hubo un gran crujido en la maleza detrás del hombre-mono. Al instante Pisah desapareció y Tarzán, gruñendo, se giró en redondo para ver si se trataba de alguna criatura que pudiese ser una amenaza para él. En cuanto se giró vio que el autor de la distracción era Zu-tag

—¿Qué quiere Zu-tag? —preguntó el hombre-mono.

—Zu-tag viene al agua a beber —respondió el simio.

—¿Dónde está la tribu? —quiso saber Tarzán.

—Están buscando comida en la selva —respondió Zu-tag

—¿Y la hembra y el macho tarmangani… —preguntó Tarzán— están a salvo?

—Se han marchado —respondió Zu-tag—. Kudu ha salido de su guarida dos veces desde que se marcharon.

—¿La tribu les hizo marchar? —preguntó Tarzán.

—No —respondió el simio—. No les vimos irse. No sabemos por qué se marcharon.

Tarzán fue saltando a través de los árboles hacia el claro. La choza y la *boma* se hallaban tal como las había dejado, pero no había rastro ni de la mujer ni del hombre. Cruzó el claro y entró en la *boma* y luego en la choza. Ambas estaban vacías, y su aguzado olfato le indicó que hacía al menos dos días que se habían ido. Cuando estaba a punto de salir de la choza, vio un papel clavado en la pared con una astilla de madera; lo cogió y leyó:

Después de lo que me contaste de la señorita Kircher, y como sé que ella te desagrada, me ha parecido que no es justo para ella y para ti que sigamos abusando. Sé que nuestra presencia te impide proseguir tu viaje hacia la costa, y por eso he decidido que es mejor que intentemos llegar a los asentamientos de blancos inmediatamente, sin abusar más de ti. Los dos te agradecemos tu amabilidad y protección. Si de algún modo pudiera pagarte lo que siento que te debo, estaría encantado de hacerlo.

Estaba firmado por el teniente Harold Percy Smith-Oldwick.

Tarzán se encogió de hombros, arrugó la nota y la arrojó a un lado. Experimentó cierta sensación de alivio de la responsabilidad y se alegró de que le quitaran el asunto de las manos. Se habían marchado y olvidarían, pero por alguna razón él no podía olvidar. Salió y cruzó la *boma*… Se sentía inquieto, desasosegado, y emprendió viaje hacia el norte como respuesta a una repentina determinación de seguir su camino hacia la costa oeste. Seguiría el sinuoso río hacia el norte unos kilómetros, donde su curso torcía al oeste, y luego seguía hacia su fuente cruzando una meseta boscosa y ascendía a las colinas y las montañas. Al otro lado de la cadena montañosa buscaría un río que bajara hacia la costa oeste, y así, siguiendo los ríos, tendría la seguridad de conseguir caza y agua.

Pero no llegó muy lejos. Dio quizá una docena de pasos y de pronto se detuvo.

—Es un inglés —murmuró— y el otro es una mujer. Jamás podrán llegar a los asentamientos sin mi ayuda. No pude matarla con mis propias

manos cuando lo intenté, y si les dejo ir solos, la habré matado con la misma seguridad que si le hubiera clavado mi cuchillo en el corazón. No —y meneó la cabeza de nuevo—. Tarzán de los Monos es un necio y un débil —y retrocedió dirigiéndose de nuevo hacia el sur.

Manu, el mono, vio pasar a los dos tarmangani dos días antes. Con su parloteo se lo contó a Tarzán, habían ido en dirección a la aldea de los gomangani, eso lo vio Manu con sus propios ojos, así que el hombre-mono fue saltando de rama en rama a través de la jungla en dirección al sur y, aunque no se esforzaba mucho por seguir el rastro de aquellos a los que seguía, encontró numerosas pruebas de que habían pasado por allí; leves insinuaciones de su olor se aferraban ligeramente a una hoja, una rama o un tronco que habían tocado; o en la tierra, las huellas donde sus pies habían pisado, y donde el camino serpenteaba por la sombría profundidad de la selva, la impresión de sus zapatos aún se notaba ocasionalmente en la masa húmeda de vegetación putrefacta que alfombraba el camino.

Una inexplicable necesidad incitó a Tarzán a aumentar la velocidad. La misma vocecita que le regañaba por haberles descuidado parecía susurrarle sin cesar que ahora se hallaban en dificultades. La conciencia de Tarzán le estaba causando problemas, lo que explicaba el hecho de que se comparara a sí mismo con una mujer débil y anciana, pues el hombre-mono, criado en el salvajismo y acostumbrado a las penalidades y la crueldad, detestaba admitir cualquiera de los rasgos más amables que en realidad le correspondían por nacimiento.

El sendero daba un rodeo hacia el este de la aldea de los wamabos, y luego volvía al ancho camino de elefantes más cerca del río, donde proseguía en dirección sur durante varios kilómetros. Allí llegó a los oídos del hombre-mono un extraño zumbido palpitante. Por un instante se detuvo, escuchando con atención.

—¡Un aeroplano! —murmuró, y reemprendió la marcha a mayor velocidad.

Cuando Tarzán de los Monos llegó por fin al borde de la pradera donde el avión de Smith-Oldwick había aterrizado, captó toda la escena de un rápido vistazo y comprendió la situación, aunque apenas podía dar crédito a sus ojos. Atado e indefenso, el oficial inglés yacía en el suelo a un lado de la pradera, rodeado de un grupo de desertores negros del mando alemán. Tarzán había visto antes a estos hombres y sabía quiénes eran. Acercándose por la pradera había un aeroplano pilotado por el negro Usanga, y en el

asiento posterior se encontraba la muchacha blanca, Bertha Kircher. Tarzán no lograba explicarse cómo era posible que el ignorante salvaje fuera capaz de hacer funcionar el avión, ni tenía tiempo para especular sobre el tema. Lo que sabía de Usanga, junto con la posición del hombre blanco, le indicó que el sargento negro trataba de llevarse a la muchacha blanca. Por qué lo hacía cuando la tenía en su poder y había capturado y maniatado a la única criatura en la jungla que podría desear defenderla, que el negro supiera Tarzán no lo entendía, pues nada sabía de las veinticuatro esposas del sueño de Usanga ni del miedo que el negro sentía de Naratu, su actual compañera. No sabía, pues, que Usanga había decidido huir con la muchacha blanca para jamás regresar, y poner tanta distancia entre él y Naratu que esta última jamás le encontrara; pero esto mismo era lo que estaba en la mente del negro aunque ni siquiera sus guerreros lo sospecharan. Les dijo que llevaría a la cautiva a un sultán del norte y allí obtendría un elevado precio por ella, y que cuando regresara recibirían parte del botín.

Todas estas cosas Tarzán no las sabía. Lo único que sabía era lo que veía: un negro intentando huir en avión con una muchacha blanca. El aparato ya se iba separando poco a poco del suelo. En un instante se elevaría velozmente y quedaría fuera de su alcance. Al principio Tarzán pensó en poner una flecha en su arco y matar a Usanga, pero enseguida abandonó la idea porque sabía que en el momento en que el piloto muriera, el aparato quedaría sin control y arrastraría a la muchacha a la muerte, estrellándose entre los árboles.

Sólo había una manera de socorrerla, una manera que si fracasaba le enviaría a la muerte instantánea y, sin embargo, no vaciló en intentar ponerla en práctica.

Usanga no le vio, demasiado concentrado en las obligaciones desacostumbradas de piloto, pero los negros al otro lado de la pradera le vieron y echaron a correr hacia él con fuertes gritos salvajes y amenazadores rifles para interceptarle. Vieron a un gigantesco hombre blanco saltar de las ramas de un árbol a la hierba y correr a toda velocidad hacia el avión. Le vieron coger una larga soga de hierba que llevaba enrollada a los hombros mientras corría. Vieron oscilar el nudo corredizo formando un ondulante círculo por encima de su cabeza. Vieron a la muchacha blanca en el aparato mirar hacia abajo y descubrirle.

Veinte pies por encima del hombre-mono que corría se elevaba el

enorme avión. El nudo abierto salió disparado hacia arriba para unirse con el aparato y la muchacha, medio adivinando las intenciones del hombre-mono, alargó el brazo y cogió el nudo, se afianzó y se aferró a él con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, Tarzán era izado en el aire y el avión se ladeó como respuesta a la nueva tensión. Usanga se agarró con fuerza al control y el aparato salió disparado hacia arriba formando un extraño ángulo. Colgado en el extremo de la soga, el hombre-mono oscilaba como un péndulo en el espacio. El inglés, que yacía atado en el suelo, fue testigo de todo esto. El corazón se le paró cuando vio el cuerpo de Tarzán en el aire en dirección a los árboles entre los cuales, inevitablemente, se estrellaría; pero el avión iba elevándose con gran rapidez, por lo que el hombre bestia quedó por encima de la mayoría de ramas altas de los árboles. Luego, poco a poco, trepó hacia el fuselaje. La muchacha, que se agarraba desesperadamente al nudo corredizo, tensó todos los músculos para sujetar el gran peso que colgaba del extremo inferior de la soga.

Usanga, ajeno a lo que estaba ocurriendo detrás de él, elevaba el avión cada vez más en el aire.

Tarzán miró abajo. Las copas de los árboles y el río quedaron atrás enseguida, y sólo una delgada soga de hierba y los músculos de una frágil muchacha se interponían entre él y la muerte que le esperaba miles de pies más abajo.

A Bertha Kircher le parecía que perdía los dedos de las manos. El entumecimiento le iba subiendo por los brazos y le llegaba hasta los codos. Era incapaz de predecir cuánto rato podría permanecer agarrada a la tensa soga. Le parecía que aquellos dedos sin vida se relajarían en cualquier instante y entonces, cuando estaba a punto de perder las esperanzas, vio una fuerte mano marrón que se asía al costado del fuselaje. Al instante desapareció el peso de la soga, y un momento más tarde Tarzán de los Monos alzó su cuerpo por encima del costado y pasó una pierna por el borde. Miró a Usanga y luego, acercando la boca al oído de la muchacha, gritó:

—¿Alguna vez has pilotado un avión?

La muchacha asintió con la cabeza al instante.

—¿Te atreves a colocarte ahí delante, al lado del negro, y coger el control mientras yo me ocupo de él?

La muchacha miró hacia Usanga y se estremeció.

—Sí —respondió—, pero tengo los pies atados.

Tarzán sacó su cuchillo de caza de su funda y cortó las ataduras de los tobillos de la muchacha. Luego ésta se desabrochó la correa que la sujetaba a su asiento. Tarzán agarró el brazo de la muchacha y la sujetó mientras los dos se arrastraban muy despacio por encima del fuselaje para llegar al asiento delantero. Un mínimo movimiento de ladeo del avión les arrojaría a ambos a la eternidad. Tarzán comprendió que sólo por un milagro del azar podrían llegar a Usanga y efectuar el cambio de pilotos, y sin embargo sabía que tenían que correr ese riesgo, pues en los breves momentos desde que vio el avión por primera vez, se dio cuenta de que el negro apenas tenía experiencia como piloto y que la muerte les aguardaba con toda seguridad, en cualquier caso, si el sargento negro seguía en el control.

La primera pista que tuvo Usanga de que no todo iba bien fue que la muchacha se deslizó a su lado y cogió el control y, al mismo tiempo, unos dedos como el acero le agarraron la garganta. Una mano de color marrón le cayó encima con una afilada hoja y cortó la correa que le sujetaba por la cintura, y unos músculos gigantescos le levantaron del asiento. Usanga arañó el aire y lanzó un alarido, pero estaba indefenso como un bebé. Mucho más abajo, los observadores que permanecían en la pradera vieron que el areroplano se inclinaba en el cielo, pues con el cambio de control había caído en picado. Lo vieron enderezarse y, efectuando un breve círculo, regresar en su dirección, pero estaba tan por encima de ellos y la luz del sol era tan fuerte, que no vieron nada de lo que estaba sucediendo en el fuselaje. El teniente Smith-Oldswick exhaló un jadeo de desaliento cuando vio que un cuerpo humano se desplomaba desde el avión. Cayó girando y retorciéndose, cobrando cada vez mayor velocidad, y el inglés contuvo el aliento cuando se precipitaba hacia ellos.

Con un ruido sordo, se estrelló contra el suelo cerca del centro de la pradera, y cuando al fin el inglés logró reunir coraje suficiente para volver a dirigir la mirada hacia allí, murmuró una ferviente plegaria de agradecimiento, pues la masa informe que yacía en el ensangrentado suelo estaba cubierta con una piel del color del ébano. Usanga había recibido su recompensa.

El avión voló una y otra vez en círculos por encima de la pradera. Los negros, consternados al principio por la muerte de su caudillo, trabajaban ahora con furioso frenesí y determinación para vengarse. La muchacha y el hombre-mono les vieron apiñarse en torno al cuerpo de su jefe caído. Mientras volaban en círculos sobre la pradera vieron que los negros los

amenazaban agitando los puños y blandiendo sus rifles. Tarzán seguía aferrado al fuselaje justo detrás del asiento del piloto. Su rostro estaba muy cerca del de Bertha Kircher, y con todas sus fuerzas, para que ella le oyera a pesar del ruido de la hélice, el motor y el tubo de escape, le gritó unas instrucciones al oído.

Cuando la muchacha comprendió el significado de sus palabras palideció, pero apretó los labios y sus ojos brillaron con un súbito destello de determinación mientras hacía bajar el avión hasta pocos metros del suelo en el extremo opuesto de la pradera, donde se encontraban los negros, y después a toda velocidad se abalanzó sobre éstos. El avión llegó tan deprisa que los hombres de Usanga no tuvieron tiempo de escapar al darse cuenta del peligro. El aparato tocó el suelo golpeándoles y pasando por entre ellos, un verdadero monstruo de destrucción. Cuando se detuvo en la linde de la selva, el hombre-mono bajó al suelo de un rápido salto y corrió hacia el joven teniente, y mientras lo hacía no dejaba de mirar el lugar donde estaban los guerreros, dispuesto a defenderse en caso necesario, pero no hubo ninguno que se enfrentara a él. Muertos y agonizantes, yacían en el suelo esparcidos en un radio de quince metros.

Cuando Tarzán liberó al inglés, la muchacha se reunió con ellos. Intentó expresar su agradecimiento al hombre-mono, pero él la hizo callar con un gesto.

—Te has salvado tú misma —insistió—, pues si no hubieras sido capaz de pilotar el avión, yo no habría podido ayudarte, y ahora —dijo—, vosotros dos disponéis de un medio para regresar a los asentamientos. El día aún es joven. Fácilmente podéis cubrir la distancia en pocas horas si tenéis suficiente combustible.

Miró interrogativamente al aviador. Smith-Oldwick hizo un gesto de asentimiento.

—Hay suficiente.

—Entonces marchaos enseguida —dijo el hombre-mono—. Ninguno de los dos pertenece a la jungla.

Una leve sonrisa asomó a sus labios.

La muchacha y el inglés también sonrieron.

—Esta jungla no es lugar para nosotros —dijo Smith-Oldwick—, y no es lugar para ningún otro hombre blanco. ¿Por qué no regresas a la civilización con nosotros?

Tarzán meneó la cabeza.

—Prefiero la jungla —dijo.

El aviador hundió un dedo del pie en el suelo y, sin levantar la mirada, farfulló algo que evidentemente le desagradaba decir.

—Si se trata de ganarte la vida, amigo… —dijo— dinero…, ya sabes…, bueno…

Tarzán se echó a reír.

—No —dijo—. Sé lo que tratas de decirme. No es eso. Nací en la jungla. He vivido toda mi vida en la jungla y moriré en la jungla. No deseo vivir o morir en otro sitio.

Los otros menearon la cabeza. No podían comprenderle.

—Id —dijo el hombre-mono—. Cuanto antes os marchéis, antes llegaréis a lugar seguro.

Se dirigieron hacia el avión juntos. Smith-Oldwick estrechó la mano del hombre-mono y se encaramó al asiento del piloto.

—Adiós —se despidió la muchacha tendiéndole la mano a Tarzán—. Antes de irme, ¿no me dirás que ya no me odias?

El rostro de Tarzán se ensombreció. Sin una palabra cogió a la muchacha y la alzó para subirla al avión detrás del inglés. Una expresión de pesar cruzó el rostro de Bertha Kircher. El motor se puso en marcha y un momento después los dos volaban rápidamente hacia el este.

El hombre-mono permaneció en el centro de la pradera, observándoles.

—Qué lástima que sea una espía alemana —dijo—, porque es muy difícil odiarla.

Tarzán era izado en el aire y el avión se ladeó.

CAPÍTULO XIV

EL LEÓN NEGRO

NUMA, el león, estaba hambriento. Había salido de la región desierta del este para llegar a una tierra de abundancia, pero aunque era joven y fuerte, los cautos herbívoros habían logrado esquivar sus poderosas garras cada vez que quería cobrar una pieza.

Numa, el león, estaba hambriento y era muy salvaje. Llevaba dos días sin comer y ahora cazaba con el peor de los humores. Numa ya no rugía desafiando al mundo sino que se movía en silencio, pisando con suavidad para que ninguna ramita crujiera y traicionara su presencia a la presa de aguzado oído que andaba buscando.

Las huellas de Bara, el ciervo, en el sendero trillado que seguía Numa eran recientes. No había transcurrido una hora desde que Bara pasara por allí; el tiempo podía medirse en minutos y por eso el gran león redobló la cautela de su avance al seguir a su presa.

Un ligero viento soplaba entre los pasillos de la jungla y llevaba hasta los ollares del ansioso carnívoro el fuerte olor del ciervo, excitando su ya ávido apetito-hasta el punto de convertirse en un dolor corrosivo. Sin embargo, Numa no se dejó arrastrar por su impaciencia a un ataque prematuro como el que recientemente le había hecho perder la jugosa carne de Pacco, la cebra. Apretando un poco el paso, siguió el tortuoso camino hasta que de pronto, ante él, donde el camino se torcía en torno al tronco de un enorme árbol, vio a un joven gamo que se movía despacio delante de él.

Numa calculó la distancia con sus aguzados ojos, que ahora relucían como dos terribles manchas de amarillo fuego en su rostro arrugado. Podía lograrlo; esta vez estaba seguro. Un terrorífico rugido que paralizaría a la pobre criatura obligándola a una momentánea inacción, un ataque simultáneo de la rapidez del rayo y Numa, el león, se alimentaría. La sinuosa cola, que se ondulaba despacio en su copetuda extremidad, se quedó erecta de pronto. Era la señal para el ataque, y los órganos vocales

estaban a punto de emitir el estruendoso rugido cuando, surgiendo de un cielo despejado, Sheeta, la pantera, saltó al sendero y se interpuso entre Numa y el ciervo.

Un estúpido ataque, el de Sheeta, pues con el primer crujido que produjo su cuerpo manchado a través del follaje que convergía en el sendero, Bara echó una única mirada desconcertada hacia atrás y desapareció.

El rugido destinado a paralizar al ciervo se quebró de forma horrible en la profunda garganta del gran felino: un furioso rugido contra la entrometida Sheeta que le privaba de su presa, y el ataque previsto para Bara fue lanzado contra la pantera; pero ahí Numa estaba destinado a la decepción, pues con las primeras notas de su temible rugido Sheeta, reconsiderando sus posibilidades, saltó a un árbol cercano.

Media hora más tarde, un furioso Numa captó inesperadamente el olor del hombre. Hasta entonces el señor de la jungla había menospreciado la insípida carne del desdeñado hombre-cosa. Aquella carne sólo era para los viejos, los desdentados y los decrépitos que ya no podían cazar sus presas entre los omnívoros de ágiles patas. Bara, el ciervo, *Horta, el* verraco y, la mejor, Pacco, la cebra, eran para los jóvenes, los fuertes y los ágiles, pero Numa tenía hambre, más de la que jamás tuvo en los cinco cortos años de su vida.

¿Y qué si era una bestia joven, poderosa, astuta y feroz? Frente al hambre, que hace iguales a todos, él era como los viejos, los desdentados y los decrépitos. Su vientre gritaba de angustia y sus quijadas se morían de ganas de morder carne. La cebra o el ciervo o el hombre, ¿qué importaba mientras fuera carne, roja por los calientes jugos de la vida? Incluso Dango, la hiena, que comía lo que los demás dejaban, sería una golosina para Numa en aquellos momentos.

El gran león conocía las costumbres y las debilidades del hombre, aunque nunca había cazado a uno para comer. Sabía que despreciaba al gomangani por ser la criatura más lenta, más estúpida y más indefensa. No se precisaba saber nada de la jungla, ni poseer astucia ni cautela para cazar al hombre, y tampoco tenía Numa el estómago ni para entretenerse ni para guardar silencio.

Su rabia había ido aumentando con el hambre, de modo que ahora, cuando su delicado olfato captó el reciente paso del hombre, bajó la cabeza y lanzó un resonante rugido, y a paso rápido, sin preocuparse del ruido que

hacía, siguió el camino de su pretendida presa.

Majestuoso y terrible, regiamente despreocupado de lo que le rodeaba, el rey de las bestias avanzaba por el sendero trillado. La precaución natural que es inherente a todas las criaturas de la jungla le había abandonado. ¿Qué tenía que temer él, el señor de la jungla?, y si sólo podía cazar al hombre, ¿qué necesidad tenía de ser cauto? Y así no vio ni olió lo que un cauteloso Numa descubriría enseguida hasta que, con el crujido de unas ramitas y el ruido sordo de algo que caía a tierra, se precipitó a un hoyo astutamente excavado en el centro del sendero por los mañosos wamabos sólo con este fin.

Tarzán de los Monos se quedó en el centro del claro observando el avión, que iba disminuyendo de tamaño hasta convertirse en un diminuto objeto, del tamaño de un juguete, en el cielo oriental. Suspiro con alivio cuando lo vio elevarse a salvo, con el piloto británico y Fräulein Bertha Kircher a bordo. Durante semanas le pesó la responsabilidad del bienestar de ambos en aquella tierra salvaje, donde su absoluta indefensión les habría convertido en presa fácil de los salvajes carnívoros o los crueles wamabos. Tarzán de los Monos amaba la libertad sin trabas, y ahora que ellos dos se hallaban a salvo fuera de sus manos, sentía que podía continuar su viaje hacia la costa oeste y la cabaña largo tiempo deshabitada de su padre muerto.

Y sin embargo, mientras permanecía allí de pie observando la pequeñísima mancha en el este, otro suspiro escapó de su ancho pecho, y no fue éste un suspiro de alivio, sino más bien una sensación que Tarzán no había esperado volver a sentir jamás y que ahora le desagradaba admitir incluso ante sí mismo. No era posible que él, hijo de la jungla, que renunció para siempre a la sociedad del hombre para volver a sus amadas bestias salvajes, sintiera algo parecido al pesar ante la partida de aquellos dos, o la más mínima soledad ahora que se habían ido. A Tarzán le gustaba el teniente Harold Percy Smith-Oldwick, pero a la mujer a quien conoció como espía alemana la había odiado, aunque nunca tuvo valor para asesinarla como había jurado hacer con todos los boches. Había atribuido esta debilidad al hecho de que se trataba de una mujer, aunque le perturbó bastante la aparente inconsistencia de su odio hacia ella y su repetida protección cuando acechaba el peligro.

Con un gesto irritado de la cabeza, de pronto giró en redondo hacia el oeste, como si volviendo la espalda al avión que rápidamente desaparecía

pudiera borrar de su memoria el recuerdo de sus pasajeros. En el borde del claro se detuvo; un árbol gigantesco se erguía delante de él y, como si actuara por un impulso súbito e irresistible, saltó a las ramas y trepó con la agilidad de un simio a las ramas más altas. Allí, balanceándose ligeramente sobre una rama que oscilaba, buscó, en dirección al horizonte oriental, la diminuta mancha que seria el avión británico que se llevaba a los últimos miembros de su raza y especie que esperaba volver a ver jamás.

Al fin sus ojos aguzados captaron el aparato que volaba a considerable altitud al este, muy lejos. Durante unos segundos lo observó dirigirse en línea recta hacia el este, cuando, para su horror, vio que de pronto el aparato descendía en picado. La caída le pareció interminable y se dio cuenta de cuán grande debía de ser la altitud del avión antes de que comenzara la caída. Justo antes de desaparecer de la vista, su impulso hacia abajo pareció disminuir de pronto, pero aún descendía en picado cuando por fin desapareció de la vista, tras las colinas lejanas.

Durante medio minuto, el hombre-mono se quedó observando las distantes señales del terreno en el que el avión caído parecía haber, pues en cuanto se dio cuenta de que aquellas dos personas volvían a hallarse en apuros, su innato sentido del deber hacia los de su especie le impulsó una vez más a abandonar sus planes e intentar ayudarles.

El hombre-mono temió, por lo que juzgaba era la ubicación del aparato, que había caído entre las gargantas casi imposibles de atravesar de la región árida, justo más allá de la fértil cuenca que estaba limitada a su derecha por las colinas. Él cruzó aquella tierra agostada y desolada y sabía por experiencia, y porque a punto estuvo de sucumbir a su implacable crueldad, que ningún hombre podía esperar abrirse paso hasta un lugar seguro desde una distancia considerable de sus límites. Recordaba nítidamente los huesos blanqueados del guerrero muerto tanto tiempo atrás en la parte inferior de la accidentada garganta que había sido una trampa también para él. Vio el casco de latón, el peto de acero corroído, la larga espada recta en su vaina y el antiguo arcabuz, mudos testigos de la poderosa psique y el espíritu belicoso del que de alguna manera había logrado llegar, mal protegido y lamentablemente armado, al centro de la salvaje y antigua África; y vio al delgado joven inglés y la figura menuda de la muchacha arrojada a la misma fatídica trampa de la que este gigante de la Antigüedad había sido incapaz de escapar; arrojada allí, herida y fracturada, quizá, si no muerta.

Su criterio le indicó que esta última posibilidad era la más probable, y sin embargo existía una posibilidad de que hubieran aterrizado sin heridas mortales, y así, con esa débil probabilidad en mente, emprendió lo que sabía sería un arduo viaje, plagado de penalidades y peligros indecibles, para intentar salvarles si aún vivían.

Había recorrido quizá un kilómetro y medio cuando sus oídos captaron el ruido de movimiento rápido en el sendero de caza justo delante de él. El ruido, cuyo volumen iba en aumento, proclamaba que, fuera lo que fuese lo que lo causaba, se movía en su dirección y se movía deprisa. No pasó mucho rato antes de que sus entrenados sentidos le convencieran de que las pisadas correspondían a Bara, el ciervo, en rápida huida. Confundidos de modo inextricable en el carácter de Tarzán se hallaban los atributos del hombre y los de las bestias. La larga experiencia le había enseñado que pelea mejor o viaja más rápido el que está bien nutrido, y por tanto, con pocas excepciones, Tarzán podía aplazar su asunto más urgente para aprovechar la oportunidad de matar y alimentarse. Ésta era quizá su mejor característica. La transformación de un caballero inglés, impulsado por los motivos más humanitarios, en una bestia salvaje agazapada en la protección de un denso matorral dispuesta a saltar sobre la presa que se acercaba, era instantánea.

Y así, cuando llegó Bara, escapando de las garras de Numa y Sheeta, su terror y su prisa le impelieron percibir que otro enemigo igualmente formidable le había tendido una emboscada; un cuerpo marrón claro saltó de los espesos matorrales, unos fuertes brazos rodearon el débil cuello del joven gamo y unos dientes potentes se le clavaron en la blanda carne. Juntos rodaron por el sendero y un momento más tarde el hombre-mono se levantó y, con un pie sobre su presa, lanzó el grito de victoria del simio macho.

Como un reto, pronto llegó a los oídos del hombre-mono el fuerte rugido de un león, un espantoso rugido enojado en el que Trazan creyó distinguir una nota de sorpresa y terror. En el seno de las cosas salvajes de la jungla, como en los senos de sus hermanos y hermanas más ilustrados de la raza humana, la característica de la curiosidad está bien desarrollada. Tarzán no lo ignoraba. La nota extraña en el rugido de su enemigo íntimo despertó el deseo de investigar y, así, el hombre-mono se echó el cuerpo muerto de Bara, el ciervo, al hombro, descendió a las terrazas inferiores de la selva y avanzó rápidamente en la dirección de la que procedía el sonido,

que se hallaba en línea recta con el sendero que habían tomado.

A medida que la distancia disminuía, el ruido aumentaba de volumen, lo que indicaba que se estaba aproximando a un león muy enojado, y entonces, en un punto del sendero que incontables miles de patas con cascos y almohadilladas habían gastado y convertido en un profundo surco quizá durante incontables eras, vio la trampa que los wamabos habían cavado para cazar leones y en él, saltando inútilmente para liberarse, un león como Tarzán de los Monos jamás había visto antes. Una bestia imponente que miraba con ojos furiosos al hombre-mono, grande, poderoso y joven, con una enorme cabellera negra y un manto peludo, tan oscuro que en las profundidades del foso parecía casi negro: ¡un león negro!

Tarzán, que estuvo a punto de mofarse de su enemigo cautivo y vilipendiarlo, de pronto sintió franca admiración por la belleza de aquella espléndida bestia. ¡Qué criatura! En comparación con ella, el león corriente de la selva quedaba reducido a la insignificancia. Allí se encontraba, sin duda, uno que merecía ser llamado rey de las bestias. Al primer vistazo supo el hombre-mono que no había oído ninguna nota de terror en aquel rugido inicial; sorpresa, sin duda, pero las cuerdas vocales de aquella poderosa garganta jamás habían reaccionado al miedo.

Con creciente admiración le llegó un sentimiento de rápida piedad por la desventurada situación en que se hallaba aquel gran bruto, reducido a la inutilidad y la indefensión por los engaños de los gomangani. Aunque la bestia era enemiga, era menos enemigo para el hombre-mono que aquellos negros que le habían atrapado, pues aunque Tarzán de los Monos contaba con muchos amigos leales entre ciertas tribus de nativos africanos, había otros de carácter envilecido y costumbres bestiales que él contemplaba con absoluto odio, y entre éstos se encontraban los caníbales del jefe Numabo. Por un momento Numa, el león, miró con ferocidad al hombre-cosa desnudo en la rama del árbol por encima de él. Aquellos ojos amarillo-verdosos se clavaron con firmeza en los claros ojos del hombre-mono, y luego los sensibles ollares captaron el aroma de la sangre fresca de Bara y los ojos se dirigieron hacia el animal muerto que yacía sobre el hombro marrón, y de las cavernosas profundidades de la garganta salvaje surgió un leve gemido.

Tarzán de los Monos sonrió. De un modo inconfundible, como si hablara una voz humana, el león le había dicho: «Tengo hambre; más que eso. Me estoy muriendo de inanición», y el hombre-mono miró hacia el

león y sonrió, una lenta sonrisa intrigante, y luego pasó el animal muerto del hombro a la rama que tenía delante, sacó el gran cuchillo que perteneció a su padre y diestramente cortó un cuarto trasero, secó la ensangrentada hoja en el suave pelaje de Bara y lo guardó de nuevo. Numa, al que la boca se le hacía agua, alzó la mirada hacia la tentadora carne y volvió a gemir; el hombre-mono esbozó su lenta sonrisa y, levantando el cuarto trasero con sus fuertes manos, clavó los dientes en la tierna y jugosa carne.

Por tercera vez, Numa, el león, dejó escapar aquel suplicante gemido y luego, meneando la cabeza con aire arrepentido y lleno de asco, Tarzán de los Monos alzó lo que quedaba del resto de Bara, el ciervo, y lo arrojó a la hambrienta bestia de abajo.

—Una vieja —murmuró el hombre-mono—. Tarzán se ha vuelto una débil vieja. Dentro de poco derramará lágrimas porque ha matado a Bara, el ciervo. No puede ver a *Numa, su* enemigo, tan hambriento, porque el corazón de Tarzán se está convirtiendo en agua debido al contacto con las débiles y blandas criaturas de la civilización.

Pero sonreía; tampoco lamentaba haber cedido a los dictados de un impulso bondadoso.

Mientras Tarzán desgarraba la carne de aquella porción de la presa que se guardó para él, sus ojos se fijaban en cada detalle de la escena que se desarrollaba abajo. Vio la avidez con que Numa devoraba el animal muerto; observó con creciente admiración los puntos más magníficos de la bestia, y también la astuta construcción de la trampa. La trampa para cazar leones corriente que Tarzán conocía tenía estacas clavadas en el fondo, sobre cuyas puntas afiladas el indefenso león quedaría empalado, pero este foso no estaba hecho así. Aquí las cortas estacas estaban colocadas con intervalos de unos treinta centímetros alrededor de las paredes, cerca de la parte superior, con las puntas afiladas inclinadas hacia abajo, de modo que el león había caído en la trampa sin herirse pero no podía salir porque, cada vez que lo intentaba, su cabeza se ponía en contacto con la punta afilada de una estaca.

Evidentemente, pues, el objetivo de los wamabos era capturar un león vivo. Como esta tribu no tenía contacto de ninguna clase con hombres blancos, que Tarzán supiera, sus motivos sin duda se debían a un deseo de torturar a la bestia hasta la muerte para disfrutar al máximo con su agonía.

Después de alimentar al león, a Tarzán se le ocurrió que su acción sería

inútil cuando abandonara a la bestia a merced de los negros, y entonces también se le ocurrió que podía obtener más placer desconcertando a los negros que abandonando a Numa a su destino. Pero ¿cómo iba a liberarlo? Si retiraba dos estacas quedaría suficiente espacio para que el león saltara fuera del foso, que no era muy profundo. Sin embargo, ¿qué seguridad tenía Tarzán de que Numa no estaría fuera en el instante en que tuviera abierto el camino a la libertad, antes de que el hombre-mono pudiera llegar a protegerse en los árboles? Independientemente del hecho de que Tarzán no tenía el miedo al león que usted o yo podríamos tener en circunstancias semejantes, no obstante, estaba imbuido del sentido de la precaución que resulta necesario a todas las criaturas de la tierra salvaje, si quieren sobrevivir. En caso necesario, Tarzán podía hacer frente a Numa peleando, aunque no era tan egoísta como para pensar que era capaz de superara un león adulto en combate mortal, aparte de hacerlo por accidente o mediante la utilización de la astucia que poseía su mente humana superior. Ponerse en peligro de muerte inútilmente lo consideraba tan censurable como rehuir el peligro en época de necesidad; pero cuando Tarzán decidía hacer una cosa, solía encontrar la manera de llevarla a cabo.

Ahora estaba absolutamente decidido a liberar a Numa, y como lo había decidido, lo llevaría a cabo aunque supusiera un riesgo personal considerable. Sabía que el león estaría ocupado durante algún tiempo alimentándose, pero también sabía que, mientras comiera, le molestaría el doble cualquier distracción. Por tanto, Tarzán debía actuar con precaución. Bajó a tierra al lado del foso, examinó las estacas y al hacerlo le sorprendió observar que Numa no daba muestras de ira por su aproximación. Dirigió una mirada escrutadora hacia el hombre-mono y luego volvió a ocuparse de la carne de Bara. Tarzán palpó las estacas y las probó con su peso. Tiró de ellas con los músculos de sus fuertes brazos y descubrió que moviéndolas hacia adelante y hacia atrás podía aflojarlas; luego se le ocurrió un nuevo plan y se puso a excavar con su cuchillo en un punto por encima de donde una de las estacas estaba clavada. La marga era blanda y salia con facilidad, y Tarzán no tardó mucho en dejar al descubierto la parte de una de las estacas que estaba incrustada en la pared del hoyo, dejando clavado únicamente lo suficiente para impedir que la estaca cayera en la excavación. Luego volvió su atención a una estaca contigua y pronto la tuvo expuesta de forma similar, tras lo cual lanzó su lazo de cuerda de hierba por encima de las dos y saltó de inmediato a la rama del árbol que

quedaba más cerca. Allí recogió la parte floja de la cuerda, se afianzó contra el tronco del árbol y tiró hacia arriba. Poco a poco, las estacas salieron de la trinchera en la que estaban incrustadas y ello despertó las sospechas de Numa, que se puso a gruñir.

¿Era esto una nueva usurpación de sus derechos y sus libertades? Estaba desconcertado y, como todos los leones, como tenía muy mal genio, se irritó. No le importó que el tarmangani se agazapara en el borde del hoyo y le mirara desde allí, pues ¿no le había alimentado, ese tarmangani? Pero ahora estaba ocurriendo otra cosa que alimentó los recelos de la bestia salvaje. Sin embargo, mientras observaba, Numa vio que las estacas se elevaban poco a poco hasta colocarse en una posición erecta, desplomarse una sobre otra y luego caer hacia atrás hasta perderse de vista en la superficie de la tierra, arriba. El león comprendió al instante las posibilidades de la situación y, también, quizá percibió el hecho de que el hombre-cosa había abierto deliberadamente el camino para que huyera. Numa, el león, cogió entre sus grandes fauces los restos de Bara, saltó ágilmente fuera de la trampa de los wamabos y Tarzán de los Monos se fundió en la jungla hacia el este.

En la superficie de la tierra o a través de las ramas oscilantes de los árboles, el rastro de un hombre o una bestia era un libro abierto para el hombre-mono, pero incluso sus aguzados sentidos estaban desconcertados por la falta de rastro de olor del avión. ¿De qué servían los ojos, las orejas o el sentido del olfato para seguir una cosa cuyo camino se había abierto a través del aire a miles de pies por encima de los árboles? En su búsqueda de un avión estrellado, Tarzán sólo podía confiar en su sentido de la orientación. Ni siquiera podía juzgar con exactitud la distancia a la que podía encontrarse, y sabía que en el momento en que desapareció detrás de las colinas podía haber viajado una considerable distancia en ángulo recto, con su rumbo original, antes de estrellarse. Si sus ocupantes estaban muertos o gravemente heridos, el hombre-mono podría tardar un buen rato buscando en vano en las proximidades antes de encontrarles.

No podía hacer más que una cosa, y era viajar hasta un punto lo más cercano posible a donde creía que el avión había aterrizado y luego seguir en círculos cada vez más grandes hasta que captara su rastro de olor. Y esto es lo que hizo.

Antes de dejar el valle de la abundancia cobró varias piezas y se llevó los mejores pedazos de carne, abandonando todo el peso muerto de los

huesos. La densa vegetación de la jungla terminaba al pie de la vertiente oriental y cada vez era menos abundante a medida que se acercaba a la cima, tras la cual había una escasa vegetación de matorrales marchitos y hierbas agostadas por el sol, con algún ocasional árbol nudoso y resistente que había soportado las vicisitudes de una existencia casi sin agua.

Desde la cumbre de las colinas los ojos aguzados de Tarzán escrutaron el árido paisaje que se extendía ante él. A lo lejos distinguió las accidentadas líneas que señalaban el serpenteante curso de las espantosas gargantas que mellaban la ancha planicie con intervalos; las terribles gargantas, que habían estado a punto de cobrarse su vida como castigo por la temeridad de intentar invadir la santidad de su antigua soledad.

Durante dos días Tarzán buscó inútilmente alguna pista del paradero del aparato o de sus ocupantes. Escondió porciones de carne en diferentes puntos y construyó mojones de piedras para señalar su ubicación. Cruzó la primera garganta profunda y caminó en ancho círculo alrededor de ella. De vez en cuando se detenía y les llamaba con voz potente, aguzando el oído por si había respuesta, pero sólo el silencio le contestaba. Un silencio siniestro que sus gritos sólo acentuaban.

A última hora de la tarde del segundo día llegó a la garganta que recordaba bien, en la que se encontraban los huesos limpios del antiguo aventurero, y allí, por primera vez, Ska, el buitre, le siguió la pista.

—Esta vez no, Ska —gritó el hombre-mono en tono burlón—, porque ahora Tarzán es de veras Tarzán. Antes, seguiste el triste esqueleto de un tarmangani y aun así lo perdiste. No pierdas el tiempo con Tarzán de los Monos cuando está en la plenitud de sus fuerzas.

Aun así, Ska volaba en círculos y se remontaba por encima de él, y el hombre-mono, pese a sus alardes, sintió un escalofrío de aprensión. En su cerebro oía un persistente y lúgubre cántico al que involuntariamente puso dos palabras, repetidas una y otra vez en una horrible monotonía: «¡Ska sabe!, ¡Ska sabe!» hasta que, sacudiéndose furioso, cogió una roca y la lanzó al siniestro carroñero.

Tarzán descendió por el abrupto precipicio medio trepando y medio resbalando hasta el lecho arenoso. Había llegado casi al punto exacto por el que había ascendido semanas atrás, y allí vio, tal como lo había dejado, igual como, sin duda alguna, había permanecido durante siglos, el horrible esqueleto y su horrible armadura.

Contemplando los siniestros restos de otro hombre fuerte que había

sucumbido a los crueles poderes del desierto, le llamó la atención y le desconcertó el ruido de un arma de fuego procedente de las profundidades del barranco al sur de donde se encontraba, y que reverberó en las empinadas paredes de la estrecha grieta.

CAPÍTULO XV

HUELLAS MISTERIOSAS

CUANDO el avión británico, pilotado por el teniente Harold Percy Smith-Oldwick, se elevó por encima de la jungla donde la vida de Bertha Kircher tan a menudo estuvo a punto de ser extinguida, y cobró velocidad en dirección al este, la muchacha sintió una repentina contracción de los músculos de la garganta. Intentó con todas sus fuerzas tragar algo que no encontraba. Le parecía extraño que sintiera nostalgia al dejar atrás tantos peligros espantosos, y sin embargo le resultaba evidente que así era, pues dejaba atrás algo más que los peligros que la habían amenazado: una figura única que había entrado en su vida y por la que sentía una atracción inexplicable.

Ante ella, en el asiento del piloto, se hallaba un caballero y oficial inglés quien, lo sabía, la amaba, y sin embargo ella se atrevía a sentir nostalgia en su compañía al abandonar el territorio de una bestia salvaje.

El teniente Smith-Oldwick, por su parte, se hallaba en el séptimo cielo. Volvía a estar en posesión de su querido avión, volaba velozmente en dirección a sus camaradas y su deber, y con él iba la mujer a la que amaba. Lo malo era, sin embargo, la acusación que Tarzán hizo contra esta mujer. Dijo que era alemana y que era espía, y desde las alturas de la felicidad el oficial inglés de vez en cuando se sumergía en las profundidades de la desesperación al contemplar lo inevitable, en caso de que las acusaciones del hombre-mono resultaran ciertas. Se encontraba dividido entre sentimientos de amor y de honor. Por una parte, no podía entregar a la mujer a la que amaba al destino cierto que le aguardaría si en verdad era una espía enemiga, mientras que, por la otra, le resultaría igualmente imposible, como inglés y como oficial, prestarle ayuda o protección.

El hombre joven rechazaba con repetidas negaciones mentales la culpabilidad de la mujer. Trataba de convencerse de que Tarzán estaba equivocado, y cuando evocaba el rostro de la muchacha que llevaba detrás,

estaba doblemente seguro de que aquellas líneas de dulce feminidad y carácter, aquellos ojos claros y honrados, no podían pertenecer a la odiada raza ajena.

Y así se dirigieron hacia el oeste, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Abajo vieron que la densa vegetación de la jungla daba paso a la vegetación más escasa en la ladera de las montañas, y después apareció ante ellos la profunda cicatriz que formaban las estrechas gargantas que ríos desaparecidos mucho tiempo atrás habían cortado en alguna era olvidada.

Poco después de pasar la cima de la colina que formaba el límite entre el desierto y la región fértil, Ska, el buitre, que volaba a gran altitud hacia su nido, vislumbró un extraño nuevo pájaro de gigantescas proporciones que invadía los límites de sus dominios. Con intención de presentar batalla al intruso, o simplemente impulsado por la curiosidad, Ska se elevó de pronto para acercarse al avión. Sin duda alguna calculó mal la velocidad del recién llegado, pero sea como fuere, la punta de la hoja de la hélice le tocó y sucedieron muchas cosas simultáneamente. El cuerpo sin vida de Ska, desgarrado y sangrante, cayó a plomo hacia el suelo; un poco de hueso astillado fue impulsado hacia atrás y golpeó al piloto en la frente; el avión se estremeció y tembló, y mientras el teniente Harold Percy Smith-Oldwick se inclinaba hacia adelante inconsciente por un momento, el aparato se hundió de cabeza hacia la tierra.

El piloto sólo estuvo inconsciente un instante, pero ese instante casi resultó ser su ruina. Cuando despertó y se dio cuenta del peligro, también descubrió que el motor se había calado. El aparato había alcanzado un impulso espantoso y la tierra parecía estar demasiado cerca para tener esperanzas de enderezarlo a tiempo para efectuar un aterrizaje seguro. Bajo él se abría una profunda grieta en la meseta, una estrecha garganta cuyo lecho estaba aparentemente nivelado y cubierto de arena. En el breve instante en que debía tomar una decisión, el plan más seguro parecía ser el de intentar un aterrizaje en la garganta, y eso es lo que hizo, pero no sin considerables daños para el avión y una fuerte sacudida para él y su pasajero.

Afortunadamente, ninguno de los dos resultó herido, pero sus circunstancias parecían realmente desesperadas. Una cuestión grave era si el hombre podría reparar su avión y proseguir el viaje, y parecía igualmente cuestionable la capacidad de ambos de avanzar a pie hasta la costa o

deshacer el camino hasta la región que acababan de abandonar. El hombre estaba seguro de que no podían esperar cruzar la región desierta situada al este afrontando el hambre y la sed, mientras detrás de ellos, en el valle de la abundancia, acechaba un peligro casi igual en forma de carnívoros y de los belicosos nativos.

Cuando el avión se detuvo de forma brusca y funesta, Smith-Oldwick se volvió enseguida para ver las consecuencias del accidente en la muchacha. La encontró pálida pero sonriente, y durante varios segundos los dos permanecieron en silencio, con la vista clavada el uno en el otro.

—¿Esto es el fin? —preguntó la muchacha.

El inglés hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Es el fin de la primera etapa —respondió.

—Pero no esperarás hacer reparaciones aquí —dijo ella, dubitativa.

—No —dijo él—, no si son importantes, pero quizá pueda hacer un arreglo provisional. Antes tendré que echarle un vistazo. Esperemos que no sea nada grave. Hay un largo camino hasta el ferrocarril de Tanga.

—No llegaríamos lejos —dijo la muchacha, con una leve nota de desesperanza en su tono de voz—. Completamente desarmados como estamos, sería poco menos que un milagro que recorriéramos la más mínima distancia.

—Pero no estamos desarmados —replicó el hombre—. Aquí tengo una pistola que aquellos pobres diablos no descubrieron —y destapando un compartimiento, sacó una automática.

Bertha Kircher se recostó en el asiento y se rió en voz alta, una risa sin alegría, medio histérica.

—¡Ese juguete! —exclamó—. ¿De qué diablos serviría aparte de para enfurecer a cualquier bestia de rapiña con la que te tropezaras?

Smith-Oldwick se quedó cabizbajo.

—Pero es un arma —dijo—. Tienes que admitirlo, y no cabe duda de que con ella podría matar a un hombre.

—Podrías, si te tropezaras con uno —dijo la muchacha— o si esa cosa no se atascara. En realidad, no tengo mucha fe en las automáticas. Las he usado.

Ah, claro —dijo él irónicamente—, un rifle automático seria mejor, porque quién sabe, quizá nos encontraríamos algún elefante aquí en el desierto.

La muchacha vio que el joven estaba dolido y lo lamentaba, pues

comprendía que no había nada que él no hiciera para ella, para servirla o protegerla, y no era culpa suya ir tan mal armado. También, sin duda alguna, comprendía igual que ella la inutilidad de su arma y sólo la había mencionado con la esperanza de tranquilizarla a ella y reducir su ansiedad.

—Perdona —se disculpó la muchacha—, no pretendía ser desagradable, pero este accidente es la última gota proverbial. Me parece que he soportado todo lo que puedo soportar. Aunque estaba dispuesta a dar mi vida al servicio de mi país, no imaginaba que mi agonía sería tan larga, pues ahora me doy cuenta de que hace muchas semanas que estoy muriendo.

—¿Qué dices? —exclamó él—. ¿Qué quieres decir con eso? No estás muriendo. No te pasa nada.

—Oh, no es eso —dijo—, no me refería a eso. Lo que quiero decir es que en el momento en que el sargento negro, Usanga, y sus tropas nativas alemanas renegadas me capturaron y me llevaron tierra adentro, se firmó mi sentencia de muerte. A veces he imaginado que se me concede un indulto. A veces he esperado poder estar a punto de obtener el perdón, pero en realidad, en el fondo de mi corazón, he sabido que nunca viviría para volver a la civilización. He hecho mi parte por mi país, y aunque no ha sido mucho, al menos puedo irme con la convicción de que ha sido lo mejor que he podido ofrecer. Lo único que ahora puedo esperar, lo único que pido, es una ejecución rápida de la sentencia de muerte. No deseo seguir enfrentándome constantemente al terror y a la aprensión. Incluso la tortura física sería preferible a lo que me ha tocado vivir. No me cabe duda de que me consideras una mujer valiente, pero en realidad mi terror ha sido infinito. Los gritos de los carnívoros por la noche me llenan de un terror tan tangible que sufro dolor físico. Siento las afiladas garras en mi carne y los crueles colmillos mordisqueando mis huesos… para mí es tan real como si estuviera sufriendo realmente los horrores de semejante muerte. Dudo que puedas entenderlo…, los hombres sois diferentes.

—Sí —dijo él—, creo que lo entiendo, y como lo entiendo sé apreciar más de lo que imaginas el heroísmo que has demostrado soportando todo lo que has tenido que soportar. No puede existir valentía cuando no hay miedo. Un niño podría entrar en la guarida de un león, pero hay que ser un hombre muy valiente para ir a rescatarlo.

—Gracias —dijo ella—, pero no soy nada valiente, y ahora me avergüenza mucho mi falta de consideración por tus sentimientos.

Procuraré esforzarme y los dos esperaremos lo mejor. Te ayudaré en todo lo que pueda, si me dices qué puedo hacer.

—Lo primero —replicó el hombre— es averiguar la gravedad de los daños sufridos, y luego ver qué podemos hacer para repararlos.

Smith-Oldwick trabajó durante dos días en el avión estropeado; trabajó pese a que desde el principio comprendía que el caso no tenía esperanzas. Y al final se lo dijo a ella.

—Lo sabía —respondió la muchacha—, pero creo que me sentía de una forma muy parecida a como debías de sentirte tú: que por inútiles que fueran nuestros esfuerzos aquí, resultaría fatal intentar deshacer el camino por la jungla que acabábamos de dejar o seguir hacia la costa. Sabes, y yo también, que no podríamos llegar al ferrocarril de Tanga a pie. Moriríamos de sed y de hambre antes de recorrer la mitad de la distancia, y si volvemos a la jungla, aunque fuéramos capaces de llegar a ella, no sería más que para cortejar un destino igualmente cierto, aunque distinto.

—¿O sea que da lo mismo que nos sentemos aquí a esperar la muerte en lugar de emplear nuestras energías en lo que sabemos sería un intento vano de escapar? —preguntó él.

—No —respondió ella—. Jamás me rendiré de ese modo. Lo que quiero decir es que es inútil intentar llegar a uno u otro lugar donde sabemos que hay comida y agua en abundancia, de modo que debemos partir en una nueva dirección. En alguna parte debe de haber agua en esta tierra salvaje, y si la hay, la mejor oportunidad de encontrarla sería seguir esta garganta hacia abajo. Nos queda suficiente comida y agua, si la tomamos con precaución, para dos días, y en ese tiempo quizá hayamos encontrado un manantial o incluso hayamos llegado a la región fértil que sé que existe al sur. Cuando Usanga me llevó desde la costa a la región de los wamabos, tomó una ruta hacia el sur a lo largo de la cual había agua y caza en abundancia. Hasta que nos aproximamos a nuestro destino, esa zona no estaba llena de carnívoros. O sea que hay esperanzas, si podemos llegar a la fértil región del sur, de que logremos alcanzar la costa.

El hombre meneó la cabeza con aire dubitativo.

—Podemos intentarlo —dijo—. Personalmente, no me gusta la idea de quedarme aquí sentado esperando la muerte.

Smith-Oldwick estaba apoyado en el avión, su abatida mirada dirigida al suelo, a sus pies. La muchacha miraba hacia el sur en la dirección de la única posibilidad que tenían de vivir. De pronto le cogió el brazo.

—Mira —susurró.

El hombre alzó la vista en la dirección en que ella miraba, y vio la enorme cabeza de un gran león que les estaba contemplando desde detrás de una rocosa proyección situada en el primer recodo de la garganta.

—¡Caramba! —exclamó—, están por todas partes.

—No se alejan mucho del agua, ¿verdad? —preguntó la muchacha llena de esperanza.

—Imagino que no —respondió él—, el león no es particularmente resistente.

—Entonces hay una pizca de esperanza —exclamó ella.

El hombre se rió.

—¡Y tan pizca! —dijo él—. Me recuerda al petirrojo anunciando la primavera.

La muchacha le lanzó una rápida mirada.

—No seas tonto, y no me importa que te rías. A mí me llena de esperanzas.

—Probablemente es un sentimiento mutuo —replicó Smith-Oldwick—, ya que sin duda nosotros lo llenamos de esperanzas a él.

El león, evidentemente satisfecho por la naturaleza de las criaturas que tenía ante sí, avanzó despacio en su dirección.

—Vamos, subamos a bordo —dijo el hombre y ayudó a la muchacha a subir por el costado del aparato.

—¿No podrá subir aquí? —preguntó ella.

—Creo que sí —respondió el hombre.

—Me tranquilizas mucho —espetó ella.

—No lo creo —y sacó su pistola.

—Por el amor de Dios —exclamó ella—, no le dispares con esa cosa. Podrías darle.

—No tengo intención de dispararle, pero a lo mejor logramos asustarle si intenta llegar hasta nosotros. ¿No has visto nunca a un domador de leones? Lleva una pistola de juguete cargada con balas de fogueo. Con eso y una silla de cocina somete a la más feroz de las bestias.

—Pero tú no tienes una silla de cocina —le recordó ella.

—No —dijo él—. El gobierno siempre estropea las cosas. Siempre he sostenido que los aviones deberían ir provistos de sillas de cocina.

Bertha Kircher se rió con tanta naturalidad y tan poca histeria como si se la hubiera provocado una conversación intrascendente durante el té de la

tarde.

Numa, el león, se acercó a ellos sin vacilar; su actitud parecía más de curiosidad que de beligerancia. Cerca del costado del aparato se detuvo y se quedó mirándoles fijamente.

—Es magnífico, ¿no te parece? —exclamó el hombre.

—Jamás he visto una criatura más hermosa —dijo ella—, ni ninguna con un pelaje tan oscuro. ¡Si casi es negro!

El ruido de sus voces pareció no gustarle al señor de la jungla, pues de pronto profundas arrugas surcaron su gran rostro y exhibió sus colmillos bajo unos labios que gruñían y de los que enseguida brotó un airado rugido. Casi simultáneamente, se agazapó para dar un salto y de inmediato Smith-Oldwick descargó su pistola, apuntando al suelo delante del león. El efecto del ruido en Numa no pareció sino enfurecerle más, y con un horrible rugido saltó hacia el autor del nuevo e inquietante ruido que había ofendido a sus oídos.

Al mismo tiempo, el teniente Harold Percy Smith-Oldwick saltó con torpeza de la cabina al otro lado de su avión, gritando a la muchacha que siguiera su ejemplo. La chica, comprendiendo la inutilidad de saltar al suelo, prefirió la alternativa que le quedaba y se encaramó a la parte superior del avión.

Numa, que no estaba acostumbrado a las peculiaridades de la construcción de un aeroplano y había llegado a la cabina delantera, observó a la muchacha escapar de su alcance sin que al principio hiciera nada para evitarlo. Tras tomar posesión del avión, su ira pareció abandonarle de pronto y el animal no hizo ningún movimiento para seguir a Smith-Oldwick. La muchacha se dio cuenta de la seguridad que comparativamente le ofrecía su posición, se había arrastrado hasta el borde exterior del ala y gritaba al hombre que intentara llegar al extremo opuesto de la parte superior del avión.

Esta escena fue la que Tarzán de los Monos contempló cuando dio la vuelta al recodo de la garganta sobre el avión, después de que el disparo de pistola le llamara su atención. La muchacha estaba tan atenta observando los esfuerzos del inglés para llegar a un lugar seguro, y éste estaba tan ocupado intentando hacerlo, que ninguno de los dos se percató del silencioso avance del hombre-mono hacia ellos.

Fue Numa el primero que reparó en el intruso. El león puso de manifiesto su disgusto inmediatamente dirigiéndole un gruñido y una serie

de rugidos de advertencia. Su acción llamó la atención de los que estaban sobre el avión hacia el recién llegado; la muchacha exhaló un «¡Gracias a Dios!» ahogado, aunque apenas podía dar crédito a lo que le mostraban sus ojos: el hombre salvaje, cuya presencia siempre significaba seguridad, llegaba providencialmente en el momento más oportuno.

Casi de inmediato, ambos se horrorizaron al ver a Numa saltar desde la cabina y avanzar hacia Tarzán. El hombre-mono, que llevaba preparada su lanza, se adelantó muy despacio para reunirse con el carnívoro, al que había reconocido como el león de la trampa de los wamabos. Sabía, por la forma en que Numa se aproximaba, lo que ni Bertha Kircher ni Smith-Oldwick sabían: que en ello había más curiosidad que beligerancia, y se preguntó si en aquella gran cabeza no podría haber algo parecido a la gratitud por la bondad que Tarzán le demostró.

A Tarzán no le cabía ninguna duda de que Numa le reconocía, pues conocía a sus compañeros de la jungla lo suficiente para saber que si bien olvidan algunas sensaciones más deprisa que el hombre, hay otras que permanecen en su memoria durante años. Un rastro de olor bien definido podría no olvidarse jamás si la bestia lo percibía por primera vez en circunstancias inusuales, y por eso Tarzán confiaba en que el olfato de Numa ya recordara todas las circunstancias de su breve relación.

El amor a los riesgos con cierta probabilidad de éxito es inherente a los anglosajones y ahora Tarzán de los Monos no era sino John Clayton, lord Greystoke, quien recibió sonriente y con agrado el riesgo calculado que debía correr para descubrir hasta dónde llegaba la gratitud de Numa.

Smith-Oldwick y la muchacha vieron a los dos acercarse uno a otro. El primero juró suavemente entre dientes mientras toqueteaba con nerviosismo la pequeña arma que llevaba a la cadera. La muchacha se llevó las manos abiertas a las mejillas mientras se inclinaba hacia adelante en un silencio pétreo y horrorizado. Aunque confiaba plenamente en la destreza de aquella criatura divina, que con tanta osadía se atrevía a enfrentarse al rey de las bestias, estaba segura de lo que sin duda sucedería cuando ambos se encontraran. Había visto a Tarzán pelear con Sheeta, la pantera, y se había dado cuenta de que por fuerte que fuera aquel hombre, eran la agilidad, la astucia y la casualidad lo que le situaban por encima de su salvaje adversario; y que de los tres factores a su favor, la casualidad era el principal.

La muchacha vio al hombre y al león pararse al mismo tiempo, a no

más de un metro de distancia. Vio la cola de la bestia moverse rápidamente de un lado al otro y oyó sus profundos gruñidos que surgían de su cavernoso pecho, pero no supo interpretar correctamente ni el movimiento de la cola ni las notas del gruñido.

Para ella no indicaban otra cosa que una furia bestial, mientras que para Tarzán de los Monos eran conciliadores y tranquilizantes en extremo. Y entonces vio que Numa se acercaba más, hasta que su hocico tocó la pierna desnuda del hombre, y la muchacha cerró los ojos y se los cubrió con las manos. Durante lo que le pareció una eternidad, aguardó el horrible ruido de la confrontación que sabía se produciría, pero lo único que oyó fue un explosivo suspiro de alivio procedente de Smith-Oldwick y un medio histérico:

—¡Caramba! ¡Mira eso!

Ella alzó la mirada y vio al gran león frotando su peluda cabeza en la cadera del hombre, y la mano libre de Tarzán enredada en la cabellera negra de Numa, el león, mientras le rascaba detrás de una oreja.

A menudo se forman extrañas amistades entre los animales inferiores de diferentes especies, pero con menos frecuencia entre el hombre y los félidos salvajes, debido al miedo innato que el primero tiene de los grandes felinos. Y así, por tanto, la amistad desarrollada tan de repente entre el león salvaje y el hombre salvaje no era inexplicable.

Tarzán se aproximó al avión con Numa caminando a su lado, y cuando se detuvo y levantó la mirada hacia la chica y el hombre, Numa también se detuvo.

—Había perdido la esperanza de encontraros —dijo el hombre-mono —, y es evidente que lo he hecho en el momento oportuno.

—Pero ¿cómo sabías que teníamos problemas? —preguntó el oficial inglés.

—Vi caer vuestro avión —respondió Tarzán—. Os estaba observando desde un árbol, junto al claro de donde despegasteis. No disponía de gran cosa para localizaros aparte de la dirección, pero al parecer recorristeis una considerable distancia hacia el sur después de desaparecer de mi vista detrás de las colinas. Os he estado buscando más al norte. Estaba a punto de darme la vuelta cuando he oído el disparo de pistola. ¿El avión no se puede reparar?

—No —respondió Smith-Oldwick—, no tiene solución.

—¿Cuáles son vuestros planes, pues? ¿Qué queréis hacer? —Tarzán

dirigió la pregunta a la muchacha.

—Queremos llegar a la costa —respondió ella—, pero parece imposible.

—Debería haberlo pensado un poco antes —dijo el hombre-mono—, pero si Numa está aquí debe de haber agua a una distancia razonable. Hace dos días me tropecé con este león en la región wamabo. Lo liberé de una de sus trampas. Si ha llegado hasta este lugar debe de haber venido por algún sendero que desconozco; al menos no he cruzado ninguno ni he percibido el rastro de ningún animal desde que salí de la región fértil.

—Ha venido del sur —observó la muchacha—. También nosotros creíamos que debía de haber agua en aquella dirección.

—Vamos a averiguarlo —dijo Tarzán.

—Pero ¿y el león? —preguntó Smith-Oldwick.

—Eso tendremos que descubrirlo —respondió el hombre-mono—, y sólo podremos hacerlo si bajáis de ahí arriba.

El oficial se encogió de hombros. La muchacha volvió su mirada hacia él y observó el efecto de la propuesta de Tarzán. El inglés de pronto se puso blanco, pero había una sonrisa en sus labios mientras, sin decir una palabra, se deslizó por el borde del avión y saltó al suelo detrás de Tarzán.

Bertha Kircher se dio cuenta de que el hombre tenía miedo, pero no se lo reprochaba, y también advirtió el considerable valor que había demostrado al afrontar así un peligro que era muy real.

Numa estaba de pie al lado de Tarzán, levantó la cabeza y miró al joven inglés, gruñó una vez y miró al hombre-mono. Tarzán siguió asiendo la cabellera de la bestia y le habló en el lenguaje de los grandes simios. Para la muchacha y Smith-Oldwick aquellos sonidos guturales que surgían de unos labios humanos les parecieron extraños en extremo, pero, tanto si *Numa los* entendía como si no, produjeron en él el efecto deseado, pues dejó de gruñir y cuando Tarzán se puso al lado de Smith-Oldwick, Numa le acompañó y no molestó en modo alguno al oficial.

—¿Qué le has dicho? —preguntó la muchacha.

Tarzán sonrió.

—Le he dicho —respondió— que soy Tarzán de los Monos, poderoso cazador, matador de bestias, señor de la jungla, y que vosotros sois mis amigos. Nunca he estado seguro de que todas las demás bestias comprendieran el lenguaje de los mangani. Sé que Manu, el mono, habla casi la misma lengua y estoy seguro de que Tantor, el elefante, entiende

todo lo que le digo. Los de la jungla somos grandes jactanciosos. En nuestro modo de hablar, en nuestro modo de nadar, en todos los detalles de nuestra conducta debemos impresionar a los demás con nuestro poder físico y nuestra ferocidad. Por eso gruñimos a nuestros enemigos. Lo hacemos para indicarles que tengan cuidado o caeremos sobre ellos y los haremos pedazos. Quizá Numa no entiende las palabras que utilizo, pero creo que mis tonos y mi actitud producen la impresión que deseo que transmitan. Ahora baja y te presentaré.

Bertha Kircher necesitó todo el valor que poseía para bajar al suelo al alcance de las garras y los colmillos de aquella bestia salvaje de la selva, pero lo hizo. Numa se limitó a exhibir los dientes y gruñir un poco cuando ella se acercó al hombre-mono.

—Creo que estaréis a salvo de él, siempre que yo me encuentre presente —dijo el hombre-mono—. Lo mejor es, simplemente, no hacerle caso. No os acerquéis de modo amenazador, pero sobre todo no deis muestras de miedo, y, si es posible, dejad que yo esté entre vosotros y él. Estoy seguro de que al final se marchará y es probable que no volvamos a verle.

A sugerencia de Tarzán, Smith-Oldwick sacó del avión el agua y las provisiones que quedaban y, tras distribuir la carga entre los tres, partieron hacia el sur. Numa no les siguió, sino que se quedó junto al avión observándoles hasta que por fin desaparecieron de su vista tras un recodo del desfiladero.

Tarzán había cogido el sendero de Numa con la intención de seguirlo hacia el sur, creyendo que les llevaría a un lugar donde hubiera agua. En la arena que cubría el suelo del desfiladero las huellas eran claras y fáciles de seguir. Al principio sólo eran visibles las huellas recientes de Numa, pero más tarde el hombre-mono descubrió las más antiguas de otros leones, y justo antes de oscurecer se detuvo en seco con evidente sorpresa. Sus dos compañeros le miraron interrogativamente, y como respuesta a las preguntas que suponía que se hacían señaló el suelo directamente delante de ellos.

—Mirad eso —indicó.

Al principio, ni Smith-Oldwick ni la muchacha vieron nada más que una confusión de huellas entremezcladas de patas almohadilladas en la arena, pero luego la muchacha descubrió lo que Tarzán había visto y una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Huellas de pies humanos!

Tarzán hizo un gesto de asentimiento.

—Pero no hay dedo gordo —señaló la muchacha.

—Los pies iban calzados con una sandalia blanda —explicó Tarzán.

—Entonces debe de haber una aldea de indígenas en algún lugar cercano —dijo Smith-Oldwick.

—Sí —respondió el hombre-mono—, pero no la clase de indígenas que cabría esperar en esta parte de África, donde todos los demás van descalzos con la excepción de algunos renegados de las tropas alemanas de Usanga, que utilizan zapatos del ejército alemán. No sé si lo podéis ver, pero para mí es evidente que el pie que iba dentro de la sandalia que dejó estas huellas no era el pie de un negro. Si las examináis con atención advertiréis que la impresión del talón y la punta del pie ha quedado bien marcada incluso a través de la suela de la sandalia. En la huella de un negro el peso recae más en el centro.

—Entonces ¿crees que estas huellas las hizo un blanco?

—Eso parece —respondió Tarzán—, y de pronto, para sorpresa de la muchacha y de Smith-Oldwick, se puso a cuatro patas y oliscó las huellas; otra vez la bestia que utilizaba los sentidos y el conocimiento de la selva propios de una bestia. Su aguzado olfato buscó en una área de varios metros cuadrados la identidad de los autores de las pisadas. Al final se puso en pie.

—No es el olor del gomangani —dijo—, ni es exactamente como el del hombre blanco. Vinieron tres por aquí. Eran hombres, pero no sé de qué raza.

No hubo ningún cambio aparente en la naturaleza del desfiladero excepto que se había ido haciendo cada vez más profundo a medida que la seguían hacia abajo, hasta que ahora los costados rocosos se elevaban muy por encima de ellos. En diferentes puntos había cuevas naturales, que parecían haber sido erosionadas por la acción del agua en alguna era olvidada y horadaban las paredes laterales a diferentes alturas. Cerca de ellos había una cavidad de éstas a nivel del suelo: una caverna arqueada con el lecho de arena blanca. Tarzán señaló con la mano.

—Esta noche nos guareceremos aquí —dijo, y luego, con una de sus lentas sonrisas raras, añadió—: *Acamparemos* aquí esta noche.

Tras haber comido su magra cena, Tarzán invitó a la muchacha a entrar en la caverna.

—Dormirás dentro —indicó—. El teniente y yo nos tumbaremos fuera, en la entrada.

CAPÍTULO XVI

EL ATAQUE NOCTURNO

CUANDO la muchacha se volvió para desearles buenas noches, le pareció ver una sombra que se movía en la oscuridad, detrás de ellos, y casi simultáneamente estuvo segura de que oía ruidos de movimientos furtivos en la misma dirección.

—¿Qué es eso? —preguntó en un susurro—. Ahí afuera hay algo en la oscuridad.

—Sí —respondió Tarzán—, es un león. Hace un rato que está ahí. ¿No te habías fijado antes?

—¡Oh! —exclamó la muchacha, exhalando un suspiro de alivio—, ¿es nuestro león?

—No —dijo Tarzán—, no es nuestro león; es otro león y está cazando.

—¿Nos está acechando? —preguntó la muchacha.

—Así es —respondió el hombre-mono.

Smith-Oldwick asió el mango de su pistola.

Tarzán vio ese movimiento involuntario y meneó la cabeza.

—Deja eso donde está, teniente —dijo.

El oficial rió nerviosamente.

—No he podido evitarlo, amigo —dijo—; instinto de autoconservación y todo eso.

—Resultaría un instinto de autodestrucción —dijo Tarzán—. Al menos hay ahí tres leones cazando, observándonos. Si tuviéramos una fogata o hubiera luna les veríais los ojos con claridad. Puede que vengan por nosotros, pero hay probabilidades de que no lo hagan. Si estás muy ansioso por si lo hacen, dispara tu pistola y dale a uno de ellos.

—¿Y si nos atacan? —preguntó la muchacha—; no hay modo de escapar.

—Bueno, tendríamos que pelear con ellos —respondió Tarzán.

—¿Qué posibilidades tendríamos nosotros tres contra ellos? —siguió

preguntando la muchacha.

El hombre-mono se encogió de hombros.

—Algún día hay que morir —dijo—. Sin duda, a vosotros os parece terrible, una muerte así; pero Tarzán de los Monos siempre ha esperado desaparecer de este modo. Pocos mueren de viejos en la jungla, ni me importaría morir así. Algún día Numa me alcanzará, o Sheeta, la guerrera negra. Ellos o algún otro. ¿Qué importa cuál sea, o si es esta noche, el año que viene o dentro de diez años? Después, todo seguirá igual.

La muchacha se estremeció.

—Sí —dijo con voz apagada, sin esperanza—, cuando todo haya terminado, todo seguirá igual.

Luego entró en la caverna y se echó sobre la arena. Smith-Oldwick estaba sentado en la entrada y se apoyó en la roca. Tarzán se agazapó en el otro extremo.

—¿Puedo fumar? —preguntó el oficial a Tarzán—. He estado atesorando unos cigarrillos, y si no ha de atraer a esas bestias de ahí me gustaría fumarme el último antes de morir. ¿Quieres uno? —y le ofreció un cigarrillo al hombre-mono.

—No, gracias —dijo Tarzán—, pero no importa que fumes. A ningún animal salvaje le gusta el humo del tabaco, o sea que no les atraerá.

Smith-Oldwick encendió su cigarrillo y se lo fumó lentamente. Había ofrecido uno a la muchacha pero ella lo había rechazado, y permanecieron en silencio durante un rato, el silencio de la noche quebrado de vez en cuando por el débil crujido de patas almohadilladas sobre las blandas arenas del suelo de la garganta.

Fue Smith-Oldwick quien rompió el silencio.

—¿No están inusualmente tranquilos para ser leones? —preguntó.

—No —respondió el hombre-mono—; el león que va rugiendo por la jungla no lo hace para atraer a la presa. Cuando acechan a su presa son muy silenciosos.

—Ojalá rugiera —dijo el oficial—. Ojalá hiciera algo, aunque fuera atacar. Saber que están ahí y verlos de vez en cuando como una sombra en la oscuridad y oír los débiles ruidos que nos llegan de ellos me está poniendo los nervios de punta. Pero espero —añadió— que no ataquen los tres a la vez.

—¿Tres? —dijo Tarzán—. Ahora hay siete.

—¡Por Dios! —exclamó Smith-Oldwick.

—¿No podríamos hacer una fogata —preguntó la muchacha— y ahuyentarlos?

—No sé si serviría de algo dijo Tarzán, —porque tengo la impresión de que estos leones son un poco diferentes de los que conocemos, y posiblemente por la misma razón por la que al principio me han desconcertado; me refiero a la aparente docilidad en presencia de un hombre que ha demostrado el león que ha estado hoy con nosotros. Hay un hombre ahí con esos leones.

—¡Es imposible! —exclamó Smith-Oldwick—. Lo harían pedazos.

—¿Qué te hace pensar que ahí hay un hombre? —preguntó la muchacha.

Tarzán sonrió y meneó la cabeza.

—Me temo que no lo entenderíais —respondió—. Nos resulta difícil entender cualquier cosa que se halle fuera de nuestros poderes.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el oficial—. Bueno —dijo Tarzán—, si has nacido sin ojos no puedes entender las impresiones que los ojos de los demás les transmiten al cerebro, y como vosotros habéis nacido sin el sentido del olfato, me temo que no podéis comprender que yo sepa que ahí hay un hombre. ¿Quieres decir que hueles la presencia de un hombre? —preguntó la muchacha.

Tarzán hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y de esa misma manera sabes el número de leones? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió Tarzán—. No hay dos leones iguales ni que huelan igual.

El joven inglés meneó la cabeza.

—No —dijo—, no logro entenderlo.

—Dudo que los leones o el hombre estén ahí necesariamente para hacernos daño —dijo Tarzán—, porque no hay nada que les haya impedido hacérnoslo si lo hubiesen querido. Tengo una teoría, pero es completamente absurda.

—¿Cuál es? —preguntó la muchacha.

—Creo que están aquí —respondió Tarzán— para impedirnos que vayamos a algún lugar al que no desean que vayamos; en otras palabras, estamos bajo vigilancia y posiblemente mientras no vayamos a donde ellos no quieren, no nos molestarán.

—Pero ¿cómo vamos a saber cuál es el lugar adónde no quieren que

vayamos? —preguntó Smith-Oldwick.

—No podemos saberlo —respondió Tarzán—, y lo más probable es que el lugar que estamos buscando sea donde no quieren que lleguemos.

—¿Quieres decir el agua? —preguntó la muchacha.

—Sí —respondió Tarzán.

Durante un rato permanecieron en silencio, roto sólo de vez en cuando por el ruido de algún movimiento en la oscuridad exterior. Debió de ser una hora más tarde cuando el hombre-mono se levantó sin hacer ruido y sacó la larga hoja de su cuchillo de la funda. Smith-Oldwick dormitaba apoyado en la pared rocosa de la entrada de la caverna, mientras que la muchacha, exhausta por la excitación y la fatiga del día, había caído en un profundo sueño. Un instante después de que Tarzán se levantara, Smith-Oldwick y la muchacha fueron despertados por una serie de estruendosos rugidos y el ruido de muchas patas almohadilladas que se precipitaban hacia ellos.

Tarzán de los Monos estaba de pie ante la entrada de la caverna, con el cuchillo en la mano, aguardando el ataque. El hombre-mono no esperaba una acción concertada como la que ahora veía que sus vigilantes emprendían. Hacía un rato que sabía que otros hombres se habían unido a los que ya se encontraban con los leones por la tarde, y cuando se puso de pie lo hizo porque sabía que los leones y los hombres avanzaban cautelosamente hacia él y su grupo. Podría haberles esquivado con facilidad, pues vio que la cara del risco que se elevaba por encima de la boca de la caverna podía ser escalada por un escalador experto como él. Quizá fuese más sensato intentar escapar, pues sabía que en semejantes circunstancias incluso él se hallaba indefenso, pero permaneció en su sitio; aunque dudo que hubiera sabido decir por qué.

No le debía nada ni por deber ni por amistad a la muchacha que dormía en la caverna, tampoco podía ya servirles de protección a ella ni a su compañero. Sin embargo, algo le retuvo allí en absurda autoinmolación.

El gran tarmangani ni siquiera tuvo la satisfacción de propinar un golpe autodefensivo. Una verdadera avalancha de bestias salvajes se abalanzó sobre él y le arrojó pesadamente al suelo. Al caer se golpeó la cabeza con la rocosa superficie del precipicio y quedó aturdido.

Era de día cuando recuperó el conocimiento. La primera impresión que tuvo al despertar fue una confusión de ruidos salvajes que poco a poco se fueron convirtiendo en los gruñidos de leones y luego, gradualmente, acudieron a él los recuerdos de lo que había precedido al golpe que le

derribó.

Percibía con fuerza el olor de Numa, el león, y en una pierna desnuda notaba el pelaje de algún animal. Tarzán abrió los ojos lentamente. Estaba tumbado de costado, y cuando miró hacia la parte inferior de su cuerpo vio que un gran león se hallaba a horcajadas sobre él; un gran león que gruñía de un modo espantoso a algo que Tarzán no veía.

Cuando recuperó plenamente sus sentidos, el olfato de Tarzán le indicó que la bestia que tenía encima era el Numa de la trampa de los wamabo. Tranquilizado, el hombre-mono habló al león y al mismo tiempo hizo un movimiento como si fuera a levantarse. De inmediato Numa se apartó de él. Cuando Tarzán alzó la cabeza vio que aún yacía donde había caído, ante la abertura de la cueva donde la muchacha dormía, y que Numa, apoyado en la pared del precipicio, al parecer le defendía de otros dos leones que paseaban arriba y abajo a poca distancia de su pretendida víctima. Y entonces Tarzán volvió los ojos hacia la cueva y vio que la muchacha y Smith-Oldwick habían desaparecido.

Sus esfuerzos no habían servido para nada. Con un gesto enojado de cabeza, el hombre-mono se volvió a los dos leones que seguían paseando arriba y abajo a pocos metros de él. Numa, el león del foso, echó una mirada amistosa en dirección a Tarzán, se frotó la cabeza en el costado del hombre-mono, y luego dirigió la mirada hacia los dos cazadores mientras gruñía.

—Creo —dijo Tarzán a Numa— que tú y yo juntos podemos hacer muy infelices a estas bestias.

Habló en inglés, que, por supuesto, Numa no entendía en absoluto, pero debía de haber algo tranquilizador en el tono de voz, porque Numa gimió suplicante y empezó a moverse impaciente de un lado a otro como sus antagonistas.

—Vamos —dijo Tarzán de pronto.

Cogió al león por la cabellera con la mano izquierda y se dirigió hacia los otros leones, con su compañero a su lado. Mientras ellos dos avanzaban los otros se retiraron lentamente y al fin se separaron, yendo cada uno por un lado. Tarzán y Numa pasaron entre ellos, pero ni el león de cabellera negra ni el hombre dejaron de mantener un ojo puesto en la bestia que tenían más cerca para que no les cogieran desprevenidos cuando, como ante una señal acordada de antemano, los dos felinos atacaron simultáneamente desde direcciones opuestas. El hombre-mono recibió el

ataque de su agresor con el mismo estilo de lucha que había empleado en sus encuentros anteriores con Numa y Sheeta. Tratar de recibir el impacto pleno del ataque de un león habría sido suicida incluso para el gigantesco tarmangani. En cambio, recurrió a la agilidad y la astucia, pues si rápidos eran los grandes felinos, más lo era Tarzán de los Monos.

Numa saltó con las garras sacadas y enseñando los colmillos sobre el pecho desnudo del hombre-mono. Tarzán lanzó hacia arriba su brazo izquierdo como un boxeador esquivaría un golpe, golpeó la pata delantera izquierda del león y, simultáneamente, arremetió con un hombro bajo el cuerpo del animal al tiempo que clavaba su cuchillo en el pellejo ámbar oscuro detrás del hombro. Con un rugido de dolor Numa giró en redondo; era la personificación de la furia bestial. Ahora sí que exterminaría a este presuntuoso hombre-cosa que se atrevía incluso a pensar que podía frustrar los deseos del rey de las bestias. Pero al girarse, su pretendida presa giró con él, unos dedos marrones enredados en la espesa cabellera del fuerte cuello y de nuevo la hoja del cuchillo se clavó profundamente en el costado del león.

Fue entonces cuando Numa se puso furioso de odio y dolor, y en el mismo instante el hombre-mono saltó de lleno sobre su lomo. Muchas veces había entrelazado fácilmente sus piernas bajo el vientre de un león mientras se aferraba a su larga cabellera y le acuchillaba hasta que llegaba a su corazón. Tan fácil parecía antes que experimentó una punzada de resentimiento por no ser capaz de hacerlo ahora, pues los rápidos movimientos del león se lo impedían y después, para su desaliento, mientras el león saltaba para sacárselo de encima, el hombre-mono se dio cuenta de que estaba oscilando inevitablemente bajo aquellas terribles garras.

Con un esfuerzo final se arrojó del lomo de Numa al suelo y procuró, con su agudeza, esquivar a la frenética bestia durante el instante que le permitiría recuperar pie y volver a recibir al animal mejor afianzado. Pero esta vez Numa fue demasiado rápido para él, y sólo estaba parcialmente levantado cuando una gran garra le golpeó en un costado de la cabeza y le hizo caer. Al caer vio una raya negra que pasaba por encima de él y otro león que se lanzaba sobre su adversario. Tarzán salió rodando de debajo de los dos leones que peleaban y se puso en pie, aunque estaba medio aturdido y tambaleante a causa del impacto del terrible golpe que había recibido. Detrás de él vio a un león inerte que yacía desgarrado y ensangrentado

sobre la arena, y ante él Numa estaba atacando salvajemente al segundo león.

El del pelaje negro era tremendamente superior a su contrincante en tamaño y en fuerza, así como en ferocidad. Las bestias que peleaban se hicieron unas cuantas fintas y unos pases la una a la otra antes de que la más grande lograra clavar sus colmillos en la garganta de su oponente, y entonces, como un gato sacude a un ratón, el león más grande sacudió al más pequeño, y cuando su moribundo enemigo quiso rodar y arañar a su conquistador con las garras delanteras, el otro le recibió a medio camino de la misma manera; y cuando las grandes garras se hundieron en la parte inferior del pecho del otro y luego bajaron con toda la fuerza terrorífica de las potentes patas traseras, la batalla terminó.

Numa dejó a su segunda víctima y se sacudió, Tarzán no pudo dejar de observar de nuevo las magníficas proporciones y la simetría de la bestia. Los leones a los que habían vencido eran ejemplares espléndidos y Tarzán observó que en su pelaje se insinuaba el color negro, que era una característica tan notable del Numa del foso. Sus cabelleras eran un poquito más oscuras que las del león de pelo negro corriente, pero en sus pelajes predominaba el matiz ambarino. Sin embargo, el hombre-mono se dio cuenta de que eran una especie distinta de todas las que había visto, como si hubieran surgido de un cruce entre el león de la selva que él conocía y una raza de la que el Numa del foso podía ser un típico ejemplar.

Eliminada la inmediata obstrucción en su camino, Tarzán iba a emprender la búsqueda del rastro de la muchacha y de Smith-Oldwick, para descubrir su destino. De pronto se sintió tremendamente hambriento, y mientras recorría en círculos el arenoso suelo buscando entre la enmarañada red de pisadas las de sus *protégés*, de forma involuntaria brotó de sus labios el gemido de una bestia hambrienta. Inmediatamente el Numa del foso alzó las orejas y, mirando fijamente al hombre-mono un momento, respondió a la llamada del hambre y echó a andar con paso vivo hacia el sur, deteniéndose de vez en cuando para ver si Tarzán le seguía.

El hombre-mono comprendió que la bestia le conducía hacia donde había comida, decidió seguirle y mientras le seguía sus aguzados ojos y sensible olfato buscaban alguna indicación de la dirección tomada por el hombre y la muchacha. Al fin, entre la masa de huellas de león, Tarzán distinguió las de muchos pies con sandalias y el rastro de olor de los miembros de la extraña raza, como había hecho con los leones la noche

anterior, y luego captó débilmente el rastro de olor de la muchacha y un poco más tarde el de Smith-Oldwick. Después las pisadas se fueron haciendo más escasas y las de la muchacha y el inglés se hicieron muy marcadas.

Habían caminado uno junto al otro y habían tenido leones y hombres a derecha e izquierda, delante y detrás. El hombre-mono estaba desconcertado por las posibilidades que las huellas sugerían, pero a la luz de toda experiencia previa no podía explicarse satisfactoriamente qué indicaba lo que percibía.

Hubo pocos cambios en la formación de la garganta; seguía su errático curso entre precipicios. En algunos lugares se ensanchaba y volvía a estrecharse y siempre se hacía más profunda cuanto más al sur viajaban. Después el fondo del desfiladero empezó a hacer pendiente. De vez en cuando había indicaciones de antiguos rápidos y cascadas. El camino se hizo más difícil pero estaba bien señalado y mostraba indicios de gran antigüedad, y en algunos lugares, de la mano del hombre. Habían recorrido aproximadamente un kilómetro cuando, al doblar un recodo de la garganta, Tarzán vio ante él un estrecho valle cortado en la roca viva de la corteza terrestre, con elevadas cadenas montañosas que limitaban con el sur. Hasta qué distancia se extendía hacia el este y el oeste no lo veía, pero al parecer no eran más de cinco o seis kilómetros hacia el centro del valle. Pájaros de voz estridente y brillante plumaje chillaban entre las ramas, mientras innumerables monos parloteaban por encima de él.

La selva parecía hervir de vida, y sin embargo el hombre-mono tenía una sensación de indecible soledad, una sensación que nunca había experimentado en su amada jungla. Todo era irrealidad alrededor suyo; en el valle mismo, oculto y olvidado en lo que se suponía era un árido desierto. Los pájaros y los monos, aunque de tipo similar a muchos con los que estaba familiarizado, no eran idénticos a ninguno, y tampoco la vegetación carecía de peculiaridades. Era como si de pronto estuviera en otro mundo y sentía un extraño desasosiego que fácilmente podría ser una premonición de peligro.

Entre los árboles crecían frutos y vio que Manu, el mono, comía de ellos. Como tenía hambre, saltó a las ramas inferiores y, entre un gran parloteo de los monos, se puso a comer frutos, pues vio que los monos lo hacían y no les pasaba nada. Cuando hubo satisfecho parcialmente su hambre, pues sólo la carne podía hacerlo plenamente, miró alrededor en

busca del Numa y descubrió que el león se había marchado.

CAPÍTULO XVII

LA CIUDAD AMURALLADA

SALTÓ al suelo de nuevo y siguió la pista de la muchacha y sus capturadores, que iban por un sendero trillado. No tardó mucho en llegar a un pequeño arroyo, donde aplacó su sed, y después vio que el sendero seguía en la dirección del arroyo, hacia el sudoeste. De vez en cuando encontraba pistas que se cruzaban y otras que se unían a la avenida principal, y siempre en cada una de ellas había huellas y el olor de los grandes felinos, de Numa, el león, y Sheeta, la pantera.

Con la excepción de unos cuantos pequeños roedores, no parecía haber otra vida salvaje en la superficie del valle. No había indicios de Bara, el ciervo, ni de Horta, el verraco, ni de Gorgo, el búfalo, Buto, Tantor o Duro. Histah, la serpiente, estaba allí. La vio en los árboles en números mayores de los que jamás había visto; y una vez, junto a una charca llena de cañas, había captado un olor que únicamente podía pertenecer a Gimla, el cocodrilo, pero el tarmangani no quería comerse a ninguno de ellos.

Y así, ansiando comer carne, volvió su atención a los pájaros que volaban por encima suyo. Los que le habían asaltado la noche anterior no le habían desarmado. Debido a la oscuridad o debido al ataque de los leones, el enemigo humano no le había visto o quizá le había considerado muerto; pero fuera cual fuese la razón, la cuestión es que aún conservaba sus armas: su lanza y su largo cuchillo, su arco y sus flechas y su cuerda de hierba.

Tarzán colocó una flecha en el arco y aguardó una oportunidad de abatir uno de los pájaros más grandes, y cuando por fin se le presentó, dirigió la flecha directa a su blanco. Cuando la criatura de alegre plumaje cayó a tierra aleteando, sus compañeros y los pequeños monos iniciaron un coro de gemidos y gritos de protesta de lo más terrorífico. La selva entera se convirtió de pronto en una babel de roncos gritos y estridentes chillidos.

A Tarzán no le habría sorprendido que uno o dos de los pájaros que se hallaban en las proximidades expresara terror mientras volaba, pero que

toda la vida de la jungla se entregara a una protesta tan extraña le llenó de disgusto. Volvió un rostro airado a los monos y pájaros que de pronto provocaron en él una salvaje inclinación a manifestar su desagrado y su respuesta a lo que consideraba un desafío. Y por eso se oyó por primera vez en esta jungla el horrible grito de victoria y desafío de Tarzán. El efecto que produjo en las criaturas que volaban sobre él fue instantáneo. Donde antes el aire temblaba con el estruendo de sus voces, ahora reinó el silencio absoluto y un momento más tarde el hombre-mono se encontraba solo con su insignificante captura.

El silencio que siguió al anterior tumulto causó una impresión siniestra en el hombre-mono, lo que aumentó aún más su ira. Cogió el pájaro de donde había caído, le arrancó la flecha y la devolvió a su carcaj. Luego, rápida y diestramente, le quitó la piel y las plumas con el cuchillo. Comió con furia, gruñendo como si le amenazara algún enemigo, y quizá, también, sus gruñidos eran inducidos en parte por el hecho de que no le gustaba la carne de pájaro. Sin embargo, era mejor esto que nada y, por lo que sus sentidos le indicaron, en las proximidades no había carne de la que a él le gustaba y a la que estaba acostumbrado. ¡Cómo habría disfrutado con un jugoso pedazo de Pacco, la cebra, o un trozo de la pata de Gorgo, el búfalo! Sólo de pensarlo se le hacía la boca agua y aumentaba su resentimiento contra aquella selva no natural, que no albergaba semejantes deliciosas presas.

Había consumido una parte de su pieza cuando de pronto advirtió un movimiento en los matorrales, a poca distancia de donde él se encontraba y a favor del viento, y un instante después su olfato captó el olor de Numa procedente de la dirección opuesta, y entonces a ambos lados percibió la caída de unas patas almohadilladas y el roce de unos cuerpos contra ramas hojosas. El hombre-mono sonrió. Qué estúpida criatura le consideraban, si creían que unos torpes perseguidores como estos le sorprenderían. Poco a poco, los ruidos y olores indicaron que los leones se iban acercando a él en todas direcciones, que se hallaba en el centro de un círculo de bestias que iban convergiendo. Era evidente que estaban tan seguros de su presa que no hacían ningún esfuerzo por mostrarse cautos, pues oía el ruido de las ramitas que crujían bajo sus patas y el roce de sus cuerpos contra la vegetación entre la que se abrían paso.

Se preguntó qué les habría llevado hasta allí. No parecía razonable creer que los gritos de las aves y los monos les hubieran convocado, y sin

embargo, si no había sido así, se trataba en verdad de una notable coincidencia. Su criterio le indicó que en esta selva que hervía de aves la muerte de un solo pájaro no podía ser suficiente motivo para que se produjera aquello. Aun a pesar de la razón y la experiencia se dio cuenta de que todo el asunto le dejaba perplejo.

Se quedó en el centro del sendero esperando la llegada de los leones y preguntándose cuál sería su método de ataque o si en realidad atacarían. Luego apareció a la vista un león con cabellera en el sendero. Al verle, el león se detuvo. La bestia era similar a las que le habían atacado anteriormente ese mismo día, un poco más grande y un poco más oscuro que los leones de su jungla nativa, pero ninguno tan grande ni tan negro como el Numa del foso.

Luego distinguió los contornos de otros leones en los matorrales de alrededor y entre los árboles. Cada uno de ellos se detuvo cuando estuvo a la vista del hombre-mono y se quedaron mirándole en silencio. Tarzán se preguntó cuánto rato tardarían en atacar, y mientras esperaba siguió comiendo, aunque con todos los sentidos en constante alerta.

Uno a uno los leones se fueron tumbando, pero siempre con sus ojos fijos en él. No habían emitido ningún gruñido ni ningún rugido; se habían limitado a trazar un círculo silencioso en torno a él. Todo era absolutamente distinto a lo que Tarzán siempre había visto hacer a los leones, y le irritó tanto que al finalizar su comida empezó a efectuar comentarios insultantes a los leones, siguiendo la costumbre que aprendió de los simios en su infancia.

—Dango, comedor de carroña —les gritó, y los comparó de la forma más poco favorable a Histah, la serpiente, la criatura más odiada y repulsiva de la jungla. Después les arrojó puñados de tierra y trozos de ramitas rotas; los leones gruñeron y le enseñaron los colmillos, pero ninguno de ellos avanzó.

—Cobardes —prosiguió Tarzán—. Numa con el corazón de Bara, el ciervo.

Les dijo quién era, y a la manera de los habitantes de la jungla, se jactó de las horribles cosas que les haría, pero los leones siguieron tumbados, observándole.

Debió de ser una hora después de llegar cuando Tarzán captó a los lejos, en el sendero, el ruido de pasos que se aproximaban. Eran las pisadas de una criatura que andaba sobre dos piernas, y aunque Tarzán no captaba

ningún rastro de olor procedente de esa dirección, sabía que se acercaba un hombre. Tampoco tuvo que esperar mucho para ver confirmada su opinión por la aparición de un hombre que se detuvo en el sendero justo detrás del primer león que Tarzán había visto.

Al ver el recién llegado, el hombre-mono comprendió que se trataba de un hombre similar a ése el que había emitido el rastro de olor desconocido que detectó la noche anterior, y vio que el hombre no sólo era distinto a los otros seres humanos que Tarzán conocía en la cuestión del olor.

El tipo tenía una complexión fuerte y la piel de un aspecto correoso, como pergamino amarillento por el tiempo. El pelo, negro como el carbón y de unos ocho o diez centímetros de largo, le crecía tieso formando ángulo recto con el cráneo. Tenía los ojos juntos y los iris de un negro profundo y muy pequeños, de modo que el blanco de los ojos destacaba alrededor. El rostro del hombre era liso salvo por unos pelos dispersos en la barbilla y sobre el labio superior. La nariz era aguileña y delgada, pero el pelo le crecía tan abajo en la frente, que sugería un tipo brutal y muy inferior. El labio superior era corto y fino, mientras que el inferior era bastante grueso y con tendencia a colgar, y la barbilla era igualmente débil. En conjunto, el rostro sugería un semblante en tiempos fuerte y bello completamente alterado por la violencia física o por hábitos y pensamientos envilecidos. Los brazos del hombre eran largos, aunque no de modo anormal, mientras sus piernas eran cortas aunque rectas.

Iba vestido con una ajustada prenda inferior y una túnica ancha y sin mangas que le llegaba hasta la cadera, mientras sus pies iban calzados con sandalias de suela blanda, cuyos cordones se extendían casi hasta las rodillas, muy semejantes a unas polainas militares modernas. Portaba una lanza corta y gruesa, y al costado le colgaba un arma que al principio desconcertó tanto al hombre-mono que apenas podía dar crédito a lo que sus sentidos le indicaban: un pesado sable en una vaina de cuero. La túnica del hombre parecía fabricada en un telar; era evidente que no estaba hecha de pieles, mientras que las prendas que le cubrían las piernas estaban hechas de pellejos de roedores.

Tarzán observó la absoluta despreocupación con la que el hombre se acercó a los leones, y la igual indiferencia de Numa hacia él. El tipo se detuvo un momento como si evaluara al hombre-mono y después pasó entre los leones, rozando su piel tostada al avanzar.

El hombre se paró a unos seis metros de Tarzán y se dirigió a él en una

jerga extraña, ninguna sílaba de la cual resultó inteligible al tarmangani. Sus gestos indicaban numerosas referencias a los leones que les rodeaban, y una vez tocó su lanza con el dedo índice de la mano izquierda y dos veces se golpeó el sable que llevaba a la cadera.

Mientras hablaba, Tarzán examinó al tipo con atención, y una extraña convicción se le grabó en la mente: el hombre que se dirigía a él era lo que sólo podría ser descrito como un maníaco racional. Cuando ese pensamiento acudió al hombre-mono, éste no pudo por menos de sonreír, tan paradójica le parecía la descripción. Sin embargo, un examen más detenido de las facciones del hombre, de su porte y del contorno de su cabeza, le aseguraron de un modo casi incontrovertible que se trataba de un loco, mientras que el tono de voz y sus gestos semejaban los de un mortal cuerdo e inteligente.

El hombre concluyó su discurso y esperó con aire interrogativo la respuesta de Tarzán. El hombre-mono habló primero en el lenguaje de los grandes simios, pero pronto vio que las palabras no convencían a su oyente. Luego, con igual resultado, probó varios dialectos nativos, pero a ninguno de ellos respondió el hombre.

Tarzán empezó a perder la paciencia. Ya había perdido mucho tiempo, y como nunca dependió mucho del habla para cumplir con sus objetivos, ahora alzó su lanza y avanzó hacia el otro. Esto, evidentemente, era un lenguaje común a ambos, pues al instante el tipo levantó su propia arma y al mismo tiempo surgió de sus labios una llamada baja, una llamada que de inmediato incitó a la acción a todos los leones del círculo, hasta entonces silencioso. Una serie de rugidos quebraron el silencio de la selva y simultáneamente aparecieron leones por todos lados; el círculo se fue cerrando con rapidez en torno a su presa. El hombre que los había llamado retrocedió, enseñando los dientes en una sonrisa sin alegría.

Fue entonces cuando Tarzán observó por primera vez que los caninos superiores de aquel tipo eran inusualmente largos y extremadamente afilados. Fue sólo un breve vislumbre que obtuvo cuando saltó ágilmente a tierra y, para consternación de los leones y de su amo, desapareció en el follaje del terraplén inferior, gritando por encima del hombro mientras se alejaba saltando rápidamente:

—Soy Tarzán de los Monos; poderoso cazador; ¡poderoso luchador! ¡Nadie en la jungla es más poderoso, nadie es más astuto que Tarzán!

A poca distancia del punto en el que le habían rodeado, Tarzán

encontró de nuevo el sendero y buscó el rastro de Bertha Kircher y del teniente Smith-Oldwick. Pronto los encontró y prosiguió su búsqueda. El rastro le llegó directamente del sendero durante cerca de un kilómetro hasta que, de pronto, el camino desembocó a una extensión de tierra abierta, y ante la atónita mirada del hombre-mono aparecieron las cúpulas y los minaretes de una ciudad amurallada.

En la pared más próxima Tarzán vio una entrada con un arco bajo a la que conducía un sendero trillado que salia del que él había seguido. En el espacio abierto entre la selva y las murallas de la ciudad, crecía una gran cantidad de vegetación ajardinada, mientras a sus pies, en una zanja abierta por el hombre ¡discurría una corriente de agua! Las plantas del jardín estaban plantadas en hileras simétricas, espaciadas, y parecían recibir una excelente atención y cultivo. Entre las hileras corrían diminutas corrientes de agua procedentes de la zanja principal, y a cierta distancia, a su derecha, vislumbró gente que trabajaba entre las plantas.

La muralla de la ciudad parecía tener unos nueve metros de altura y su superficie enlucida estaba intacta salvo por alguna ocasional tronera. Más allá de la muralla, las cúpulas de varias estructuras y numerosos minaretes se erguían en la línea del cielo de la ciudad. La cúpula central, la de mayor tamaño, parecía de color dorado, mientras que las otras eran rojas, azules o amarillas. La arquitectura de la muralla era de una gran simplicidad. Era de un tono crema y daba la impresión de estar enlucida y pintada. En su base había una hilera de arbustos bien cuidados y, a cierta distancia, en su extremo oriental, estaba cubierta de parra hasta arriba.

De pie en la sombra del sendero, absorbiendo con la vista todos los detalles del panorama que se extendía ante él, se dio cuenta de que se aproximaba un grupo por detrás y le llegó el olor del hombre y los leones de quienes tan fácilmente había escapado. Tarzán se subió a los árboles y recorrió una corta distancia hacia el oeste y, cuando encontró una horcajadura cómoda en la linde de la selva, donde podía vigilar el sendero que discurría a través de los jardines y llegaba a la puerta de la ciudad, esperó el regreso de sus capturadores. En cuanto llegaron, el extraño hombre y la manada de grandes leones se movieron como perros por el sendero de los jardines hasta la puerta.

Allí el hombre dio unos golpes en la puerta con la punta de su lanza, y cuando se abrió como respuesta a su señal entró con sus leones. Tras la puerta abierta, Tarzán, desde su distante punto de observación, no captó

más que un fugaz destello de vida en el interior de la ciudad, lo suficiente para indicarle que había otras criaturas humanas que habitaban allí, y entonces la puerta se cerró.

A través de esa puerta supo que la muchacha y el hombre a quien quería socorrer habían sido llevados a la ciudad. Qué destino les aguardaba o si ya se había cumplido, él no podía ni siquiera adivinarlo, ni podía saber si se hallaban encarcelados en el interior de aquella imponente muralla. Pero de una cosa estaba seguro: si tenía que ayudarles, no podía hacerlo desde el exterior. Antes debía entrar en la ciudad, y, una vez dentro, sus aguzados sentidos le revelarían al fin el paradero de aquellos a quienes buscaba.

El sol bajo arrojaba largas sombras sobre los jardines donde Tarzán vio a los trabajadores que regresaban del campo oriental. Primero iba un hombre que se acercó y bajó unas pequeñas puertas que había en la larga zanja llena de agua, y cerró el paso de la corriente que antes discurría entre las hileras de plantas; detrás de él llegaron otros hombres cargados con verduras frescas en grandes cestas sobre los hombros. Tarzán no se había dado cuenta de que hubiera tantos hombres trabajando en el campo, pero ahora, sentado al atardecer, vio una procesión que venía del este, con las herramientas y los productos, para entrar en la ciudad.

Y luego, para obtener una mejor panorámica, el hombre-mono ascendió a las ramas más altas de un gran árbol desde donde dominaba la pared más próxima. Desde este punto de observación vio que la ciudad era larga y estrecha, y que aunque las murallas exteriores formaban un rectángulo perfecto, las calles de su interior eran tortuosas. Hacia el centro de la ciudad parecía haber un edificio bajo, de color blanco, en torno al cual se habían construido los edificios más grandes de la ciudad, y aquí, a la luz cada vez más escasa del crepúsculo, le pareció a Tarzán que entre dos edificios vislumbraba el centelleo de agua, pero no estaba seguro de ello. Su experiencia de los centros de la civilización le inclinaban de forma natural a creer que esta área central era una plaza en torno a la cual se agrupaban los edificios más grandes, y que allí seria el lugar más lógico donde buscar antes a Bertha Kircher y su compañero.

El sol se puso y la oscuridad pronto envolvió la ciudad, una oscuridad acentuada para el hombre-mono y no aliviada por las luces artificiales que de inmediato aparecieron en muchas de las ventanas que le eran visibles. Tarzán había reparado en que los tejados de la mayoría de edificios eran

planos, con las únicas excepciones de los que él imaginaba que eran estructuras públicas más pretenciosas. Cómo había llegado a existir esta ciudad en esta parte olvidada del África inexplorada, Tarzán no podía concebirlo. Él comprendía mejor que nadie algo de los secretos no resueltos del Gran Continente Oscuro, enormes áreas del cual aún no habían sido tocadas por el hombre civilizado. Sin embargo, apenas podía creer que una ciudad de este tamaño y aparentemente tan bien construida pudiera existir durante las generaciones que debía de haber allí, sin intercambios con el mundo exterior. Aunque estaba rodeada por un desierto impenetrable, como él sabía, no podía concebir que allí nacieran y murieran generación tras generación de hombres sin intentar resolver los misterios del mundo que se extendía más allá de los confines de su pequeño valle. ¡Y no obstante allí estaba la ciudad, rodeada de tierra cultivada y llena de gente!

Al llegar la noche estallaron en toda la jungla los gritos de los grandes felinos, la voz de Numa mezclada con la de Sheeta, y los retumbantes rugidos de los grandes machos que reverberaban en la selva hasta que la tierra temblaba, y desde la ciudad llegaron los rugidos de respuesta de otros leones.

A Tarzán se le había ocurrido un sencillo plan para acceder a la ciudad, y ahora que se había hecho de noche se dispuso a ponerlo en práctica. Su éxito dependía totalmente de la fuerza de las enredaderas que vio en la pared este. En esta dirección se encaminó, mientras de la selva le llegaban los gritos de los carnívoros cada vez con mayor volumen y ferocidad. Había unos cuatrocientos metros entre la selva y la muralla de la ciudad, unos cuatrocientos metros de tierra cultivada sin un solo árbol. Tarzán de los Monos comprendió sus limitaciones y supo que sin duda moriría si le capturaban en el espacio abierto por uno de los grandes leones negros de la selva si, como ya había supuesto, el Numa del foso era un ejemplar del león de la selva del valle. Por lo tanto, debía confiar enteramente en su astucia y rapidez, y en que la enredadera soportara su peso.

Avanzó por el terraplén del medio, donde el camino siempre es más fácil, hasta que llegó a un punto opuesto a la parte de la pared que estaba cubierta de enredadera, y allí esperó, escuchando y oliscando, hasta estar seguro de que no había ningún Numa cerca o, al menos, ninguno que le buscara. Cuando estuvo seguro de que no había ningún león cerca en la selva, y ninguno en el claro entre él y la pared, cayó ágilmente al suelo y

salió con cautela al terreno abierto.

La luna creciente, que coronaba los acantilados orientales, arrojaba sus brillantes rayos sobre la larga extensión de jardín abierto bajo la muralla. Y también destacaba, en claro relieve para los ojos curiosos que por casualidad se posaran en esa dirección, la figura del gigantesco hombre-mono avanzando por el claro. Sólo fue por casualidad, claro está, que un gran león que cazaba en la linde de la selva vio la figura del hombre a medio camino entre la selva y la muralla. De pronto llegó a los oídos de Tarzán un ruido amenazador. No era el rugido de un león hambriento, sino el de un león enfurecido, y, cuando miró hacia atrás en la dirección de donde venía el sonido, vio una enorme bestia saliendo de las sombras de la selva hacia él.

Incluso a la luz de la luna y a cierta distancia, vio Tarzán que el león era enorme; que en verdad era otro de los monstruos de cabellera negra similar al Numa del foso. Por un instante se sintió impulsado a darse la vuelta y pelear, pero al mismo tiempo la idea de la indefensa muchacha prisionera en la ciudad acudió a su cerebro y, sin vacilar ni un instante, Tarzán de los Monos echó a correr hacia la muralla. Fue entonces cuando Numa atacó.

Numa, el león, puede correr veloz una corta distancia, pero le falta resistencia. Durante el tiempo que dura un ataque corriente posiblemente puede cubrir el terreno con mayor rapidez que ninguna otra criatura en el mundo. Tarzán, por el contrario, podía correr a gran velocidad grandes distancias, aunque nunca tan deprisa como Numa cuando atacaba.

La cuestión de su destino, pues, dependía de si, al echar a correr, podría esquivar a Numa unos segundos; y si lo conseguía, de si al león le quedaría suficiente vigor para perseguirle a menor velocidad la distancia que le separaba de la pared. Quizá nunca hasta entonces se puso en escena una carrera más emocionante, y sin embargo sólo se corrió con la luna y las estrellas como espectadoras. Solas y en silencio, las dos bestias cruzaron el claro a toda velocidad. Numa aventajó con sorprendente rapidez al veloz hombre, sin embargo, Tarzán estaba a cada paso más cerca de la pared cubierta de enredadera. Una vez el hombre-mono miró atrás. Numa se hallaba tan cerca de él que le pareció inevitable que al siguiente paso le atraparía; tan cerca estaba que el hombre-mono sacó su cuchillo mientras corría, para poder al menos dar buena cuenta de sí mismo en los últimos momentos de su vida.

Pero Numa había llegado al límite de su velocidad y resistencia. Poco a

poco fue rezagándose, aunque sin abandonar la persecución, y ahora Tarzán se dio cuenta de cuánto dependía de la fuerza de la enredadera que no había probado.

Si al principio de la carrera sólo Goro y las estrellas habían contemplado a los rivales, no fue éste el caso cuando finalizó, ya que desde una tronera, cerca de la cima de la muralla, dos ojos negros muy juntos los observaban. Tarzán se encontraba a una docena de metros por delante de Numa cuando llegó a la muralla. No tenía tiempo para detenerse e iniciar una búsqueda de tallos gruesos y puntos seguros donde agarrarse con las manos. Su destino se hallaba en manos del azar y, comprendiendo eso, hizo un esfuerzo final y ascendió como un felino por la pared, entre la enredadera, buscando con las manos algo que sostuviera su peso. Abajo, Numa también saltó.

CAPÍTULO XVIII

ENTRE LOS MANÍACOS

MIENTRAS los leones pululaban cerca de sus protectores, Bertha Kircher se encogió en la cueva, en una momentánea parálisis de terror provocada, quizá, por los largos días de terrorífica tensión nerviosa que había sufrido.

Mezcladas con los rugidos de los leones oyó voces de hombres, después, entre la confusión y el alboroto, sintió la presencia de un ser humano, y luego unas manos la agarraron. Estaba oscuro y apenas podía ver, y no había señales ni del oficial inglés ni del hombre-mono. El hombre que la agarró mantenía a los leones alejados de ella con lo que parecía una robusta lanza, cuya punta utilizaba para que las bestias se apartaran. El tipo la sacó a rastras de la caverna al tiempo que gritaba lo que parecían órdenes y advertencias a los leones.

Una vez fuera, en las arenas iluminadas del fondo de la garganta, resultó más fácil distinguir los objetos, y ella vio entonces que había otros hombres en el grupo y que dos conducían, casi arrastrándola, la figura tambaleante de una tercera persona; supuso que debía de ser Smith-Oldwick.

Durante un rato los leones hicieron frenéticos esfuerzos por alcanzar a los dos cautivos, pero siempre los hombres que iban con ellos lograban ahuyentarlos. Los tipos parecían no tener ningún miedo a las grandes bestias que saltaban y gruñían alrededor, y los manejaban como podría manejarse un rebaño de ruidosos perros. Emprendieron camino por el lecho del antiguo río que en otra época discurrió por la garganta, y cuando las primeras débiles luces del horizonte oriental presagiaron el amanecer, se detuvieron un momento en el borde de un declive, que a la muchacha le pareció, a la extraña luz de la desvaneciente noche, un gran foso sin fondo; pero cuando sus capturadores reanudaron el camino y la luz del nuevo día se hizo más brillante, vio que avanzaban hacia una densa selva.

Una vez bajo los árboles que se arqueaban, volvieron a encontrarse en la oscuridad, y la penumbra no se vio aliviada hasta que el sol salió por fin por detrás de los riscos orientales, cuando ella vio que seguían lo que parecía un sendero ancho y bien trillado a través de una selva de grandes árboles. El terreno era inusualmente seco para ser un bosque africano y la maleza, aunque con un espeso follaje, no era tan exuberante e impenetrable como la que estaba acostumbrada a encontrar en bosques similares. Era como si los árboles y los arbustos crecieran en una región sin agua, y tampoco se percibía el olor rancio de vegetación putrefacta ni las miríadas de pequeñísimos insectos como los que viven en lugares húmedos.

A medida que avanzaban y el sol se elevaba, las voces de la vida arbórea de la jungla despertaron con notas discordantes y fuertes parloteos en torno a ellos. Innumerables monos chillaban en las ramas, por encima de su cabeza, mientras aves de voz ronca y brillante plumaje se lanzaban al aire acá y acullá. La muchacha se percató de que sus capturadores a menudo echaban miradas aprensivas en dirección a los pájaros.

Un incidente causó una notable impresión en ella. El hombre que la precedía era un tipo de complexión robusta, sin embargo, cuando un loro de brillantes colores voló directo hacia él, cayó de rodillas y se cubrió el rostro con los brazos mientras se inclinaba hacia adelante hasta que la cabeza le llegó al suelo. Otros miembros del grupo le miraron y se rieron nerviosamente. Luego el hombre alzó la mirada y, al ver que el pájaro se había marchado, se puso en pie y prosiguió su camino.

Fue en esta breve pausa cuando los hombres que le sujetaban llevaron a Smith-Oldwick a su lado. Un león le había herido bastante gravemente, pero aunque se encontraba extremadamente débil por la conmoción y la pérdida de sangre, ahora podía caminar solo.

—Qué pinta, ¿eh? —observó con una sonrisa torcida, indicando su estado ensangrentado y despeinado.

—Es terrible —dijo la muchacha—. Espero que no sufras.

—No tanto como creía —respondió él—, pero me siento muy débil. Por cierto, ¿qué clase de criaturas son estos pobres diablos?

—No lo sé —respondió ella—; tienen un aspecto terriblemente extraño.

El hombre examinó de cerca a uno de sus capturadores un momento, y luego se volvió a la muchacha y preguntó:

—¿Alguna vez has visitado una casa de locos?

Ella le miró, comprendiendo de pronto, con una expresión de horror en

los ojos.

—¡Es eso! —exclamó.

—Todos tienen las señales —dijo—. El blanco de los ojos muy destacado alrededor del iris, el pelo les crece rígido y les nace muy abajo en la frente; incluso su manera de moverse es la de un loco.

La muchacha se estremeció.

—Otra cosa —prosiguió el inglés— que no me parece normal es que tienen miedo de los loros y en cambio no temen a los leones.

—Sí —dijo la muchacha—, ¿y te has fijado en que los pájaros no les temen? En realidad dan la impresión de que los desprecian. ¿Tienes idea de qué lenguaje hablan?

—No —dijo el hombre—. He tratado de descubrirlo. No se parece a ninguno de los pocos dialectos nativos de los que tengo conocimiento.

—No suena a lengua nativa —dijo la muchacha—, pero hay algo familiar en él. De vez en cuando tengo la sensación de que estoy a punto de comprender lo que dicen, o al menos de que he oído antes su lengua en alguna parte, pero nunca llego a reconocerlo.

—Dudo que jamás hayas oído hablar su lenguaje —dijo el hombre—. Esta gente debe de llevar siglos viviendo en este apartado valle, y aunque hayan conservado inalterable el lenguaje original de sus antepasados, que lo dudo, debe de ser alguna lengua que ya no se habla en el mundo exterior.

El grupo se detuvo en un punto en que una corriente de agua cruzaba el sendero, mientras los leones y los hombres bebían. Ellos hicieron señas a sus capturadores de que también querían beber, y cuando Bertha Kircher y Smith-Oldwick bebieron de la fresca y transparente agua del arroyo tendidos de bruces en el suelo, de pronto les sorprendió el fuerte rugido de un león a poca distancia delante de ellos. Al instante los leones que iban con ellos emitieron una espantosa respuesta, moviéndose inquietos de un lado a otro con los ojos siempre vueltos en la dirección de donde vino el rugido o hacia sus amos, de los que las bestias se escabulleron. Los hombres aflojaron los sables, las armas que despertaron la curiosidad de Smith-Oldwick como ocurrió con Tarzán, y agarraron sus lanzas con más fuerza.

Era evidente que había leones y leones, y mientras no mostraban ningún temor de las bestias que les acompañaban, estaba claro que la voz del recién llegado producía un efecto completamente distinto en ellos, aunque los hombres parecían menos aterrados que los leones. Sin embargo,

ninguno dio muestras de inclinarse por la huida; al contrario, el grupo entero avanzó por el sendero en la dirección de los amenazadores rugidos, y luego apareció en el centro del camino un león negro de proporciones gigantescas. A Smith-Oldwick y la muchacha les pareció que era el mismo león con que se habían tropezado junto al avión y del que Tarzán les había rescatado. Pero no se trataba del Numa del foso, aunque se le parecía mucho.

La bestia negra se quedó en el centro del sendero dando coletazos y gruñendo amenazadoramente al grupo que avanzaba. Los hombres incitaron a sus propias bestias, que gruñeron y gimieron pero vacilaban. Impacientándose y plenamente consciente de su poder, el intruso levantó la cola y salió disparado hacia adelante. Varios de los leones de defensa efectuaron un intento poco convincente de impedirle el paso, pero era como si se situaran en el camino de un tren exprés, pues la gran bestia les hizo apartarse y saltó sobre uno de los hombres. Le lanzaron una docena de lanzas y una docena de sables salieron de sus vainas; eran armas relucientes y afiladas, pero por un instante resultaron inútiles ante la terrorífica velocidad de la bestia atacante.

Dos de las lanzas penetraron en su cuerpo pero aún le enfurecieron más, y con demoníacos rugidos saltó sobre el indefenso hombre que había elegido como presa. Sin apenas detenerse en su ataque agarró al hombre por el hombro, se volvió rápidamente en ángulo recto y saltó al denso follaje que flanqueaba el camino, desapareciendo con su víctima.

Todo sucedió tan deprisa que la formación del pequeño grupo apenas quedó alterada. No tuvieron oportunidad de huir, ni aunque lo hubieran pensado; y ahora que el león había desaparecido con su presa, los hombres no hicieron ningún movimiento para perseguirle. Se pararon sólo lo suficiente para reunir de nuevo a los dos o tres leones de su grupo que se habían dispersado y luego reanudaron la marcha por el sendero.

—A juzgar por su reacción, tal vez sea algo que les sucede todos los días —comentó Smith-Oldwick a la muchacha.

—Sí —dijo—. No parecen sorprendidos ni desconcertados, y es evidente que están muy seguros de que el león, como ya tiene lo que buscaba, no les molestará más.

—Creía que los leones de la región wamabo eran los más feroces que existen —dijo el inglés—, pero en comparación con estos grandes ejemplares negros son como gatitos domésticos. ¿Alguna vez has visto algo

más audaz o más terriblemente irresistible que ese ataque?

Durante un rato caminaron uno al lado del otro, sus pensamientos y conversación centrados en esta última experiencia, hasta que el sendero que salia de la selva puso ante sus ojos una ciudad amurallada y una zona de tierra cultivada. Ninguno de los dos pudo ahogar una exclamación de sorpresa.

—Vaya, esa muralla es una buena obra de ingeniería —exclamó Smith-Oldwick.

—Y mira las cúpulas y los minaretes de la ciudad que hay detrás —dijo la muchacha—. Detrás de esa muralla debe de haber gente civilizada. Posiblemente hemos sido afortunados al caer en sus manos.

Smith-Oldwick se encogió de hombros.

—Eso espero —dijo—, aunque no me inspira mucha confianza la gente que viaja con leones y tiene miedo a los loros. Tiene que haber algo malo en ellos.

El grupo siguió el sendero que cruzaba el campo hasta una entrada en forma de arco que se abrió tras las llamadas de uno de sus capturadores, que golpeó la gruesa madera con la lanza. Tras la puerta había una estrecha calle que parecía la continuación del sendero de la jungla. A ambos lados, en la estrecha y tortuosa calle, había edificios contiguos a la muralla. Las casas eran prácticamente estructuras de dos pisos, cuyas plantas superiores estaban a ras de calle mientras las paredes del primer piso estaban situadas a unos tres metros, con una serie de sencillas columnas y arcos que soportaban el segundo piso y formaban una arcada a ambos lados de la estrecha vía pública. El camino abierto en el centro de la calle estaba sin pavimentar, pero los suelos de las arcadas eran de piedra cortada en formas y tamaños diversos, pero todas bien ajustadas y unidas con mortero. Estos suelos parecían muy antiguos, pues había una clara depresión en el centro, como si la piedra hubiera sido desgastada por el paso de incontables pies calzados con sandalias durante los siglos que habían estado allí colocadas.

Había poca gente en la calle a esa hora temprana, y la que había era del mismo tipo que sus capturadores. Al principio sólo vieron hombres, pero a medida que fueron adentrándose en la ciudad tropezaron con algunos niños desnudos que jugaban en el blando polvo de la calzada. Muchos mostraban una gran sorpresa y curiosidad por los prisioneros, y a menudo hacían preguntas a los guardias, que supusieron se referían a ellos, mientras otros no daban muestras ni de verles siquiera.

—Ojalá entendiera su lenguaje exclamó Smith-Oldwick.

—Sí —dijo la muchacha—, me gustaría preguntarles qué van a hacer con nosotros.

—Eso sería interesante —dijo el hombre—. Yo también me lo he estado preguntando.

—No me gusta el aspecto de sus dientes caninos —observó la muchacha—. Me recuerdan demasiado algunos caníbales que he visto.

—No creerás en serio que son caníbales, ¿verdad? —preguntó el hombre—. No creerás que hay blancos caníbales, ¿no?

—¿Son blancos? —preguntó la muchacha.

—No son negros, eso es seguro —respondió el hombre—. Su piel es amarilla, pero no parecen chinos exactamente, ni sus facciones son chinas.

Fue entonces cuando por primera vez vieron a una mujer nativa. En muchos aspectos era similar a los hombres, aunque su estatura era inferior y su figura más simétrica. Su rostro resultaba más repulsivo que el de los hombres, posiblemente debido al hecho de que era mujer. Eso acentuaba las peculiaridades de los ojos, el labio pendular, los colmillos afilados y el pelo tieso y corto, que era más largo que el de los hombres y mucho más espeso. Le colgaba hasta el hombro y lo llevaba sujeto por un trozo coloreado de algún tejido transparente. Su única prenda de vestir parecía no ser más que una fina bufanda que le envolvía apretadamente el cuerpo desde debajo de sus senos desnudos y que iba sujeta en la parte inferior, cerca de los tobillos. Pedazos de brillante metal que semejaba oro ornamentaban el tocado y la falda. Por lo demás, la mujer no llevaba joyas; sus brazos desnudos eran delgados y bien formados y sus manos y pies bien proporcionados y simétricos.

Se acercó al grupo cuando pasaron junto a ella, hablando atropelladamente a los guardias, que no le prestaban atención. Los prisioneros tuvieron oportunidad de observarla de cerca ya que siguió junto a ellos un corto trecho.

—La figura de una hurí —observó Smith-Oldwick con la cara de una imbécil.

La calle que seguían estaba cruzada por travesías que, cuando miraban por ellas, resultaban ser igualmente tortuosas que la que estaban siguiendo. Las casas variaban poco. De vez en cuando había retazos de color o algún intento de ornamentación arquitectónica. A través de las ventanas y puertas abiertas vieron que las paredes de las casas eran gruesas y que todas las

aberturas eran pequeñas, como si la gente las hubiera construido para protegerse del calor extremo que comprendían debía de hacer en aquel valle enterrado en las profundidades de un desierto africano.

De vez en cuando vislumbraban al frente estructuras más grandes, y cuando se acercaron vieron lo que evidentemente era una parte de la sección comercial de la ciudad. Había numerosas pequeñas tiendas y bazares entre las residencias, y sobre las puertas había letreros pintados en caracteres que sugerían un origen griego y sin embargo no era griego, como sabían el inglés y la muchacha.

A Smith-Oldwick le dolían cada vez más las heridas y la debilidad se le había acentuado a causa de la pérdida de sangre. De vez en cuando daba un traspiés y la muchacha, al ver lo mal que lo estaba pasando, le ofreció el brazo.

—No —dijo él—, ya has sufrido bastante para imponerte una carga extra.

Pero aunque hacía valientes esfuerzos por seguir el paso de sus capturadores, de vez en cuando se rezagaba, y en esas ocasiones los guardias por primera vez mostraron inclinación hacia la brutalidad. Fue un tipo fornido que caminaba a la izquierda de Smith-Oldwick. Varias veces asió el brazo del inglés y le empujó hacia adelante no sin amabilidad, pero cuando el captivo empezó a rezagarse una y otra vez, el tipo, de pronto, y sin provocación alguna, fue presa de un ataque de rabia. Saltó sobre el hombre herido, le golpeó perversamente con los puños y, cuando lo tuvo en el suelo, le agarró la garganta con la mano izquierda mientras con la derecha sacaba el largo y afilado sable. Gritando de un modo horrible blandió la hoja por encima de su cabeza.

Los otros se detuvieron y se volvieron para contemplar el incidente sin mostrar ningún interés especial. Era como si uno del grupo se hubiera detenido para reajustarse una sandalia y los otros se limitaran a esperar a que estuviera listo para reanudar la marcha. Pero si bien sus capturadores se mostraron indiferentes, Bertha Kircher no pudo. Los ojos juntos enfurecidos, el rostro enseñando los colmillos y los aterradores gritos la llenaron de horror, mientras el brutal e inmotivado ataque al hombre herido despertó en ella el espíritu de protección hacia los débiles que es innato en todas las mujeres. Olvidando todo lo que no era un débil e indefenso hombre que estaba siendo brutalmente asesinado ante sus ojos, la muchacha dejó a un lado la discreción y se lanzó en ayuda de Smith-

Oldwick, cogiendo el brazo levantado de la vociferante criatura que blandía la espada sobre el inglés postrado. Aferrándose desesperadamente al tipo, se echó hacia atrás con todas sus fuerzas, le hizo perder el equilibrio y cayó de espaldas en el pavimento. En sus esfuerzos por salvarse el bruto aflojó la mano que sostenía el sable, que en cuanto cayó al suelo, fue recogido por la muchacha. Bertha Kircher, de pie junto a la forma tendida del oficial inglés, con la afilada arma asida con fuerza, se enfrentó con sus capturadores.

Era una mujer valiente; ni su ropa manchada y desgarrada ni su pelo desgreñado le quitaban atractivo a su aspecto. La criatura a la que había hecho caer se puso enseguida en pie, y en ese instante su conducta cambió. De la ira demoníaca pasó de pronto a la risa histérica, que era mucho más aterradora. Sus compañeros se quedaron mirando con una sonrisa vacua en el rostro, mientras el que había perdido el arma a manos de la muchacha daba saltos soltando grandes carcajadas. Si Bertha Kircher necesitaba más pruebas para asegurarse de que se hallaban en manos de una gente mentalmente perturbada, la forma de actuar de ese hombre había sido suficiente para convencerla. La súbita rabia incontrolada y ahora la igualmente incontrolada risa no hacían sino resaltar los atributos faciales de la idiotez.

De pronto se dio cuenta de lo indefensa que se encontraba en el caso de que cualquiera de los hombres quisiera dominarla y, movida por una súbita repulsión que casi le provocó una náusea de repugnancia, la muchacha arrojó el arma al suelo, a los pies del maníaco que se reía y, volviéndose, se arrodilló junto al inglés.

—Ha sido fantástico por tu parte —dijo él—, pero no deberías haberlo hecho. No te enfrentes con ellos: creo que están todos locos y sabes que dicen que a los locos siempre hay que darles la razón.

Ella meneó la cabeza.

—No soportaba ver que te estaban matando —dijo.

El hombre alargó la mano y cogió los dedos de la muchacha, y al hacerlo se le iluminaron los ojos.

—¿Ahora me quieres un poquito? —preguntó—. ¿No puedes decirme que sí… sólo un poquito?

Ella no retiró la mano pero meneó la cabeza con tristeza.

—Por favor, no digas eso. Lamento que sólo me gustes mucho.

La luz se apagó de los ojos del hombre y sus dedos relajaron su apretón.

—Por favor, perdóname —murmuró—. Tenía intención de esperar

hasta que saliéramos de este lío y te hallaras a salvo entre los tuyos. Debe de haber sido la conmoción o algo así, y el verte defenderme como lo has hecho. De todos modos, no he podido evitarlo y en realidad no importa mucho si te lo digo ahora, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —se apresuró a preguntar ella.

Él se encogió de hombros y sonrió tristemente.

—Jamás saldré vivo de esta ciudad —dijo—. No lo mencionaría si no comprendiera que tú también has de saberlo. El león me hirió gravemente y este tipo ha estado a punto de rematarme. Habría alguna esperanza si nos halláramos entre gente civilizada, pero con estas temibles criaturas ¿qué cuidados recibiríamos, aunque fueran amistosos?

Bertha Kircher sabía que lo que decía era cierto, y sin embargo no quería admitir que Smith-Oldwick moriría. Le tenía mucho cariño, en realidad su mayor pesar era no amarle, pero sabía que era así.

Le parecía que para cualquier muchacha sería muy fácil amar al teniente Harold Percy Smith-Oldwick, oficial inglés y caballero, heredero de una vieja familia y él mismo hombre de recursos, joven, apuesto y afable. Qué más podía pedir una chica que tener a un hombre así que la amara; y que ella poseía el amor de Smith-Oldwick era algo que Bertha Kircher no dudaba.

Suspiró y luego, poniéndole una mano en la frente en un gesto impulsivo, le susurró:

—Pero no pierdas las esperanzas. Intenta vivir por mí, y por ti yo intentaré amarte.

Fue como si de pronto inyectaran nueva vida en las venas del hombre. El rostro se le iluminó al instante y con una fuerza que desconocía poseer se puso lentamente en pie, aunque un poco inestable. La muchacha le ayudó y le sujetó cuando estuvo levantado.

Hasta entonces estaban completamente ajenos a lo que les rodeaba y ahora, cuando ella miró a sus capturadores, vio que habían caído en su casi habitual actitud de impasible indiferencia, y a un gesto de uno de ellos se reanudó la marcha como si no hubiera ocurrido nada.

Bertha Kircher experimentó una súbita reacción a la exaltación momentánea de la promesa que acababa de hacer al inglés. Sabía que había hablado más por él que por ella, pero ahora se dio cuenta, como supo en el instante antes de hablar, de que era muy improbable que ella le amara del modo en que él deseaba. Pero ¿qué había prometido? Sólo que intentaría

amarle. «¿Y ahora qué?», se preguntó para sus adentros.

Se daba cuenta de que existían pocas esperanzas de regresar algún día a la civilización. Incluso en el caso de que esa gente resultara amistosa y estuviera dispuesta a dejarles partir en paz, ¿cómo iban a encontrar el camino de vuelta a la costa? Muerto Tarzán, como creía después de ver su cuerpo inerte en la boca de la cueva cuando su capturador la arrastró fuera, no parecían disponer de nadie que les guiara sanos y salvos.

Apenas habían mencionado al hombre-mono desde que fueron capturados, pues ambos comprendían plenamente qué significaba para ellos su pérdida. Intercambiaron opiniones relativas a esos pocos momentos excitantes del ataque final y captura, y estaban de acuerdo en todo lo que había ocurrido. Smith-Oldwick incluso había visto al león saltar sobre Tarzán en el instante en que éste despertó a causa de los rugidos de las bestias que les atacaban, y pese a que la noche era oscura, pudieron ver que el cuerpo del salvaje hombre-mono no se movió desde el instante en que quedó bajo el cuerpo de la bestia.

Y así, si en otras ocasiones durante las últimas semanas Bertha Kircher había tenido la impresión de que su situación era particularmente desesperada, ahora estaba dispuesta a admitir que la esperanza desaparecía por completo.

Las calles de esta extraña ciudad empezaban a llenarse de hombres y mujeres extraños. A veces algún individuo se fijaba en ellos y parecía interesarse mucho, y también ahora otros pasaban por su lado con miradas vacías, aparentemente ajenos a lo que les rodeaba y sin prestar atención a los prisioneros. Una vez oyeron unos gritos espantosos procedentes de una calle lateral, y cuando miraron vieron a un hombre en plena explosión de rabia demoníaca, semejante al que presenciaron en el reciente ataque a Smith-Oldwick. Esta criatura estaba desahogando su rabia enloquecida sobre un niño al que pegaba y mordía repetidamente, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para chillar en frecuentes intervalos. Por fin, justo antes de que quedaran fuera del alcance de la vista, la criatura alzó el cuerpo inerme del niño por encima de la cabeza y lo lanzó con toda su fuerza al pavimento, y después, girando y gritando a pleno pulmón como un loco, echó a andar por la tortuosa calle.

Dos mujeres y varios hombres contemplaron ese cruel ataque. Se hallaban a una distancia demasiado grande para que los europeos supieran si sus expresiones faciales mostraban piedad o rabia, pero sea lo que fuere,

ninguno de ellos intervino.

Unos metros más allá, vieron una espantosa bruja asomada a una ventana de un segundo piso donde se reía, se mofaba y hacía muecas horribles a todos los que pasaban por delante. Otros proseguían su tarea, aparentemente entregados a sus obligaciones, con la misma sobriedad que los habitantes de cualquier comunidad civilizada.

—¡Dios mío —murmuró Smith-Oldwick—, qué lugar tan horrible!

La muchacha se volvió de pronto a él.

—¿Todavía conservas la pistola? —le preguntó.

—Sí —respondió—. Me la metí debajo de la camisa. No me registraron y estaba demasiado oscuro para que vieran si llevaba armas. Así que la escondí con la esperanza de poder llevármela.

Ella se acercó a él y le cogió la mano.

—¿Guardarás una bala para mí, por favor? —le rogó.

Smith-Oldwick bajó la mirada hacia ella y parpadeó muy deprisa. Había en sus ojos una humedad desconocida y desconcertante. Se dio cuenta, por supuesto, de cuán terrible era su situación, pero de alguna manera le parecía que sólo le afectaba a él; parecía imposible que nadie pudiera dañar a esa dulce y hermosa muchacha.

Y que tuviera que destruirla, ¡destruirla él! Era demasiado espantoso: ¡era increíble, impensable! Si hasta entonces se había sentido lleno de aprensión, ahora sin duda estaba inquieto.

—No creo que pueda hacerlo, Bertha —dijo.

—¿Ni siquiera para salvarme de algo peor? —preguntó ella.

Él hizo un gesto de negación con la cabeza, abatido.

—Jamás podría hacerlo.

La calle que seguían se abrió de pronto a una ancha avenida, y ante ellos se extendió una gran y bella laguna, cuya superficie tranquila reflejaba el claro color azulado del cielo. Aquí el aspecto de todo lo que les rodeaba era distinto. Los edificios eran más altos y mucho más pretenciosos en cuanto a diseño y ornamentación. La calle misma estaba pavimentada con mosaicos de dibujos bárbaros pero asombrosamente hermosos. En la ornamentación de los edificios había mucho color y una gran cantidad de lo que parecían hojas doradas. En todas las decoraciones se utilizaba en formas diversas la figura convencional del loro y, en menor medida, la del león y el mono.

Sus capturadores les condujeron por el pavimento que seguía la orilla

de la laguna durante un breve trecho y luego les hicieron cruzar un umbral arqueado para entrar en uno de los edificios que daban a la avenida. Aquí, justo después de la entrada había una gran habitación amueblada con robustos bancos y mesas, muchos de los cuales exhibían, talladas a mano, las figuras inevitables del loro, el león o el mono, predominando siempre el loro.

Detrás de una de las mesas se sentaba un hombre que, a ojos de los cautivos, no se diferenciaba en nada de los que les acompañaban. El grupo se detuvo ante esta persona, y uno de los hombres que les había llevado hizo lo que pareció un informe oral. Si se hallaban ante un juez, un oficial militar o un dignatario civil, no tenían modo de saberlo, pero era evidente que se trataba de un hombre con autoridad, pues, tras escuchar la perorata que le dirigían mientras escrutaba atentamente a los dos cautivos, hizo un sólo intento vano de conversar con ellos y luego emitió algunas órdenes escuetas al que le había hecho el informe. Casi inmediatamente, dos de los hombres se acercaron a Bertha Kircher y le hicieron señas de que les acompañara. Smith-Oldwick hizo ademán de seguirla pero fue interceptado por uno de sus guardias. La muchacha se detuvo entonces y se volvió, al tiempo que miraba al hombre sentado ante la mesa y le hacía señas de que deseaba que Smith-Oldwick permaneciera con ella, pero el tipo se limitó a hacer un gesto de negación con la cabeza e indicó a los guardias que se la llevaran. El inglés volvió a intentar seguirles pero se lo impidieron. Estaba demasiado débil e indefenso incluso para intentar cumplir sus deseos. Pensó en la pistola que llevaba debajo de la camisa y luego en la inutilidad de tratar de vencer a una ciudad entera con las pocas balas que le quedaban.

Hasta entonces, con la única excepción del ataque de que había sido objeto, no tenía razón para creer que pudieran no recibir un trato justo por parte de sus capturadores, y pensó que sería más sensato evitar enfrentarse con ellos hasta que estuviera completamente convencido de que sus intenciones eran hostiles. Vio que sacaban a la muchacha del edificio y, justo antes de que desapareciera de su vista, ella se volvió y se despidió con la mano:

—¡Buena suerte! —le deseó, y se marchó.

Los leones que entraron en el edificio con el grupo fueron sacados del apartamento a través de una puerta que había detrás de él durante el examen efectuado por el hombre ante la mesa. Hacia esta misma puerta dos de los hombres condujeron ahora a Smith-Oldwick. Se encontró entonces

en un corredor a cuyos lados había puertas, que presumiblemente daban a otros aposentos del edificio. En el otro extremo del corredor vio una pesada reja tras la cual aparecía un patio abierto. El prisionero fue conducido a este patio, y cuando entró en él con los dos guardas se encontró en un recinto al aire libre limitado por las paredes interiores del edificio. Era como un jardín en el que crecían numerosos árboles y arbustos floridos. Bajo varios árboles había bancos, uno de ellos junto a la pared sur, pero lo que le llamó más la atención fue que los leones que habían intervenido en su captura y que les habían acompañado en su regreso a la ciudad yacían desmadejados en el suelo o paseaban inquietos de un lado a otro.

Justo al cruzar la puerta el guardia que le conducía se detuvo. Los dos hombres intercambiaron unas palabras y luego se volvieron y entraron de nuevo en el corredor. El inglés quedó horrorizado al comprender la terrible situación en que se encontraba. Se volvió y se agarró a la reja en un intento por abrirla y ponerse a salvo en el corredor, pero descubrió que estaba cerrada con llave y era imposible abrirla por mucho que se esforzara, y entonces llamó a los dos hombres que se retiraban dentro. La única respuesta que recibió fue una estridente carcajada carente de alegría, y luego los dos cruzaron la puerta situada al fondo del corredor y se quedó solo de nuevo con los leones.

CAPÍTULO XIX

LA HISTORIA DE LA REINA

ENTRETANTO, Bertha Kircher era conducida por la plaza hacia el edificio más grande y más ostentoso. El edificio cubría la anchura completa de un extremo de la plaza. Tenía varios pisos de altura y se accedía a la entrada principal por una amplia escalinata de piedra, cuya parte inferior estaba guardada por enormes leones de piedra, mientras que en lo alto flanqueaban la entrada dos pedestales en los que había la imagen en piedra de un gran loro. A medida que la muchacha se acercaba a estas últimas imágenes, vio que el capitel de cada columna representaba un cráneo humano sobre el que se posaban los loros. Sobre la puerta de arco y en las paredes del edificio había figuras de otros loros, de leones y de monos. Algunas estaban talladas en bajorrelieve; otras estaban dibujadas en mosaicos, mientras otras daban la impresión de haber sido pintadas en la superficie de la pared.

Los colores de los últimos parecían mucho más estropeados por el tiempo, con lo que el efecto general era suave y hermoso. Los trabajos de escultura y de mosaico estaban finamente ejecutados, lo que ponía de manifiesto un alto grado de habilidad artística. A diferencia del primer edificio al que la habían conducido, cuya entrada carecía de puerta, unas robustas puertas cerraban la entrada a la que ahora se acercaba. En los huecos formados por las columnas que soportaban el arco de la puerta, y alrededor de la base de los pedestales de los loros de piedra, así como en otros diversos lugares de la ancha escalinata, había una veintena de hombres armados. Sus túnicas eran de un vivo color amarillo y en el pecho y la espalda de cada una estaba bordada la figura de un loro.

Mientras la conducían por la escalinata, uno de estos guerreros vestidos de amarillo se aproximó e hizo parar a los guías en lo alto de la escalera. Intercambiaron unas palabras, y mientras hablaban la muchacha reparó en que el que les detuvo, así como los compañeros que ella veía, daban la

impresión de poseer, si es posible, una inteligencia menor que la de sus capturadores.

Su cabello áspero y tieso les nacía tan abajo en la frente que, en algunos casos, casi se unía a las cejas, mientras que los iris eran más pequeños y dejaban al descubierto mayor cantidad de blanco del ojo.

Tras un breve parlamento el hombre encargado de la puerta, pues esto parecía ser, se volvió y golpeó una de las hojas con la punta de su lanza, al tiempo que llamaba a varios de sus compañeros, que se levantaron y se acercaron. Pronto las grandes puertas empezaron a girar lentamente en sus goznes y después, cuando se separaron, la muchacha vio detrás de ella la fuerza motriz que hacía funcionar las pesadas puertas: media docena de negros desnudos para cada puerta.

En el umbral sus dos guardias fueron despedidos y ocuparon su lugar media docena de soldados de túnica amarilla que le hicieron cruzar la puerta que los negros, tirando de gruesas cadenas, cerraron detrás de ellos. Mientras la muchacha les observaba vio con horror que las pobres criaturas estaban encadenadas por el cuello a las puertas. Ante ella se abría un amplio salón en cuyo centro había un pequeño estanque de agua cristalina. También aquí en suelo y paredes se repetían en nuevas y siempre distintas combinaciones y diseños los loros, los monos y los leones, pero ahora muchas de las figuras eran de un material que la muchacha estaba convencida que era oro. Los muros del corredor consistían en una serie de arcos a través de los cuales, a ambos lados, se veían otros espaciosos aposentos. El salón estaba completamente vacío de muebles, pero las habitaciones a ambos lados contenían bancos y mesas. Vislumbres de algunas de las paredes le revelaron que estaban cubiertas de colgaduras de algún tejido de colores, mientras en los suelos había gruesas alfombras de diseños bárbaros y pieles de leones negros y leopardos de hermosas manchas.

La habitación situada directamente a la derecha de la entrada estaba llena de hombres que vestían la misma túnica amarilla, mientras que en las paredes colgaban numerosas lanzas y sables. En el otro extremo del corredor un breve tramo de escalera conducía a otra puerta cerrada. También aquí hicieron que el guardia se detuviera. Uno de los guardias de esta puerta, tras recibir el informe de uno de los que la custodiaban, pasó por la puerta y les dejó a ellos fuera. Tardó unos buenos quince minutos en regresar, sustituyó al guardia que la había llevado hasta allí y condujo a la

muchacha a la cámara siguiente.

Tuvo que cruzar otras tres cámaras y otras tres robustas puertas, en cada una de las cuales cambió su guardia, antes de que la hicieran entrar en una habitación comparativamente pequeña; en ella paseaba arriba y abajo un hombre con una túnica escarlata, en cuyas partes delantera y trasera lucía un enorme loro bordado, y con un bárbaro tocado coronado por un loro disecado. Las paredes de esta habitación quedaban completamente ocultas por colgaduras sobre las cuales estaban bordados centenares, incluso miles, de loros. Grabados en el suelo había loros dorados, mientras, con todo el grosor con que pudieron pintarlos, en el techo había loros de brillantes tonos con las alas extendidas, como si volaran.

El hombre mismo era de mayor estatura que todos los que ella había visto hasta entonces en la ciudad. Su piel apergaminada estaba arrugada por la edad, y era mucho más gordo que cualquiera de los de su clase que ella había visto. Sus brazos desnudos, sin embargo, daban la impresión de ser muy fuertes, y su manera de andar no era la de un anciano. Su expresión facial denotaba casi la imbecilidad absoluta y era la criatura más repulsiva que Bertha Kircher jamás había visto.

Durante varios minutos no pareció consciente de que ella se encontraba allí, sino que siguió paseando inquieto arriba y abajo. De pronto, sin el menor aviso, y cuando se hallaba en el otro extremo de la habitación, de espaldas a ella, giró en redondo y se precipitó como un loco hacia la muchacha. Involuntariamente, dio un paso atrás extendiendo las manos abiertas hacia aquella espantosa criatura, como para mantenerla a distancia, pero los hombres que la flanqueaban, los dos que la habían acompañado hasta ese aposento, la agarraron y la retuvieron.

Aunque el hombre se precipitó con violencia hacia ella, se detuvo sin tocarla. Por un momento sus horribles ojos rodeados de blanco la miraron a la cara con aire escrutador, e inmediatamente estalló en enloquecidas carcajadas. Durante dos o tres minutos la criatura se entregó a la alegría y luego, cesando de reír de un modo tan súbito como había comenzado, se puso a examinar a la prisionera. Le palpó el pelo, la piel, la textura de la ropa que llevaba y, mediante signos, le hizo entender que abriera la boca. Pareció interesarse mucho por ésta, llamó la atención de una guardia hacia sus dientes caninos, y después exhibió sus propios agudos colmillos para que los viera la prisionera.

Entonces volvió a pasearse arriba y abajo de la sala, y transcurrieron

quince minutos antes de que se fijara de nuevo en ella; entonces emitió una escueta orden a los guardias, quienes de inmediato sacaron a la muchacha del aposento. Los guardias la condujeron a través de una serie de corredores y aposentos hasta una estrecha escalera de piedra que llevaba al piso superior, y por fin se pararon ante una pequeña puerta en la que estaba apostado un negro desnudo, armado con una lanza. A una palabra de uno de los guardias, el negro abrió la puerta y el grupo entró en un aposento de techo bajo, cuyas ventanas llamaron de inmediato la atención de la muchacha por sus gruesos barrotes. La habitación estaba amueblada de forma similar a las que había visto en otras partes del edificio; los mismos bancos y mesas tallados, las alfombras en el suelo, la decoración de las paredes, aunque en todos los aspectos era más sencilla que todo lo que había visto en el piso de abajo. En un rincón había un sofá bajo cubierto con una alfombra similar a las del suelo excepto en que era de un tejido más ligero, y sentada en él se hallaba una mujer.

Cuando los ojos de Bertha Kircher se posaron en la ocupante de la habitación, la muchacha ahogó un pequeño grito de asombro, pues reconoció enseguida que era una criatura más próxima a su propia especie que cualquiera de las que había visto dentro de las murallas de la ciudad. Era una anciana que la miró con unos ojos azules claros, hundidos en un rostro arrugado y sin dientes. Pero los ojos eran los de una criatura cuerda e inteligente, y la cara arrugada era la de una mujer blanca.

Al ver a la muchacha la anciana se levantó y se acercó a ella; su paso era tan débil e inestable que se veía obligada a apoyarse en un largo báculo que agarraba con las dos manos. Uno de los guardas habló unas pocas palabras con ella y después los hombres se volvieron y salieron del apartamento. La muchacha se quedó junto a la puerta esperando en silencio lo que pudiera sucederle a continuación. La anciana cruzó la habitación y se paró ante ella, alzando sus débiles y acuosos ojos hacia el lozano rostro de la joven recién llegada. Luego la examinó de la cabeza a los pies y una vez más los viejos ojos se posaron en el rostro de la muchacha. Bertha Kircher no fue menos franca en su examen de la menuda anciana. Esta última habló primero. Lo hizo con una voz débil y quebrada, vacilante, trémula, como si empleara palabras poco conocidas y hablara en una lengua extranjera.

—¿Eres del mundo exterior? —preguntó en inglés—. Que Dios permita que hables y entiendas esta lengua.

¿Inglés? —preguntó la muchacha—. Claro que hablo inglés.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la anciana—. No sabía si yo misma seria capaz de hablarle de modo que otro me entendiera. Durante sesenta años sólo he hablado en su maldita jerga. Durante sesenta años no he oído ni una palabra en mi lengua. ¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura! —murmuró—. ¿Qué maldito infortunio te ha arrojado a sus manos?

—¿Es usted inglesa? —preguntó Bertha Kircher—. ¿He entendido bien que es usted inglesa y que lleva sesenta años aquí?

La anciana hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—En sesenta años no he salido nunca de este palacio. Ven —indicó, tendiéndole una huesuda mano—. Soy muy vieja y no puedo permanecer mucho rato de pie. Vamos a sentarnos en mi sofá.

La muchacha cogió la mano que le tendía la anciana y ayudó a ésta a sentarse de nuevo en el otro lado de la habitación, y cuando estuvo sentada la muchacha se sentó a su lado.

—¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! —gimió la anciana—. Mucho mejor haber muerto que dejar que te trajeran aquí. Al principio yo quizá me habría destruido, pero siempre tuve la esperanza de que vendría alguien y se me llevaría, pero eso nunca ha sucedido. Cuéntame cómo te han cogido.

La muchacha brevemente narró los principales incidentes que desembocaron en su captura.

—Entonces, ¿hay un hombre contigo en la ciudad? —preguntó la anciana.

—Sí —respondió la muchacha—, pero no sé dónde está ni qué intenciones tienen respecto a él. Tampoco sé cuáles son sus intenciones hacia mí.

—Quién sabe —dijo la anciana—. Ni ellos mismos saben de un minuto a otro cuáles son sus intenciones, pero creo que puedes estar segura, mi pobre niña, de que nunca volverás a ver a tu amigo.

—Pero a usted no la han matado —le recordó la muchacha—, y ha sido su prisionera, dice, durante sesenta años.

—No —respondió su compañera—, no me han matado ni te matarán a ti, aunque Dios sabe que antes de haber vivido mucho tiempo en este lugar horrible les suplicarás que te maten.

—¿Quiénes son? —preguntó Bertha Kircher—. ¿Qué clase de gente son? Son diferentes de todo lo que jamás he visto. Y cuénteme cómo llegó usted aquí.

—Hace mucho tiempo —dijo la anciana, meciéndose en el sofá—. Hace mucho tiempo. ¡Ay, cuánto tiempo! Entonces yo sólo tenía veinte años. ¡Piénsalo, niña! Mírame. No tengo otro espejo que mi bañera, no puedo ver mi aspecto porque mis ojos son muy viejos, pero con los dedos me puedo palpar el rostro viejo y arrugado, mis ojos hundidos, y estos labios débiles que se meten en la boca sobre unas encías sin dientes. Soy vieja, encorvada y espantosa, pero entonces era joven y decían que hermosa. No, no seré hipócrita; era hermosa. Mi espejo me lo decía.

»Mi padre era misionero en el interior, y un día llegó una banda de árabes que buscaban esclavos. Se llevaron a los hombres y a las mujeres de la pequeña aldea nativa donde mi padre trabajaba, y a mí también se me llevaron. No conocían bien aquella parte del país, por lo que se vieron obligados a confiar en que los hombres de nuestra aldea a los que habían capturado les guiaran. Me dijeron que nunca habían ido tan hacia el sur y que habían oído decir que existía una región rica en marfil y esclavos al oeste. Querían ir allí y desde allí nos llevarían al norte, donde me iban a vender al harén de algún sultán negro.

»A menudo discutían el precio que darían por mí, y para que ese precio no disminuyera, me protegían celosamente y procuraban que los viajes me fatigaran lo menos posible. Me daban la mejor comida y no me hacían ningún daño.

»Pero al cabo de poco tiempo, cuando llegamos a los confines de la región que los hombres de nuestra aldea conocían y penetramos en una región desértica, árida y desolada, los árabes comprendieron que nos habíamos perdido. Pero siguieron adelante, hacia el oeste, cruzando espantosas gargantas y cruzando una tierra ardiente bajo un sol implacable. Los pobres esclavos capturados eran obligados, claro está, a llevar todo el equipaje de campo y el botín, y como soportaban una pesada carga, medio muertos de hambre y sin agua, pronto empezaron a morir como moscas.

»No llevábamos mucho tiempo en el desierto cuando los árabes se vieron obligados a matar sus caballos para alimentarse, y cuando llegamos a las primeras gargantas, a través de las cuales sería imposible transportar a los animales, los que quedaban fueron muertos y la carne se cargó sobre los pobres negros tambaleantes que aún sobrevivían.

»Así proseguimos dos días más y ya sólo unos pocos negros seguían con vida; los propios árabes habían empezado a sucumbir al hambre, la sed y al intenso calor del desierto. En todo lo que la vista podía abarcar hacia la

tierra de la abundancia de la que procedíamos, nuestra ruta estaba señalada por buitres que volaban en círculos en el cielo y por los cuerpos de los muertos que yacían en el impenetrable desierto por última vez. El marfil fue abandonado colmillo a colmillo a medida que los negros fueron sucumbiendo, y a lo largo del sendero de la muerte se hallaba esparcido el equipaje de campo y los arreos de los caballos de un centenar de hombres.

»Por alguna razón, el jefe árabe me favoreció hasta el fin, posiblemente con la idea de que de todos los demás tesoros que poseía yo era el más fácil de transportar, pues era joven y fuerte, y después de matar a los caballos caminaba y seguía el paso de los mejores hombres. Los ingleses somos grandes andadores, mientras que esos árabes nunca habían caminado desde que tuvieron edad suficiente para montar a caballo.

»No sé decirte cuánto tiempo caminamos, pero al fin, casi sin fuerzas, unos cuantos llegamos al pie de una profunda garganta. Escalar la pared opuesta era impensable, y por eso seguimos el recorrido de las arenas de lo que debía de haber sido el lecho de un antiguo río, hasta que finalmente llegamos a un punto en que se divisaba lo que parecía un hermoso valle en el que estábamos seguros encontraríamos caza en abundancia.

»Pero entonces sólo quedábamos dos: el jefe y yo. No es necesario que te diga cuál era el valle, pues tú misma lo encontraste de la misma manera que yo. Tan pronto fuimos capturados que tuvimos la impresión de que nos estaban esperando, y me enteré más tarde de que así era, igual que te esperaban a ti.

»Cuando cruzaste la selva debiste de ver los monos y los loros y, como has entrado en palacio, de qué modo utilizan estos animales, y los leones, en las decoraciones. En casa todos conocíamos el loro hablador que repetía las cosas que nos enseñaban a decir, pero estos loros hablan todos la misma lengua que la gente de la ciudad, y dicen que los monos hablan con los loros y los loros vuelan a la ciudad y cuentan a la gente lo que los monos dicen. Y aunque resulta difícil de creer, me he enterado de que así es, pues he vivido con ellos sesenta años, aquí, en el palacio del rey.

»Me trajeron, como te trajeron a ti, directamente a palacio. Al jefe árabe se lo llevaron a otra parte. Nunca supe qué fue de él. Entonces era rey Ago XXV. Desde entonces he visto muchos reyes. Él era un hombre terrible; pero bueno, todos son terribles.

—¿Qué les ocurre? —preguntó la muchacha.

—Son una raza de maníacos —respondió la anciana—. ¿No lo habías

adivinado? En realidad, hay entre ellos excelentes artesanos y buenos granjeros, y cierta dosis de ley y orden.

»Adoran a todas las aves, pero el loro es su principal deidad. Aquí en palacio conservan uno en un apartamento muy hermoso. Él es su dios de dioses. Es un pájaro muy viejo. Si lo que Ago me contó cuando llegué es cierto, debe de tener ahora cerca de trescientos años. Sus ritos religiosos son repugnantes en extremo, y creo que puede ser la práctica de estos ritos durante siglos lo que ha llevado a la raza a su actual estado de imbecilidad.

»Y sin embargo, como te he dicho, no carecen de algunas cualidades. Si se puede dar crédito a la leyenda, sus antepasados —un puñado de hombres y mujeres que llegaron de algún lugar del norte y se perdieron en la tierra virgen del África central— sólo encontraron aquí un estéril y árido desierto. Que yo sepa, llueve poco, y sin embargo has visto una gran selva y una exuberante vegetación fuera de la ciudad y también dentro. Este milagro lo realiza la utilización de fuentes naturales que sus antepasados explotaron y que ellos han mejorado hasta el punto de que el valle entero recibe una adecuada cantidad de humedad en todo momento.

»Ago me contó que muchas generaciones antes de su época la selva era irrigada cambiando el curso de los arroyos que traían el agua de los manantiales a la ciudad, pero que cuando los árboles enviaron sus raíces a la humedad natural del suelo y ya no precisaban más irrigación, el curso del río cambiaba y se plantaban otros árboles. Y así la selva creció hasta que en el día de hoy cubre casi todo el terreno del valle, excepto el espacio abierto donde está situada la ciudad. No sé si esto es cierto. Puede ser que el bosque siempre haya estado ahí, pero es una de sus leyendas y el hecho es que aquí no hay suficiente lluvia para mantener la vegetación.

»Son gente extraña en muchos aspectos, no sólo en su forma de culto y ritos religiosos, sino en que han criado leones como otras personas crían ganado. Ya has visto cómo utilizan a algunos de estos leones, pero a la mayoría los engordan y se los comen. Al principio, supongo, comían carne de león como parte de su ceremonia religiosa, pero al cabo de muchas generaciones llegó a gustarles tanto que ahora prácticamente es la única carne que comen. Por supuesto, preferirían morir antes que comer la carne de un ave, y tampoco comerán la del mono, mientras que los animales herbívoros los crían sólo por la leche, por los pellejos y para dar de comer a los leones. En la parte sur de la ciudad están los corrales y pastos donde se crían los animales herbívoros. Verraco, ciervo y antílope se usan

principalmente para los leones, mientras que las cabras se guardan para obtener leche para los habitantes humanos de la ciudad.

—¿Y ha vivido aquí todos estos años —preguntó la muchacha—, sin ver jamás a nadie de su especie?

La anciana hizo un gesto de asentimiento.

—¿Durante sesenta años ha vivido aquí —prosiguió Bertha Kircher— y nunca le han hecho ningún daño?

—Yo no he dicho que no me hubieran hecho daño —dijo la anciana—; he dicho que no me mataron, nada más.

—¿Cuál… —la muchacha vaciló— cuál era su posición entre ellos? Discúlpeme —se apresuró a añadir—, creo que puedo imaginármela pero me gustaría oírla de sus propios labios, pues cualquiera que fuera su posición, sin duda la mía será la misma.

La anciana asintió.

—Sí —dijo—, sin duda; si pueden mantenerte lejos de las mujeres.

—¿A qué se refiere? —preguntó la muchacha.

—Durante sesenta años nunca me han dejado acercarme a una mujer. Me matarían, incluso ahora, si pudieran llegar hasta mí. Los hombres dan miedo, ¡Dios sabe que dan miedo! Pero las mujeres… ¡que el cielo te mantenga lejos de las mujeres!

—¿Quiere decir —preguntó la muchacha— que los hombres no me harán daño?

Ago XXV me hizo su reina —contó la anciana—. Pero tenía otras muchas reinas, aunque no todas eran humanas. No fue asesinado hasta diez años después de que yo llegara. Entonces el siguiente rey me cogió, y así ha sido siempre. Ahora soy la reina más vieja; muy pocas de sus mujeres viven hasta una edad avanzada. No sólo están expuestas constantemente a ser asesinadas sino que, debido a sus mentalidades subnormales, padecen períodos de depresión durante los que es muy probable que se destruyan a sí mismas.

Se volvió de pronto y señaló las ventanas con barrotes.

—¿Has visto esta habitación —dijo— con el eunuco negro fuera? Donde veas uno de éstos sabrás que hay mujeres pues, con muy pocas excepciones, nunca se les permite salir de su cautiverio. Se las considera, y realmente son, más violentas que los hombres.

Las dos mujeres permanecieron calladas unos minutos, y luego la más joven se volvió a la anciana.

—¿No hay manera de escapar? —preguntó.

La anciana volvió a señalar las ventanas con barrotes y luego la puerta, y dijo:

—Y hay un eunuco armado. Y si lograras pasarlo, ¿cómo llegarías a la calle? Y si llegaras a la calle, ¿cómo cruzarías la ciudad hasta la muralla exterior? E incluso, si por otro milagro, te permitieran franquear la entrada, ¿esperarías cruzar la selva donde merodean los grandes leones negros que se alimentan de hombres? ¡No! —exclamó, respondiendo ella misma a su pregunta—, no hay escapatoria, pues una vez hubieras escapado del palacio, de la ciudad y de la selva, no sería sino para invitar a la muerte en la terrible tierra desértica que hay más allá.

»En sesenta años tú eres la primera que ha encontrado esta ciudad enterrada. En un milenio ningún habitante de este valle ha salido jamás de él, y en la memoria del hombre, o incluso en sus leyendas, ninguno les había encontrado antes de mi llegada, aparte de un solo gigante belicoso, cuya historia se ha ido transmitiendo de padres a hijos.

»Por la descripción creo que debió de ser un español, un hombre gigantesco con armadura y yelmo, que se abrió camino por la terrible selva hasta la puerta de la ciudad, que cayó sobre los que intentaron capturarle y los mató con su poderosa espada. Y después de comer de los vegetales de los jardines y de los frutos de los árboles, y beber del agua del arroyo, se volvió y se abrió paso a través de la selva hasta la boca de la garganta. Pero aunque escapó de la ciudad y de la selva, no escapó del desierto. Cuenta la leyenda que el rey, temeroso de que trajera a otros para atacarles, envió un grupo tras él para matarle.

»Durante tres semanas no le encontraron, pues fueron en dirección equivocada, pero al fin dieron con sus huesos, que los buitres habían dejado limpios, a un día de marcha por la misma garganta por la que tú y yo entramos en el valle. No sé —prosiguió la anciana— si es cierto. Sólo es una de sus muchas leyendas.

—Sí —dijo la muchacha—, es cierto. Estoy segura de que lo es, porque he visto el esqueleto y la armadura corroída de este gigante.

En este momento la puerta se abrió de golpe, sin ceremonia alguna, y entró un negro con dos recipientes planos en los que había varios más pequeños. Los dejó sobre una de las mesas cerca de las mujeres, y, sin decir una palabra, se volvió y se marchó. Con la entrada del hombre con los recipientes, un delicioso olor a comida despertó en la mente de la

muchacha el recuerdo del hambre, y a una palabra de la anciana se acercó a la mesa para examinar las viandas. Los recipientes más grandes que contenían los más pequeños eran de barro, mientras que los que estaban dentro eran evidentemente de oro trabajado a martillo. Para su intensa sorpresa descubrió entre los recipientes más pequeños una cuchara y un tenedor, los cuales, aunque de diseño extraño, eran tan prácticos como cualquiera de los que había visto en comunidades más civilizadas. Las púas del tenedor eran de hierro o acero, mientras que el mango y la cuchara eran del mismo material que los recipientes más pequeños.

Había un estofado muy condimentado con carne y verduras, un plato de fruta fresca y un tazón de leche junto al cual se encontraba una pequeña jarra que contenía algo semejante a mermelada. Estaba tan hambrienta que ni siquiera pudo esperar a que su compañera llegara a la mesa, y mientras comía habría jurado que jamás probó comida más sabrosa. La anciana se acercó despacio y se sentó en uno de los bancos, frente a ella.

Cuando quitó los recipientes más pequeños del grande y los dispuso ante ella sobre la mesa, una sonrisa le torció los labios al ver comer a la joven.

—El hambre nos hace a todos iguales —dijo riendo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la muchacha.

—Me atrevería a decir que unas semanas atrás sentirías náuseas ante la idea de comer gato.

—¿Gato? —exclamó la muchacha.

—Sí —respondió la anciana—. ¿Qué importa?, un león es un felino.

—¿Quiere decir que estoy comiendo león?

—Sí —dijo la anciana—, y tal como lo preparan resulta muy sabroso. Llegará a gustarte mucho.

Bertha Kircher sonrió algo recelosa.

—No podría distinguirlo —dijo— del cordero o la ternera.

—No —dijo la mujer—. Yo lo encuentro bueno. Pero estos leones se cuidan con esmero y se alimentan muy bien, y su carne está sazonada y preparada de tal modo que podría ser cualquier cosa, en lo que al gusto se refiere.

Y así Bertha Kircher rompió su largo ayuno con extraña fruta, carne de león y leche de cabra.

Apenas había terminado cuando la puerta volvió a abrirse y entró un soldado con túnica amarilla. Habló con la anciana.

—El rey —dijo ella— ha recomendado que te prepares y te lleven con él. Tienes que compartir estos aposentos conmigo. El rey sabe que no soy como sus otras mujeres. Nunca se atrevería a ponerte con ellas. Herog XVI tiene intervalos lúcidos de vez en cuando. Deben de haberte llevado ante él durante uno de ellos. Como el resto, cree que sólo él, en toda la comunidad, está cuerdo, pero más de una vez he pensado que los diversos hombres con los que he estado en contacto aquí, incluidos los propios reyes, me consideraban menos loca que los demás. Sin embargo no logro entender cómo he podido conservar mis sentidos todos estos años.

—¿A qué se refiere al decir que me prepare? —preguntó Bertha Kircher —. Me ha dicho que el rey ha ordenado que me prepare y me lleven ante él.

—Te bañarán y te darán una túnica similar a la que yo llevo.

—¿No hay modo de escapar? —preguntó la muchacha—. ¿No hay siquiera la manera de que pueda suicidarme?

La mujer le entregó el tenedor.

—Ésta es la única manera —dijo—, y observarás que las púas son muy cortas y romas.

La muchacha se estremeció y la anciana le puso una mano sobre el hombro.

—Puede que sólo te mire y te haga salir —dijo—. Ago XXV me envió a buscar una vez, intentó hablar conmigo, descubrió que no le entendía ni él a mí, ordenó que me enseñaran el lenguaje de su pueblo y, al parecer, después se olvidó de mí durante un año. A veces paso largos períodos sin ver al rey. Hubo uno que reinó cinco años al que nunca vi. Siempre existe la esperanza; incluso yo, cuyo recuerdo sin duda ha caído en el olvido tras los muros de este palacio, aún tengo esperanza, aunque nadie sabe mejor cuán inútilmente.

La anciana condujo a Bertha Kircher a un aposento contiguo en cuyo suelo había un pequeño estanque de agua. Aquí la muchacha se bañó y después su compañera le trajo una de las prendas ajustadas de las mujeres nativas y se la ciñó al cuerpo. El material de la túnica era un tejido como de gasa que acentuaba la redondeada belleza de su juvenil figura.

—Ya está —dijo la anciana dándole una palmadita final a uno de los pliegues de la prenda—. ¡Eres una auténtica reina!

La muchacha bajó la mirada a sus senos desnudos y piernas medio ocultas con horror.

—¡Me llevarán a presencia de hombres en este estado de

semidesnudez! —exclamó.

La anciana sonrió.

—Eso no es nada —dijo—. Te acostumbrarás como yo, que fui educada en el hogar de un ministro del Evangelio, donde se consideraba poco menos que un delito que una mujer expusiera el tobillo cubierto con una media. En comparación con lo que verás y las cosas que tal vez te hagan experimentar, esto es una tontería.

Durante lo que parecieron horas la desasosegada muchacha paseó por su aposento, en espera de que la llevaran a la presencia del rey demente. Había anochecido y las luces de aceite dentro del palacio se habían encendido mucho antes de que aparecieran dos mensajeros con instrucciones: Herog reclamaba su presencia inmediata y la anciana, a quien llamaron Xanila, tenía que acompañarla. La muchacha sintió cierto alivio cuando descubrió que al menos tendría una amiga con ella, por indefensa que fuera aquella anciana.

Los mensajeros condujeron a las dos mujeres a un pequeño aposento del piso de abajo. Xanila explicó que se trataba de una de las antesalas del salón del trono en el que el rey estaba acostumbrado a celebrar audiencia con todo su séquito. Varios guerreros con túnicas amarillas estaban sentados en los bancos de la habitación. En su mayoría mantenían los ojos bajos y su actitud era de melancólico rechazo. Cuando las dos mujeres entraron, varios de ellos las miraron con indiferencia, pero la mayor parte no les prestó la más mínima atención.

Mientras esperaban en la antesala entró, procedente de otro aposento, un hombre joven uniformado de modo similar a los demás con la excepción de que sobre la cabeza llevaba un filete de oro, en cuya parte delantera se erguía una sola pluma de loro por encima de su frente. Cuando entró, los otros soldados de la habitación se pusieron en pie.

—Éste es Metak, uno de los hijos del rey —susurró Xanila a la muchacha.

El príncipe cruzaba la habitación hacia la sala de audiencias cuando su mirada se posó casualmente en Bertha Kircher. El joven se detuvo en seco y se quedó mirándola un minuto entero sin hablar. La muchacha, turbada por su atrevida mirada y el escaso atuendo que ella llevaba, enrojeció y, bajando la mirada al suelo, se dio la vuelta. Metak de pronto se puso a temblar de la cabeza a los pies y entonces, sin otro aviso más que un fuerte y ronco grito, saltó hacia adelante y cogió a la chica en brazos.

Al instante se produjo un escándalo. Los dos mensajeros que habían conducido a la muchacha a presencia del rey se pusieron a bailar y a chillar en torno al príncipe, agitando los brazos y gesticulando salvajemente como si quisieran obligarle a renunciar a ella, aunque no se atrevían a poner la mano sobre la realeza. Los otros guardias, como si sufrieran comprendiendo la locura de su príncipe, se acercaron corriendo, gritando y blandiendo los sables.

La muchacha forcejeó para soltarse del horrible abrazo del maníaco, pero éste la rodeaba con el brazo izquierdo y la sostenía como si fuera un bebé, mientras con la mano libre sacaba su sable y golpeaba perversamente a los que tenía más cerca.

Uno de los mensajeros fue el primero en notar la afilada hoja de Metak. Con un solo golpe el príncipe le clavó el sable en la clavícula y lo hundió hasta el centro del pecho. Con un estridente aullido que se oyó por encima de los gritos de los otros guardias el hombre cayó al suelo, y mientras la sangre le brotaba por la espantosa herida hizo esfuerzos por levantarse una vez más y luego se desplomó de nuevo y murió en un gran charco de su propia sangre.

Entretanto, Metak, que aún se aferraba desesperadamente a la muchacha, había retrocedido hasta la otra puerta. Al ver la sangre dos de los guardias, como si de pronto despertaran a un frenesí maníaco, dejaron caer los sables al suelo y se abalanzaron uno sobre el otro con uñas y dientes, mientras algunos intentaban llegar hasta el príncipe y otros le defendían. En un rincón de la habitación estaba sentado uno de los guardias riendo estrepitosamente, y justo cuando Metak logró llegar a la puerta y sacar a la chica, ella creyó ver que otro de los hombres saltaba sobre el cuerpo del mensajero muerto e hincaba los dientes en su carne.

Durante la orgía de locura, Xanila se había mantenido cerca de la muchacha, pero en la puerta de la habitación Metak la vio y, girándose de pronto, le produjo un malvado corte. Afortunadamente para Xanila, ya se encontraba a medio cruzar la puerta, de modo que la hoja de Metak se melló al golpear en el arco de piedra del portal, y entonces Xanila, guiada sin duda por la sabiduría de sesenta años de experiencias similares, echó a correr por el corredor con todas las fuerzas que le permitían sus viejas y tambaleantes piernas.

Una vez fuera de la puerta, Metak volvió a meter el sable en su vaina y alzó a la muchacha del suelo para llevarla en dirección contraria a la que

había tomado Xanila.

La muchacha forcejeó para soltarse del horrible abrazo del maníaco.

CAPÍTULO XX

LLEGA TARZÁN

JUSTO antes de que oscureciera aquella tarde, un piloto casi exhausto entró en el cuartel general del coronel Capell del Segundo de rodesianos y saludó.

—Bien, Thompson —dijo el superior—, ¿qué ha ocurrido? Todos los demás han regresado. No han visto ni rastro de Oldwick ni de su avión. Supongo que tendremos que abandonar a menos que usted haya tenido más suerte.

—La he tenido —respondió el joven oficial—. He encontrado el avión.

—¡No! —exclamó el coronel Capell—. ¿Dónde estaba? ¿Alguna señal de Oldwick?

—Está en el peor agujero en el suelo que jamás he visto, bastante tierra adentro. Una garganta estrecha. He visto el avión pero no he podido llegar hasta él. Había un demonio de león merodeando por allí. He aterrizado cerca del borde del acantilado e iba a descender y echar un vistazo al avión. Pero esa bestia ha estado una hora o más acechando y por fin he tenido que abandonar la idea.

—¿Cree que los leones han cogido a Oldwick? —preguntó el coronel.

—Lo dudo —respondió el teniente Thompson—, no había nada que indicara que el león se haya alimentado cerca del avión. Me he ido cuando he descubierto que era imposible bajar y explorar el terreno. Varios kilómetros al sur he encontrado un pequeño valle arbolado en cuyo centro…, por favor, no crea que estoy loco, señor… Hay una ciudad corriente: calles, edificios, una plaza central con un estanque, edificios de tamaño considerable con cúpulas y minaretes y todo eso.

El oficial mayor miró al más joven compasivamente.

—Está usted agotado, Thompson —dijo—. Váyase a dormir. Ha dedicado mucho tiempo a este asunto y debe de tener los nervios crispados.

El joven meneó la cabeza un poco irritado.

—Disculpe, señor —dijo—, pero le estoy diciendo la verdad. No estoy confundido. He volado en círculos sobre el lugar varias veces. Quizá Oldwick pudo llegar hasta allí… o le capturó esa gente.

—¿Había gente en la ciudad? —preguntó el coronel.

—Sí, la he visto en las calles.

—¿Cree que la caballería podría llegar hasta el valle? —siguió preguntando el coronel.

—No —respondió Thompson—, la región queda protegida por estas profundas gargantas. Incluso la infantería tendría muchos problemas, y no hay ni una gota de agua, que yo viera, durante al menos dos días de marcha.

En este punto un gran Vauxhall se detuvo frente al cuartel general del Segundo de rodesianos y un momento después el general Smuts se apeó y entró. El coronel Capell se levantó de la silla y saludó a su superior, y el joven teniente saludó y se quedó firme.

—Pasaba por aquí —dijo el general— y he pensado que podía pararme a charlar. Por cierto, ¿cómo va la búsqueda del teniente Smith-Oldwick? Veo que Thompson está aquí y me parece que era uno de los que se dedicaban a la búsqueda.

—Sí —respondió Capell—. Es el último que ha llegado. Ha encontrado el avión del teniente —y entonces repitió lo que el teniente Thompson le había comunicado. El general se sentó ante la mesa con el coronel Capell y juntos los dos oficiales, con la ayuda del piloto, señalaron la ubicación aproximada de la ciudad de cuyo descubrimiento Thompson había informado.

—Es una región muy accidentada —señaló Smuts—, pero no podemos dejar una piedra sin remover hasta que hayamos agotado todos los recursos para hallar a ese muchacho. Enviaremos una pequeña fuerza; un grupo reducido tendrá más probabilidades de éxito que uno grande. Una compañía, coronel, o digamos dos, con suficientes camiones a motor para transportar raciones y agua. Ponga un buen hombre al mando y haga que establezcan una base lo más al oeste que los camiones puedan viajar. Deje allí una compañía y haga avanzar a la otra. Me inclino a creer que puede establecer su base a un día de marcha de la ciudad y, en este caso, la fuerza que envíe adelante no debería tener problemas de agua, ya que sin duda debe de haberla en el valle donde está situada la ciudad. Envíe un par de aviones de reconocimiento y servicio de mensajero para que la base se

mantenga en contacto en todo momento con la avanzadilla. ¿Cuándo puede empezar?

—Podemos cargar los camiones esta noche —respondió Capell— y marchar hacia la una de la madrugada.

—Bien —dijo el general—, manténganme informado —y devolviendo el saludo a los otros hombres, se marchó. Cuando Tarzán saltó para cogerse a la enredadera se dio cuenta de que el león se hallaba cerca de él y que su vida dependía de la resistencia de las enredaderas que se agarraban a las murallas de la ciudad; pero, para su gran alivio, descubrió que los tallos eran tan gruesos como el brazo de un hombre y los zarcillos que se habían aferrado al muro estaban tan firmemente fijados, que su peso en el tallo parecía no producir ningún efecto apreciable en ellos.

Oyó los rugidos ahogados de Numa cuando el león resbaló al clavar inútilmente sus garras en la enredadera y luego, con la agilidad de los simios que le habían criado, Tarzán fue trepando hasta la cima de la muralla. Unos metros más abajo se encontraba el tejado plano del edificio contiguo, y cuando cayó lo hizo de espaldas a una ventana que daba sobre los jardines y el bosque que había más allá, de modo que no vio la figura que se agazapaba en la sombra oscura. Pero si no la vio no estuvo mucho rato ajeno al hecho de que no se encontraba solo, pues apenas sus pies tocaron el tejado, cuando un pesado cuerpo saltó sobre él por detrás y unos musculosos brazos le rodearon la cintura.

Pillado en desventaja y habiendo perdido pie, el hombre-mono se encontraba, de momento, indefenso. Fuera cual fuese la criatura que le había cogido, al parecer tenía en mente un propósito bien definido, pues caminó directamente hacia el borde del tejado por lo que pronto le resultó evidente a Tarzán que iba a ser arrojado al pavimento, una manera de lo más eficaz de deshacerse de un intruso. Que quedaría lisiado o moriría era algo de lo que el hombre-mono estaba seguro; pero no tenía intención de permitir que su agresor llevara a cabo ese plan.

Los brazos y piernas de Tarzán estaban libres pero se hallaba en una posición tan desventajosa que no podía utilizarlos con ningún fin positivo. Su única esperanza radicaba en desequilibrar a la criatura y con este fin Tarzán enderezó su cuerpo y se apoyó con todas sus fuerzas contra su capturador, y entonces de pronto se abalanzó hacia adelante. El resultado fue tan satisfactorio como cabía esperar. El gran peso del hombre-mono dejando repentinamente la posición erguida hizo que el otro también se

precipitara con violencia hacia adelante con el resultado de que, para salvarse, sin darse cuenta aflojó la presión que ejercía sobre su víctima. Con movimientos felinos, el hombre-mono volvió a ponerse en pie, enfrentándose con su adversario, un hombre casi tan corpulento como él y armado con un sable que ahora desenvainó. Tarzán no tenía previsto permitir el uso de esta arma formidable y, por tanto, se arrojó a las piernas del otro por debajo de la perversa hoja que fue dirigida hacia él desde el costado, y como un jugador de fútbol ataca a un corredor del equipo contrario, Tarzán derribó a su antagonista, arrastrándole hacia atrás varios metros y arrojándole pesadamente de espaldas sobre el tejado.

En cuanto el hombre tocó el tejado el hombre-mono se colocó sobre su pecho, una fuerte mano buscó y encontró la muñeca que sujetaba la espada y la otra la garganta del guardia vestido con túnica amarilla. Hasta entonces el tipo había peleado en silencio, pero cuando los dedos de Tarzán le cogieron la garganta emitió un único grito estridente que los dedos marrones interrumpieron casi al instante. El tipo forcejeó para escapar de las garras de la criatura desnuda que tenía sobre el pecho, pero era como si tuviera que luchar para escapar de las garras de *Noma*, el león.

Poco a poco sus forcejeos disminuyeron, sus pequeños ojos se salieron de sus órbitas girando de un modo horrible hacia arriba, mientras de sus labios llenos de espuma le sobresalía su hinchada lengua. Cuando cesaron los forcejeos, Tarzán se puso en pie y, poniendo un pie sobre el cuerpo inerte de su víctima, estuvo a punto de lanzar su grito de victoria, pero el trabajo que le esperaba requería la máxima precaución y selló su labios.

Se acercó al borde del tejado y miró abajo, hacia la estrecha y tortuosa calle. Con intervalos, aparentemente en cada cruce, una llama de aceite chisporroteaba débilmente en unas repisas colocadas en las paredes a unos dos metros de altura. En su mayor parte los sinuosos callejones se hallaban sumidos en la densa sombra e incluso en las inmediaciones de las llamas la iluminación era muy poco brillante. En la restringida zona de visión distinguió que había aún algunos extraños habitantes moviéndose por las angostas calles.

Para proseguir su búsqueda del joven oficial y la muchacha debía poder moverse por la ciudad con la mayor libertad posible, pero pasar por debajo de las llamas de las esquinas, desnudo como iba excepto por un taparrabos, y en todos los demás aspectos notablemente diferente de los habitantes de la ciudad, sería invitar a que le descubrieran enseguida. Mientras estos

pensamientos le cruzaban la mente y buscaba algún plan de acción factible, sus ojos tropezaron con el cuerpo que yacía en el tejado cerca de él; inmediatamente se le ocurrió la posibilidad de disfrazarse con la ropa de su adversario vencido.

El hombre-mono tardó unos instantes en vestirse con las medias, las sandalias y la túnica amarilla, con el loro como blasón, del soldado muerto. En torno a la cintura se abrochó el cinturón con el sable, pero debajo de la túnica conservó el cuchillo de caza de su padre muerto. Sus otras armas no podía dejarlas a la ligera, y por tanto, con la esperanza de poder recuperarlas más adelante, las llevó al borde de la pared y las dejó caer entre el follaje de la base. En el último momento le resultó difícil deshacerse de su cuerda, que, junto con el cuchillo, era el arma a la que estaba más acostumbrado, y una de las que había utilizado durante más tiempo. Descubrió que si se quitaba el cinturón del sable podía enrollarse la cuerda en la cintura debajo de la túnica y luego, volviendo a ponerse el cinturón, la mantenía oculta.

Al fin, satisfactoriamente disfrazado, e incluso con su mata de pelo negro que añadía verosimilitud a su parecido con los nativos de la ciudad, buscó algún medio de llegar a la calle. Aunque podría arriesgarse a caer desde los aleros del tejado, temía que si lo hacía atrajera la atención de los transeúntes y le descubrieran. Los tejados de los edificios variaban en altura, pero como los techos eran todos bajos, descubrió que podía pasar fácilmente por los tejados y eso es lo que hizo, hasta que de pronto descubrió delante de él varias figuras reclinadas sobre el tejado de un edificio próximo.

Había visto que cada tejado tenía aberturas, que evidentemente daban acceso a los aposentos de abajo, y ahora, interrumpido su avance por los que tenía delante, decidió arriesgarse a llegar a la calle a través del interior de uno de los edificios. Se acercó a una de las aberturas y se inclinó sobre el agujero negro, donde aguzó el oído por si oía ruidos de vida en el apartamento. Ni sus oídos ni su nariz registraron pruebas de la presencia de ningún ser vivo en las proximidades, y así pues, sin mayor vacilación, el hombre-mono descendió por la abertura y estaba a punto de dejarse caer cuando un pie tocó el peldaño de una escalera de mano, la cual aprovechó de inmediato para bajar al suelo de la habitación.

Allí reinaba una oscuridad casi total hasta que sus ojos se acostumbraron al interior y pudo ver un poco gracias a la luz que se

reflejaba de una distante llama de la calle que brillaba con intermitencia y entraba por las estrechas ventanas delanteras. Por fin, seguro de que el aposento se hallaba desocupado, Tarzán buscó una escalera para bajar al piso bajo. La encontró en un oscuro pasillo al que se abría la habitación: un tramo de estrechos escalones de piedra que descendían hacia la calle. La suerte le favoreció y alcanzó las sombras de la arcada sin tropezarse con ninguno de los moradores de la casa.

Una vez en la calle no se sintió perdido en cuanto a la dirección en la que deseaba ir, pues había encontrado la pista de los dos europeos prácticamente hasta la puerta, que estaba seguro tenía que haberles dado paso para entrar en la ciudad. Su agudo sentido de la dirección y localización le permitió juzgar con considerable exactitud el punto dentro de la ciudad donde podía esperar encontrar el rastro de aquellos a los que buscaba.

Sin embargo, la primera necesidad era descubrir una calle paralela a la muralla del norte, que podría seguir en dirección a la puerta que vio desde la selva. Comprendiendo que su mayor esperanza de éxito radicaba en la audacia de sus operaciones, avanzó en la dirección de la llama de la calle más próxima sin efectuar ningún otro intento de ocultarse que el mantenerse en las sombras de la arcada, lo cual consideró no llamaría especialmente la atención porque otros peatones hacían lo mismo. Los pocos que pasaban no reparaban en él, y casi había llegado a la intersección más próxima cuando vio a varios hombres que vestían túnicas amarillas idénticas a la que él había quitado al prisionero.

Se acercaban directamente hacia él y el hombre-mono vio que si proseguía se tropezaría con ellos de frente en el cruce de las dos calles, a plena luz de la llama. Su primera inclinación fue seguir adelante, pues personalmente no tenía ninguna objeción que hacer a arriesgarse a pelear con ellos; pero de pronto recordó a la muchacha, posiblemente prisionera indefensa en manos de esa gente, y eso le hizo buscar otro plan de acción menos arriesgado.

Casi había salido completamente de la sombra de la arcada y los hombres que se acercaban se hallaban a pocos metros de él, cuando de pronto se arrodilló y fingió ajustarse las ataduras de sus sandalias, ataduras que, por cierto, no estaba muy seguro de haber ajustado como pretendía que se ajustaran quien las confeccionó. Aún estaba arrodillado cuando los soldados pasaron por su lado. Igual que ocurrió con los demás con que se

había cruzado, éstos no le prestaron atención y en el momento en que estuvieron detrás de él Tarzán prosiguió su camino, torciendo a la derecha en el cruce de las dos calles.

La calle por la que había torcido era, en este punto, tan extremadamente tortuosa, que en su mayor parte no se beneficiaba para nada de las llamas que había en ambas esquinas, de modo que se vio obligado prácticamente a caminar a tientas en las densas sombras de la arcada. La calle se hacía un poco más recta justo antes de llegar a la siguiente llama, y cuando estuvo al alcance de la vista vio la silueta de un león recortada sobre un trecho iluminado. La bestia avanzaba lentamente por la calle en dirección a Tarzán.

Una mujer se cruzó en su camino directamente delante del animal y ni el león le prestó atención a ella, ni ella se la prestó al león. Un instante después un niño pequeño corrió tras la mujer, y tan cerca del león corrió, que la bestia tuvo que apartarse un poco para no chocar con el pequeño. El hombre-mono sonrió y cruzó a toda prisa al otro lado de la calle, pues sus delicados sentidos le indicaban que en este punto la brisa que recorría las calles de la ciudad y era desviada por la pared opuesta ahora soplaría desde el león hacia él cuando la bestia cruzara, mientras que si que quedaba en el lado de la calle en el que había estado caminando al descubrir al carnívoro, su rastro de olor sería transportado hasta los ollares del animal, y Tarzán era lo bastante listo para darse cuenta de que si bien podía engañar los ojos del hombre y de las bestias, no podía disfrazar tan fácilmente ante el olfato de uno de los grandes felinos el hecho de que él era una criatura de una especie diferente a la de los habitantes de la ciudad, los únicos seres humanos, posiblemente, con los que Numa estaba familiarizado. En él el felino reconocería a un extraño y, por lo tanto, a un enemigo, y Tarzán no deseaba retrasarse a causa de un encuentro con un león salvaje. Su estratagema salió bien y el león pasó por su lado limitándose a echar una mirada de soslayo en su dirección.

Había recorrido una pequeña distancia y casi estaba llegando a un punto en que pensaba que encontraría la calle que salia de la puerta de la ciudad cuando, en un cruce de calles, su olfato captó el rastro de olor de la muchacha. Entre un laberinto de otros rastros de olor el hombre-mono distinguió el de la muchacha y, un segundo después, el de Smith-Oldwick. Lo había conseguido, sin embargo, agachándose en cada cruce como si se ajustara las ataduras de la sandalia y acercando la nariz al suelo todo lo que

le era posible.

Mientras avanzaba por la calle por la que los dos fueron conducidos aquel mismo día observó, como habían observado ellos, el cambio en el tipo de edificios al pasar de un barrio residencial a la parte ocupada por tiendas y bazares. Aquí el número de olores aumentó de modo que aparecían no sólo en los cruces de calles sino también entre un cruce y otro, y había mucha más gente en el exterior. Las tiendas estaban abiertas e iluminadas, pues con la puesta de sol el intenso calor del día había dado paso a un agradable frescor. También aquí aumentó el número de leones, que vagaban sueltos por las calles, y también por primera vez observó Tarzán la idiosincrasia de la gente.

Una vez estuvo a punto de ser derribado por un hombre desnudo que corría veloz por la calle gritando a pleno pulmón. Y otra vez por poco no se cae sobre una mujer que avanzaba en las sombras de una de las arcadas a cuatro patas. Al principio el hombre-mono pensó que buscaba algo que se le había caído, pero cuando se apartó para observarla, vio que no hacía nada de esto, sino que simplemente había decidido caminar con las manos y las rodillas en lugar de hacerlo sobre los pies. En otro bloque vio a dos hombres que peleaban en el tejado de un edificio contiguo hasta que por fin uno de ellos se liberó del otro y dio a su adversario un fuerte empujón que le arrojó al pavimento, donde se quedó inmóvil sobre el polvo de la calle. Por un instante un aullido salvaje resonó en toda la ciudad procedente de los pulmones del ganador y luego, sin vacilar ni un instante, el tipo se tiró de cabeza a la calle junto al cuerpo de su víctima. Un león salió de las densas sombras de un umbral y se aproximó a las dos cosas ensangrentadas e inertes que tenía ante sí. Tarzán se preguntó qué efecto produciría en la bestia el olor a sangre, y le sorprendió ver que el animal se limitaba a oliscar los cuerpos y la sangre roja y caliente y luego se tumbaba al lado de los dos hombres muertos.

Había recorrido poca distancia tras pasar junto al león cuando le llamó la atención la figura de un hombre que descendía trabajosamente del tejado de un edificio en el lado este de la ciudad. Eso despertó la curiosidad de Tarzán.

CAPÍTULO XXI

EN LA ALCOBA

CUANDO Smith-Oldwick comprendió que se hallaba solo y prácticamente indefenso en un recinto lleno de grandes leones cayó, débil como estaba, en un estado que rozaba el terror histérico. Aferrado a los barrotes para tener apoyo, no se atrevía a volver la cabeza en dirección a las bestias. Notaba que las rodillas iban cediendo débilmente bajo su peso. Algo en el interior de su cabeza giraba con gran rapidez. Sintió un vahído y náuseas y de pronto todo se oscureció ante sus ojos mientras su cuerpo desmayado se derrumbaba al pie de la reja.

Cuánto rato permaneció inconsciente allí nunca lo supo; pero cuando poco a poco fue recobrando la razón en su estado semiconsciente, se dio cuenta de que yacía en un fresco lecho sobre la más blanca de las sábanas, en una brillante y alegre habitación, y que a un lado cerca de él había una ventana abierta, cuyas delicadas cortinas ondeaban impulsadas por una suave brisa estival que soplaba procedente de un soleado huerto de fruta madura que podía ver; un viejo huerto en el que crecía una suave y verde hierba entre los árboles cargados, y donde el sol se filtraba entre el follaje; y en el césped moteado de sol una niña jugaba con un cachorro retozón.

—¡Dios mío —pensó el hombre—, qué pesadilla tan terrible he tenido! —y entonces notó que una mano le acariciaba la frente y la mejilla, una mano fresca y amable que le alivió sus turbulentos recuerdos.

Durante unos momentos yació Smith-Oldwick en absoluta paz y satisfacción hasta que poco a poco fue aflorando en él la sensación de que la mano se había vuelto áspera, y que ya no era fresca sino caliente y húmeda; y de pronto abrió los ojos y vio la cara de un león enorme.

El teniente Harold Percy Smith-Oldwick no era únicamente un caballero inglés y oficial de nombre, sino que también era lo que esto implicaba: un hombre valiente; pero cuando cayó en la cuenta de que la dulce imagen que había contemplado no era sino producto de un sueño, y

que en realidad aún estaba en el suelo al pie de la reja con un león de pie junto a él lamiéndole el rostro, las lágrimas acudieron a sus ojos y le resbalaron por las mejillas. Jamás, pensó, un destino cruel había gastado una broma tan despiadada a un ser humano.

Durante algún tiempo siguió en el suelo fingiéndose muerto mientras el león, que había dejado de lamerle, le oliscaba el cuerpo. Pensó en qué clase de muerte es preferible; y al fin se le ocurrió al inglés que sería mejor morir rápidamente que permanecer en aquella horrible situación hasta que su mente estallara a causa de la tensión y se volviera loco.

Y así, pausadamente, sin prisas, se levantó, agarrándose a la reja. Al primer movimiento el león gruñó, pero después no prestó más atención al hombre, y cuando al fin Smith-Oldwick se puso en pie el león se apartó de él con indiferencia. Fue entonces cuando el hombre se volvió y recorrió el recinto con la vista.

Las grandes bestias descansaban desmadejadas bajo la sombra de los árboles y tumbadas sobre el largo banco junto a la pared sur, con la excepción de dos o tres que se movían intranquilos de un lado a otro. Era a éstos a los que el hombre temía y, sin embargo, cuando dos o más de ellos pasaron por su lado empezó a sentirse tranquilo, recordando que estaban acostumbrados a la presencia del hombre.

Pero no se atrevía a apartarse de la reja. Al examinar lo que le rodeaba, el hombre observó que las ramas de uno de los árboles cercanos a la pared del fondo se extendían por debajo de una ventana abierta. Si lograra llegar a ese árbol y tuviera fuerza suficiente para hacerlo, podría trepar por la rama y escapar, al menos, del recinto de los leones. Pero para llegar hasta el árbol tenía que recorrer toda la longitud del recinto, y junto al mismo tronco del árbol había dos leones despatarrados que dormían.

Durante media hora el hombre permaneció contemplando con tristeza esta posible vía de escape, y al fin, ahogando un juramento, se irguió y cuadró los hombros en gesto de desafío, y echó a andar despacio y pausadamente por el centro del patio. Uno de los leones que paseaban cerca de la pared lateral se giró y se dirigió hacia el centro, directamente en el camino del hombre, pero Smith-Oldwick estaba decidido a aprovechar lo que consideraba su única oportunidad; aunque para una seguridad temporal, y por tanto siguió adelante, haciendo caso omiso de la presencia de la bestia. El león se arrastró hasta él y le oliscó, y luego, gruñendo, le enseñó los dientes.

Smith-Oldwick sacó la pistola que escondía bajo la camisa. «Si ha decidido matarme —pensó—, no veo qué importará a la larga si le enfurezco o no. Ese pobre diablo no puede dejarme más muerto si está de un humor o de otro». Pero con el movimiento del hombre al retirar el arma de debajo de la camisa la actitud del león se alteró de pronto, y aunque siguió gruñendo, se volvió y se alejó corriendo, y entonces al fin el inglés se encontró casi al pie del árbol que era su meta; entre él y su seguridad yacía despatarrado un león dormido.

Sobre él había una rama a la que en situación ordinaria podría saltar y agarrarse; pero débil como estaba a causa de sus heridas y la pérdida de sangre, dudaba de su capacidad de hacerlo. Incluso existía la cuestión de si sería capaz de trepar al árbol. Sólo había una posibilidad: la rama más baja dejaba el tronco cerca del alcance de un hombre situado de pie cerca del tronco, pero para llegar a una posición desde la que le resultara accesible la rama debía pasar por encima del cuerpo de un león. El inglés respiró hondo y colocó un pie entre las patas extendidas de la bestia y con cautela levantó el otro para plantarlo en el lado opuesto del cuerpo. «¿Y si esa bestia se despierta ahora?», pensó. Esa idea envió un escalofrío a todo su cuerpo pero no titubeó ni retiró el pie. Lo colocó con cuidado detrás del león, llevó su peso hacia adelante sobre éste y con gran precaución puso el otro pie al lado del primero. Había pasado y el león no se había despertado.

Smith-Oldwick estaba débil por la pérdida de sangre y las penalidades que había sufrido, pero comprender su situación le impulsó a dar unas muestras de agilidad y energía que probablemente apenas igualaría de hallarse en posesión de su vigor normal. Como su vida dependía del éxito de sus esfuerzos, saltó a toda prisa a las ramas inferiores del árbol y trepó fuera del alcance de los leones, aunque el movimiento repentino en las ramas sobre ellos despertó a las dos bestias que dormían. Los animales alzaron la cabeza y miraron interrogativamente hacia arriba un momento, y luego volvieron a tumbarse para reanudar su sueño.

Tan fácilmente había logrado el inglés su objetivo hasta ahora que de pronto empezó a preguntarse si en algún momento había corrido un verdadero peligro. Los leones, como sabía, estaban acostumbrados a la presencia del hombre; sin embargo seguían siendo leones y él era libre de admitir que respiraba más tranquilo ahora que se hallaba a salvo de sus garras.

Ante él se encontraba la ventana abierta que había visto desde el suelo.

Ahora se encontraba al mismo nivel y vio una cámara aparentemente desocupada, y hacia ésta se dirigió por una robusta rama que colgaba bajo la abertura. No era una hazaña difícil llegar a la ventana, y un momento más tarde se arrastraba sobre el alféizar y se dejaba caer en la habitación.

Se encontró entonces en un aposento bastante espacioso, cuyo suelo estaba cubierto de alfombras de tosco diseño, mientras los pocos muebles eran de tipo similar a los que había visto en la habitación del primer piso a la que les habían llevado a Bertha Kircher y a él al concluir su viaje. En un extremo de la habitación había lo que parecía una alcoba tapada con una cortina, cuyas gruesas colgaduras ocultaban por completo el interior. En la pared opuesta a la ventana y cerca de la alcoba había una puerta cerrada, aparentemente la única salida de la habitación.

Por la poca luz del exterior vio que el día estaba llegando a su fin rápidamente, y dudó de si era más aconsejable esperar hasta que anocheciera o buscar de inmediato algún medio de escapar del edificio y de la ciudad. Al fin decidió que no le haría ningún daño investigar fuera de la habitación; quizá se le ocurriera alguna idea respecto al mejor plan para escapar cuando fuera de noche. Con este fin cruzó la habitación hacia la puerta, pero sólo había dado unos pasos cuando las colgaduras de delante de la alcoba se separaron y en la abertura apareció la figura de una mujer.

Era joven y bellamente formada; la única prenda que llevaba enrollada en el cuerpo desde debajo de los senos no dejaba de revelar ni un detalle de sus simétricas proporciones, pero su rostro era el rostro de un imbécil. Al verla Smith-Oldwick se detuvo, esperando momentáneamente que prorrumpiera en gritos pidiendo ayuda. Por el contrario, se acercó a él sonriendo, y cuando estuvo cerca sus delgados dedos tocaron la manga de su blusa desgarrada como un niño curioso podría tocar un juguete nuevo, y sin dejar de sonreír le examinó de la cabeza a los pies, asimilando, con infantil asombro, cada detalle de su apariencia.

Luego le habló con una voz suave y bien modulada que contrastaba con su aspecto facial. La voz y la figura juvenil armonizaban perfectamente y parecían pertenecerse la una a la otra, mientras la cabeza y el rostro eran los de otra criatura. Smith-Oldwick no entendió ni una palabra de lo que ella dijo, pero no obstante le habló con su propio tono de persona culta, cuyo efecto en ella fue a todas luces de lo más gratificante, pues antes de darse cuenta de cuáles eran sus intenciones o de poder evitarlo ella le arrojó ambos brazos al cuello y le besó con el mayor abandono. El hombre trató

de liberarse de las sorprendentes atenciones de la muchacha, pero ella se aferró con más fuerza a él y de pronto, cuando él recordó que siempre hay que seguir la corriente a los deficientes mentales, y viendo al mismo tiempo en ella un posible medio de escape, cerró los ojos y le devolvió el abrazo.

En este trance se hallaba cuando se abrió la puerta y entró un hombre. Con el ruido del primer movimiento del cerrojo Smith-Oldwick abrió los ojos, pero aunque intentó deshacerse de la muchacha, comprendió que el recién llegado había visto su comprometedora postura. La muchacha, que estaba de espaldas a la puerta, al principio no pareció darse cuenta de que había entrado alguien, pero cuando lo hizo se volvió enseguida y sus ojos se posaron en el hombre, cuyo terrible rostro estaba ahora deformado por una expresión de rabia espantosa, se dio la vuelta, chillando, y huyó hacia la alcoba. El inglés, turbado y sonrojado, se quedó donde ella le había dejado. Dándose cuenta de pronto de lo inútil que sería tratar de dar una explicación, comprendió lo amenazadora que resultaba la aparición del hombre, a quien había reconocido ahora como el oficial que les recibió en la habitación de abajo. El semblante de aquel tipo, lívido de rabia enloquecida y, posiblemente, de celos, se deformaba violentamente acentuando la expresión de maníaco que habitualmente tenía.

Por un momento pareció paralizado por la furia, y luego, lanzando un fuerte grito que se convirtió en un extraño gemido, sacó su sable curvado y se precipitó hacia el inglés. Smith-Oldwick no tenía esperanzas de escapar a la afilada arma que blandía el enfurecido hombre, y aunque se sentía seguro de que le causaría una muerte igualmente repentina y posiblemente más terrible, hizo lo único que le quedaba por hacer: sacó su pistola y disparó directamente al corazón del hombre. Sin un solo gruñido el tipo se desplomó en el suelo a los pies de Smith-Oldwick, muerto al instante con el corazón atravesado por una bala. Durante unos segundos un silencio sepulcral reinó en el aposento.

El inglés, de pie junto a la figura postrada del hombre muerto, vigilaba la puerta con el arma a punto, esperando oír de un momento a otro el ruido de los pasos precipitados de los que vendrían a investigar el disparo. Pero no le llegó ningún sonido procedente de abajo que indicara que alguien había oído la explosión, y entonces la atención del hombre se vio distraída por la puerta de la alcoba, entre cuyas colgaduras apareció el rostro de la muchacha. Tenía los ojos extraordinariamente dilatados y la boca abierta en una expresión de sorpresa y sobrecogimiento.

La mirada de la muchacha estaba clavada en la figura que yacía en el suelo, y luego entró con sigilo en la habitación y de puntillas se acercó al cadáver. Parecía estar constantemente a punto de huir, y cuando se hubo acercado a casi un metro del cuerpo se detuvo, miró a Smith-Oldwick y le preguntó algo que él, por supuesto, no entendió. Entonces se aproximó más al hombre muerto y se arrodilló en el suelo y le palpó el cuerpo con cuidado.

Luego zarandeó el cadáver por el hombro y después, con una muestra de fuerza que su tierno aspecto infantil no permitía adivinar, volvió el cuerpo de espaldas. Si antes dudaba, una mirada a las espantosas facciones rígidas por la muerte debió de convencerla de que la vida de aquel hombre se había extinguido, y al comprenderlo salió de sus labios una carcajada maníaca, enloquecida, mientras con sus pequeñas manos golpeaba el rostro y el pecho del hombre muerto. Era una visión horripilante de la que el inglés se apartó sin querer, la visión más horripilante y desagradable que jamás podría presenciarse fuera de un manicomio.

En medio de su frenético regocijo por la muerte del hombre, y Smith-Oldwick no pudo atribuir sus acciones a ninguna otra causa, de pronto desistió de sus inútiles ataques a la carne inerte y, tras ponerse en pie de un salto, echó a correr hacia la puerta, donde pasó un cerrojo de madera para asegurarse de que no habría interferencias del exterior. Entonces volvió al centro de la habitación y habló rápidamente al inglés, gesticulando de vez en cuando hacia el cuerpo del hombre muerto. Como él no la entendía, se sintió provocada y en un súbito ataque de locura histérica se precipitó hacia adelante como para golpear al inglés. Smith-Oldwick retrocedió unos pasos y apuntó a la muchacha con la pistola. Aunque debía de estar loca, no lo estaba tanto como para no haber relacionado el fuerte ruido, la diminuta arma y la repentina muerte del hombre en cuya casa ella moraba, pues al instante desistió y, tan inesperadamente como le sobrevino, el talante homicida desapareció.

De nuevo la sonrisa vacua e imbécil tomó posesión de las facciones de la muchacha y su voz, abandonando su hosquedad, recuperó los tonos suaves y bien modulados con que al principio se dirigió a él. Ahora trató mediante signos de indicarle sus deseos, y señaló a Smith-Oldwick que la siguiera hacia las colgaduras, las cuales abrió y la alcoba apareció a la vista. Era algo más que una alcoba, ya que se trataba de una habitación de tamaño medio llena de alfombras, y colgaduras y blandos divanes con

cojines. La muchacha se volvió en la entrada y señaló el cadáver del suelo de la otra habitación, y luego cruzó la alcoba y levantó unas colgaduras que cubrían un diván y caían al suelo por todos lados, mostrando una abertura que había debajo del mueble.

Ella señaló esta abertura y luego de nuevo el cadáver, indicando claramente al inglés que era su deseo ocultar el cuerpo allí. Pero si él dudaba, ella trató de disipar sus dudas agarrándole por la manga e instándole a ir en dirección al cadáver, el cual entre los dos levantaron y arrastraron a la alcoba. Al principio les resultó un poco difícil cuando quisieron meter el cuerpo del hombre en el pequeño espacio que ella había elegido para él, pero al fin lo lograron. Smith-Oldwick volvió a quedar impresionado por la diabólica brutalidad de la muchacha. En el centro de la habitación había una alfombra manchada de sangre que la muchacha rápidamente recogió y colocó colgando sobre un mueble de tal modo que la mancha quedaba oculta. Redistribuyó las otras alfombras y trajo otra de la alcoba, y la habitación recuperó el orden sin mostrar rastros de la tragedia que acababa de producirse.

Una vez atendidas estas cosas, y las colgaduras de nuevo sobre el diván para ocultar aquella horrible cosa que había debajo, la muchacha volvió a arrojar sus brazos en torno al cuello del inglés y le arrastró hacia las suaves y lujosas almohadas sobre el lugar donde se encontraba el hombre muerto. Agudamente consciente del horror de su posición, lleno de asco, repugnancia y un indignado sentido de la decencia, Smith-Oldwick también era agudamente consciente de lo que la autoconservación le exigía. Le parecía que tenía que comprar su vida casi a cualquier precio; pero había un punto en el que su naturaleza más delicada se rebelaba.

Fue en este momento cuando sonó un fuerte golpe en la puerta de la habitación exterior. La muchacha dio un brinco, cogió al hombre del brazo y lo arrastró tras ella hasta la pared que estaba junto a la cabecera del diván. Aquí apartó una de las cortinas y quedó al descubierto un pequeño nicho, en el cual empujó al inglés y corrió las cortinas ante él, ocultándole eficazmente de la observación desde las habitaciones. El hombre la oyó cruzar la alcoba hasta la puerta de la habitación exterior, oyó el ruido del cerrojo al ser retirado y después la voz de un hombre mezclada con la de la muchacha. El tono de ambos parecía racional, como si se tratara de una conversación corriente en alguna lengua extranjera. Sin embargo, con las horribles experiencias del día no pudo sino esperar alguna explosión de

locura desde el otro lado de las cortinas.

Por los ruidos se dio cuenta de que los dos habían entrado en la alcoba y, incitado por un deseo de saber con qué clase de hombre tal vez se viera obligado a pelear, separó ligeramente los gruesos pliegues que le ocultaban de la vista y les vio sentados en el diván abrazándose, la muchacha con la misma sonrisa inexpresiva con que le había obsequiado a él. Descubrió que podía colocar las cortinas de tal modo que una pequeña rendija entre las dos le permitía observar las acciones de los que estaban en la alcoba sin revelar su presencia ni aumentar el riesgo de ser descubierto. Vio que la chica prodigaba sus besos sobre el recién llegado, un hombre mucho más joven que aquel al que Smith-Oldwick había despachado. Luego la muchacha se liberó del abrazo de su amante como si de pronto se acordara de algo. Frunció las cejas como sumida en sus pensamientos y luego, con expresión sobresaltada, echó una mirada atrás, hacia el nicho oculto donde se encontraba el inglés. Susurró algo a su compañero, sacudiendo de vez en cuando la cabeza en dirección al nicho y en varias ocasiones haciendo un movimiento con una mano y el dedo índice, que Smith-Oldwick podía identificar con un intento de describir su pistola y su empleo.

Le resultó evidente entonces que ella le estaba traicionando, y sin perder más tiempo volvió su espalda a las cortinas e inició un rápido examen de su escondrijo. En la alcoba el hombre y la muchacha hablaban en susurros, y luego, con cautela y gran sigilo, el hombre se levantó y sacó su sable curvado. Se acercó de puntillas a las cortinas, mientras la muchacha le seguía sin hacer ruido. Ahora nadie hablaba, ni se oía ningún ruido en la habitación. La muchacha dio un salto adelante y con el brazo extendido y señalando con el dedo indicó un punto de la cortina a la altura del pecho de un hombre. Luego se hizo a un lado y su compañero alzó la espada hasta colocarla en posición horizontal, se abalanzó hacia adelante y con todo el peso de su cuerpo y de su brazo derecho metió la afilada punta por las cortinas y en el nicho, hasta el fondo.

Bertha Kircher, que sabía que sus forcejeos eran inútiles y comprendió que debía conservar sus fuerzas por si se le presentaba la oportunidad de escapar, desistió de sus esfuerzos por deshacerse del apretón del príncipe Metak cuando el tipo huyó con ella por los corredores apenas iluminados del palacio. El príncipe atravesó muchas cámaras con su trofeo en brazos. Para la muchacha era evidente que, aunque su capturador era el hijo del rey, no se encontraba por encima de la captura y el castigo por sus actos,

pues de lo contrario no habría dado muestras de tanta ansiedad por escapar con ella, así como de las consecuencias de su acto.

Por el hecho de que volvía constantemente su mirada asustada hacia atrás, y miraba con recelo en todos los recodos y rincones por los que pasaban, ella supuso que el castigo del príncipe podría ser rápido y terrible si era atrapado. Por la ruta que tomaron supo que debían de haber vuelto atrás varias veces, aunque había perdido todo sentido de la orientación; pero no sabía que el príncipe se hallaba tan confundido como ella, y que en realidad corría de una manera errática, sin rumbo, esperando dar finalmente con un lugar que les sirviera de refugio.

No es de extrañar que este hijo de maníacos tuviera dificultades para orientarse en el sinuoso laberinto de palacio diseñado por maníacos para un rey maníaco. Ahora un corredor torcía gradual y casi imperceptiblemente en una nueva dirección, volvía a torcer hacia atrás y se cruzaba a sí mismo; aquí el suelo se elevaba poco a poco hasta el nivel de otro piso, o de nuevo podía hacer una escalera en espiral hacia abajo por la que el loco príncipe se precipitaba con su carga. Ni siquiera Metak tenía idea del piso en que estaban o en qué parte del palacio hasta que, deteniéndose bruscamente ante una puerta cerrada, la abrió empujándola y entró en una cámara profusamente iluminada llena de guerreros, en uno de cuyos extremos se hallaba sentado el rey en un gran trono; a su lado, para sorpresa de la muchacha, había otro trono donde estaba sentada una enorme leona, que le hizo recordar las palabras de Xanila que, cuando las había pronunciado, no causaron ninguna impresión en ella: «Pero tenía otras muchas reinas, y no todas eran humanas».

Al ver a Metak y a la muchacha el rey se levantó de su trono y les miró, desapareciendo toda apariencia de realeza en la pasión incontrolable del maníaco. Y mientras se acercaba chillaba dando órdenes e instrucciones con toda la fuerza de sus pulmones. En cuanto Metak abrió la puerta de este avispero de un modo tan poco cauto se retiró de inmediato y, dando media vuelta, volvió a huir a todo correr en otra dirección. Pero ahora un centenar de hombres les pisaban los talones, riendo, chillando y posiblemente profiriendo maldiciones. Corría de aquí para allá dándoles esquinazo, distanciándose en varios minutos hasta que, al pie de una larga pasarela que se inclinaba en fuerte pendiente hacia abajo, entró en un aposento subterráneo iluminado con muchas llamas.

En el centro de la habitación había un estanque de tamaño considerable,

cuyo nivel del agua se hallaba a pocos centímetros por debajo del suelo. Los que iban detrás del príncipe y su cautiva entraron en el aposento a tiempo de ver a Metak saltar al agua con la muchacha y desaparecer bajo la superficie llevándose consigo a su cautiva, pero aunque esperaron excitados en torno al borde del estanque, ninguno de los dos emergió.

Cuando Smith-Oldwick se volvió para investigar su escondrijo, sus manos, palpando la pared posterior, tropezaron de inmediato con los paneles de madera de una puerta y un cerrojo como el que cerraba la puerta de la habitación exterior. Con cuidado y en silencio, retiró la barra de madera y empujó con suavidad la puerta, que se abrió fácil y silenciosamente hacia la oscuridad más absoluta. A tientas y avanzando con cautela salió del nicho y cerró la puerta tras de sí. Palpando descubrió que se encontraba en un estrecho corredor que siguió con atención unos metros hasta que de pronto tropezó con lo que parecía una escalerilla al otro lado del pasadizo. Palpó la obstrucción atentamente hasta que estuvo seguro de que realmente se trataba de una escalera y que detrás había una pared sólida que ponía fin al corredor. Por lo tanto, como no podía seguir adelante y la escalera terminaba en el suelo donde él se encontraba, y como no deseaba deshacer lo andado, no le quedaba otra alternativa que ascender y esto es lo que hizo, con la pistola a punto en el bolsillo lateral de su camisa. No había subido más que dos o tres peldaños cuando su cabeza chocó de pronto y dolorosamente con una superficie dura. Palpando con una mano por encima de la cabeza descubrió que el obstáculo parecía cubrir una trampilla en el techo que, con un poco de esfuerzo, logró levantar unos cinco centímetros, y ver en la rendija las estrellas de una clara noche africana.

Se apresuró a salir por la abertura, volvió a colocar la tapa y se dispuso a orientarse. Directamente al sur de él el tejado bajo donde se encontraba colindaba con una parte mucho más alta del edificio, que se elevaba varios pisos por encima de su cabeza. Unos metros al oeste vio la vacilante luz de las lámparas de una tortuosa calle y hacia allí se encaminó.

Desde el borde del tejado miró abajo, hacia la vida nocturna de la disparatada ciudad. Vio a hombres, mujeres, niños y leones, y todo lo que vio le indicó que sólo los leones estaban cuerdos. Con la ayuda de las estrellas distinguió fácilmente los puntos de la brújula, y siguiendo atentamente con la memoria los pasos que le habían conducido a la ciudad y al tejado sobre el que ahora se encontraba, supo que la calle que ahora contemplaba era la misma por la que él y Bertha Kircher habían sido

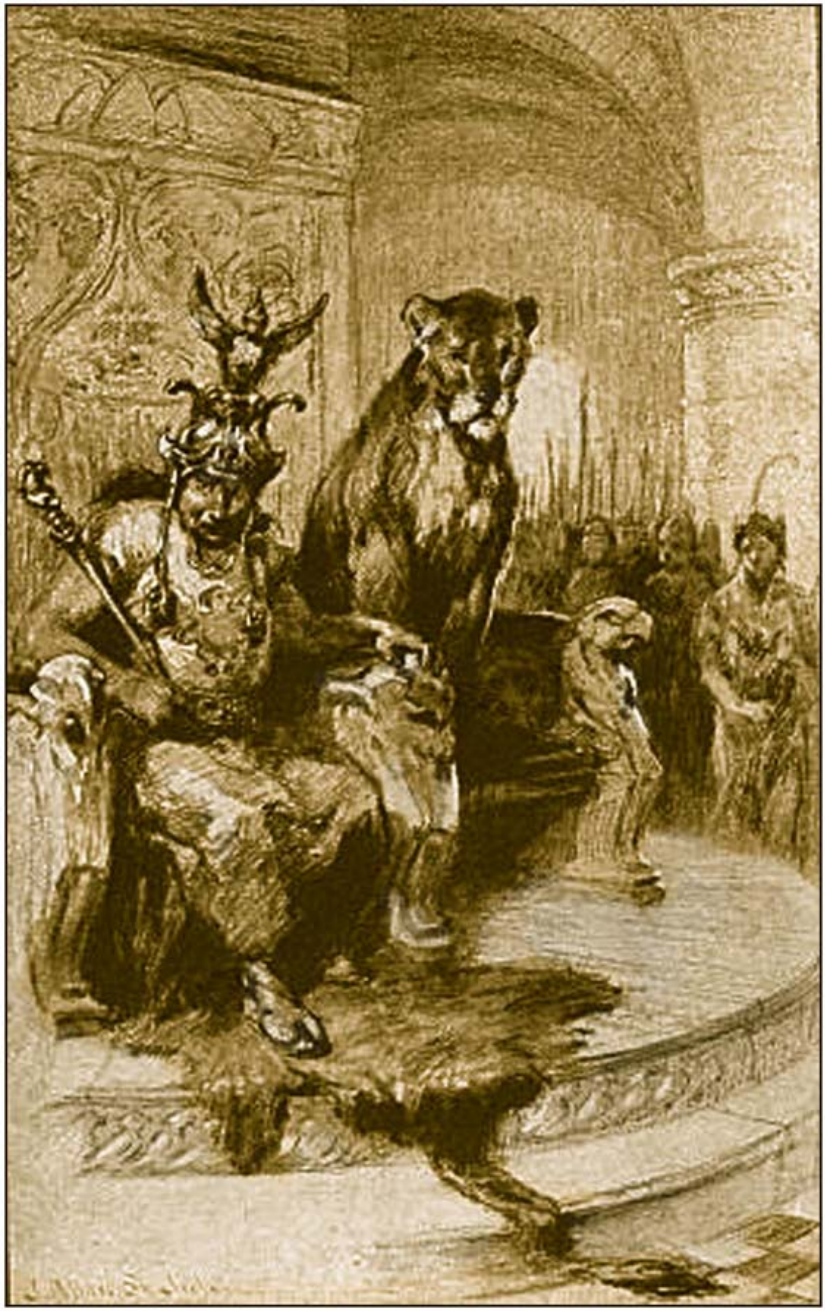
conducidos como prisioneros aquel mismo día.

Si pudiera llegar a ella tal vez tuviera ocasión de pasar sin ser descubierto, en las sombras de la arcada, hasta la puerta de la ciudad. Ya había abandonado por inútil la idea de buscar a la muchacha e intentar socorrerla, pues sabía que sólo con las pocas balas que le quedaban no podía hacer nada contra aquella ciudad llena de hombres armados. Que él pudiera vivir para cruzar la selva infestada de leones situada más allá de la ciudad era dudoso, y tras haber vencido, por algún milagro, al desierto que se extendía después, su sino estaría sin duda sellado; sin embargo, le consumía un solo deseo: dejar atrás lo más lejos posible aquella horrible ciudad de maníacos.

Vio que los tejados se elevaban al mismo nivel que se encontraba él hacia el norte hasta el siguiente cruce de calles. Justo debajo había una lámpara. Para llegar al pavimento a salvo era necesario que encontrara una porción de la avenida lo más oscura posible. Y por tanto buscó por el borde de los tejados un lugar relativamente oculto por donde descender.

Había recorrido un pequeño trecho después de un punto en que la calle se curvaba bruscamente hacia el este antes de descubrir un lugar lo bastante de su gusto. Pero incluso aquí se vio obligado a esperar una cantidad de tiempo considerable para hallar un momento satisfactorio para su descenso, el cual había decidido efectuar por uno de los pilares de la arcada. Cada vez que se preparaba para bajar por el borde de los tejados, se acercaban pasos de una dirección u otra que le detenían, y casi llegó a la conclusión de que tendría que esperar a que toda la ciudad durmiera antes de proseguir su huida. Pero al fin llegó un momento que le pareció propicio y, aunque con escrúpulos, inició con calma el descenso a la calle.

Cuando por fin se encontró bajo la arcada, se estaba felicitando por el éxito que habían tenido sus esfuerzos hasta ese momento cuando, al oír un leve ruido detrás de él, se volvió y distinguió una alta figura con la túnica amarilla de un guerrero que se encaraba con él.



A su lado había otro trono donde estaba sentada una enorme leona.

CAPÍTULO XXII

FUERA DEL NICHO

NUMA, el león, gruñó inútilmente con rabia y desconcierto cuando resbaló al suelo al pie de la muralla, tras su infructuoso intento de atrapar al veloz hombre-mono. Se detuvo para efectuar un segundo esfuerzo por seguir a la presa que se le escapaba cuando su olfato percibió una cualidad hasta entonces inadvertida en el rastro de olor de su pretendida presa. Oliscando el suelo que los pies de Tarzán apenas habían tocado, el gruñido de Numa cambió a un leve gemido, pues reconoció el rastro de olor del hombre-cosa que le había rescatado de la trampa de los wamabos.

¿Qué pensamientos cruzaron por aquella enorme cabeza? ¿Quién lo sabe? Pero ahora no había rabia ni desconcierto cuando el gran león se volvió y se dirigió con paso majestuoso hacia el este junto a la muralla. En el extremo oriental de la ciudad torció hacia el sur, prosiguiendo su camino hasta el lado sur de la muralla junto a la cual se encontraban los corrales de los animales domesticados dentro de la ciudad. Los grandes leones negros de la selva se alimentaban casi con igual imparcialidad de la carne de los grandes hervíboros y del hombre. Como el Numa del foso, de vez en cuando efectuaban excursiones por el desierto hasta el valle fértil de los wamabos, pero principalmente conseguían su comida en los rebaños de la ciudad amurallada de Herog, el rey loco, o atrapaban alguno de sus infortunados súbditos.

En algunos aspectos el Numa del foso era una excepción a la regla que guiaba a sus compañeros de la selva, pues cuando era cachorro había sido capturado y transportado a la ciudad, donde lo criaban con fines de reproducción, pero escapó en su segundo año. Intentaron enseñarle en la ciudad de los maníacos que no debía comer la carne del hombre, y el resultado de sus enseñanzas fue que sólo atacaba al hombre cuando se enfurecía o en aquella ocasión en que se vio impulsado por las garras del hambre.

Los corrales de los animales de los maníacos estaban protegidos por un muro exterior o empalizada de troncos verticales, cuyos extremos inferiores estaban clavados en el suelo y los troncos mismos estaban colocados lo más cerca entre sí posible y reforzados y unidos con mimbre. A intervalos había puertas a través de las cuales, durante el día, los rebaños pasaban a la tierra de pasto al sur de la ciudad. Es en estas ocasiones cuando los leones negros de la selva cogen su mayor botín de los rebaños, y es infrecuente que un león intente entrar en los corrales por la noche. Pero el Numa del foso, que había olido el rastro de olor de su benefactor, estaba decidido a entrar en la ciudad amurallada, y con esa idea en su astuto cerebro se arrastró con sigilo por el lado exterior de la empalizada, probando cada entrada con una pata almohadillada hasta que al fin descubrió una que parecía mal cerrada. Bajando su gran cabeza presionó contra la puerta, empujó con todo su enorme peso y la fuerza de sus gigantescos tendones, un potente esfuerzo, y Numa se halló dentro del corral.

El recinto contenía un rebaño de cabras que después de la entrada del carnívoro iniciaron una estampida hacia el extremo opuesto del corral, que estaba limitado por la pared sur de la ciudad. Numa había estado anteriormente en un corral semejante, de modo que sabía que en algún punto de la pared había una pequeña puerta a través de la cual el rebaño de cabras pasaba a la ciudad; se encaminó hacia esta puerta, si por decisión o si por casualidad es difícil de decir, aunque a la luz de los acontecimientos que siguieron parece posible que se tratara de lo segundo.

Para llegar a la puerta debía pasar directamente por en medio del rebaño que se había apretujado asustado cerca de la abertura, por lo que una vez más hubo un furioso estrépito de patas mientras Numa avanzaba deprisa hasta la puerta. Si Numa lo había planeado, lo había planeado bien, pues apenas alcanzó su posición cuando la puerta se abrió y la cabeza de un pastor asomó al recinto, buscando evidentemente una explicación a este alboroto. Es posible que descubriera la causa de la conmoción, pero es dudoso, pues era oscuro y una gran pata con garras cayó y le dio un fuerte golpe que a punto estuvo de separarle la cabeza del cuerpo; se movió tan deprisa y en silencio, que el hombre quedó muerto en una fracción de segundo desde el momento en que había abierto la puerta. Entonces Numa, que ya conocía el camino, cruzó la muralla y entró en las calles apenas iluminadas de la ciudad.

El primer pensamiento de Smith-Oldwick cuando se le acercó la figura

de la túnica amarilla de un soldado fue disparar para matar al hombre y confiar en que sus piernas y las tortuosas calles, apenas iluminadas, le permitieran huir, pues sabía que ser abordado era equivalente a ser recapturado, porque ningún habitante de esta extraña ciudad le reconocería como otra cosa que un extraño. Sería sencillo disparar al hombre desde el bolsillo donde tenía la pistola, sin sacar el arma, y con este propósito en mente el inglés deslizó las manos en el bolsillo lateral de la camisa, pero simultáneamente a esta acción su muñeca fue asida con poderosa fuerza y una voz baja le susurró en inglés:

—Teniente, soy yo, Tarzán de los Monos.

El alivio de la tensión nerviosa bajo la que había estado durante tanto tiempo dejó a Smith-Oldwick repentinamente débil como un bebé, de modo que se vio obligado a sujetarse del brazo del hombre-mono, y cuando encontró su voz lo único que pudo hacer fue repetir:

—¿Tú? ¿Tú? ¡Creía que habías muerto!

—No, no estaba muerto —respondió Tarzán—, y veo que tú tampoco lo estás. Pero ¿dónde está la chica?

—No la he visto desde que nos trajeron aquí —respondió el inglés—. Nos llevaron a un edificio de la plaza que hay aquí cerca y allí nos separaron. Se la llevaron unos guardias y a mí me metieron en una leonera. Desde entonces no la he visto.

—¿Cómo has logrado escapar? —preguntó el hombre-mono.

—Los leones no me prestaban mucha atención y sali de allí trepando por un árbol y entrando por una ventana a una habitación del segundo piso. Allí tuve una pequeña escaramuza con un tipo y me escondió una de sus mujeres en un agujero en la pared. La loca esa me traicionó ante otro loco que estaba allí, pero descubrí una salida al tejado, donde he esperado un buen rato la oportunidad de bajar a la calle sin que nadie me viera. Eso es todo lo que sé, pero no tengo ni la más remota idea de dónde buscar a la señorita Kircher.

—¿Adónde ibas ahora? —preguntó Tarzán.

Smith-Oldwick vaciló.

—Yo…, bueno, no podía hacer nada aquí solo e iba a intentar salir de la ciudad y de alguna manera alcanzar las fuerzas británicas del este y traer ayuda.

—No habrías podido hacerlo —dijo Tarzán—. Aunque hubieras cruzado la selva con vida jamás habrías logrado cruzar el desierto sin

comida ni agua.

—¿Qué haremos, pues? —preguntó el inglés.

—Veremos si podemos encontrar a la muchacha —respondió el hombre-mono, y después, como si hubiera olvidado la presencia del inglés y estuviera discutiendo para convencerse a sí mismo, añadió—: Quizá sea alemana y espía, pero es una mujer, una mujer blanca, y no podemos dejarla aquí.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarla? —preguntó el inglés.

—La he seguido hasta aquí —respondió Tarzán— y si no estoy muy confundido, aún puedo seguirla más lejos.

—Pero yo no puedo acompañarte con esta ropa sin exponernos ambos a ser descubiertos y arrestados —arguyó Smith-Oldwick.

—Conseguiremos otra ropa para ti —dijo Tarzán.

—¿Cómo? —preguntó el inglés.

—Vuelve al tejado junto a la muralla de la ciudad por donde yo he entrado —respondió el hombre-mono con una sonrisa triste— y pregúntale al hombre muerto que está desnudo cómo he conseguido mi disfraz.

Smith-Oldwick miró a su compañero.

—Entiendo —exclamó—. Sé donde hay un tipo que ya no necesita su ropa, y si podemos volver a ese tejado creo que podemos encontrarle y cogerle su ropa sin que se resista mucho. Sólo hay una chica y un joven a quienes fácilmente sorprenderíamos y venceríamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tarzán—. ¿Cómo sabes que el hombre ya no necesita su ropa?

—Sé que no la necesita porque lo he matado.

—¡Ah! —exclamó el hombre-mono—. Entiendo. Supongo que sería más fácil que atacar a uno de estos tipos en la calle, donde hay más probabilidades de que nos interrumpan.

—Pero no sé cómo podremos subir de nuevo al tejado —observó Smith-Oldwick.

—De la misma manera que has bajado —indicó Tarzán—. Este tejado es bajo y hay un pequeño saliente formado por el capitel de cada columna; lo he observado cuando descendías. Algunos edificios no resultarían tan fáciles.

Smith-Oldwick levantó la mirada hacia los aleros del tejado bajo.

—No es muy alto —dijo—, pero me temo que no puedo hacerlo. Intentaré… estoy un poco débil desde que un león me atacó y los guardias

me pegaron, y no he comido desde ayer.

Tarzán pensó un momento.

—Ven conmigo —dijo por fin—, no puedo dejarte aquí. La única oportunidad que tienes de escapar es hacerlo conmigo y yo no puedo ir contigo hasta que hayamos encontrado a la muchacha.

—Quiero ir contigo —dijo Smith-Oldwick—. Ahora no sirvo para mucho, pero dos será mejor que uno.

—De acuerdo, vamos —dijo Tarzán, y antes de que el inglés comprendiera lo que el otro pensaba hacer, Tarzán le había cogido y se lo había echado al hombro—. Ahora, cógete con fuerza a mí —susurró el hombre-mono, y con una corta carrera se encaramó como un simio por la arcada baja. Tan deprisa y fácilmente lo hizo, que el inglés apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que estaba sucediendo antes de ser depositado sano y salvo sobre el tejado—. Ya está —dijo Tarzán—. Ahora, llévame cuanto antes al sitio del que me has hablado.

Smith-Oldwick no tuvo dificultades en localizar la trampa en el tejado a través de la cual había escapado. Quitó la tapa y el hombre-mono se inclinó, escuchando y oliscando.

—Ven —dijo tras investigar un momento, y descendió por la abertura.

Smith-Oldwick le siguió, y juntos cruzaron la oscuridad hacia la puerta de la pared posterior del hueco en el que la chica ocultó al inglés. Encontraron la puerta entreabierta y al abrirla Tarzán vio una rendija de luz entre las cortinas que separaban la habitación de la alcoba. Acercando el ojo a la abertura vio a la muchacha y al joven que el inglés había mencionado sentados uno enfrente del otro ante una mesa baja sobre la que había comida. Les servía un gigantesco negro y fue a él al que el hombre-mono observó con más atención. Como estaba familiarizado con las idiosincrasias de un gran número de tribus africanas, el tarmangani se sintió al fin razonablemente seguro de que sabía de qué parte de África procedía este esclavo y el dialecto de su pueblo. Sin embargo, existía la posibilidad de que el tipo hubiera sido capturado en su infancia y que, con el correr de los años, al no utilizar su lengua nativa la hubiera olvidado, pero siempre había un elemento del azar en casi todos los sucesos de la vida de Tarzán, así que esperó pacientemente hasta que en la ejecución de sus obligaciones el hombre negro se acercó a una mesita situada cerca del nicho en el que Tarzán y el inglés se escondían.

Cuando el esclavo se inclinó sobre un plato que estaba sobre la mesa,

su oreja no quedó lejos de la abertura por la que Tarzán miraba. Aparentemente de una pared sólida, pues el negro no tenía conocimiento de la existencia del nicho, le llegaron en la lengua de su pueblo las siguientes palabras en susurros:

—Si quieres regresar a la tierra de los wamabo no digas nada, haz lo que te diga.

El negro dirigió los aterrados ojos hacia la cortina. El hombre-mono le vio temblar y por un momento temió que su terror les traicionara.

—No temas —susurró—, somos amigos.

Al fin el negro habló en un murmullo bajo, apenas audible incluso a los aguzados oídos del hombre-mono.

—¿Qué puede hacer el pobre Otobu —preguntó— por el dios que le habla desde la sólida pared?

—Esto respondió Tarzán: —Vamos a entrar dos en esta habitación. Ayúdanos a impedir que este hombre y esta mujer escapen o den la voz de alarma para que vengan otros en su ayuda.

—Os ayudaré a mantenerles en esta habitación —accedió el negro—, pero no temáis que sus gritos traigan a otros. Estas paredes están construidas de tal manera que ningún sonido las puede atravesar, y aunque lo hiciera, no importaría en esta ciudad que constantemente se llena de gritos de sus locos habitantes. No temáis sus gritos. Nadie se percatará de ellos. Haré lo que me pedís.

Tarzán vio que el negro cruzaba la habitación hasta la mesa sobre la que colocó otro plato de comida ante los comensales. Luego fue a un lugar detrás del hombre y mientras lo hacía alzó los ojos a un punto de la pared desde el que le había llegado la voz del hombre-mono y dijo:

—Amo, estoy listo.

Sin más dilación, Tarzán apartó de golpe las cortinas y entró en la habitación. Al hacerlo el hombre joven se levantó de la mesa y al instante fue agarrado por detrás por el esclavo negro. La muchacha, que estaba de espaldas al hombre-mono y su compañero, al principio no se dio cuenta de su presencia sino que vio tan sólo el ataque del esclavo a su amante, y lanzando un fuerte grito dio un salto hacia adelante para ayudar a este último. Tarzán se puso a su lado y colocó una fuerte mano sobre su brazo antes de que ella pudiera interferir en las atenciones de Otobu hacia el joven. Al principio, cuando ella se volvió hacia el hombre-mono, su rostro sólo reflejó una rabia demente, pero casi al instante ésta se convirtió en la

insípida sonrisa que Smith-Oldwick ya conocía, y sus delgados dedos iniciaron una suave apreciación del recién llegado.

Casi de inmediato descubrió a Smith-Oldwick, pero no había sorpresa ni ira en su semblante. Evidentemente la pobre criatura demente no conocía más que dos estados de ánimo y pasaba de uno a otro con la rapidez del rayo.

Vigílala un momento —dijo Tarzán al inglés— mientras yo desarmo a ese tipo —y se puso al lado del joven, a quien Otobu tenía problemas para reducir, y le quitó el sable—. Diles, si hablas su lengua —ordenó al negro —, que no les haré daño si nos dejan marcharnos en paz.

El negro había estado mirando a Tarzán con grandes ojos, a todas luces sin comprender cómo este dios podía aparecer de una forma tan material, con la voz de un *bwana* y el uniforme de un guerrero de esta ciudad a la que era evidente que no pertenecía. Pero, no obstante, su primera confianza en la voz que le ofrecía libertad no disminuyó e hizo lo que Tarzán le ordenaba.

—Quieren saber qué es lo que quieres —dijo Otobu, después de hablar con el hombre y la muchacha.

—Diles que en primer lugar queremos comida —indicó Tarzán— y algo más que sabemos dónde obtener en esta habitación. Coge la lanza del hombre, Otobu; la veo apoyada en la pared en el rincón de la habitación. Y tú, teniente, coge este sable —y luego de nuevo a Otobu—: Yo vigilaré al hombre mientras tú vas a buscar lo que está debajo del diván adosado a esta pared —y Tarzán indicó la ubicación del mueble.

Otobu, entrenado para obedecer, hizo lo que le ordenaban. Los ojos del hombre y la muchacha le siguieron, y cuando apartó las cortinas y sacó el cadáver del hombre al que Smith-Oldwick había matado, el amante de la muchacha lanzó un fuerte grito e intentó precipitarse hacia el cadáver. Sin embargo, Tarzán le sujetó y el tipo se volvió a él con uñas y dientes. No con poca dificultad Tarzán sometió por fin al hombre, y mientras Otobu le quitaba la ropa exterior al cadáver, Tarzán pidió al negro que interrogara al joven respecto a su evidente excitación al ver al muerto.

—Puedo decírtelo yo, *bwana* —respondió Otobu—. Este hombre era su padre.

—¿Qué le está diciendo a la muchacha? —preguntó Tarzán.

—Le está preguntando si sabía que el cadáver de su padre estaba debajo del diván. Y ella le está diciendo que no.

Tarzán repitió la conversación a Smith-Oldwick, quien sonrió.

—Si ese tipo la hubiera visto eliminar todas las pruebas del crimen y, después de haberme ayudado a arrastrarlo por la habitación, arreglar las colgaduras del diván para que el cuerpo quedara oculto, no dudaría de que ella está al corriente del asunto. La alfombra que has visto extendida sobre el banco del rincón la ha puesto para ocultar la mancha de sangre; en algunos aspectos no están tan locos.

El hombre negro había quitado las prendas exteriores del hombre muerto, y Smith-Oldwick se apresuró a ponérselas sobre su propia ropa.

—Y ahora —dijo Tarzán—, nos sentaremos a comer. Poco se consigue con el estómago vacío.

Mientras comían el hombre-mono trató de mantener una conversación con los dos nativos a través de Otobu. Se enteró de que se encontraban en el palacio que pertenecía al hombre muerto que yacía en el suelo junto a ellos. Él había ocupado un puesto oficial de alguna clase, y él y su familia eran de la clase gobernante pero no formaban parte de la corte.

Cuando Tarzán les interrogó acerca de Bertha Kircher, el hombre joven dijo que la habían llevado al palacio del rey; y cuando se le preguntó por qué, respondió:

—Para el rey, claro.

Durante la conversación el hombre y la mujer daban la impresión de ser bastante racionales, e incluso les hicieron algunas preguntas respecto al lugar de dónde venían sus huéspedes no invitados, y dieron muestras de gran sorpresa cuando les informaron de que más allá de su valle no existía nada más que desiertos sin agua.

Cuando Otobu preguntó al hombre, a sugerencia de Tarzán, si estaba familiarizado con el interior del palacio del rey, respondió que sí; que era amigo del príncipe Metak, uno de los hijos del rey, y que visitaba el palacio a menudo y que Metak también acudía con frecuencia al palacio del padre del joven. Mientras comía, Tarzán se estrujaba el cerebro para encontrar algún plan por el que pudieran utilizar el conocimiento que el joven tenía para acceder al palacio, pero no había llegado a nada que considerara factible cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta de la habitación exterior.

Por un momento nadie habló y luego el hombre joven alzó la voz y gritó a los que estaban fuera. De inmediato Otobu se abalanzó sobre el tipo e intentó ahogar sus palabras tapándole la boca con la mano.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Tarzán.

—Les está diciendo que echen la puerta abajo y les rescaten a él y a la muchacha de dos extranjeros que han entrado y les han hecho prisioneros. Si entran nos matarán a todos.

—Dile —indicó Tarzán— que calle o le mataré.

Otobu hizo lo que le habían ordenado y el joven maníaco se quedó en silencio con el entrecejo fruncido. Tarzán cruzó la alcoba y entró en la habitación exterior donde observó el efecto de los asaltos a la puerta. Smith-Oldwick le siguió unos pasos, dejando a Otobu vigilando a los dos prisioneros. El hombre-mono vio que la puerta no podría resistir mucho los fuertes golpes que le propinaban desde fuera.

—Quería utilizar a ese tipo en la otra habitación —dijo a Smith-Oldwick—, pero me temo que tendremos que volver por donde hemos venido. No conseguiremos nada esperando aquí y peleando con estos tipos. A juzgar por el ruido que hacen, debe de haber una docena. Vamos, ve tú primero y yo te seguiré.

Cuando los dos volvieron a la alcoba presenciaron una escena completamente distinta de la que habían dejado unos momentos antes. Tumbado en el suelo y aparentemente sin vida yacía el cuerpo del esclavo negro, mientras que los dos prisioneros habían desaparecido por completo.

CAPÍTULO XXIII

EL VUELO PROCEDENTE DE XUJA

MIENTRAS Metak llevaba a Bertha Kircher hacia el borde del estanque, la muchacha no tenía idea de la hazaña que él tenía previsto hacer, pero cuando se aproximaron al borde y él se lanzó de cabeza al agua con ella en brazos, cerró los ojos y entonó una plegaria silenciosa, pues estaba segura de que el maníaco no tenía otro propósito que ahogarse con ella. Y sin embargo, tan potente es la primera ley de la naturaleza, que incluso ante la muerte cierta, que sin duda era lo que ella creía que les esperaba, se aferró tenazmente a la vida, y mientras forcejeaba para liberarse de las fuertes garras del loco, contuvo el aliento para protegerse de las asfixiantes aguas que inevitablemente llenarían sus pulmones.

Durante todo el espantoso episodio mantuvo un absoluto control de sus sentidos de modo que, tras la primera zambullida, se dio cuenta de que el hombre nadaba con ella bajo la superficie. No dio quizá más de una docena de brazadas directamente hacia la pared del fondo de la piscina y luego se levantó; y una vez más supo que tenía la cabeza por encima de la superficie. Abrió los ojos y vio que se encontraban en un corredor apenas iluminado por unas rejas situadas en el techo; era un corredor sinuoso, lleno de agua de pared a pared.

El hombre nadaba por este corredor con brazadas fáciles y fuertes, mientras sujetaba la barbilla de la muchacha por encima del agua. Durante diez minutos nadó así sin detenerse y la muchacha oyó que le hablaba, aunque no entendía lo que decía, como él comprendió enseguida; pues, medio flotando, dejó de sujetarla para tocarle la nariz y la boca con los dedos de una mano. Ella captó lo que quería decir y respiró hondo, tras lo cual él se hundió rápidamente bajo la superficie, arrastrándola a ella, y de nuevo nadaron unas doce brazadas completamente sumergidos.

Cuando volvieron a salir a la superficie, Bertha Kircher vio que se encontraban en una gran laguna y que las estrellas brillaban en lo alto,

mientras a ambos lados las cúpulas y minaretes de los edificios quedaban recortadas sobre el firmamento. Metak nadó veloz hacia el lado norte de la laguna donde, mediante una escalerilla, los dos salieron del agua. En la plaza había otras personas, pero prestaron poca atención a las dos figuras mojadas. Mientras Metak caminaba apresurado con la muchacha a su lado, Bertha Kircher sólo pudo adivinar las intenciones del hombre. No veía la forma de escapar y por eso le siguió dócilmente, esperando contra toda esperanza que pudiera surgir alguna circunstancia fortuita que le diera la oportunidad de liberarse.

Metak la condujo hacia un edificio que, cuando entró, reconoció como el mismo al que ella y el teniente Smith-Oldwick fueron conducidos cuando les llevaron a la ciudad. No había ningún hombre sentado tras el escritorio tallado, pero en la habitación había una docena o más de guerreros con las túnicas de la casa a la que pertenecían, en este caso blanca con un pequeño león en forma de cresta o insignia en el pecho y la espalda de cada uno.

Cuando Metak entró y los hombres le reconocieron se pusieron en pie, y como respuesta a una pregunta que hizo le señalaron hacia una puerta arqueada situada en la parte posterior de la habitación. Metak condujo hacia ésta a la muchacha y luego, como si de pronto le hubieran asaltado los recelos, sus ojos se entrecerraron y se volvió hacia los soldados dando una orden que hizo que todos ellos le precedieran a poca distancia por la pequeña puerta y por una breve escalera de piedra que ascendía.

La escalera y el corredor de arriba estaban iluminados por pequeñas llamas que permitían ver varias puertas en las paredes del pasillo superior. Los hombres condujeron al príncipe a una de ellas. Bertha Kircher les vio llamar a la puerta y oyeron una voz que respondía débilmente a través de la gruesa puerta. El efecto que produjo en torno a ella fue eléctrico. Al instante reinó la excitación, y en respuesta a las órdenes del hijo del rey los soldados se pusieron a golpear con fuerza la puerta, a arrojar sus cuerpos contra ella y a intentar cortar las hojas de madera con sus sables. La muchacha se preguntó por la causa de la evidente excitación de sus capturadores. Vio el renovado asalto a la puerta, pero lo que no vio justo antes de que se partiera hacia adentro fueron las figuras de los dos únicos hombres en el mundo entero que podrían salvarla pasando entre las gruesas cortinas de una alcoba contigua y desaparecer en un oscuro corredor.

Cuando la puerta cedió y los guerreros se precipitaron dentro del

apartamento seguidos por el príncipe, este último se llenó inmediatamente de rabia y desconcierto, pues las habitaciones se hallaban vacías salvo por el cuerpo muerto del propietario del palacio, y la forma inerte del esclavo negro, Otobu, que yacía en el suelo de la alcoba. El príncipe se precipitó a las ventanas y miró afuera, pero los aposentos daban a la leonera con barrotes de la cual, pensó el príncipe, no podía haber escapatoria, su asombro sólo aumentó. Aunque registró la habitación en busca de alguna pista del paradero de sus antiguos ocupantes no descubrió el nicho detrás de las cortinas. Con la inconstancia de la demencia pronto se cansó de la búsqueda, y volviéndose a los soldados que le habían acompañado desde el piso de abajo les hizo marchar.

Tras reparar lo mejor que pudieron la puerta rota, los hombres salieron del aposento y cuando volvieron a encontrarse solos, Metak se volvió a la muchacha. Mientras se acercaba a ella con el rostro deformado por una espantosa sonrisa impúdica, sus facciones experimentaron una serie de rápidos movimientos espasmódicos. La muchacha, que se hallaba de pie en la entrada de la alcoba, se retiró con el horror reflejado en su rostro. Paso a paso fue retrocediendo en la habitación, mientras el maníaco se acercaba a ella cautelosamente con los dedos puestos como garras anticipando el momento en que saltaría sobre ella. Cuando pasó junto al cuerpo del negro, el pie de la muchacha tocó algún obstáculo a su lado, y al mirar al suelo vio la lanza con la que se suponía que Otobu retendría a los prisioneros. Al instante se inclinó y la recogió del suelo con la afilada punta dirigida al cuerpo del demente. El efecto que produjo en Metak fue eléctrico. Del cauteloso silencio pasó a estallar en roncas carcajadas, sacó su sable y danzó de un lado a otro ante la muchacha, pero fuera adonde fuera la punta de la lanza seguía amenazándole. Poco a poco la muchacha fue observando un cambio en el tono de los gritos de la criatura que también se reflejaba en la expresión cambiante de su espantoso rostro. Su risa histérica iba transformándose lentamente en gritos de rabia, mientras la boba sonrisa impúdica que exhibía era sustituida por un ceño feroz y unos labios curvados hacia arriba que dejaban al descubierto los afilados colmillos que había debajo.

Ahora el hombre corrió casi directo a la punta de la lanza, sólo para apartarse de un salto, correr unos pasos a un lado y volver a intentar efectuar una entrada, al tiempo que daba golpes de sable a la lanza con tanta violencia que a la muchacha le resultaba difícil mantener la guardia, y

todo el tiempo se vio obligada a ceder terreno paso a paso. Había llegado al punto en que se encontraba de pie junto al diván colocado a un lado de la habitación cuando, con un movimiento increíblemente veloz, Metak se agachó, cogió un taburete bajo y se lo lanzó directamente a la cabeza.

Ella alzó la lanza para detener el pesado misil, pero no lo logró por completo y el impacto del golpe la hizo caer sobre el diván, y al instante Metak estuvo sobre ella.

Tarzán y Smith-Oldwick pensaron poco en qué habría sido de los otros dos ocupantes de la habitación. Se habían marchado y en lo que a estos dos se refería, les daba lo mismo que no regresarán nunca. El único deseo de Tarzán era volver a la calle, donde, ahora que ambos iban más o menos disfrazados, les sería posible avanzar con relativa seguridad hasta el palacio y proseguir la búsqueda de la muchacha.

Smith-Oldwick precedió a Tarzán por el corredor y cuando llegaron a la escalerilla la subió para quitar la trampilla. Forcejeó unos momentos y luego se volvió y preguntó a Tarzán:

—¿La hemos dejado cerrada cuando hemos bajado? No recuerdo que lo hiciéramos.

—No —respondió Tarzán—. La hemos dejado abierta.

—Eso creía —dijo Smith-Oldwick—, pero ahora está cerrada y trabada. No puedo moverla. Quizá tú puedas —y descendió la escalerilla.

Sin embargo, ni siquiera la inmensa fuerza de Tarzán produjo ningún otro efecto que romper uno de los peldaños de la escalerilla contra el que ejercía presión, lo que estuvo a punto de precipitarle al suelo. Después de que el peldaño se rompiera, descansó un momento antes de reanudar sus esfuerzos, y mientras permanecía con la cabeza cerca de la trampilla oyó claramente voces en el tejado.

Tarzán bajó junto a Oldwick y le dijo lo que había oído.

—Será mejor que busquemos otra manera de salir de aquí —dijo, y los dos se encaminaron de nuevo hacia la alcoba.

Tarzán volvía a encabezar la marcha, y cuando abrió la puerta de la parte posterior del nicho, se sobresaltó al oír, en tono de terror y con voz de mujer, las palabras:

—Oh, Dios, ten piedad —justo detrás de las cortinas.

No había tiempo para una investigación cauta y, sin siquiera esperar a encontrar la abertura de las cortinas y separarlas, sino arrancándolas con un movimiento de barrido de la mano, el hombre-mono saltó del nicho a la

alcoba.

Al oír el ruido que produjo su entrada, el maníaco levantó la mirada, y como al principio sólo vio a un hombre con el uniforme de los soldados de su padre, emitió una orden con voz estridente, pero al mirar por segunda vez y ver la cara del recién llegado, el demente se apartó de un salto de su víctima y, olvidando aparentemente la existencia del sable que había arrojado junto al diván cuando saltó sobre la chica, cerró sus manos desnudas sobre su adversario, buscando la garganta del otro con sus dientes afilados.

Metak, el hijo de Herog, no era ningún cobarde. Fuerte por naturaleza y aún más fuerte cuando era presa de un ataque de furia maníaca, no era un rival nada despreciable, ni siquiera para el poderoso hombre-mono, y a esta clara ventaja para él se añadía el hecho de que casi al principio de su batalla Tarzán, al retroceder, dio con el talón en el cadáver del hombre al que Smith-Oldwick había matado y cayó pesadamente hacia atrás con Metak sobre su pecho.

Con la rapidez de un felino, el maníaco efectuó un intento de clavar sus dientes en la yugular de Tarzán, pero un rápido movimiento de este último hizo que se encontrara mordiendo el hombro el tarmangani. Aquí se agarró mientras sus dedos buscaban la garganta de Tarzán, y fue entonces cuando el hombre-mono, comprendiendo la posibilidad de la derrota, gritó a Smith-Oldwick que se llevara a la muchacha y huyeran.

El inglés miró con aire interrogador a Bertha Kircher, quien se había levantado del diván y estaba temblando. Vio el interrogante en los ojos del oficial y con un esfuerzo se irguió al máximo.

—No —exclamó—, si él muere aquí yo moriré con él. Vete tú si lo deseas. No puedes hacer nada, pero yo… no puedo irme.

Tarzán había logrado ponerse en pie de nuevo, pero el maníaco seguía aferrándose a él con tenacidad. La muchacha se volvió de pronto a Smith-Oldwick.

—¡Tu pistola! —gritó—. ¿Por qué no le disparas?

El hombre sacó el arma de su bolsillo y se acercó a los dos contendientes, pero esta vez se movían con tanta rapidez que no había ocasión de disparar a uno sin correr el peligro de herir al otro. Al mismo tiempo, Bertha Kircher daba vueltas alrededor de los hombres con el sable del príncipe, pero tampoco ella lograba encontrar una abertura. Una y otra vez los dos hombres cayeron al suelo, hasta que al fin Tarzán pudo agarrar

al otro por la garganta, contra lo cual Metak había estado peleando sin cesar, y poco a poco, mientras los dedos del gigante se iban cerrando, los ojos del otro hombre sobresalían de su rostro lívido, sus mandíbulas se abrieron boqueando y dejó de agarrar el hombro de Tarzán, y entonces, en un súbito exceso de disgusto y rabia, el hombre-mono levantó el cuerpo del príncipe por encima de su cabeza y con toda la fuerza de sus grandes brazos lo lanzó al otro lado de la habitación; salió por la ventana y cayó con un terrible golpe sordo en el foso de los leones.

Cuando Tarzán se volvió de nuevo hacia sus compañeros, la muchacha se hallaba de pie con el sable en la mano y una expresión en el rostro que él nunca le había visto. Sus ojos estaban abiertos de par en par y húmedos de lágrimas, mientras que sus labios sensibles temblaban como si estuviera a punto de ceder a alguna emoción reprimida que su pecho, subiendo y bajando rápidamente, indicaba con claridad que estaba haciendo esfuerzos por controlar.

—Si hemos de salir de aquí —dijo el hombre-mono—, no podemos perder tiempo. Por fin estamos juntos y nada ganaremos retrasándonos. La cuestión ahora es saber cuál es el camino más seguro. La pareja que ha escapado de nosotros evidentemente ha huido por la trampilla del tejado y ha cerrado ésta para obstaculizarnos el paso en esa dirección. ¿Qué posibilidades tenemos abajo? Tú has venido de ahí —y se volvió a la chica.

—Al pie de la escalera —dijo ella— hay una habitación llena de hombres armados. Dudo que pudiéramos pasar por allí.

Fue entonces cuando Otobu se incorporó y se sentó.

—Así que no estás muerto —exclamó el hombre-mono—. Vamos, ¿estás muy malherido?

El negro se levantó con cuidado del suelo, movió los brazos y las piernas y se palpó la cabeza.

—Otobu no parece estar herido, besana sólo tiene un gran dolor de cabeza.

—Bien —dijo el hombre-mono, ¿Quieres volver a la región wamabo?

—Sí, *bwana*.

—Entonces sácanos de la ciudad por el camino más seguro.

—No hay ningún camino seguro —respondió el negro—, y aunque llegáramos a las murallas tendremos que pelear. Puedo sacaros de este edificio y llevaros a una calle lateral con poco peligro de encontrarnos con alguien. Después tenemos que correr el riesgo de que nos descubran. Todos

vais vestidos como la gente de esta horrible ciudad, así que quizá podamos pasar inadvertidos, pero en la muralla será distinto, pues no se permite que nadie salga de la ciudad por la noche.

—Muy bien —dijo el hombre-mono—, vámonos.

Otobu les hizo salir por la puerta rota de la habitación exterior y por el corredor hasta entrar en otro aposento situado a la derecha. Lo cruzaron hasta un pasadizo que había más allá y, por fin, atravesando varias habitaciones y corredores, les hizo bajar un tramo de escaleras hasta una puerta que se abría directamente a una calle lateral detrás del palacio. Dos hombres, una mujer y un esclavo negro no eran una imagen extraordinaria en las calles de la ciudad para suscitar comentarios. Para pasar por debajo de las lámparas los tres europeos procuraban elegir un momento en que no hubiera ningún peatón que pudiera verles la cara, pero en la sombra de las arcadas parecían correr poco peligro de ser reconocidos. Habían cubierto una gran parte de la distancia hasta la puerta de la ciudad sin obstáculos cuando llegaron a sus oídos, procedentes de la parte central de la ciudad, los ruidos de un gran alboroto.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tarzán a Otobu, quien ahora temblaba violentamente.

—Amo —dijo—, han descubierto lo que ha ocurrido en el palacio de Veza, alcalde de la ciudad. Su hijo y la muchacha han escapado y han enviado soldados que sin duda han descubierto el cuerpo de Veza.

—Me pregunto —dijo Tarzán— si han descubierto al que he lanzado por la ventana.

Bertha Kircher, que entendía lo suficiente el dialecto para seguir su conversación, preguntó a Tarzán si sabía que el hombre al que había arrojado por la ventana era el hijo del rey. El hombre-mono se echó a reír.

—No —exclamó—, claro que no. Esto complica las cosas; al menos si ya le han encontrado.

De pronto, por encima de la vorágine que se desarrollaba detrás de ellos, se oyeron los claros sones de una corneta. Otobu apretó el paso.

—De prisa, amo —instó—, es peor de lo que yo creía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tarzán.

—Por alguna razón están llamando a la guardia del rey y a los leones del rey. Me temo, bwana, que no podremos escapar de ellos. Pero no sé por qué los llaman.

Pero si Otobu no lo sabía, Tarzán al menos adivinaba que habían

hallado el cuerpo del hijo del rey. Una vez más las notas de la corneta se elevaron fuertes y claras en el aire nocturno.

—¿Quizá llaman a más leones? —preguntó Tarzán.

—No, amo —respondió Otobu—. Están llamando a los loros.

Avanzaron rápidamente en silencio unos minutos cuando el aleteo de un pájaro por encima de ellos les llamó la atención. Levantaron la mirada y descubrieron un loro que volaba en círculo sobre sus cabezas.

—Aquí están los loros, Otobu —dijo Tarzán con una sonrisa—. ¿Esperan matarnos con loros?

El negro gimió cuando el pájaro de pronto echó a volar hacia la muralla de la ciudad.

—Ahora sí que estamos perdidos, amo —exclamó el negro—. Ese pájaro que nos ha encontrado ha volado hacia la puerta de la ciudad para avisar a la guardia.

—Vamos, Otobu, ¿de qué estás hablando? —exclamó Tarzán irritado —. ¿Has vivido tanto tiempo entre estos dementes que tú mismo te has vuelto loco?

—No, amo —replicó Otobu—, no estoy loco. Tú no les conoces. Estos pájaros terribles son como seres humanos sin corazón ni alma. Hablan la lengua de la gente de esta ciudad de Xuja. Son demonios, amo, y si se reúnen en número suficiente son capaces incluso de atacarnos y matarnos.

—¿Estamos muy lejos de la puerta de la ciudad? —pregunto Tarzán.

—No mucho —respondió el negro—. Después del siguiente recodo la veremos a pocos pasos. Pero el pájaro ha llegado antes que nosotros y ahora están llamando a la guardia —la verdad de cuya afirmación fue indicada casi de inmediato por los sonidos de muchas voces altas que evidentemente eran órdenes justo delante de ellos, mientras por detrás les llegaba el ruido de los perseguidores que se aproximaban: fuertes gritos y rugidos de leones.

Unos pasos más adelante un angosto callejón se abría desde el este y penetraba en la vía pública que ellos seguían, y cuando se acercaban salió de sus oscuras sombras la figura de un imponente león. Otobu se detuvo en seco y retrocedió hasta Tarzán.

—¡Mira, amo —gimió—, un gran león negro de la selva!

Tarzán blandió el sable que aún colgaba a su lado.

—No podemos retroceder —dijo—. Leones, loros u hombres ha de ser igual —y avanzó con paso firme en la dirección de la puerta de la muralla.

El viento que soplaba en la calle de la ciudad pasó de Tarzán al león, y cuando el hombre-mono se hubo acercado a pocos metros de la bestia, que había permanecido en silencio mirándoles, en lugar del esperado rugido brotó de su garganta un gemido. El hombre-mono fue consciente de una gran sensación de alivio.

—Es el Numa del foso —gritó a sus compañeros, y a Otobu—: No temas, este león no nos hará daño.

Numa avanzó hacia el hombre-mono y se puso a su lado; luego se volvió y caminó a su lado por la estrecha calle. En el siguiente recodo apareció a su vista la puerta de la ciudad, donde, bajo varias llamas, vieron a un grupo de al menos veinte guerreros preparados para capturarles, mientras desde la dirección opuesta los rugidos de los leones que les perseguían sonaron muy cerca de ellos, mezclados con los gritos de numerosos loros que ahora volaban en círculos sobre sus cabezas. Tarzán se detuvo y se volvió al joven aviador.

—¿Cuántas balas te quedan? —preguntó.

—En la pistola hay siete —respondió Smith-Oldwick—, y tengo quizá otras doce en el bolsillo de la camisa.

—Voy a precipitarme hacia ellos —dijo Tarzán—. Otobu, quédate al lado de la mujer. Oldwick, tú y yo iremos delante, tú a mi izquierda. Me parece que no es necesario que tratemos de decirle a Numa lo que tiene que hacer —pues el gran león estaba enseñando los colmillos y gruñendo ferozmente a los guardias, quienes parecían intranquilos frente a esta criatura a la que temían mucho más que a las demás.

—Mientras avanzamos, Oldwick —dijo el hombre-mono—, dispara una vez. Puede que eso les asuste; y después dispara sólo cuando sea necesario. ¿Estamos listos? ¡Adelante! —y avanzó hacia la puerta de la muralla.

Al mismo tiempo, Smith-Oldwick descargó su pistola y un guerrero con túnica amarilla lanzó un grito y se echó las manos a la cara. Durante un minuto los otros mostraron síntomas de pánico, pero uno, que parecía ser un oficial, les reunió de nuevo.

—¡Ahora! —ordenó Tarzán—, ¡todos juntos! —y echó a correr hacia la puerta.

Simultáneamente, el león, que a todas luces percibía el propósito del tarmangani, embistió hacia el guardia.

Sorprendidos por el ruido del arma que les resultaba desconocida, los

guardias rompieron filas antes del furioso ataque de la gran bestia. El oficial gritó una serie de órdenes con rabia incontrolada, pero los guardias, obedeciendo a la primera ley de la naturaleza así como impulsados por el miedo inherente al habitante negro de la selva, se dispersaron a derecha e izquierda para evitar al monstruo. Con feroces gruñidos Numa giró a la derecha, y con las garras golpeaba a izquierda y derecha entre un pequeño grupo de aterrados guardias que trataban de esquivarlo, y entonces Tarzán y Smith-Oldwick se cerraron con los otros.

Por un momento su más formidable contrincante fue el oficial que estaba al mando. Blandía su sable curvado como sólo podría hacerlo un experto mientras se encaraba a Tarzán, a quien el arma similar que tenía en su propia mano le resultaba de lo más desconocido. Smith-Oldwick no podía disparar por miedo a darle al hombre-mono cuando de pronto, para su desánimo, vio que el arma de Tarzán salia volando de su mano cuando el guerrero de Xuja desarmó limpiamente a su oponente. Con un grito el tipo levantó su sable para el golpe final que pondría fin a la carrera terrenal de Tarzán de los Monos cuando, para asombro del hombre-mono y Smith-Oldwick, el tipo se puso rígido, el arma le cayó de los dedos inertes de la mano que tenía levantada, sus ojos dementes se pusieron en blanco y de la boca empezó a salirle espuma. Boqueando como si le estuvieran estrangulando, el tipo cayó de bruces a los pies de Tarzán.

Tarzán se inclinó y cogió el arma del hombre muerto, con una sonrisa en los labios cuando se volvió y miró hacia el joven inglés.

—Este tipo es epiléptico —observó Smith-Oldwick—. Supongo que muchos lo son. Su estado nervioso no carece de ventajas: un hombre normal habría acabado contigo.

Los otros guardias daban la impresión de estar absolutamente desmoralizados por haber perdido a su líder. Estaban agazapados en el lado opuesto de la calle, a la izquierda de la puerta de la ciudad, gritando con todas sus fuerzas y mirando en la dirección de la que provenían ruidos de refuerzos, como si animaran a los hombres y a los leones que ya estaban demasiado cerca para que los fugitivos estuvieran tranquilos. Seis guardias aún permanecían con la espalda contra la puerta, relucientes sus armas a la luz de las llamas y deformadas sus caras apergaminadas por las horribles muecas de rabia y terror.

Numa había perseguido a dos guerreros que huían por la calle que corría paralela a la muralla durante un breve trecho. El hombre-mono se

volvió a Smith-Oldwick.

—Ahora tendrás que usar la pistola —dijo— y debemos pasar por donde están esos tipos enseguida.

En cuanto el joven inglés disparó, Tarzán arremetió contra los guardias como si no hubiera descubierto ya que con el sable no tenía nada que hacer, pues se trataba de espadachines expertos. Dos hombres cayeron a los dos primeros disparos de Smith-Oldwick y luego falló, mientras que los cuatro restantes se dividían, abalanzándose dos sobre el aviador y dos sobre Tarzán.

El hombre-mono les embistió en un esfuerzo por atacar a uno de sus oponentes donde el otro sable seria comparativamente inútil. Smith-Oldwick derribó a uno de sus atacantes con una bala en el pecho y apretó el gatillo sobre el segundo, sólo para que el martillo cayera inútilmente en una cámara vacía. Los cartuchos se habían agotado y el guerrero, con su reluciente y afilado sable, se le echó encima.

Tarzán levantó su arma una vez para esquivar un golpe en la cabeza. Luego saltó sobre uno de sus agresores y antes de que el tipo recuperara el equilibrio y saltara hacia atrás tras descargar su golpe, el hombre-mono le agarró por el cuello y la entrepierna. El otro antagonista de Tarzán se estaba volviendo a un lado para utilizar su arma, y cuando levantó la hoja para golpear al tarmangani en la nuca, este último alzó el cuerpo de su camarada de modo que éste fue quien recibió la fuerza del golpe. La hoja se hundió en el cuerpo del guerrero, provocando un único grito de terror, y luego Tarzán arrojó al moribundo a la cara de su último adversario.

Smith-Oldwick, que se hallaba en apuros y completamente indefenso, abandonó toda esperanza en el instante en que se dio cuenta de que su pistola estaba vacía, cuando, procedente de la izquierda, un rayo vivo de gran ferocidad y color negro pasó por su lado y se estrelló en el pecho de su oponente. El xujano se desplomó, el rostro mordido por las fuertes mandíbulas del Numa del foso.

En los pocos segundos requeridos para la consumación de estos sucesos, que se produjeron con gran rapidez, Otobu había arrastrado a Bertha Kircher hasta la puerta de la ciudad, y al vencer al último de los guardias el grupo salió de la ciudad de los maníacos a la oscuridad del exterior. Al mismo tiempo, media docena de leones dieron la vuelta a la esquina en la calle que conducía hacia la plaza y al verles el Numa del foso se giró en redondo y los embistió. Por un momento los leones de la ciudad

se quedaron donde estaban, pero sólo por un momento, y luego, antes de que la bestia negra llegara hasta ellos, se volvieron y salieron huyendo, mientras Tarzán y su grupo avanzaban rápidamente hacia la negrura de la selva que se extendía más allá del jardín.

—¿Nos seguirán fuera de la ciudad? —preguntó Tarzán a Otobu.

—De noche no —respondió el negro—. He sido esclavo aquí durante cinco años, pero nunca he sabido que saliera nadie de la ciudad por la noche. Si durante el día van más allá de la selva, suelen esperar al amanecer de otro día antes de regresar, ya que temen cruzar la región de los leones negros cuando es de noche. No, amo, creo que de noche no nos seguirán, pero mañana irán en nuestra busca y, oh, *bwana*, entonces seguro que nos atraparán, o a los que quedemos, pues al menos uno de entre nosotros debe ser el pago a los leones negros cuando pasemos por su selva.

Cuando cruzaron el jardín, Smith-Oldwick recargó su pistola e insertó una bala en la cámara. La muchacha avanzaba en silencio a la izquierda de Tarzán, entre él y el aviador. De pronto el hombre-mono se detuvo y se volvió hacia la ciudad, su corpulento cuerpo, vestido con la túnica amarilla de los soldados de Herog, claramente visible a los demás a la luz de las estrellas. Le vieron alzar la cabeza y oyeron salir de sus labios la nota quejumbrosa de un león cuando llama a sus compañeros. Smith-Oldwick sintió un escalofrío mientras Otobu, poniendo los ojos en blanco con aterrada sorpresa, cayó postrado de rodillas. Pero la muchacha estaba emocionada y sintió que el corazón le latía con extraña exultación, y entonces se acercó al hombre bestia hasta que su hombro le rozó el brazo. Este acto fue involuntario y por un momento ella apenas se dio cuenta de lo que había hecho; entonces se retiró de nuevo en silencio, agradeciendo que la luz de las estrellas no fuera suficiente para revelar a los ojos de sus compañeros el sonrojo que cubría sus mejillas. Sin embargo, no le avergonzaba el impulso que la había urgido a hacer lo que había hecho, sino el acto mismo que sabía que a Tarzán, si hubiera reparado en él, le habría resultado repulsivo.

Desde la puerta abierta de la ciudad de los maníacos llegó el grito de respuesta de un león. El pequeño grupo esperó donde estaba hasta que vieron las majestuosas proporciones del león negro que se aproximaba a ellos por el camino. Cuando se reunió con ellos Tarzán metió los dedos de una mano en la negra cabellera y echó a andar de nuevo hacia la selva. Detrás de ellos, en la ciudad, se elevaba una confusión de horribles ruidos,

el rugido de leones mezclado con las voces roncas de los loros y los enloquecidos chillidos de los maníacos. Cuando penetraron en la oscuridad de la selva, la muchacha volvió a acercarse involuntariamente al hombre-mono, y esta vez Tarzán percibió el contacto.

Él carecía de miedo, pero apreciaba de modo instintivo el pavor que debía de sentir la muchacha. Impulsado por un repentino sentimiento de bondad, buscó su mano y se la cogió, y así siguieron andando, a tientas en la negrura del camino. Por dos veces se acercaron a ellos leones de la selva, pero en ambas ocasiones los profundos gruñidos del Numa del foso ahuyentaron a sus atacantes. Varias veces se vieron obligados a descansar, pues Smith-Oldwick estaba constantemente al borde del agotamiento, y hacia la mañana Tarzán se vio obligado a llevarle a cuestas para efectuar el empinado ascenso desde el lecho del valle.

CAPÍTULO XXIV

LOS SOLDADOS INGLESES

LA LUZ del día les sorprendió en el desfiladero, pero, aunque cansados como estaban con excepción de Tarzán, comprendieron que debían seguir adelante a toda costa hasta que encontraran un lugar donde pudieran ascender el precipicio hasta la meseta de arriba. Tarzán y Otobu tenían confianza en que los habitantes de Xuja no les seguirían más allá de la garganta, pero aunque examinaban cada centímetro de los riscos que se elevaban a ambos lados, no encontraban ningún lugar por donde escapar, ni a derecha ni a izquierda. Había lugares en que el hombre-mono en solitario podría intentar el ascenso, pero ninguno donde los demás pudieran tener esperanzas de alcanzar con éxito la meseta, ni Tarzán, aunque fuerte y ágil, se habría aventurado a llevarlos sanos y salvos hasta allí.

Durante medio día el hombre-mono había llevado a cuestas o sostenido a Smith-Oldwick y ahora, para su pesar, vio que la muchacha empezaba a flaquear. Se daba cuenta de cuánto había sufrido y de cuánta vitalidad tenían que haberle quitado las penalidades y peligros a que había estado sometida y la fatiga de las últimas semanas. Vio con cuánta valentía ella trataba de mantener el ánimo. Sin embargo, a menudo tropezaba y se tambaleaba mientras avanzaba pesadamente por la arena y grava de la garganta. También admiraba su fortaleza y el esfuerzo resignado que estaba haciendo para seguir adelante.

El inglés debía de haberse percatado también de su estado, pues algún tiempo después de mediodía, se detuvo de pronto y se sentó en la arena.

—No servirá de nada —dio a Tarzán—. No puedo continuar. La señorita Kircher se está debilitando rápidamente. Tendréis que seguir adelante sin mí.

—No —dijo la muchacha—, no podemos hacerlo. Hemos pasado demasiadas penalidades juntos y las posibilidades de escapar aún son tan remotas, que debemos permanecer juntos, a menos —y miró a Tarzán—

que tú, que has hecho tanto por nosotros sin estar obligado a ello, quieras seguir adelante solo. Ojalá lo hicieras. Debe de ser evidente para ti como lo es para mí que no puedes salvarnos, pues aunque lograras sacarnos del camino de nuestros perseguidores, ni siquiera tu gran fuerza y resistencia podría llevarnos al otro lado del desierto que se extiende desde aquí hasta la región fértil más próxima.

El hombre-mono se volvió a su semblante serio con una sonrisa.

—No estás muerta —le dijo—, y el teniente tampoco, ni Otobu, ni yo. Uno o está muerto o está vivo, y hasta que estemos muertos debemos pensar sólo en seguir viviendo. Porque seguimos aquí y nada indica que vayamos a morir aquí. No puedo llevaros a los dos a la región de los wamabos, que es el lugar más cercano en el que podemos esperar encontrar caza y agua, pero no nos rendiremos. Hasta ahora hemos encontrado la manera de salir airosos. Aceptemos las cosas tal como vienen. Ahora descansaremos porque tú y el teniente Smith-Oldwick lo necesitáis, y cuando estéis más fuertes proseguiremos el camino.

—Pero ¿y los xujanos? —preguntó ella—. ¿No pueden seguirnos hasta aquí?

—Sí —respondió él—, probablemente lo harán. Pero no hemos de preocuparnos por ellos hasta que lleguen.

—Ojalá —dijo la muchacha— tuviera yo la misa filosofía que tú, pero me temo que no es así.

—Vosotros no nacisteis y crecisteis en la jungla con bestias salvajes, de lo contrario poseeríais, igual que yo, el fatalismo de la jungla.

Y así, pues, se situaron a un lado de la garganta, bajo la sombra de una roca saliente, y se tumbaron en la caliente arena para descansar. Numa se paseaba inquieto de un lado a otro, y por fin, tras tumbarse un momento junto al hombre-mono, se levantó y se alejó por la garganta hasta que un momento después se perdió de vista tras el recodo más próximo.

Durante una hora el pequeño grupo descansó y entonces Tarzán, de pronto, se levantó haciendo seña a los demás de que callaran, y escuchó. Permaneció inmóvil un minuto, aguzando el oído para oír ruidos tan débiles y distantes que ninguno de los demás podía distinguir en la absoluta calma y silencio de la garganta. Por fin el hombre-mono se relajó y se volvió a ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha.

—Ya vienen —respondió Tarzán—. Se encuentran a cierta distancia,

aunque no lejos, pues los pies con sandalias de los hombres y las patas almohadilladas de los leones hacen poco ruido sobre la arena.

—¿Qué haremos? ¿Adónde intentaremos ir? —preguntó Smith-Oldwick—. Creo que ahora podría recorrer un trecho. Estoy muy descansado. ¿Qué tal estás tú? —preguntó a la chica.

—Oh, sí —respondió ella—. Me siento mucho más fuerte. Sí, seguro que puedo seguir.

Tarzán sabía que ninguno de los dos decía la verdad, que la gente no se recupera tan deprisa del agotamiento absoluto, pero no vio otra salida, y siempre existía la esperanza de que al doblar el recodo hubiera un modo de salir de la garganta.

—Ayuda al teniente, Otobu —ordenó, volviéndose al negro—, y yo llevaré a la señorita Kircher —y aunque la muchacha puso objeciones, diciendo que no debía malgastar sus fuerzas, él la cogió en brazos ágilmente y echó a andar por el cañón, seguido por Otobu y el inglés. No habían recorrido una gran distancia cuando los otros miembros del grupo oyeron los ruidos de sus perseguidores, pues ahora los leones gemían como si el rastro de olor fresco de su presa hubiera llegado a sus ollares.

—Ojalá Numa regresara —dijo la muchacha.

—Sí —coincidió Tarzán—, pero tendremos que hacer todo lo que podamos sin él. Me gustaría encontrar algún lugar donde protegernos del ataque por todos lados. Posiblemente entonces podríamos mantenerles a raya. Smith-Oldwick es un buen tirador, y si no hay muchos hombres quizá pueda deshacerse de ellos si vienen de uno en uno. Los leones no me preocupan tanto. A veces son animales estúpidos, y estoy seguro de que estos que nos persiguen, que dependen tanto de los amos que los han criado y entrenado, no serán difíciles de dominar una vez que nos deshagamos de los guerreros.

—Entonces, ¿crees que hay alguna esperanza? preguntó ella.

—Aún estamos vivos —fue su respuesta. Al cabo de un rato exclamó —: Eh, creo que recuerdo este lugar.

Señaló hacia un fragmento que había caído de lo alto del acantilado y que ahora estaba clavado en la arena a unos metros de la base. Era un fragmento de roca mellada que se alzaba unos tres metros por encima de la superficie de la arena, dejando una estrecha abertura entre ella y el acantilado. Hacia allí encaminaron sus pasos y cuando por fin llegaron a su meta, encontraron un espacio de unos sesenta centímetros de ancho y unos

tres metros de largo entre la roca y el acantilado. Aunque los dos extremos quedaban abiertos, al menos no podrían ser atacados por los cuatro costados al mismo tiempo.

Apenas se habían ocultado cuando los rápidos oídos de Tarzán captaron un ruido en la cara del acantilado sobre ellos, y al mirar arriba vio un diminuto mono encaramado en un ligero saliente. Un pequeño mono de feo rostro que les miró un momento y luego se alejó hacia el sur en la dirección de la que venían sus perseguidores. Otobu también vio al mono.

—Se lo dirá a los loros dijo el negro —y los loros se lo dirán a los locos.

—Da lo mismo —respondió Tarzán—; los leones nos habrían encontrado. No podíamos esperar escondernos de ellos.

Situó a Smith-Oldwick, con su pistola, en la abertura norte de su refugio e indicó a Otobu que se quedara de pie con su lanza junto al inglés, mientras él se preparaba para proteger la parte sur. Entre ellos hizo tumbar a la muchacha en la arena.

—Aquí estarás a salvo en el caso de que utilicen sus lanzas —dijo.

Los minutos que transcurrieron le parecieron una eternidad a Bertha Kircher, y luego, casi con alivio, supo que sus perseguidores estaban sobre ellos. Oyó el furioso rugido de los leones y los gritos de los locos. Durante varios minutos los hombres parecieron investigar la fortaleza que su presa había descubierto. Ella les oía al norte y al sur y luego, desde donde estaba tumbada, vio que un león se abalanzaba sobre el hombre-mono ante ella. Vio el brazo gigantesco oscilar con el sable curvado y lo vio caer con terrorífica velocidad y encontrarse con el león cuando éste se levantaba para pelear con el hombre, abriéndole el cráneo tan limpiamente como un carnicero abre en canal una oveja.

Luego oyó ruido de pasos que corrían rápidamente hacia Smith-Oldwick y, mientras su pistola hablaba, hubo un grito y el ruido de un cuerpo que caía. Evidentemente desanimados por el fracaso de su primer intento, los atacantes se retiraron, pero sólo por breve tiempo. Volvieron, y esta vez un hombre se enfrentó a Tarzán y un león intentó vencer a Smith-Oldwick. Tarzán había precavido al joven inglés de que no malgastara las balas con los leones, y fue Otobu, con la lanza del xujano, quien recibió a la bestia, que quedó sometida hasta que él y Smith-Oldwick resultaron heridos, y el último logró clavar la punta del sable en el corazón de la bestia. El hombre que se oponía a Tarzán se acercó demasiado sin darse

cuenta, en un intento por cortar la cabeza del hombre-mono, con el resultado de que un instante después su cadáver yacía con el cuello roto sobre el cuerpo del león.

Una vez más el enemigo se retiró, pero de nuevo fue sólo por un breve plazo, y ahora atacó toda la fuerza, los leones y los hombres, posiblemente media docena de cada, los hombres arrojando sus lanzas y los leones esperando detrás la señal para atacar.

—¿Esto es el fin? —preguntó la muchacha.

—¡No —gritó el hombre-mono—, pues aún vivimos!

Apenas estas palabras había brotado de sus labios cuando los guerreros que quedaban atacaron arrojando sus lanzas al mismo tiempo desde ambos lados. Al intentar proteger a la muchacha, Tarzán recibió una de las flechas en el hombro, y con tanta fuerza había sido lanzada el arma, que le hizo caer de espaldas al suelo. Smith-Oldwick disparó su pistola dos veces antes de ser él también abatido, penetrando el arma en su pierna derecha entre la cadera y la rodilla. Sólo quedaba Otobu para hacer frente al enemigo, pues el inglés, debilitado ya a causa de sus heridas y del último ataque que había recibido de las garras del león, había perdido el conocimiento y se había desplomado.

Cuando cayó, la pistola le resbaló de los dedos, y la muchacha la cogió. Mientras Tarzán hacía grandes esfuerzos por levantarse, uno de los guerreros saltó sobre su pecho y le mantuvo de espaldas al suelo, mientras con espantosos chillidos alzaba la punta de su sable por encima del corazón del otro. Antes de que pudiera llegar a su objetivo, la muchacha apuntó con la pistola de Smith-Oldwick y disparó a bocajarro a la cara del enemigo.

Simultáneamente estalló en los asombrados oídos de todos, atacantes y atacados, una serie de disparos procedentes de la garganta. Con la dulzura de la voz de un ángel de la guarda desde el cielo, los europeos oyeron las autoritarias órdenes de un combatiente inglés. Incluso a pesar de los rugidos de los leones y los gritos de los maníacos, aquellos amados tonos llegaron a los oídos de Tarzán y la muchacha en el mismo instante en que incluso el hombre-mono había abandonado el último vestigio de esperanza.

Tarzán hizo girar el cuerpo del guerrero a un lado y se puso en pie con esfuerzo, con la lanza clavada en el hombro. La muchacha también se levantó y cuando Tarzán se arrancó el arma de la carne y salió de detrás de su refugio, ella siguió a su lado. La escaramuza que había salido en su rescate pronto terminó. La mayoría de los leones escaparon, pero todos los

xujanos que les perseguían habían muerto. Mientras Tarzán y la muchacha aparecían a la vista del grupo, un soldado inglés apuntó con su rifle al hombre-mono. Al ver las acciones del tipo y comprendiendo al instante el natural error que la túnica amarilla de Tarzán había ocasionado, la muchacha se interpuso entre él y el soldado.

—No dispares —gritó a este último—, somos amigos. Arriba las manos, pues —ordenó a Tarzán—. No voy a correr ningún riesgo.

En este punto el sargento británico que había estado al mando de la avanzadilla se acercó, y cuando Tarzán y la muchacha le hablaron en inglés, explicando sus disfraces, aceptó su palabra, ya que resultaba evidente que no eran de la misma raza que las criaturas que yacían muertas alrededor. Diez minutos más tarde, el cuerpo principal de la expedición apareció a la vista. Las heridas de Smith-Oldwick fueron curadas, así como las del hombre-mono, y al cabo de media hora se hallaban de nuevo en camino hacia el campamento de sus rescatadores.

Aquella noche se hicieron los preparativos para que al día siguiente Smith-Oldwick y Bertha Kircher fueran transportados en avión al cuartel general británico cerca de la costa, siendo requisados los dos aviones a la fuerza expedicionaria con este fin. Tarzán y Otobu declinaron las ofertas del capitán británico de acompañar a su fuerza por tierra en la marcha de regreso, ya que Tarzán explicó que su región se encontraba al oeste, igual que la de Otobu, y que viajarían juntos hasta la región de los wamabos.

—Entonces, ¿no regresas con nosotros? —preguntó la muchacha.

—No —respondió el hombre-mono—. Mi hogar está en la costa oeste. Proseguiré mi viaje en esa dirección.

Ella le lanzó una mirada suplicante.

—¿Volverás a esa terrible jungla? —le preguntó—. ¿Jamás volveremos a verte?

Él la miró un momento en silencio.

—Jamás —dijo, y sin añadir una palabra dio media vuelta y se alejó.

Por la mañana el coronel Capell regresó del campamento base situado en uno de los aviones que iba a llevar a Smith-Oldwick y a la muchacha al este. Tarzán se hallaba de pie a cierta distancia cuando el avión aterrizó y el oficial descendió a tierra. Vio que el coronel saludaba a su subordinado en el mando de la avanzadilla, y luego le vio volverse a Bertha Kircher, quien se encontraba unos pasos detrás del capitán. Tarzán se preguntó cómo se sentía la espía alemana en esa situación, en especial cuando debía de saber

que allí había uno que conocía su verdadera posición. Vio al coronel Capell dirigirse hacia ella tendiéndole las manos y sonriendo, y, aunque no oyó las palabras de saludo, vio que era amistoso y cordial en extremo.

Tarzán desvió la mirada, con el entrecejo fruncido. Y si alguien hubiera estado cerca habría podido oír un gruñido bajo procedente de su pecho. Sabía que su país se hallaba en guerra con Alemania y que no sólo su deber con la tierra de sus padres, sino también su sentir personal contra el pueblo enemigo y el odio que sentía hacia ellos, exigía que pusiera de manifiesto la perfidia de la muchacha, y sin embargo titubeaba, y por eso gruñía, porque titubeaba; no a la espía alemana sino a sí mismo, por su debilidad.

No volvió a verla antes de que subiera a un avión y fuera transportada hacia el este. Se despidió de Smith-Oldwick y volvió a recibir el agradecimiento tantas veces repetidas del joven inglés. Y luego le vio ser transportado también en avión y se quedó contemplándolo hasta que el aparato no fue más que una diminuta mancha distante por encima del horizonte oriental para desaparecer al fin en el aire.

Los soldados británicos, preparados con sus mochilas y avíos, esperaban la orden de proseguir su marcha de regreso. El coronel Capell, por un deseo de observar personalmente el tramo de terreno entre el campamento de la avanzadilla y la base, había decidido marchar detrás de sus tropas. Ahora que todos estaban listos para partir, se volvió a Tarzán.

—Me gustaría que regresara con nosotros, Greystoke —dijo—, y si mi súplica no es suficiente estímulo quizá la de Smith-Oldwick y la joven dama que acaban de abandonarnos lo sea. Me pidieron que le urgiera a regresar a la civilización.

—No —respondió Tarzán—, seguiré mi camino. A la señorita Kircher y al teniente Smith-Oldwick sólo les movía la gratitud al pensar en mi bienestar.

—¿La señorita Kircher? —exclamó Capell, y entonces se echó a reír—. Entonces, ¿la conoce como Bertha Kircher, la espía alemana?

Tarzán miró al otro hombre unos instantes en silencio. Escapaba a su comprensión el que un oficial británico hablara tan lacónicamente de una espía alemana a quien había tenido en su poder y había permitido escapar.

—Sí —respondió—, sabía que era Bertha Kircher, la espía alemana.

—¿Eso es todo lo que sabía? —preguntó Capell.

—Eso es todo —dijo el hombre-mono.

—Ella es la honorable Patricia Canby —dijo Capell—, uno de los

miembros más valiosos del servicio de inteligencia británico vinculado con las fuerzas africanas orientales. Su padre y yo servimos juntos en la India y la conozco desde que nació.

»Por cierto, aquí tengo unos papeles que le cogió a un oficial alemán y que ha llevado consigo durante todas sus vicisitudes… pensando sólo en el cumplimiento de su deber. ¡Mire! Todavía no he tenido tiempo de examinarlos, pero como ve aquí hay un mapa militar, un montón de informes y el diario de un tal capitán Fritz Schneider.

—¡El diario del capitán Fritz Schneider! —repitió Tarzán con voz cohibida—. ¿Puedo verlo, Capell? Es el hombre que asesinó a lady Greystoke.

El inglés le entregó el pequeño volumen sin decir una palabra. Tarzán pasó las páginas apresuradamente en busca de determinada fecha —la fecha en que se había cometido aquel horror— y cuando la encontró la leyó rápidamente. De pronto escapó de sus labios un grito ahogado de incredulidad. Capell le miró con aire interrogador.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre-mono, ¿Puede ser cierto? ¡Escuche!

Y leyó un extracto de la página escrita apretadamente.

He gastado una bromita al cerdo inglés. Cuando llegue a casa encontrará el cuerpo carbonizado de su esposa en su tocador… pero él sólo pensará que es su esposa. He hecho que Von Goss sustituya el cuerpo de una negra y lo carbonizara antes de ponerle los anillos de lady Greystoke… lady G tendrá más valor para el alto mando viva que muerta.

—¡Está viva! —exclamó Tarzán.

—¡Gracias a Dios! —exclamó a su vez Capell—. ¿Y ahora qué?

—Regresaré con ustedes, por supuesto. Qué terrible error cometí con la señorita Canby, pero ¿cómo iba a saberlo yo? Incluso le conté a Smith-Oldwick, quien la ama, que era una espía alemana. No sólo tengo que regresar para encontrar a mi esposa, sino que debo enmendar mi error.

—No se preocupe por eso —declaró Capell—, ella debe de haberle convencido de que no es ninguna espía enemiga, pues esta mañana, justo antes de que se marcharan, me ha dicho que le había prometido que se casaría con él.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

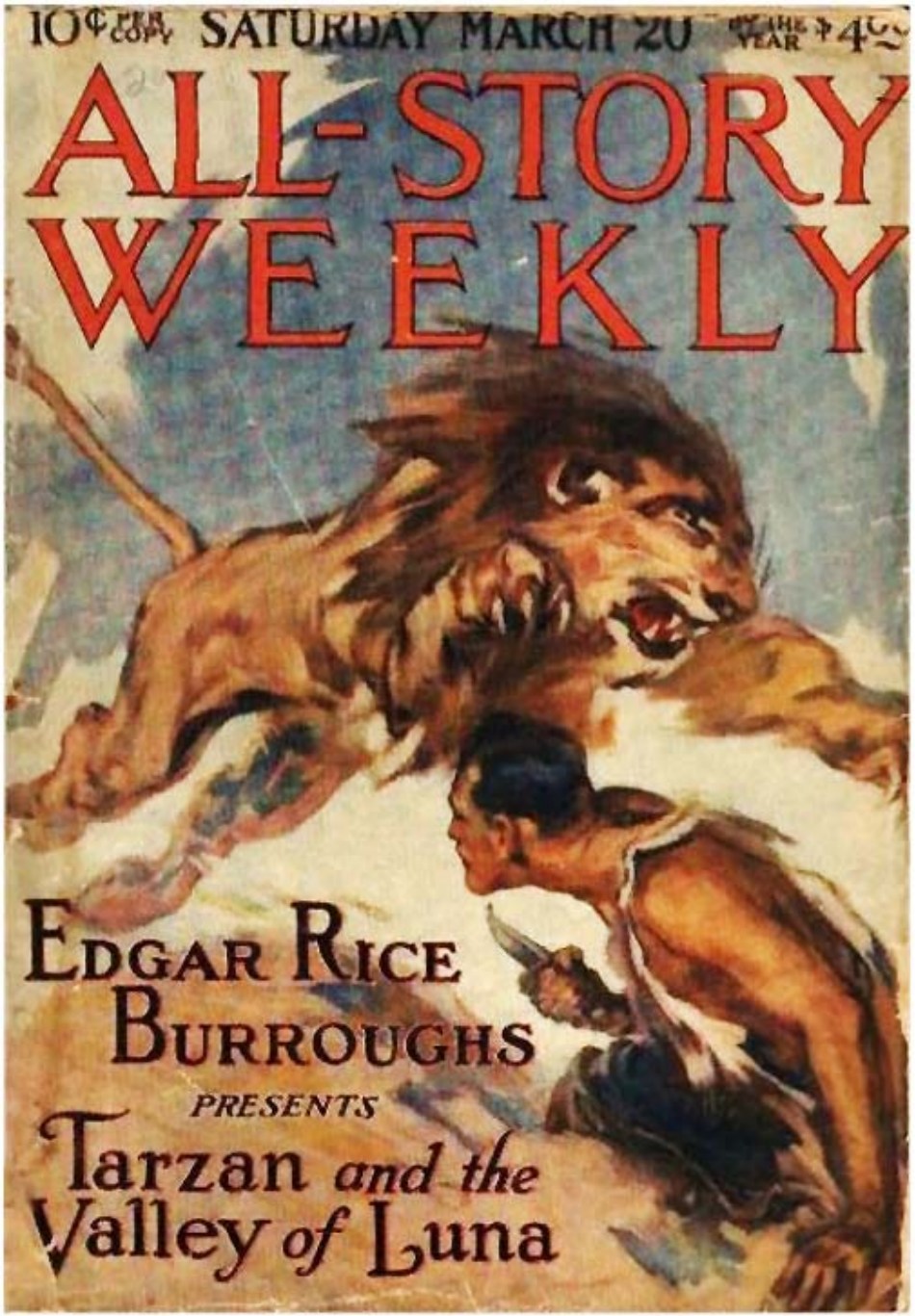
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918., etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

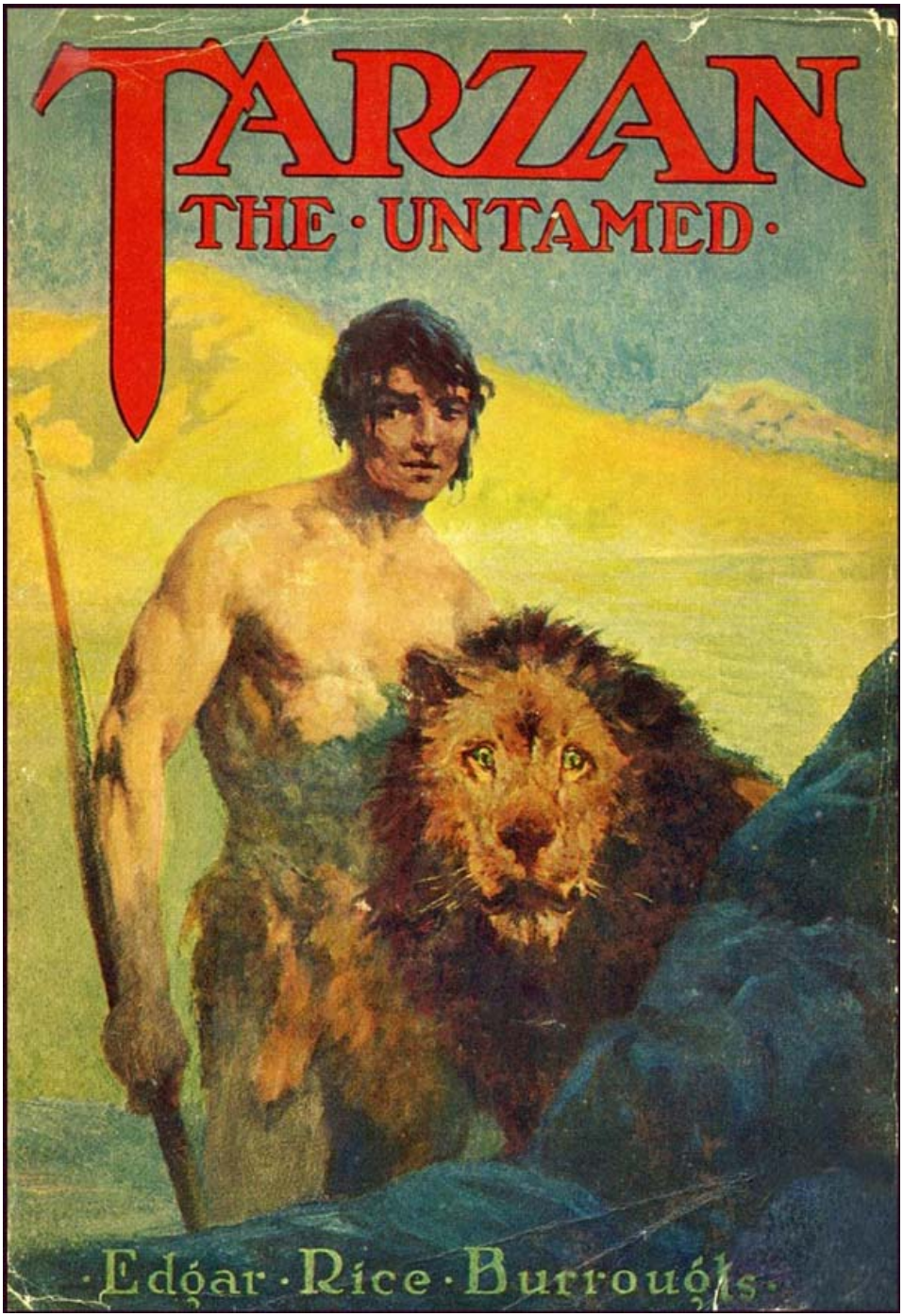
En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



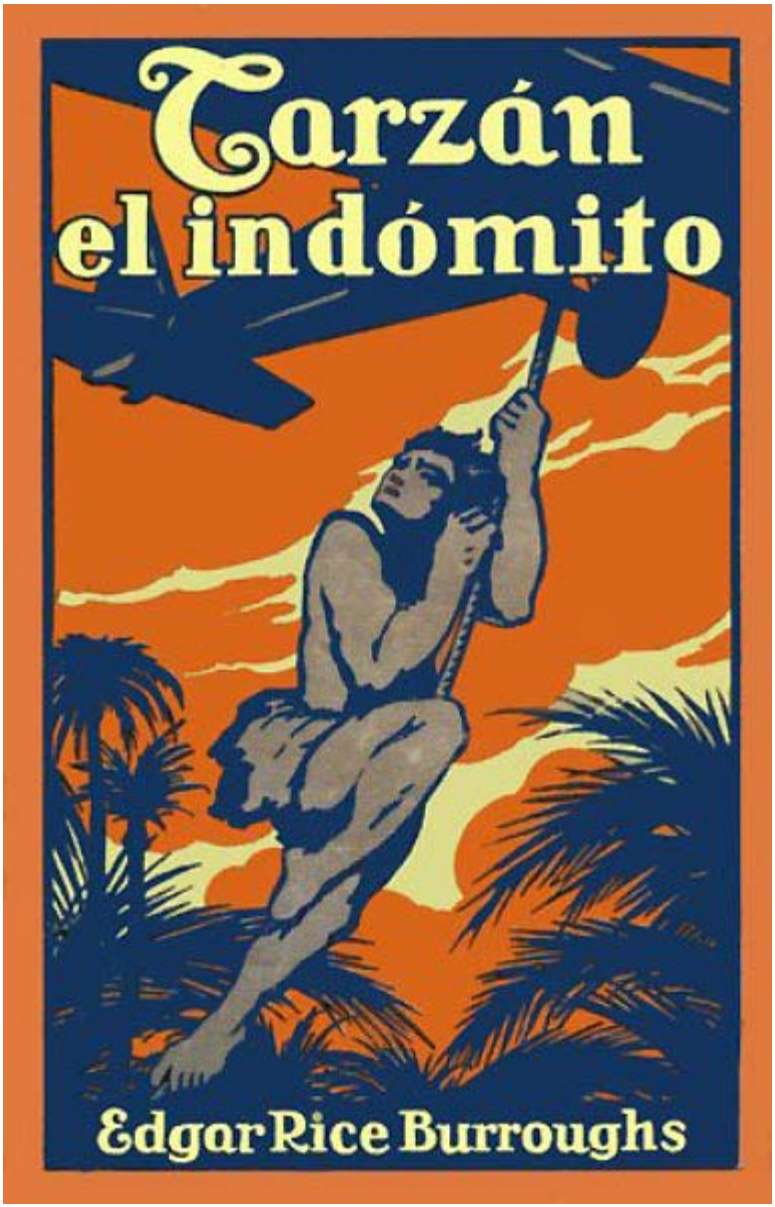
Cubierta original 1.ª edición *pulp* EE.UU., 1919, J. Allen St. John.

TARZAN
THE · UNTAMED ·



·Edgar·Rice·Burroughs·

Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1920, J. Allen St. John.



Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.